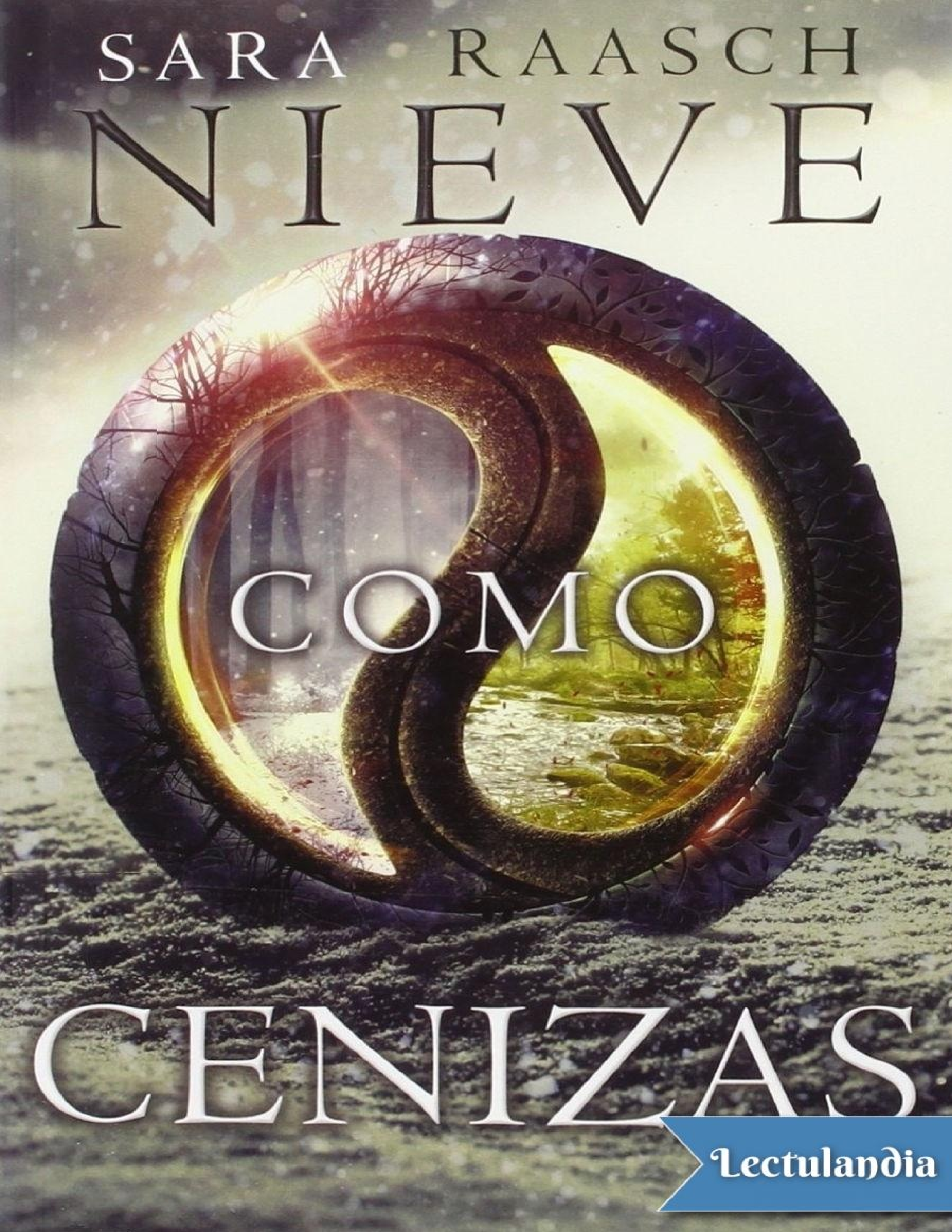

SARA RAASCH
NIEVE
COMO
CENIZAS
Lectulandia

Hace dieciséis años, un grupo de 8 inverneños consiguió escapar de la derrota de su reino. El relicario que contiene la magia de Invierno fue partido y ellos apenas pueden sobrevivir. Dos jóvenes, una huérfana y el futuro rey, se entrenan para luchar contra la magia oscura de Angra.

Meira está dispuesta a hacer cualquier cosa para recuperar el relicario. Su deseo es convertirse en guerrera y liberar a los inverneños esclavizados de su opresor, pero el destino tiene otros planes, y no solo tiene que pelear contra el enemigo sino también contra sus sentimientos, y animarse a creer en ella misma... y en sus sueños. La fantasía debut de Sara Raasch es un relato vertiginoso de lealtad, amor, y la búsqueda del propio destino.

Lectulandia

Sara Raasch

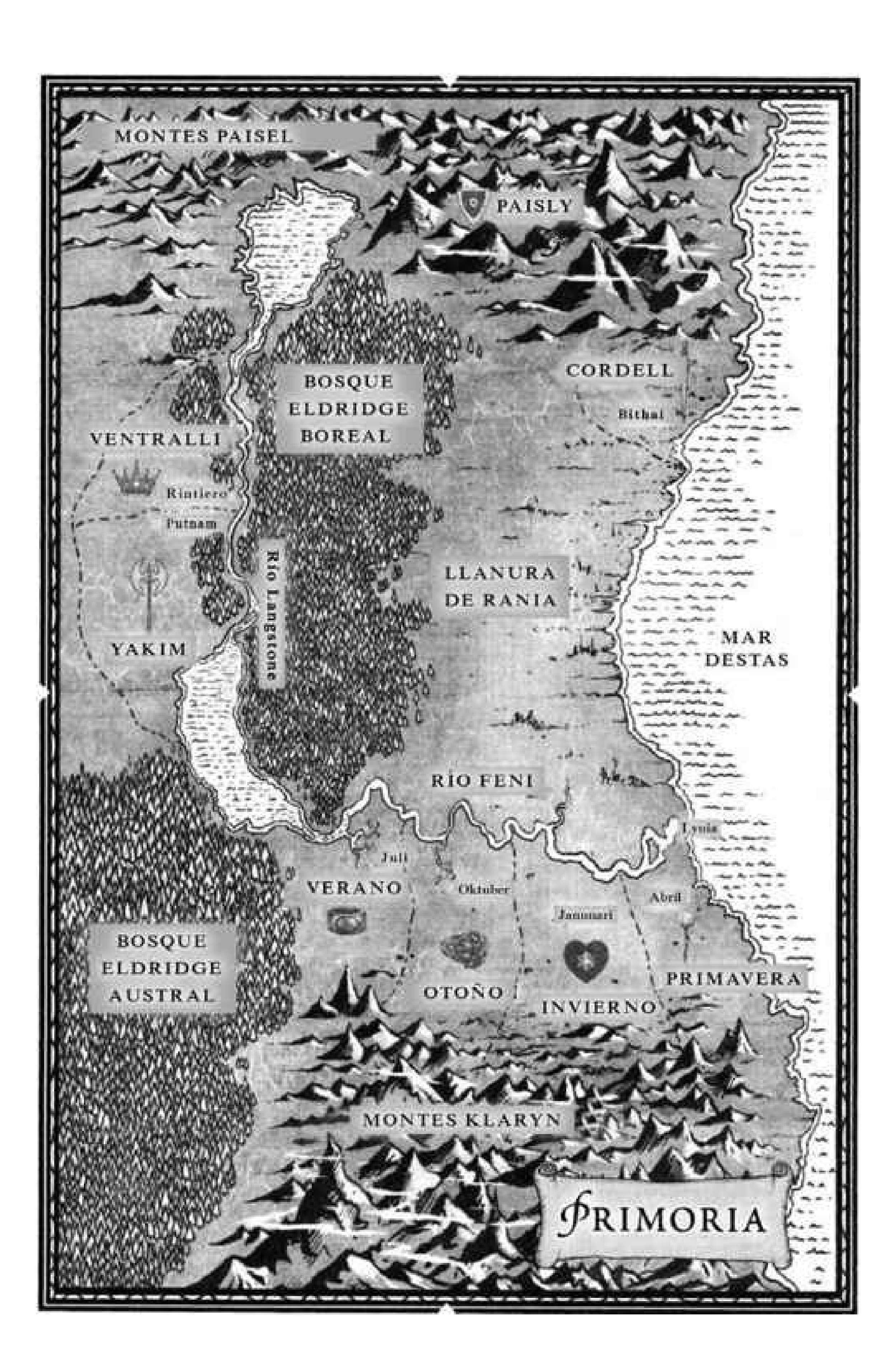
Nieve como cenizas

ePub r1.0
Titivillus 14.10.2018

Título original: *Snow Like Ashes*
Sara Raasch, 2014
Traducción: Nora Escoms

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

Para todos los que leyeron el primer (y horrible) borrador de esta historia y no se rieron de mí cuando, a mis doce años, dije: "Algún día voy a publicar esto".


MONTES PAISEL
PAISLY
CORDELL
BOSQUE ELDRIDGE BOREAL
VENTRALLI
Putnam
Río Langstone
LLANURA DE RANIA
YAKIM
MAR DESTAS
RÍO FENI
Juli
VERANO
Oktuber
Abril
BOSQUE ELDRIDGE AUSTRAL
OTOÑO
INVIERNO
PRIMAVERA
MONTES KLARYN
PRIMORIA



—¡Bloquea!

—¿Dónde?

—No puedo decirte dónde. ¡Debes seguir mis movimientos!

—Pues entonces no te muevas tan rápido.

Mather pone cara de exasperación.

—A un soldado enemigo no puedes decirle que se mueva más despacio.

Sonrío al ver su exasperación, pero mi sonrisa no dura mucho pues la hoja sin filo de su espada de práctica me da debajo de las rodillas. Caigo de espaldas en la pradera polvorienta con un fuerte golpe, la espada se me escapa de las manos y desaparece entre la hierba que llega hasta los muslos.

El combate cuerpo a cuerpo siempre ha sido mi punto débil. Yo culpo a Sir, porque no empezó a entrenarme hasta que tenía casi once años; algunas sesiones adicionales con una espada podrían haberme ayudado ahora a bloquear más de tres de los golpes de Mather. O quizá no existe entrenamiento que pueda cambiar lo incómoda que siento la espada en la mano y cuánto me encanta arrojar mi hoja circular de la muerte: mi hakram. Nunca ha sido mi fuerte prever los movimientos de un oponente a poca distancia mientras una espada corta mi campo visual.

Los rayos del sol me hacen arder la piel mientras estoy de cara al cielo azul, y hago una mueca al sentir una piedra particularmente filosa bajo mi espalda. Es la cuarta vez en veinte minutos que termino en el suelo, mirando los tallos de hierba que se mecen en torno a mi cabeza. Mis pulmones inhalan con fuerza y tengo el rostro bañado en sudor, de modo que me quedo tendida de espaldas, disfrutando este momento de paz.

Mather se inclina y aparece en mi campo visual, al revés por encima de mí, y espero que atribuya al esfuerzo el súbito rubor en mis mejillas. No importa cuántas veces me derribe al suelo, nunca deja de estar apuesto. Tiene el tipo de atractivo que me duele físicamente, y me hace buscar a tientas una silla cuando me toma desprevenida. Algunos mechones de su cabello blanco inverneño penden junto a su mejilla, y tiene el resto del cabello, que le llega hasta los hombros, sujeto por un cordel. La pechera de cuero que le cubre el pecho revela que se ha pasado la mayor parte de su vida usando esos músculos en entrenamientos para el combate, y tiene los brazos delgados y descubiertos salvo por unos brazaletes de protección. Tiene pecas en todo el rostro pálido, el cuello y los brazos, fruto del sol cegador de la Llanura de Rania.

—¿Los mejores seis de once?

El tono esperanzado de su voz, como si sinceramente creyera que puedo llegar a derrotarlo, me hace arquear una ceja. Rezongo.

—Solo si los próximos seis combates se pueden pelear en distintos días.

Mather ríe entre dientes.

—Tengo órdenes estrictas de hacer que ganes por lo menos una pelea con espadas para cuando regresen William y los demás.

Entorno los ojos y trato de tragarme el anhelo que me invade. Sir se fue con Greer, Henn y Dendera en una misión a Primavera mientras los demás quedamos aquí: Mather, el futuro rey (que puede ir en las misiones más peligrosas porque lo han entrenado desde su nacimiento en el arte de pelear); Alysson, la esposa de Sir (que nunca demostró la menor aptitud para pelear); Finn, otro soldado fuerte (regla de Sir: Mather siempre debe tener un guerrero capaz como respaldo); y yo, la huerfanita en perpetuo entrenamiento (quien, a pesar de seis años de práctica, todavía no es “lo bastante buena” como para que le confíen las misiones importantes).

Sí, tuve que aplicar mis habilidades para conseguir alimentos, alejar a algún que otro soldado o ciudadano contrariado de uno de los cuatro reinos rítmicos. Pero cuando Sir dispone misiones a Primavera, misiones en las cuales estaremos beneficiando directamente a Invierno en lugar de limitarnos a traer provisiones para los refugiados, siempre tiene una excusa para que yo no vaya: el Reino de Primavera es demasiado peligroso; la misión es demasiado importante; no puede correr el riesgo de enviar a una adolescente.

Parece que Mather reconoce el modo en que me muerdo el labio, o en que cambio de foco, porque exhala con un fuerte suspiro.

—Estás mejorando, Meira, de veras. William solo quiere estar seguro de que sepas pelear cuerpo a cuerpo además de a distancia, como todos los demás. Es comprensible.

Lo miró, enojada.

—No soy tan mala para el combate cuerpo a cuerpo; es solo que no estoy a *tu* altura. Miéntele a Sir; dile que por fin te derroté. Eres nuestro futuro rey, ¡él confía en ti!

Mather menea la cabeza.

—Lo siento, solo puedo usar mis superpoderes para el bien.

Se le crispa el rostro y tardo un segundo en darme cuenta de la mentira inesperada en lo que dijo. No tiene poderes, en realidad; nada mágico, y esa limitación ha sido difícil para nosotros durante toda nuestra vida.

Me siento y arranco algunas hojas de hierba para hacerlas girar entre mis dedos, aunque sea tan solo para tener algo que hacer en la repentina tensión.

—¿Para qué usarías la magia? —le pregunto, con palabras tan tenues que casi se van flotando.

—¿Quieres decir, además de mentirle a Sir por ti? —pregunta Mather en tono ligero, pero cuando me pongo de pie y me vuelvo hacia él, me duele el pecho al ver la tensión en su rostro.

—No —respondo—. Si Invierno volviera a tener un conducto, un conducto que no fuera de linaje femenino, que cualquier monarca, fuera rey o reina, pudiera aprovechar, ¿para qué usarías ese poder?

La pregunta escapa de mi boca como una piedra lisa en un arroyo, sus bordes desgastados por la frecuencia con que le doy vueltas en mi cabeza. Nunca hablamos del conducto de Invierno, el relicario que el Rey Angra Manu, de Primavera, rompió al destruir nuestro reino hace dieciséis años, a menos que tenga que ver con una misión. Siempre dicen: “Nos han dicho que una de las mitades del relicario estará en tal lugar en tal momento”; nunca: “Aunque logremos rearmar nuestro conducto de linaje femenino, ¿cómo sabremos si la magia funciona cuando nuestro único heredero es hombre?”.

Mather cambia de posición, golpeando la hierba con la espada como si estuviera librando una guerra personal contra la pradera.

—No importa lo que haría con él; no puedo usarlo.

—Claro que importa. —Frunzo el ceño—. Tener buenas intenciones...

Pero me dirige una mirada exasperada antes de que pueda siquiera completar la frase.

—No, no importa —replica. Cuanto más dice, más rápido le salen las palabras, como un torrente que me hace pensar que él también necesita hablar de ello—. No importa lo que yo quiera hacer, no importa lo buen líder que sea ni lo mucho que me entrene, no podré obligar a los campos helados a cobrar vida, ni curar pestes, ni dar fuerza a los soldados como lo haría si pudiera usar el conducto. Probablemente los inverneños preferirían tener una reina cruel que un rey con *buenas intenciones*, porque con una reina al menos tendrían la posibilidad de que la magia se use para ellos. No importa lo que haría yo con la magia, porque a los líderes se los valora por las cosas equivocadas.

Mather jadea, el rostro tenso al oír todo lo que dijo, todas sus preocupaciones y sus debilidades puestas al descubierto. Me muerdo la mejilla por dentro, tratando de no mirar mucho el modo en que hace una mueca y vuelve a golpear la hierba. No debería haber insistido, pero tengo algo en el fondo que siempre arde de deseos de decir más, de aprender lo más posible acerca de un reino que nunca he visto.

—Lo siento —murmuro, y me masajeo el cuello—. No fue sensato de mi parte tocar un tema delicado estando tú armado.

Él se encoge de hombros, pero no parece convencido.

—No, deberíamos hablar de eso.

—Díselo a todos los demás —rezongo—. Se lo pasan saliendo de misión y luego vuelven ensangrentados y dicen: “La próxima vez lo recuperaremos, y después recuperaremos la otra mitad, y entonces conseguiremos aliados, derrotaremos a Primavera y salvaremos a todos”. Como si fuera tan fácil. Si es tan fácil, ¿por qué no hablamos más de eso?

—Duele demasiado —responde Mather. Así de simple.

Eso me hace detener. Lo miro a los ojos, largamente y con cautela.

—Algún día dejará de doler.

La promesa que siempre nos hacemos los refugiados, antes de salir de misión, siempre que alguien regresa ensangrentado y dolorido, siempre que las cosas salen mal y nos acurrucamos con terror. *Vamos a estar mejor... algún día.*

Mather enfunda la espada y se detiene, con la mano en la empuñadura, antes de dar dos pasos hacia mí y apoyarme la mano en el hombro. Cuando doy un respingo y lo miro, sobresaltada, se da cuenta de lo que está haciendo y retira la mano.

—Algún día —concuerda, con voz entrecortada. El modo en que cierra y vuelve a abrir la mano que me tocó hace que mi estómago dé un vuelco de

alegría—. Por ahora, lo único por lo que debemos preocuparnos es encontrar nuestro relicario para recuperar nuestra posición como reino y poder conseguir aliados que peleen con nosotros contra Primavera. Ah, y tenemos que asegurarnos de que puedas hacer algo más que tenderte en el suelo durante una pelea con espadas.

Lanzo un remedo de risa.

—Muy gracioso, Su Alteza.

Mather hace una mueca, y sé que es por el título que usé. El título que tengo que usar. Esas dos palabras, *Su Alteza*, son la cuña que nos mantiene a la distancia apropiada: a mí, una huérfana que se entrena para ser soldado, y a él, nuestro futuro rey. No importan nuestras circunstancias desesperadas, no importa nuestra crianza compartida, no importa el escalofrío que me produce su sonrisa en todo el cuerpo, sigue siendo *él*, y yo sigo siendo *yo*, y sí, algún día necesitará tener una heredera femenina, pero con una dama hecha y derecha, una duquesa o una princesa... no con la chica que practica con él.

Mather vuelve a desenvainar la espada mientras busco la mía entre la hierba, volviendo a concentrarme en la tarea en cuestión más que en el modo en que sus ojos me siguen entre los tallos altos y amarillos. El campamento está a pocos pasos más adelante; las amplias praderas disimulan nuestras tiendas de campaña marrones y amarillas. Eso y el hecho de que la Llanura de Rania no es amigable con los viajeros nos han mantenido a salvo los últimos cinco años en este hogar patético... lo más cercano a un hogar que tenemos ahora.

Hago un alto en mi búsqueda y contemplo el campamento con un peso cada vez mayor sobre los hombros. Lo suficientemente lejos de Primavera para no ser descubiertos, lo suficientemente cerca para poder ejecutar breves misiones de inspección, no es más que un grupito de cinco tiendas, más un corral para los caballos y otro para nuestras dos vacas. Fuera de eso, la Llanura de Rania es yerma, seca y *muy calurosa*, incluso para la medida sofocante del Reino de Verano, y por ello está vacía, un territorio que ninguno de los ocho reinos de Primoria quiere reclamar para sí. Nos llevó tres años lograr que nuestra huerta diera un puñado de vegetales escuálidos, ni pensar en una cosecha suficiente para que a un reino le valiera la pena ocupar la llanura. Habría que usar tanta magia de conducto para hacer rendir los cultivos que difícilmente valdría la pena, y nadie puede ganar nada tan solo mirando el atardecer.

Pero todo esto basta para mantenernos a los ocho con vida. Ocho, de los veinticinco que escapamos originalmente a la caída de Invierno. Al pensar en

esos números se me hace un nudo en el estómago. Nuestro reino era el hogar de más de cien mil inverneños, la mayoría de los cuales fueron masacrados en la invasión de Primavera. Los que no lo fueron ahora están distribuidos en campamentos de trabajo en Primavera. Por los que quedan, esperando esclavizados, aunque sean pocos, vale la pena soportar esta vida nómade que llevamos ahora. Esas personas son Invierno, pedazos de la vida que deberíamos estar llevando, y merecen —*todos* merecemos— una vida de verdad, un reino de verdad.

Y no importa durante cuánto tiempo Sir me limite a misiones menores, no importa con qué frecuencia yo me pregunte si el hecho de recuperar las piezas del relicario bastará para ganar aliados y liberar nuestro reino, estaré dispuesta a ayudar. Sé que Sir es consciente de la dedicación que late en mi interior; sé que entiende que comparto su deseo de recuperar Invierno. Y algún día, ya no podrá ignorarme.

En un viaje a Yakim, uno de los Reinos Rítmicos, a mis doce años, un grupo de hombres nos acorraló a Sir y a mí en un callejón. Despotricaban contra los bárbaros y belicosos estacionales y decían que preferían que nos exterimnáramos entre nosotros para que su reina pudiera hurgar entre las ruinas de nuestro reino en busca de lo que, según ellos, habían perdido los estacionales: el origen de la magia de Primoria, el barranco sobre el cual se asientan nuestros cuatro reinos.

—¿De veras quieren que nos matemos entre nosotros? —pregunté a Sir cuando logramos escapar. Yo misma había repelido a uno, pero mientras trepábamos por una pared del callejón para alejarnos de ellos, mi orgullo se transformó en vergüenza y confusión.

En alguna parte, debajo de los reinos estacionales, hay una bola gigantesca y pulsante de magia; y en alguna parte de nuestros Montes Klaryn hubo una vez una entrada hacia allí. El barranco afecta solo a las tierras de los cuatro reinos estacionales —en la naturaleza extrema y constante de sus climas— pero todos los reyes y reinas de Primoria, tanto rítmicos como estacionales, poseen una porción de esa magia en sus conductos y pueden usarla en pro de sus reinos. Los cuatro reinos rítmicos nos odian porque no tienen más que *eso*: magia guardada en objetos como una daga, un collar, un anillo. Nos odian por haber dejado que la entrada se perdiera con el tiempo, las avalanchas y la memoria, por vivir directamente encima de la magia y no levantar hasta la última piedra de nuestros reinos para excavar y conseguir más magia.

Sir se detuvo, se agachó hasta mi estatura y luego recogió un puñado de

nieve medio derretida del costado del camino.

—Los Reinos Rítmicos nos envidian —dijo a la nieve fangosa—. En nuestro reino es invierno todo el año, en toda su gloria de nieve y hielo, mientras que los suyos pasan cíclicamente por las cuatro estaciones. Tienen que soportar la nieve que se derrite y el calor sofocante. —Me guiñó un ojo y esbozó su mejor sonrisa, un raro regalo que me enfrió el pecho de felicidad—. Deberíamos sentir pena por ellos.

Fruncí la nariz al ver la pasta de nieve y lodo, pero no pude sino compartir su sonrisa, disfrutando la camaradería entre nosotros. En ese momento, más que nunca, me sentí inverneña, parte de esta cruzada por salvar nuestro reino.

—Yo prefiero que sea invierno todo el tiempo —le dije.

Su sonrisa se desdibujó.

—Yo también.

Esa fue la primera vez que sentí, que *supe*, que Sir vio mi disposición. Pero por más a menudo que le demuestre mi capacidad, nunca logro superar sus restricciones... aunque eso no me disuade de seguir intentándolo. Es lo que hacemos todos: seguir tratando de vivir, de sobrevivir, de recuperar nuestro reino contra viento y marea.

Encuentro mi espada de práctica apoyada en un área de hierba pisoteada. Con los músculos acalambrados por el esfuerzo, la recojo y miro con el ceño fruncido a Mather, que tiene la vista fija más allá, hacia la llanura. Su rostro no revela nada, toda expresión oculta por el velo que hace de él un monarca perfecto y un amigo irritante.

—¿Qué pasa?

Sigo su mirada. Cuatro formas se acercan tambaleantes; el calor convierte sus siluetas en espejismos ondulados. Pero son inconfundibles aun a esa distancia, y contengo el aliento con alivio.

Uno, dos, tres, cuatro.

Regresaron. Todos. Sobrevivieron.



Mather pasa a mi lado como una exhalación, corriendo por la hierba.

—¡Llegaron!

Desde el campamento, la esposa de Sir, Alysson, se recoge la falda en un nudo y deja atrás a toda prisa la comida que está preparando, y Finn sale a toda carrera de una tienda con un botiquín médico.

Suelto la espada y sigo a Mather, concentrada en las siluetas allá adelante. ¿Aquel es Sir? ¿Está demasiado inclinado hacia adelante en la montura? ¿Está herido? Claro que sí. Dos de ellos fueron a las afueras de April, la capital de Primavera, y los otros dos se infiltraron en uno de sus puertos marítimos, Lynia. Ninguno de los destinos se encuentra mucho más allá de las fronteras de Primavera, pero aun así están bajo el dominio de Angra, y cualquier misión allí termina con cierto derramamiento de sangre.

Mather y yo los alcanzamos primero. La barriga de Finn no le impide llegar antes que Alysson, y se detiene unos segundos después que nosotros, al tiempo que saca vendas y ungüentos del bolso.

Dendera desmonta y se desploma al suelo, jadeante. Tiene cerca de cincuenta años, la edad de Alysson, y su cabello blanco inverneño le cae sobre el rostro surcado por arrugas diminutas en torno a los ojos y la boca.

Se envuelve la cintura con un brazo y mira a Greer mientras este desmonta.

—Su pierna —murmura, señalando a Finn la herida en el muslo de Greer.

Greer señala a Dendera.

—Ella está peor —dice, y apoya la frente contra la montura mientras inhala profundamente y con ritmo parejo. Su cabello corto color marfil se le adhiere a la frente, bañada de sudor y sangre. Casi siempre es fácil olvidar que es el de

más edad en nuestro grupo, pues disimula los años con su empeño inquebrantable por hacerse cargo de cualquier tarea y cualquier misión.

Henn desmonta junto a Dendera, y pasa sobre su hombro uno de los brazos de ella para sostenerla. El modo en que la acuna me hace apartar la mirada, como si estuviera observando una escena íntima. No debería parecerme diferente del modo en que nos tratamos todos: un ejército improvisado, comandado por Sir, en lugar de una familia. Pero no puedo evitar preguntarme si, en caso de que nuestra situación fuera mejor, Dendera y Henn querrían ser una familia de verdad.

Los cuatro sangran por distintas partes del cuerpo, las camisas desgarradas y los vendajes improvisados manchados de rojo parduzco con una mezcla de sangre seca y fresca. Sir es el único que desmonta y queda erguido, alto e inamovible, observándonos con desapego. Con todo el tiempo que paso con Mather debería haber aprendido a descifrar las expresiones desprovistas de emoción. Pero me quedo allí, con el cuerpo paralizado por la angustia, incapaz de moverme para ayudar a Finn y a Mather a pasar las vendas.

Mis ojos recorren cada caballo, cada alforja. ¿Consiguieron la mitad del relicario?

—¡William!

El grito de Alysson llega varios latidos antes que ella, y se arroja contra su esposo, sin importarle las heridas. Ver a Sir rodearla con sus brazos, levantar su cuerpo diminuto en el aire, es como ver a un oso aferrar una muñeca de trapo: fuerza y poderío junto a fragilidad y mansedumbre. Se funden en un raro momento de vulnerabilidad.

Sir deposita a su esposa en el suelo.

—Está en Lynia. Llegó el día que partimos.

Finn baja el puñado de vendas que tenía apretado contra la pierna de Greer. Mather levanta la vista del pequeño odre del que da de beber agua a Dendera. Inhalo bocanadas del aire caliente y pesado, con la mente como un remolino.

Buscamos el relicario por toda Primoria desde que Invierno cayó, pero muy pocas veces hemos tenido una pista de dónde estaría una de las mitades. Angra cambia constantemente de lugar la mitad del relicario, y lo lleva de las ciudades de Primavera a asentamientos lejanos en las zonas no reclamadas de Primoria —las estribaciones de los Montes Paisel, los puertos marítimos— para que nos resulte más difícil recuperar ambas mitades.

Ahora estamos cerca. Se me hincha el pecho con el mismo entusiasmo que sé

que sienten todos, o lo sentían antes de terminar aquí, heridos y ensangrentados. Sir enviará a alguien a buscarlo. Las personas bien descansadas son los mejores soldados, de modo que no va a enviar a ninguno de los que acaban de regresar. Lo que significa que...

Corro hacia Sir, que mira a Mather de arriba abajo, y luego hace lo mismo con Finn.

—Ustedes dos, vayan ahora mismo —ordena—. Pronto volverán a trasladarlo, pues ya saben que escapamos.

Me detengo.

—Van a necesitar a todos. Yo también voy.

Sir me mira como si se le hubiera olvidado que yo estaba allí. Frunce el ceño y menea la cabeza.

—Ahora no. Mather, Finn, los quiero listos para partir en quince minutos. Adelante.

Finn se aleja a toda velocidad, y su barriga se mece a uno y otro lado mientras corre hacia el campamento. Obedece sin pensar, como todos.

Me quedo mirando a Sir con la mandíbula apretada.

—Puedo hacer esto. Voy a ir.

Sir toma las riendas de su caballo y se pone en marcha hacia el campamento. Todos lo siguen... excepto Mather, que se rezaga un poco y nos observa, con ojos serenos.

—No tengo tiempo para discutir por esto —replica Sir, en tono áspero—. Es demasiado peligroso.

—¿Demasiado peligroso para mí pero no para nuestro futuro rey?

Sir me mira mientras camino a su lado.

—¿Derrotaste a Mather con la espada?

Hago una mueca. Sir la toma como mi respuesta.

—Por eso es demasiado peligroso para ti. Estamos muy cerca para correr riesgos.

La hierba alta me empuja las caderas, y mis botas se hunden en la tierra a cada paso.

—Te equivocas —gruño—. Puedo ayudar. Puedo ser...

—Ya estás ayudando.

—Ah, sí, esa bolsa de arroz que compré en Otoño el mes pasado salvó a nuestro reino.

—Eres más útil donde estás —se corrige Sir.

Lo aferro del brazo para que se detenga. Se vuelve hacia mí, el rostro manchado de polvo y sangre a través de la barba blanca, mechones encrespados de cabello blanco en torno a su cara. Se lo ve cansado, a medias entre dar un paso más y derrumbarse.

—Puedo hacer más que esto —susurro—. Estoy lista, William.

Una vez lo llamé padre. Debido a sus relatos sobre la muerte de mis verdaderos padres en las calles de la capital de Invierno, Jannuari, al ocuparla Primavera, y sobre cómo él me había rescatado siendo una bebita, a mis ocho años me pareció lógico llamar "padre" al hombre que me estaba criando. Pero se puso tan rojo que temí que empezara a escupir sangre, y me gruñó como nunca lo había hecho. Él *no* era mi padre y yo nunca, *jamás*, debía volver a llamarlo así. Solo debía llamarlo por su nombre, o por un título, o algo que demostrara respeto. Pero padre, no. Padre, nunca.

Por eso desde entonces lo llamaba Sir. Sí, Sir. No, Sir. No eres mi padre y yo nunca seré tu hija y detesto no tener a nadie más, Sir.

Ahora me ignora y sigue jalando de su caballo. Sus decisiones son irrevocables, y nada que pueda decirle lo hará cambiar de opinión.

Aunque eso nunca me detuvo.

—¡Esto no basta! Y aunque no puedo culparte por buscar las maneras más eficaces de salvar nuestro reino, sé que *yo* también puedo hacer cosas por Invierno.

Unos pasos más atrás, Dendera gime, todavía colgada del cuello de Henn.

—Meira —dice, con voz cansada—. Por favor, querida, deberías estar agradecida de que *no* te necesiten.

Me vuelvo hacia ella como un rayo.

—Solo porque tú prefieras estar remendando vestidos, no significa que todas las mujeres deban desear lo mismo.

Dendera queda boquiabierta y yo cierro los ojos con fuerza.

—No quise decirlo así —suspiro, obligándome a mirarla. Ahora se apoya más en Henn, con los ojos brillantes—. Solo quise decir que no deberían obligarte a pelear si no quieres, y a mí no deberían obligarme a *no* pelear cuando *sí* quiero. Si Sir me deja ir, tal vez tú no tengas que salir de misión. Todos ganaríamos.

Dendera no parece menos dolida, pero echa un vistazo a Sir, con un atisbo de esperanza detrás de su dolor. Ella solía ser como Alysson, que se queda a atender el campamento, hasta que Sir empezó a desesperarse y a necesitarla para las

misiones, tal como a mí empezó a permitirme ayudar en la búsqueda de comida. Nunca discute con él, ni cuando la hace entrenar ni cuando la envía en misiones como esta. Pero basta mirarla a los ojos para ver cuánto la aterra esta vida, cuánto preferiría quedarse en el campamento. Se siente tan incómoda con las armas como lo estaría yo con un vestido.

Mather se me acerca entre la hierba, y pienso que viene a ofrecerme algunas palabras para aliviar la tensión. Pero al cabo de unos pasos, se desploma al suelo como si lo hubiera tragado la tierra y no quisiera soltarlo. Frunzo el ceño al verlo aferrarse el tobillo.

—Ayyy —aúlla.

Sir se inclina con súbito pánico.

—¿Qué pasó?

Mather se mece hacia adelante y atrás y hace una mueca mientras todos se acercan.

—Meira me ganó en la última pelea, ¿no te lo dijo? Me dejó fuera de combate. No creo poder ir a Lynia.

Las arrugas del rostro de Sir pierden su tensión.

—¿Acaso no te vi correr a recibirnos?

Mather no vacila un segundo, sin dejar de mecerse y de hacer muecas de dolor.

—Corrí a pesar del dolor.

Contengo el aliento hasta que Sir me mira, y Mather me guiña un ojo con disimulo por encima de una amplia sonrisa.

—¿Le ganaste? —pregunta Sir, incrédulo.

Me encojo de hombros. Soy horrible mintiendo y prefiero dejarlo así. *Mather está ayudándome*. El rubor me arde en las mejillas.

Sir tiene que darse cuenta de que estamos mintiendo, pero no quiere correr el riesgo de enviar a Mather por si de verdad está lastimado. Confía en él más que en nadie del campamento. Pasa un instante hasta que Sir se frota las sienes y exhala con fuerza por la nariz.

—Ayuda a Mather a llegar al campamento, luego busca tu chakram.

Me muerdo para no lanzar un grito de triunfo pero me sale de todos modos, un extraño lloriqueo que se atasca en mi garganta y estalla en mi boca todavía apretada. Sir se pone de pie, toma su caballo y marcha hacia el campamento con renovada decisión, como si no quisiera enfrentarme ahora que ha cedido. Todos lo siguen, y yo me quedo para ayudar a Mather, el inválido.

Cuando los demás ya no pueden oírnos, caigo al suelo y lo abrazo.

—Eres mi monarca preferido en toda la historia de los monarcas —balbuceo contra su hombro.

Sus brazos me rodean, me estrechan una vez y disparan rayos de estremecimiento a todo mi cuerpo cuando caigo en la cuenta... estamos abrazados.

Me pongo de pie rápidamente y le tiendo la mano, segura de que la cara me quedará con un color rojo permanente.

—Deberíamos volver.

Mather toma mi mano pero jala hacia abajo cuando yo lo hago hacia arriba, para impedir que me vaya.

—Espera.

Se da vuelta para buscar algo en su bolsillo y yo me arrodillo a su lado, con el ceño ligeramente fruncido. Cuando vuelve a mirarme, lo hace con solemnidad, y la pelota de nervios que tengo en el estómago se agranda. En el centro de la palma de su mano hay un trozo redondo de lapislázuli, una de las piedras más raras que Invierno solía extraer de las minas de los Klaryn hace mucho tiempo.

—La encontré hace unos años, cuando estábamos viviendo en Otoño —dice Mather, con ojos apacibles—. Después de la lección que nos dio William sobre la economía de Invierno. Sobre nuestras minas en los Klaryn, de donde sacábamos carbón, minerales y piedras.

Hace una pausa, y puedo ver al niño que era entonces. Nos mudamos a Otoño hace ocho años, un príncipe niño que simulaba ser soldado y una huerfanita que no quería otra cosa más que simular con él.

—Me agradaba pensar que era mágica —prosigue, con rostro severo—. Después de que nos enseñaron que los reinos estacionales se encuentran sobre un barranco de magia, y que nuestras tierras se ven directamente afectadas por ese poder, y que Angra rompió el conducto de Invierno y nos robó el poder con un rápido apretón de su puño, yo quería, necesitaba, creer que podíamos conseguir magia en otra parte. Nuestro mundo puede parecer equilibrado: cuatro reinos de estaciones eternas, cuatro reinos que transitan cíclicamente por todas las estaciones; cuatro reinos con conductos de linaje femenino, cuatro con conductos de linaje masculino. Pero *no* está en equilibrio; la balanza siempre se inclinará en favor de los monarcas que tienen magia y en contra de los que no la tienen, como sus ciudadanos y... otros monarcas cuyos conductos están rotos. Y yo detestaba ser tan... —su voz se apaga— impotente —concluye.

Frunzo el ceño.

—Tú estás muy lejos de ser impotente, Mather.

Su semisonrisa vuelve, y Mather se encoge de hombros.

—Por lo menos, este lapislázuli era una conexión con Invierno. Y el hecho de tenerlo me ayudó a sentirme más fuerte, creo.

Me muerdo el labio; no se me escapa que no se haya detenido en lo que dije.

Me toma la mano y me coloca la piedra en la palma.

—Quiero que la tengas.

Mis sentidos empiezan a obnubilarse cuando Mather no me suelta la mano, no deja de mirarme. Y la luz que brilla en sus ojos... esto es importante para él. Me está entregando una parte de su niñez.

Acerco el lapislázuli para examinarlo mejor a la luz mortecina de la tarde. Es de un azul imposible, no más grande que una moneda, con vetas más oscuras que recorren su superficie.

Fuera del barranco perdido, la magia solo ha existido en los Conductos Reales de los ocho reinos de Primoria, reservados para que los gobernantes los usen según necesidad. No reside en objetos como esta pequeña piedra azul que descansa tan poco llamativamente en mi mano. Pero sé por qué Mather quería creer que la piedra tiene magia: a veces, el hecho de colocar nuestra fe en algo mayor que nosotros nos ayuda a llegar a un punto en el que podemos ser suficientes por nuestros propios medios, con magia o sin ella.

—No es que piense que no te va a ir muy bien —añade—. Solo que a veces me ha ayudado tener conmigo un trocito de Invierno.

Aprieto la piedra, y siento frescura en el pecho además del golpeteo lento y apagado de mi corazón.

—Gracias. —Señalo su tobillo con un gesto de la cabeza—. Por todo. No era necesario que...

Mather menea la cabeza.

—Sí, lo era. Tú mereces pelear por tu hogar tanto como los demás.

Trago en seco. Todavía estamos solos fuera del campamento, y solo una brisa leve mueve la hierba y unos pocos árboles enjutos que hay por allí.

—Debo empacar.

Mather asiente, con el rostro otra vez en blanco, con esa nada impenetrable que me exaspera. Sigue simulando una cojera hasta llegar al campamento, apoyando uno de sus brazos en mi hombro para completar la ilusión. Yo camino con una mano en su cintura y con la otra aferro el lapislázuli. Apenas puedo

respirar con inhalaciones completas, de tan consciente que estoy de su cuerpo contra el mío, de cómo, cuando lo miro, veo la vida por la que Sir dice que estamos peleando. Algo sencillo y feliz, solo Mather y yo en una cabaña acogedora en Invierno.

Pero él no es solo Mather: él *es* Invierno. Siempre será Invierno ante todo, y en su futuro hay un palacio, no una cabaña.

Entonces lo ayudo a llegar al fuego y me apuro a empacar lo que voy a necesitar para el viaje, moviéndome y haciendo todo en silencio porque el silencio es infinitamente más fácil que hablar. Y ahora, finalmente, estoy moviéndome y haciendo lo que siempre he querido: ayudar a mi reino.



Cuando yo tenía ocho años, volvimos a mudar el campamento para que fuera más difícil que Angra nos encontrara; esta vez, a Otoño. Hasta entonces, mi vida no había transcurrido más allá de los perímetros de nuestros campamentuchos en el Bosque Eldridge. Pasamos por la capital de Otoño, Oktuber, camino a sus bosques australes, y cargamos nuestros carros y nuestros caballos con provisiones.

Otoño se parecía al frondoso Eldridge tanto como un copo de nieve se parece a una llama. La densa humedad del Eldridge no existía en la frescura seca de Otoño, con sus bosques rojos y amarillos soñolientos, crujientes y de tonos cálidos. Oktuber era un laberinto de graneros endebles y tiendas de color granate, azul brillante y anaranjado, bajo el cielo azul cristalino: un contraste marcado pero bello con los colores terrosos del reino. Pero fueron los mismos otoñeses quienes me dejaron boquiabierta: eran hermosos.

El cabello les caía en zarcillos oscuros como el cielo nocturno, que se mecían entre el polvo que se levantaba de los caminos que serpenteaban por las ciudades de campaña de Otoño. La piel les brillaba con el mismo marrón cobrizo que tenían las hojas de algunos de sus árboles, solo que mientras las hojas estaban arrugadas y secas, los otoñeses tenían rostros perfectamente suaves.

Me toqué la piel, pálida como las nubes que flotaban por encima de nosotros, y pasé los dedos por el gorro que cubría mi cabello de un blanco cegador. Durante toda mi vida, había estado rodeada solamente por los demás fugitivos inverneños. Nunca se me había ocurrido que alguien pudiera tener otro aspecto, pero al contemplar aquellos ojos negros y aquella atractiva piel cobriza, deseé que mi piel tuviera ese bello color, y que mis ojos azules también fueran un misterio oscuro.

Le comenté mi deseo a Alysson, que estaba encargada de velar por que Mather y yo no nos metiéramos en problemas mientras todos los demás acopiaban provisiones. Frunció el ceño al oír mi confidencia.

—El mundo está lleno de gente bella, Meira. Te apuesto que en alguna parte hay una chica otoñesa que desearía tener la piel del color de la nieve tal como tú deseas tenerla del color de la tierra.

Eché un vistazo alrededor pero no vi que nadie estuviera observándonos, al menos no con el mismo anhelo con que los observaba yo. Me toqué el gorro.

—Entonces, ¿por qué tenemos que esconder nuestro cabello?

La mano de Alysson se dirigió a su cabello, envuelto en un lienzo azul. En retrospectiva, el hecho de esconder nuestro cabello no servía de mucho para que la gente no se diera cuenta de quiénes éramos; en todo caso, hacía que nos miraran dos veces: primero reparaban en nuestros sombreros o en nuestras cabezas envueltas en lienzos, y luego, en nuestra piel pálida y nuestros ojos azules, y en lo absolutamente fuera de lugar que estábamos. Pero Sir nunca cejó en su insistencia de que al menos debíamos tratar de mimetizarnos, para que a Angra no le llegaran noticias de nuestro paradero.

Luego de inhalar profundamente, Alysson me tocó la mejilla, con dedos frescos.

—No tendrás que esconderte siempre, querida. Algún día vamos a integrarnos y nuestros rasgos van a pasar inadvertidos, en lugar de llamar la atención.

Dudo que se refiriera a integrarnos a Primavera.

Meto las manos en los bolsillos bajo mi gruesa capa negra, y la lana densa roza las armas que llevo sujetas a la espalda y las piernas. La caperuza de la capa me cubre la cabeza y me esconde en las sombras mientras avanzo con tranquilidad por el camino de tierra y la oscuridad de la medianoche cae sobre mí desde el cielo con una media luna. Cada pocos segundos espío por la caperuza y veo adelante las murallas de Lynia y la puerta al final de este camino, flanqueada por antorchas encendidas y un puñado de guardias de Primavera.

Un escalofrío me recorre la espalda, pero mantengo la postura erguida y sin vacilar, y añado un vaivén atrevido a mi andar a medida que me acerco a la puerta norte de Lynia. El Río Feni borbotea a mi izquierda, señalando la frontera norte de Primavera antes de desembocar en el Mar Destas. Un puente conduce a

la puerta que veo adelante, y une Lynia con la Llanura de Rania, del otro lado del río, mediante un paso amplio de piedra y madera. Mis ojos se dirigen al puente, hacia el campo oscuro que está más allá, pero sigo adelante. Una ruta de escape para tomar en cuenta.

A mi derecha se extiende el Reino de Primavera, drásticamente distinto de la pradera yerma y cubierta de hierba de la Llanura de Rania. De día, se ven colinas ondulantes de un verde exuberante, bosques de cerezos en flor, campos de flores silvestres de un arcoíris de colores. Por la noche, Primavera se parece mucho más a lo que es en realidad: envuelta en sombras, toda bañada en negrura.

No tardamos mucho en llegar a Lynia, al paso vertiginoso que imponía Finn. A poco más de dos días de partir, llegamos a la ciudad portuaria. Escondimos los caballos en un granero abandonado y esperamos hasta la noche; luego nos separamos para acercarnos a Lynia desde el norte y el sur. Entrar a Lynia es la parte fácil; lo divertido será salir.

Hay otro viajero que camina delante de mí, un hombre que cabalga cansadamente. Llega primero hasta los guardias, masculla algo acerca de buscar trabajo en los muelles de Lynia al día siguiente y, al cabo de un momento de murmullos, lo dejan pasar sin problemas. Trago en seco. A juzgar por la exploración previa que hicimos Finn y yo, han aumentado el patrullaje en las murallas y puertas de Lynia, con lo cual es imposible entrar sin ser vistos. Pero sí es posible hacernos pasar por ciudadanos de Primavera y entrar tranquilamente a Lynia con la bendición de los guardias. Me acerco con paso firme.

—Alto —ordena uno de los guardias, al tiempo que extiende una mano para bloquearme el paso.

Doy un paso atrás, con cuidado de mantener el rostro fuera de la luz directa de las antorchas que había a derecha e izquierda.

—Voy a la Posada de la Flor Danzante —recito, el pretexto que habíamos inventado Finn y yo. Hablo con voz grave y profunda para que suene lo más neutra posible—. Voy a ver a un hombre por trabajo.

Lo cual no es del todo mentira. Bueno, lo de la Posada de la Flor Danzante sí lo es; Sir nos habló de ella y de varios sitios más de Lynia. Nuestra verdadera meta es el Torreón, la sede del gobierno de Lynia y, según Sir, el lugar donde está la mitad del relicario. Miro brevemente más allá de los guardias (los cinco) hacia la gran torre circular que asoma por encima de todos los demás edificios de Lynia. Está en el centro de la ciudad, a por lo menos media hora de viaje. Finn tendrá que caminar lo mismo desde su lado de la ciudad.

Vuelvo a mirar a los guardias. Dos de ellos me observan; los demás descansan contra la muralla. Sus pecheras brillan a la luz vacilante de las antorchas: armaduras plateadas con un sol negro en el pecho. El sol de Angra. No estoy segura de cuánto más puedo apretar los puños; ya las uñas se me están clavando en la palma de las manos.

—Cuánta gente viene a buscar trabajo a esta hora. Raro, ¿no?

Uno de los guardias ladea la cabeza, el cabello rubio muy corto, sus ojos verdes transparentes en la combinación de la luz de las llamas y la oscuridad. Exactamente con eso contaba yo.

Por fin levanto la cabeza y la caperuza de mi capa se corre apenas lo suficiente para que la luz me dé en la cara. Las llamas disimularán mis ojos azules tal como lo hacen con los del hombre, con lo cual pareceré, al menos a los guardias, una ciudadana de Primavera con ojos verdes. Los ciudadanos de Primavera tienen la piel algunos tonos más oscura que los inverneños, pero aun así pálida, y la luz amarillenta debería darme el aspecto de uno de ellos al punto de que me dejen pasar. Eso espero. Ningún efecto de la luz bastaría para que mi cabello se viera de otro color que blanco, de modo que lo mantengo bien escondido bajo un gorro negro, lo que también me dará más un aspecto de muchacho que de chica. Eso espero. Demasiados “eso espero”. Me muerdo la lengua, concentrándome en el guardia.

Sus ojos me recorren, y una ceja se levanta con una expresión que me hiela la sangre en las venas.

—¿Y para qué clase de trabajo vas a ver a ese hombre, muchacha? —me pregunta, en tono burlón.

Sus compañeros ponen atención. Que sepan que soy una chica no es ideal, pero es la parte de mi disfraz que menos me preocupa; si se dan cuenta de que soy inverneña, será cien veces peor.

Inhalo para serenarme y esbozo la sonrisa más remilgada que puedo, acercando ligeramente mi cuerpo al suyo.

—Del que tú no puedes pagar —respondo, le guiño el ojo y entro a la ciudad con andar provocativo. Contengo el aliento, esperando que me griten para que me detenga, esperando que uno de ellos me corra y trate de convencerme de que sí puede pagarlo. Pero lo único que oigo es una carcajada, y uno de los guardias aplaude.

—¡Enorgullece a nuestro rey! —grita, y me doy prisa, para dejar atrás a los soldados antes de que el asco o el miedo se apoderen de mí por lo que acabo de

hacer.

Me obligo a concentrarme nuevamente en la tarea que me ocupa. Lynia, el puerto del extremo noreste de Primavera, duerme en calma y no hay rastros de la brutalidad habitual de esta ciudad, principalmente porque el campamento de trabajo para inverneños se encuentra a un día a caballo. Angra no puede permitir que unos esclavos deteriorados y demacrados ensucien la imagen de Primavera cuando atracan barcos mercantes de otros reinos. La paz de Lynia no es más que una máscara pintada para que el resto del mundo pueda fingir que los bienes que compran no fueron hechos por manos inverneñas ajadas y agrietadas.

En las calles cercanas a la puerta no se ve mucho movimiento, pero tampoco están vacías. Hay algunas tabernas con halos de fogatas, de las que emana el bullicio de risas y música en oleadas apagadas. Un puñado de borrachos se tambalea de taberna en taberna, pero eso es todo. Como si el resto de Lynia prefiriera quedarse en la cama a participar en las frivolidades nocturnas.

Conozco suficientes ciudades de Primoria para saber que esto no es normal; en general, en las ciudades sigue habiendo luz y bullicio aun después de la puesta del sol, y es muy fácil atravesarlas. Pero en Primavera, todo está más silencioso y tenso. Si me quedo quieta y contengo el aliento, prácticamente puedo *sentir* la maldad de Angra. El modo en que usa la magia de su conducto para infundir devoción a su pueblo, de manera que todos los ciudadanos de Primavera responden a toda situación como el guardia: “¡Enorgullece a nuestro rey!”

Otros reinos usan sus conductos como se deben usar: para mejorar las ventajas ya existentes de su tierra y su gente. Para que los campos rindan una plétora de frutos, para que los soldados sean fuertes, para sanar a los enfermos. Pero Angra usa su conducto para realzar lo malo, para extinguir cualquier cosa buena a menos que lo beneficie. Para que cada habitante de su reino sea una cáscara vacía de servidumbre.

Tomo un callejón desierto, con el corazón bombeando densos ríos de adrenalina por mi cuerpo, pero no aminoro el paso, ni siquiera al llegar a la pila de cajones que hay al final, contra una pared. Con un movimiento rápido subo a los cajones, trepo por la pared y ruedo sobre las tejas del tejado más cercano, varios pisos arriba. Para los soldados de Primavera, las calles desiertas de Lynia serán más fáciles de patrullar, pero divisar a soldados enemigos en los techos es una tarea ligeramente más difícil.

Algunas tejas se rompen bajo mis botas cuando empiezo a correr, casi al

borde del techo y de tres pisos de aire nocturno. Me lanzo al vacío, y mi capa negra flamea detrás de mí al atravesar la nube amarga de una chimenea. El siguiente techo se desliza bajo mis pies como un campo bajo los cascos de un caballo; todo es velocidad y la sacudida de los pies al golpear suelo firme. Me dejo caer rodando a la sombra de una chimenea y espero un momento, conteniendo el aliento. No hay gritos de alarma. No se oye acercarse el golpeteo metálico de una armadura.

En lo alto de la ciudad, tengo una vista despejada de las tierras que hay más allá de las murallas de Lynia. En el horizonte hacia el sur, se recorta la silueta de los Klaryn como dientes negros, una bestia silenciosa y dormida que vigila a todos los estacionales: el Reino de Verano en el extremo oeste, luego el de Otoño, luego Invierno, y por último el Reino de Primavera sobre el Mar Destas. Ojalá pudiéramos vernos como nos ven las montañas, reposando el uno junto al otro en los brazos de un gigante alerta, en lugar de vernos como enemigos, separados y divididos. Si pudiéramos, tal vez juntos podríamos encontrar la manera de volver a entrar al barranco de magia.

Mis dedos recorren por encima mi bolsillo, donde llevo el trozo de lapislázuli de Mather contra el muslo, y gruño por lo bajo. Sir ya me habría dado una palmada en la nuca para que volviera a concentrarme en lo que estoy haciendo, en lugar de lo que se podría hacer.

Paso por los siguientes tejados sin problemas, encaminándome hacia el Torreón bajo el cielo negro azulado. Lo único que me preocupa ahora es la sombra que trepa por la pared occidental de la torre. Finn será un pésimo soldado, pero como sea, su físico bajo y rechoncho ha superado al mío, delgado y apenas ligeramente más alto, en todas las misiones que hemos compartido.

Sin vacilar, me descuelgo desde el último tejado a un mástil horizontal que sobresale del costado de la torre, y debajo de mí flamea la bandera de Primavera: un sol negro contra un fondo amarillo. Esos mástiles aparecen de tanto en tanto, casi como si los arquitectos los hubieran incluido en el diseño por si los soldados enemigos necesitaban una manera rápida de entrar. Cuando reconstruyamos Invierno, no habrá mástiles en los edificios. En ninguna parte. Punto.

Alféizar, balcón, alféizar, mástil... Sigo saltando de uno al otro hasta alcanzar el balcón más alto. Se ve el resplandor cálido y anaranjado de una fogata por una abertura entre las gruesas cortinas, y Finn ya está allí, posado en la cornisa del balcón, sonriéndome.

Me lanzo frente a él y articulo, sin voz: *Te odio.*

Su sonrisa se hace más ancha.

Esperamos un momento, atentos a cualquier señal de vida en el interior. Según Sir, esta habitación es la oficina del alcalde. No nos llega ningún sonido salvo el crepitar constante de una fogata y el suave susurro de las cortinas al rozar el piso de piedra por la brisa. Echo un vistazo por encima de mi hombro y observo la noche debajo de nosotros. Desde el balcón, es una caída directa a la calle con algunos alféizares en el trayecto. Otra ruta de escape a tener en cuenta; al menos, del Torreón.

Pasamos al piso del balcón y nos acercamos a las cortinas. Finn espía por una abertura; sus ojos se iluminan con el tenue resplandor dorado, y luego me mira y asiente. La habitación está vacía.

La adrenalina me hace estremecer mientras tomo una de las cortinas, la abro y entro a la oficina con sigilo.

En el rincón del fondo ruge el hogar encendido, con una gran pila de leños; seguramente el alcalde piensa regresar pronto. Hay sillas de respaldo alto colocadas en círculo en una alfombra escarlata frente al fuego, y un escritorio contra una pared. Sobre el escritorio hay colgado un viejo mapa amarillento que muestra los reinos de Primoria rodeados por el Mar Destas al este, la extensión interminable de la Llanura de Rania entre los reinos y al oeste, y hacia el norte y el sur, montañas imposibles de cruzar. En las paredes hay algunos soportes para antorchas, pero eso es todo: sencillo y austero. Me dirijo al escritorio mientras Finn, que sigue en el balcón, vigila la puerta cerrada de la oficina.

La mayoría de los cajones están sin llave, llenos de plumas, tinteros y láminas de pergamino en blanco. Mis dedos recorren el contenido a toda velocidad, revisando y buscando con el menor ruido posible. La información que nos dio Sir justo antes de nuestra partida regresa a mi mente por un instante y ayuda a calmar mi corazón acelerado: *Logramos robar un mapa del Torreón; pensamos que lo tienen escondido en alguna parte allí abajo, en un sótano, quizás. Donde sea que esté, estará bajo llave; entonces, busquen primero la llave, que seguramente estará en la oficina del alcalde.*

Repito esas palabras en mi mente mientras reviso los cajones, levanto papeles, muevo tinteros. Nada.

Finn me chista cuando se oyen voces que se acercan más allá de la puerta; alguien viene.

Me invade el pánico, en oleadas vertiginosas que me dificultan revisar todo con cuidado. Cierro el último cajón; las voces ya están lo suficientemente cerca

como para captar algunas palabras: “Qué honor tenerlo aquí”; “Bienvenido, Herodes”.

Tropiezo con el escritorio. Mi cuerpo tiembla de pavor y miro los ojos de Finn, del otro lado de la habitación. Mi boca forma la pregunta: ¿Herodes?

Finn me hace señas de que me apure. Nada cambia en su semblante; sus cuarenta y dos años lo hacen ligeramente más capaz que yo para controlar las emociones. Pero no son solo emociones las que despiertan en mí al oír el nombre. Los recuerdos acuden a mi mente como golpes, uno tras otro, sangre, horror y miedo, todo provocado por el General Herodes Montego.

Hago a un lado las imágenes de nuestros soldados regresando al campamento tambaleantes, con huesos sobresaliéndoles del pecho, delirando de dolor, y me aferro al consejo de Sir: *Concéntrate en el objetivo. No te distraigas. No te dejes dominar por el miedo; el miedo es una semilla que, una vez que se siembra, nunca deja de crecer.*

Nada de miedo; ahora no, aquí no. Vuelvo a recorrer con la mirada la superficie del escritorio con desesperación, al tiempo que llegan risas del otro lado de la puerta. Ya llegaron...

Una carta, colocada debajo de un pesado pisapapeles de hierro con forma de flor silvestre. Tomo la carta sin detenerme a analizar lo que dice y me lanzo hacia el balcón; mis botas rozan el piso de piedra. Un segundo después de que salgo, después de que las cortinas vuelven a su sitio, un segundo después de que hubieran podido ver mi sombra en el piso de piedra, se abre la puerta y las voces nos llegan de lleno.

Finn espía por la hendija que queda entre las cortinas y levanta la mano, y con los dedos me indica cuántos ve. Cinco soldados. Dos criados. Cuatro nobles.

Baja la vista al papel que tengo en la mano y asiente, concentrado a medias en la conversación que transcurre detrás de las cortinas.

Me acomodo, agazapada frente a él, y respiro hondo para calmarme antes de mirar el papel. Mis manos dejan de temblar lo suficiente para poder sostenerlo a la luz que sale por la hendija.

Informe: A todos los oficiales de Primavera
Estadísticas demográficas de los campamentos de trabajo
Campamento April: 469
Campamento Bikendi: 141
Campamento Zoreon: 564

Campamento Edurne: 476

Luego el documento describe cuántas muertes, cuántos nacimientos y qué cosas fueron construidas por qué campamentos. Pero mis manos vuelven a temblar y no logro enfocar las palabras.

Son estadísticas de los inverneños que están en los campamentos de trabajo de Primavera. Los números son... personas.

Toco los números con dedos temblorosos. ¡Qué pequeños los totales! ¿Sabíamos que la situación era tan mala? Yo sospechaba que lo era; las lecciones de Sir acerca de la caída de Invierno habían sido gráficas. Su descripción de cómo Angra planificó el ataque, como si supiera que Invierno caería ese preciso día, cómo apostó cada uno de sus soldados en Invierno y fue trasladándolos en secreto hasta que todo estalló en una oleada de destrucción imposible de evitar. No había adónde huir: Angra bloqueó todas las salidas hacia Otoño, o hacia los Klaryn, o hacia el Río Feni por el norte. Nos encerró entre barricadas en nuestro propio reino, y cuando rompió el relicario, cuando nuestros soldados se quedaron sin magia que les diera fuerza para oponérsele, caímos. Apenas veinticinco logramos escapar.

Ahora siento el peso de eso. El hecho de ver las estadísticas me demostró lo que Sir venía diciendo desde hacía años: que cada día estamos al borde de que los inverneños pasemos a ser nada más que un recuerdo.

—Confío en mi rey, claro que sí —resuena una voz en la habitación.

Levanto la cabeza al instante; toda la adrenalina y el miedo se convierten en ira. Finn aprieta los labios a modo de advertencia, y en respuesta le doy el papel.

—Y sé que, según lo planeado, debía estar aquí más tiempo —prosigue la voz—. Pero lo quiero fuera de mi ciudad. Esta misma noche. Antes de que caiga sobre nosotros más escoria de Invierno.

El alcalde. Exhalo. El relicario sigue aquí; todavía no lo hemos perdido. Mi alivio no dura mucho; Finn examina el papel, me mira, y su expresión no es de miedo ni de consternación: es solo de dolor. De pesar.

Mis ojos se dilatan. ¿Sabías que estaba tan mal?, articulo.

Se guarda el papel en el cinturón y asiente una vez. Sí, lo sabía. Probablemente lo saben todos en el campamento. Es solo una de las cosas de las que no hablan, una de las partes demasiado dolorosas de nuestro pasado. Y yo también lo sabía, solo que no tenía en la mente los números exactos para alimentar mi rabia.

Herodes ríe, y mis nervios se inflaman más aún. Qué bien me sentiré cuando lo mate.

—Tranquilo. En una hora ya no estará aquí.

—Aquí está a salvo. —Otra voz. Probablemente uno de los concejales de Lynia—. No me importa si los inverneños saben que está aquí. Lynia puede protegerlo mucho mejor que cualquier otra ciudad...

—¡Silencio! —grita el alcalde.

Pero Herodes ríe entre dientes.

—Ambicioso, su hombre.

—Ambicioso, no —lo corrige el concejal. Oigo un sonido de roce cuando alguien atraviesa la oficina. El corazón me rebota en las costillas... Se acercan al escritorio. ¿Se darán cuenta de que falta el papel?—. Seguro. La caja de seguridad que construimos para él... es perfecta. Y arriba el Torreón...

Excelente: la ubicación de la mitad del relicario. Sir estaba en lo cierto: está debajo del Torreón.

Desde adentro, se oye un movimiento brusco seguido por el crujido de la cara del concejal al toparse con el puño de Herodes. Los cuerpos se mueven, caen sillas, y en medio del alboroto se eleva la voz de Herodes.

—¡No hablen de su ubicación! Ese fue el arreglo: ustedes lo esconden y no dicen una sola palabra sobre su ubicación. No está seguro mientras ese muchacho respire.

Eso me irrita. *Mather seguirá respirando mientras yo respire, asesino.*

Pero el concejal no reacciona. Algo se mueve, y me doy cuenta de que son los papeles en el escritorio, el golpe seco de un pisapapeles. Miro a Finn con ojos dilatados, y él hace una mueca incluso antes de que el concejal hable.

—El... —empieza a decir el concejal, obviamente confundido—. Aquí falta algo.

Una pausa, y luego un gruñido que resuena en la quietud. Siento en el aire el sabor de la furia de Herodes cuando su gruñido se transforma en tres palabras que hacen que mi corazón dé un vuelco.

—No estamos solos.



Resuenan pasos de botas. La cortina se abre al tiempo que Finn y yo saltamos de cara al vacío en la noche fresca.

—¡Inverneños! —grita Herodes—. ¡Échenle llave ahora mismo!

En los segundos de caída libre hasta llegar al suelo, me encuentro ante dos opciones: seguir cayendo y rodar al llegar a la calle, y salir de Lynia a toda prisa con la esperanza de poder volver a entrar más tarde, o aferrarme al edificio y buscar la manera de entrar. Con llave o sin ella, estamos tan cerca de la mitad del relicario que algo tan pequeño como un trocito irregular de metal no debería detenernos. Pero el plan era que si alguno de los dos se encontraba en problemas, Finn y yo debíamos reagruparnos fuera de la ciudad. Pero si nos marchamos ahora será imposible volver a entrar. Van a cambiar de lugar la mitad del relicario sin pensarlo dos veces, y volveremos a estar como empezamos.

Mi cuerpo toma la decisión antes que yo. La pared de piedra me desgarra los dedos mientras trato de aferrarme, y veo pasar dos alféizares antes de encontrar apoyo en uno. Mi cuerpo se detiene con una sacudida y mis muñecas gritan al tener que soportar mi peso tan abruptamente. Las flechas rozan apenas mis piernas agitadas y mis brazos que se esfuerzan por aferrarse a la piedra, buscando dónde apoyar los pies, y aprovecho unos huecos donde se perdió el cemento para impulsarme hacia arriba y trepar por el alféizar.

La ventana se abre hacia adentro y caigo por ella, parpadeando en la oscuridad hasta que mis ojos se adaptan. *Por favor, que esta habitación no sea nada que tenga soldados adentro.* Tal vez una cocina, o una recámara acogedora, o... —miro alrededor, agitada— un depósito. Es un depósito, casi vacío: solo unas pilas de cajones en sombras en el espacio angosto y en penumbras. Perfecto.

Afuera se oye la voz de Herodes, que grita acerca de las fallas de Lynia. Espío por la ventana y diviso la silueta rechoncha de Finn huyendo por un callejón. Se detiene y la luna le ilumina la cara mientras escudriña la zona. No me ve, y no quiero llamar la atención de ningún primavereño al hacerle señas. Ahora regresará al campamento, lo sé: otro de nuestros protocolos. Si uno de los dos desaparece, el otro debe marcharse inmediatamente.

Antes de que yo llegue a tomar plena conciencia de lo que hice, de lo sola que estoy ahora, Finn desaparece. Le dirá a Sir que me esfumé en el caos, y Sir gruñirá acerca de que nunca debió dejarme venir.

Tengo que demostrarle que se equivoca.

Como tengo los brazos demasiado cansados por aferrarme al alféizar como para arrojar mi chakram, me conformo con los cuchillos curvos que tengo escondidos en las botas. Con uno en cada mano, cruzo con sigilo el cuarto angosto. La puerta se abre fácilmente y salgo, los cuchillos listos, el corazón acelerado.

Pero el corredor está vacío, iluminado apenas por alguna que otra antorcha en la pared. El piso tiene un declive que asciende hacia la derecha y desciende hacia la izquierda. Corro hacia la izquierda; los sonidos de furia y caos se van acercando desde arriba. Sin duda, Herodes está bajando por el Torreón, gritando a los hombres que están abajo para advertirles de mi presencia. Lástima, voy a llegar antes que él.

Algunos pisos más abajo, paso del corredor al vestíbulo central, una sala majestuosa de piedra gris con gruesas cortinas verdes. La hora tardía me favorece: no hay hombres allí. Todos están con el alcalde.

Los gritos de Herodes resuenan en el corredor, más y más cerca. Recorro la sala con la vista; mi pulso acelerado me deja los pulmones sin aire, y jadeo al revisar cada rincón. A mi izquierda aparece una puerta de casi tres pisos de alto; la salida, seguramente. Hago un conteo rápido: otras cuatro puertas salen de la habitación, dos cerradas, dos abiertas. Por las dos abiertas veo un largo comedor y una cocinita oscura. Eso deja las dos puertas cerradas.

Me guardo uno de los cuchillos en la manga y ataco la primera puerta. Se abre sin dificultad y entro a... un lugar muy, pero muy malo.

A mi izquierda y derecha se extienden dos largas filas de literas, en su mayoría ocupadas por las formas abultadas de soldados dormidos. Una barraca para los guardias del Torreón. Por el terror, se me escurre una gota de sudor por la espalda. Detrás de mí, entra la luz de las velas de la araña que pende sobre el

centro del recibidor, y se me escapa un sonido agudo de sorpresa; inmediatamente me tapo la boca con la mano. Por un momento nadie se mueve, y justo cuando pienso que quizá pueda salir sin problemas, me llega el grito de Herodes, apenas un piso o dos más arriba.

—¡A las armas! —grita, y eso basta para que todos los soldados dormidos despierten al instante, se pongan de pie y busquen sus armas.

Agarro la puerta, la cierro de un tirón y corro hacia la otra puerta cerrada. Está cerrada, *demasiado* cerrada, y cuando los soldados de la barraca abren su puerta, estoy sacudiendo la última puerta y escupiendo hasta la última palabrota que conozco.

—Santa nieve, hielo y escarcha.

Por suerte, a Sir le gusta ponernos a prueba a Mather y a mí con desafíos tontos como *Fuercen la cerradura de este baúl, su cena está adentro.* Esas pruebas y la ganzúa del largo de un dedo que llevo en el pelo al fin resultan útiles, aunque no pienso decirle eso a él. Con un cuchillo bajo el brazo, empiezo a trabajar con la cerradura.

Los soldados salen de su habitación. Herodes se acerca. La cerradura no cede, ya sea porque estoy demasiado nerviosa o porque tengo las manos húmedas de sudor, o simplemente porque necesito más práctica en forzar cerraduras. Mis posibilidades de salir del Torreón disminuyen con cada respiración, cada latido acelerado de mi corazón resuena en todo mi cuerpo.

—¿Quién necesita llave? —gruño, al tiempo que retrocedo y la emprendo a patadas contra la cerradura con toda mi fuerza. La cerradura se rompe y la puerta golpea contra la pared. Una escalera baja curvándose y se ve luz abajo, un resplandor amarillo.

—¡Alto!

Me doy vuelta rápidamente. Herodes entra al vestíbulo y su enorme corpachón se detiene del otro lado de la sala. Un tiro perfecto para el chakram; malditos mis brazos que tiemblan tanto. Pero los soldados se interponen entre nosotros, casi todos a medio vestir, con armas en las manos y parpadeando para despejarse los ojos soñolientos. Demasiados para atacarlos a todos juntos.

Herodes me mira con furia y su rostro enrojece.

—¡Inverneña!

Me lanzo a la escalera y doy un portazo, pero mi patada rompió la cerradura y la puerta no se cierra. Aunque signifique perder un cuchillo, meto uno de los

míos en la cerradura con todas mis fuerzas y lo clavo al marco de madera. Resistirá lo suficiente para darme un poco de ventaja.

A medida que bajo, la escalera se pone resbaladiza y las paredes están recubiertas por algo que huele a excrementos de burro. Esto no es un simple sótano, y al inhalar profundamente comprendo con exactitud adónde voy, donde escondieron la mitad del relicario: las cloacas. Ah, qué divertido.

Apenas un par de inhalaciones sofocadas más tarde, me llega desde abajo el eco de voces ásperas. Pruebo mis brazos, que ya no tiemblan tanto; saco mi chakram y cierro la mano con fuerza en torno a la empuñadura gastada, tan familiar.

—¡Rápido! Hay conmoción arriba. Mejor nos damos prisa.

Me detengo en la última curva de la escalera; el resplandor de la lámpara es intenso. Están cerca. Al alcance del chakram. Como a mí me gusta.

—No pienso tocar eso. ¡Ya sabes lo que es! Recógelo tú.

A juzgar por los sonidos de la conversación, parece haber solo dos.

El otro hombre gruñe.

—¡Soy tu superior! Te ordeno que recojas el maldito pedazo de relicario.

Sonrío. Es mi señal para hacer entrada.

—Vamos, muchachos, no se peleen. Lo recogeré yo.

Salgo de la escalera con el chakram hacia atrás, listo para ser lanzado. En efecto, estamos en una cloaca: a mi alrededor se abre un túnel, que contiene un río de desperdicios turbios, con pasarelas de unos treinta centímetros de alto a cada lado. En la pasarela más lejana espera un hombre con algunos caballos; el otro hombre está metido hasta los tobillos en los desperdicios de Lynia. Muy pocos hombres, pero de haber más llamarían demasiado la atención.

Atrás, los hombres han retirado un ladrillo de la pared, y en el hueco, alumbrada por algunos faroles, brilla una caja azul. Me lleno de alivio. Tras años de búsqueda, la mitad del relicario está por fin al alcance.

Apunto el chakram al capitán que está con las botas embadurnadas en la mugre pringosa. Sus ojos me recorren.

—¿Acaso los inverneños ahora envían niñas a hacer su trabajo sucio? —se mofa—. ¿Por qué no bajas eso antes de que alguien se lastime?

Empujo mi labio inferior hacia afuera y agrando los ojos.

—¿Esto? —pregunto, y bajo el chakram. Ahora apunta al muslo izquierdo del capitán—. Me lo dieron y me dijeron *¡arrójalo!* Ni siquiera sé cómo se usa...

Los soldados se burlan, sus risas guturales indican que están seguros de

ganar esta pelea. Cuando el capitán avanza, dejo volar el chakram y arqueo el cuerpo. El chakram atraviesa la cloaca, hace un corte limpio en la pierna del capitán y regresa a mí en un círculo elegante y decidido. El hombre grita y cae en la inmundicia, aferrándose el muslo como si... bueno, como si yo acabara de cortárselo.

—Ah. —Paso una mano por el lado plano de la hoja—. Conque *así* se usa.

El otro soldado me mira desde la pasarela de enfrente, con las manos extendidas como si estuviera a punto de ponerse a bailar. O a correr. Quizá sea más probable lo segundo. Pero luego sonríe, y el cambio de la expresión de miedo a diversión es tan súbito que un asomo de inquietud me aprieta el estómago.

Magia.

La palabra se me cruza por la mente como si siempre hubiera estado allí, una tenue pulsación de conocimiento que me decía que todo parecía raro. Mal. Y *estaba* mal, todo, porque el soldado baja los brazos y endereza los hombros, y su cuerpo se transforma ante mí. Sus huesos crujen y vuelven a formarse, sus músculos se estiran con un desgarro repugnante. El soldado no es un soldado; al menos, no un soldado insignificante y sin nombre, y el capitán al que herí ríe desde su posición fetal, con una mezcla de expectación y dolor.

El hombre al que había oído no era Herodes. Por supuesto que no. Herodes no perdería su tiempo haciendo sociales con el alcalde; estaría allí, con la mitad del relicario, esperando pescar ladrones.

Herodes termina su transformación hasta que lo único claro que queda en él son su cabello dorado, sus ojos verdes y su piel pálida; el resto de su persona es todo sombras, como testimonio de la maldad de su amo. Además es enorme; casi toca el techo con la cabeza, y tiene hombros fuertes: el cuerpo de alguien que nació con una espada en la mano. Lo cual no habrá sido muy divertido para su madre.

Me inclino para lanzar mi chakram pero Herodes salta de la plataforma, da un paso por los desechos inmundos y se arroja hacia mis rodillas. Tropiezo en la pasarela y caigo en medio del lodo cloacal; quedo sin aliento por la embestida de Herodes y la repentina inmersión en las heces. Herodes toma el chakram y lo pone en la pasarela, fuera de mi alcance; luego me sujeta los brazos por encima de la cabeza en una torsión dolorosa, y se mofa de mí mientras en la escalera resuenan pasos. El no-Herodes y sus hombres han logrado abrir la puerta.

Esto podría haber salido mejor.

Me retuerzo en sus manos, y algo que está en mi bolsillo se me clava en la cadera... ¿un arma? No, la bola de lapislázuli de Mather. Para lo único que sirve en este momento es como un doloroso recordatorio de Mather, de Invierno, y de cómo nunca va a perdonarse si algo me sucede.

Los dedos de Herodes me aprietan los brazos, y hago una mueca de dolor. Me está apretando justo por encima de la única arma que me queda: el cuchillo en la manga.

—¡Sir!

Un soldado entra a la cloaca a toda velocidad. Es el no-Herodes, que poco a poco está recuperando su propia forma. He oído relatos sobre la magia para la cual Angra usa su conducto, más allá de controlar a su gente. Historias contadas en susurros cuando la gente regresaba de las misiones en una maraña de extremidades fracturadas, recuerdos compartidos al calor de la fiebre y el sufrimiento. Angra usa su magia para inducir visiones tan reales que enloquecen a la gente, para quebrar los huesos de los traidores y arrancarles los órganos mientras siguen vivos, y para transformaciones como esta.

Cuando Herodes me levanta, el único solaz que encuentro es que los dos estamos cubiertos de excrementos.

—Átenla. Se la llevaremos a Angra —ordena, y se me acerca demasiado mientras un soldado me envuelve las muñecas con una cuerda—. ¿Tienes miedo, niña soldado?

Me obligo a mirarlo a los ojos. No puedo darme el lujo de tener miedo. Cuando estamos en el campamento, a salvo en nuestras tiendas, y Sir me explica toda clase de maneras horrendas de morir, no puedo demostrar miedo. *El miedo es una semilla que, una vez que se siembra, nunca deja de crecer.*

Pero yo estaba allí cuando Gregg, uno de nuestros soldados, regresó herido al campamento hace seis años. Él y su esposa, Crystalla, habían sido capturados durante una misión en April y los habían llevado al campamento de trabajo más cercano. Gregg nos habló de eso, farfullando presa de la locura, acerca de los trabajos extenuantes, las condiciones penosas de vida, y el modo brutal, inhumano en que Angra hizo que Herodes matara a Crystalla. Gregg apenas pudo escapar con vida, y hasta eso perdió un día después, cuando su cuerpo ya no pudo soportar las heridas infligidas por Herodes.

Me recorre un estremecimiento, y sé que Herodes lo percibe. Esa semilla de miedo.

No puedo morir como Crystalla.

Un soldado me sube a un caballo y me ata las muñecas a la montura. Se me enciende la esperanza en el pecho: no me revisaron en busca de armas. Ya sea por el caos de mi intrusión o por la necesidad de sacar de Lynia la mitad del relicario lo más pronto posible, no lo sé; el caso es que todavía conservo mi cuchillo. Todavía tengo una oportunidad.

Herodes saca del hueco la caja con el relicario, la sostiene un momento y me mira. Ese rostro, esa crispación socarrona de sus labios: este es el monstruo del relato de Gregg, a quien Angra usa para destruir a sus enemigos de las maneras más brutales. A Angra no le gusta ensuciarse las manos, cuando puede observar la danza de sus marionetas en espléndidas demostraciones mientras él los controla con su Conducto Real. ¿Por qué ser el perro cuando se puede ser el amo?

Herodes guarda la caja en la alforja más cercana a mí. Antes de montar, recoge mi chakram de la pasarela, se lo pasa de mano en mano y me mira con esa expresión de desdén y burla. Monta de un salto su semental y guarda el chakram en la alforja que está del otro lado de su caballo. Ya no tengo manera de recuperarlo.

—Si tratas de escapar, estarás muerta mucho antes de que lleguemos a April —me advierte.

Contengo el aliento y retuerzo las muñecas con el mayor disimulo posible hasta que el cuchillo cae en la palma de mi mano.

—Y yo te mataré antes de que todo esto termine.

Herodes sonríe, y su expresión sanguinaria se hace más perceptible. El estómago se me retuerce de asco con nudos pertinaces: le agrada que me resista. Es algo para tener en cuenta.

Con un grito, Herodes ordena a los hombres que se retiren. Toma las riendas de mi caballo y me pone en marcha; mi pierna choca contra su alforja. Puedo sentir la cajita cuadrada presionando mi espinilla. Lo único que la separa de mí es una capa de cuero.

Necesito mantenerlo distraído, concentrado en otras partes corporales que no sean mis manos.

—¿Cómo están?

La pregunta es rápida y concisa. Me refiero a los inverneños que están en los campamentos de trabajo.

Trago en seco. Dos cuerdas están cortadas. Una más...

Herodes se vuelve hacia mí. Sonríe con desdén y acerca mi caballo al suyo

de manera que quedo cadera a cadera con él.

—La espina dorsal del Reino de Primavera. Aunque ustedes mueren demasiado pronto para mi gusto.

Unas fibras más y la cuerda se desprende de mis muñecas. Resisto la necesidad de estirar mis pobres brazos maltratados y me concentro en Herodes, en hacerle creer que me he resignado a mi destino.

Me vuelvo hacia él, lo miro a los ojos y me inclino un poco en mi montura.

—Bueno, pues yo conozco un inverneño que no va a morir. Y va a destruir a Angra.

Herodes hace exactamente lo que yo esperaba que hiciera: suelta las riendas de mi caballo el tiempo suficiente para darme una bofetada. El golpe me tira la mano hacia arriba, la mano que había logrado meter en su alforja y cerrar en torno a la cajita azul.

Pateo fuerte a mi caballo y lo lanzo por la pasarela, a tanta velocidad que Herodes todavía tiene la mano en el aire cuando se da cuenta de que estoy libre... y tengo la mitad del relicario.

—*¡No!* —grita, y su voz cascada retumba en las paredes de piedra.

Acicateo a mi caballo y galopamos por el costado de la cloaca hasta escapar a la oscuridad, fuera del alcance de los faroles. Vuelan flechas pero dan contra la piedra y se pierden sin nada a qué apuntar. Oigo cascos de caballo detrás de mí, seguidos por gritos e improperios, y tomo nota mental de poner siempre, *siempre* un puñal en mi manga cuando salga en alguna misión.

Aparentemente, el caballo sabe adónde va, así que me limito a hacerlo ir más rápido. Seguramente él siente tanto asco como yo por aquel hedor y recuerda cómo llegó allí abajo; lástima que su nueva jinete esté cubierta de excrementos. Hago una arcada de asco, y por fin me calmo lo suficiente para sentir el olor repulsivo que tengo.

Cambio las riendas de mano, y llevo la otra tan apretada contra el vientre que mañana tendré allí un hematoma en forma de caja. Una marca de mi proeza: Meira, la primera soldado que recuperó la mitad del relicario de Invierno. Un manantial de orgullo brota dentro de mí, y me aferro a ese sentimiento con tanta fuerza como a la caja.

El caballo dobla una curva más y salimos a la superficie. El aire fresco de la noche me hace sonreír y clavo los talones en el caballo para que vaya más y más rápido. Todavía no estoy del todo libre.

Estamos a pocos segundos de la puerta norte cuando los guardias que están

apostados allí se dan cuenta de lo que pasa. Buscan rápidamente la palanca que baja los barrotes de hierro, pero es demasiado tarde: hago seguir al caballo y echo un vistazo al guardia que me detuvo al entrar. Sus ojos se dilatan al reconocerme, de modo que al pasar me quito la gorra negra que me cubría el cabello, y cruzo al galope el puente sobre el río Feni. Mis mechones blancos flotan a mi alrededor, algunos pegoteados con los desechos cloacales, pero la mayoría al viento. Una nevisca viva, un vibrante recordatorio blanco de que no han esclavizado a todos los inverneños. Algunos seguimos con vida. Algunos seguimos libres.

Y algunos estamos medio relicario más cerca de recuperar nuestro reino.



Tardo dos días en llegar al campamento, deteniéndome solamente para un puñado de descansos de media hora. No veo a Finn por el camino, pero tengo que creer que es porque volvió al campamento a toda prisa y con la misma ferocidad, y que llegó antes que yo, no porque no logró salir de Lynia.

Desmonto de un salto del pobre caballo exhausto y lo llevo a un arroyo, donde bebe agua como si nunca hubiera probado algo tan dulce. Mientras bebe, cruzo el arroyo y subo la colina con dificultad; la hierba empuja contra mis muslos. Allí, bajo un cielo azul despejado, está nuestro campamento, como si nunca me hubiera marchado.

En el corral hay un caballo que tiene en su ropaje la *L* dorada de Lynia: Finn regresó a salvo. Me tranquilizo e inhalo el aroma terroso del pasto al sol. No habrá más prisioneros de Herodes que lleguen al campamento ensangrentados y abatidos. Al menos, hoy no.

Echo los hombros hacia atrás y camino hacia el campamento con toda la dignidad que puedo, teniendo en cuenta que todavía estoy cubierta de excremento seco. Sin embargo, no hay nadie: nadie atizando una fogata para el desayuno ni lavando ropa en el pozo. Eso significa que casi todos estarán en la tienda de reunión, la más grande de nuestras estructuras amarillas y marrones. No me molesto en alertar a nadie sobre mi presencia; repliego la puerta y entro, dejando restos de suciedad en la alfombra marrón descolorida.

Nuestros cinco hombres están agrupados en torno a una mesa de roble mellada que está en el centro de la habitación. Sus rostros están contorsionados en diversos grados de preocupación, desde una mueca silenciosa hasta llegar a los gritos, tan enfrascados que al principio no reparan en mí.

—¡Tenemos que enviar a alguien a buscarla! Cada momento que perdemos es otro momento en que podría morir —grita Greer. Su voz profunda se escucha más lejos que todas, pero rara vez habla en las reuniones. Me arde la piel de los brazos. Si él está tan nervioso al punto de hablar, deben estar todos muy preocupados.

—No debí permitir que fuera —gruñe Sir—. ¿Cómo la perdiste, Finn?

La puerta de la tienda cae en su sitio con un crujido, y los hombres se dan vuelta como uno solo; las palabras mueren en sus bocas mientras cinco caras me miran con asombro. Cinco caras con ojos en diversos tonos de azul; cinco caras envejecidas por la guerra, la muerte y dieciséis años de vida nómade. Algunos todavía tienen las extremidades vendadas desde su última misión.

—No entren en pánico, caballeros... Estoy viva —anuncio, con forzada arrogancia para disimular lo exhausta que estoy. Me aseguro de rozar a Finn con la parte más sucia de mi capa cuando paso entre él y Henn. La caja con el relicario se despega de la palma de mi mano como un bloque de hielo que se me hubiera adherido a la piel y cae con un golpe seco sobre una pila de mapas que están en la mesa.

Silencio. Un silencio se asombro, de estupefacción, de “tengo que estar soñando”. Se me refresca el pecho y espero el más leve y delicado atisbo de orgullo. Al colocar sobre la mesa la mitad del relicario completé la misión, y ahora que terminó, ahora que triunfé, he demostrado por fin lo que quería desde hacía tanto tiempo. *Esto*. Que puedo ayudar a Invierno. Que puedo aprovechar aquello que hago bien —el pensamiento rápido, el combate a distancia, el sigilo — para ayudar a mi reino. Pero solo siento... cansancio.

Doy un paso atrás. Me observa el grupo de siempre: Sir, Finn, Henn, Greer... y Mather.

Él es el único que no volcó toda su atención a la caja en el instante en que la puse en la mesa. Es imposible interpretar la expresión de sus ojos azul gema clavados en mí; su rostro tiene una expresión que puede ser alegría u horror. Elijo pensar que es alegría.

—Meira.

Hago una mueca y me doy vuelta hacia Sir, que está de pie, recogiendo la caja.

—¿Sí?

No me mira; solo abre la cerradura y levanta la tapa, y su rostro palidece con una sorpresa soñada. Desde aquí no veo la mitad del relicario, pero sé lo que está

mirando. Dieciséis años de lucha, de esperanza de que, cuando podamos volver a unir las dos mitades de nuestro conducto, estaremos más cerca de recuperar nuestro reino.

—Tú...

Sir me mira. Vuelve a mirar el contenido de la caja. Y nuevamente a mí.

Lo he dejado sin palabras. Extrañamente, ese pequeño triunfo me alivia más que el hecho de haber recuperado la mitad del relicario y sobrevivido a Primavera.

Sir empieza a preguntar algo, pero luego respira hondo y tose al inhalar el hedor que emana de mí.

—¡Alysson! —llama, exhalando—. Por el amor de todo lo frío, ¿quieres prepararle un baño a Meira?

Río mientras Alysson llega a toda prisa desde una tienda contigua. Extiende la mano hacia mí, se crispa al darse cuenta de lo que va a tocar y opta simplemente por invitarme a salir con una seña.

—Y cuando termines, Meira —añade Sir desde adentro— vas a contármelo *todo*.

—Sí, Sir —respondo, sin molestarme en esconder una sonrisa.

Mientras salgo, oigo la voz de Sir detrás de mí.

—Santa nieve. De veras lo logró.

No es un elogio, pero de todos modos me hace sonreír. Sí, de veras lo logré.

Hacen falta cinco baldes de agua, dos jabones y una pequeña fogata para quitarme la mugre de la cloaca. Una vez que la última de mis prendas arruinadas está ardiendo en la fogata, Alysson sale para ocuparse de mi caballo robado. Me pongo una camisa blanca limpia y pantalones negros —dulce nieve, *ropa limpia* — y dejo que mi cabello mojado se seque al viento mientras regreso a la tienda de reunión.

Respiro hondo, armándome del coraje que me queda para enfrentar a Sir, y entro. Han corrido a un lado la mesa gigante de roble para hacer lugar para unos cuantos almohadones, que tienen la tela gastada y tirante sobre el relleno de lana y pasto. Dentro del círculo de almohadones esperan dos tazones: uno con vegetales calientes, y el otro con un puñado de bayas congeladas. Los almohadones rodean otra cosa que me hace contener el aliento en el aire tibio y aterciopelado: un fogón circular de hierro, lo bastante apartado como para que

los almohadones no se quemen pero suficientemente cerca para que la tela se impregne con el olor terroso de los leños encendidos.

De los nabos y las cebollas se desprende vapor, que asciende formando volutas con un aroma sabroso y dulce. Pero es el tazón de bayas lo que hace que mi estómago se estremezca de entusiasmo mientras me siento sobre un almohadón. No he comido bayas congeladas desde mi último cumpleaños, hace siete meses, y al ver el tazón con esferas negras y rojas escarchadas me despierta más que apetito. Alysson las prepara para ocasiones especiales, o al menos lo intenta, cuando se puede encontrar suficiente hielo para que las bayas se solidifiquen. Son un manjar inverneño, algo que todos los demás refugiados comen con solemnidad reverente.

Y hablando de manjares inverneños...

Las brasas se acomodan, y de ellas emana una nube cálida. Brota el sudor en mi frente, y me pica la nariz con el olor del calor. No es para abrigarnos que tenemos este fogón (creo hablar por todos los inverneños cuando digo que preferiríamos congelarnos por completo que estar cerca de cualquier tipo de chispa), sino por la memoria. Es por la misma razón que tengo en la mano un puñado de bayas que se van descongelando lentamente.

El año pasado, Finn y yo compramos comida en un mercado pequeño en las afueras del Reino de Ventralli, uno de los rítmicos. Mientras estábamos allá, él encontró este fogón sepultado bajo una pila de chucherías de hierro que un herrero estaba derritiendo. Cuando gastó en él la mitad de nuestros magros ahorros, supuse que Sir le daría una tunda y que lo obligaría a intentar venderlo otra vez. Pero la expresión de Sir cuando Finn llegó al campamento cargando ese fogón me produjo un estremecimiento de impotencia en todo el cuerpo. La atracción suave y triste de la nostalgia.

Invierno hizo esto. O, mejor dicho, los inverneños extrajeron de las minas el carbón y el hierro que fueron a otros reinos como Yakim y Ventralli, que fabricaron el fogón en sí. Pero el carbón y el hierro sí eran de Invierno, una parte de nuestro reino arrancada de las montañas y moldeada lejos de allí.

A fin de fortalecer las economías de sus reinos, los gobernantes usan la magia de los Conductos Reales para mejorar ciertas especialidades que sus reinos desarrollaron sobre la base de su geografía o de los talentos naturales de sus ciudadanos. Si cierto reino demostraba interés en la educación, el gobernante usaba la magia para que su pueblo se destacara en los estudios; si otro reino demostraba aptitud para el combate, el gobernante usaba la magia del conducto

para que sus soldados fueran más letales. Invierno estaba al norte de la parte más rica de los Klaryn, de modo que nuestras reinas aumentaban nuestra capacidad de hallar minerales y nos otorgaban resistencia y coraje en los lugares oscuros e insondables de la tierra.

Primavera tiene sus propias minas en su sector de los Klaryn, pero las de ellos producen polvos mortales que alimentan sus cañones, las únicas minas en el mundo que lo hacen. De eso creíamos que se trataba la guerra: Primavera quería expandir sus minas. Pero cuando ganaron, no se introdujeron en nuestras minas. Simplemente las tapiaron a todas, como si su meta fuera solo destruir a Invierno parte por parte, espíritu por espíritu, al obligarnos a mirar cómo la posesión más preciada de nuestro reino caía en la ruina.

Una vez que Angra nos mate a todos, probablemente reabrirá las minas. Pero mientras vivamos, es más valioso que veamos nuestras minas inutilizadas, para provocarnos y distraernos y que cometamos errores, nos atrapen, cayendo directo en sus manos. O al menos, eso es lo que nos decimos, para no sentir tanto que la guerra fue por nada.

Me llevo una baya a la boca y me quedo mirando el anaranjado y el negro polvoriento de las brasas ardientes. La baya me adormece la lengua, hace trepar cintas de hielo por mis dientes, pero su fría dulzura de pronto no me resulta tan atractiva. Extiendo un dedo y lo coloco en el borde del fogón, del lado más apartado del calor, y lo dejo allí hasta que la sensación de ardor me abarca toda la mano. Los demás prepararon todo esto para hacerme saber que lo que hice fue importante... tan importante como para quemar carbón.

Pero no lo *siento* importante. No como debería.

Ahora recuerdo, mientras observo arder el carbón, por qué nunca tengo una verdadera sensación de pertenencia con respecto a Invierno. Quiero entender todo esto con la misma profundidad con que lo entienden Sir y Alysson y todos los demás, como un recordatorio de un tiempo en que todo era como debía ser, pero todo eso se pierde en mí, alguien cuya única conexión con Invierno proviene de los relatos de otros. Pensé que, si contribuía a salvar a Invierno, me sentiría merecedora del reino que todos los demás recuerdan. Pensé que podría llenar con resolución el vacío que deja mi falta de recuerdos. Eso es lo que siempre me dije: si soy importante para Invierno, Invierno será importante para mí. Y hoy fui importante para mi reino.

Entonces, ¿por qué el fogón no me provoca más sensación que un poco de ardor en el dedo?

Detrás de mí, se mueve la puerta de la tienda, un ruido levísimo que casi se podría confundir con el siseo de las brasas o con el viento. Mis músculos se tensan, el vello de mis brazos se eriza. Pero no me amilano, no reacciono; solo ensarto un trozo de nabo con un tenedor.

Una inhalación después, unos dedos me tocan en la base del cuello, donde iría la hoja de un cuchillo si este atacante fuera verdaderamente un atacante. Me estremezco, pero no por la frescura de mi cabello mojado contra la piel.

—Estás muerta —dice Mather, con hilaridad en la voz.

Cuando empecé a aprender a pelear, él solía sorprenderme en la tienda armería o en el patio de entrenamiento; se acercaba sin un ruido hasta que me tocaba el cuello y susurraba esa amenaza en broma. Y no importaba cuántas veces lo hiciera, siempre me hacía gritar como si me hubiera sorprendido el mismísimo Angra. Sir, claro está, no hacía nada para impedirlo; simplemente me decía que tenía que prestar más atención a mi entorno.

Miro a Mather y quedo a mitad de un bocado. Se acomoda en el almohadón que está frente al mío, y su rostro se estira con una sonrisa.

—¿Muerta? Yo te dejé acercarte —bufo—. Toda esta cuestión del futuro rey de Invierno se te subió a la cabeza, Alteza.

El rostro de Mather se crispa al oír el título.

—Siempre dices que me dejaste acercarme. ¿Tanto te asusta admitir que no eres tan buena como todos creen?

Trago.

—¿Acaso no lo somos todos?

Mather baja la mirada hacia el fogón, y el resplandor anaranjado palpita en sus ojos azules.

—William me mostró la mitad del relicario —susurra.

Mi mano se tensa en torno al tenedor, y abro la boca para decir algo, pero lo único que se me ocurre son las mismas preguntas desengañadoras que le planteé antes de marcharme. Cosas que hacen que nuestro velo de felicidad se evapore como gotas de agua sobre un lecho de brasas ardientes. Entonces callo, y en el silencio él me mira, y una comisura de su boca se ladea curiosamente.

—Es extraño pensar que la última vez que un inverneño lo vio, estaba colgado del cuello de mi madre. —Sus ojos se enfocan en algo que está detrás de mi cabeza, algo que flota en los recuerdos armados a pedazos que todos le han contado a él también. Recuerdos de su madre, la Reina Hannah Dynam.

Recuerdos de cómo Angra en persona entró al palacio de Jannuari, la mató y rompió el conducto en dos.

Reconozco esa expresión. El rostro de Mather adquiere el mismo aire de decepción cada vez que no da en el blanco durante las prácticas, o cuando le pregunto de qué manera usaría la magia si pudiera. Decepción de sí mismo, de su incapacidad de hacer lo que se ha propuesto, a pesar de que escapa por mucho a su control. Se pasa la mano por la cara para borrar todo eso, y allí está otra vez ese velo inexpresivo, que esconde sus verdaderos sentimientos tras una sonrisa.

Meneo la cabeza lentamente.

—Estás loco.

Frunce el ceño con una insinuación de sonrisa.

—¿Sí?

—Sí. —Apuñalo otro nabo y dejo el tenedor allí—. Tenemos la mitad del relicario. En este momento no deberías sentir otra cosa que felicidad, felicidad *verdadera*, no tus sonrisas falsas, señor Heredero de Invierno.

El rostro de Mather se pone solemne. Hace una pausa, con las manos abiertas sobre el regazo como si sostuviera en ellas todas sus preocupaciones.

—No sentí nada —murmura; un pensamiento lento, ausente—. Cuando vi la mitad del relicario. Es lo único que he visto alguna vez de mi madre. Debería haber *sentido* algo.

Me esfuerzo por estabilizar la respiración, y mis ojos se desvían por un segundo hacia el fogón. ¿Acaso yo no estaba preocupada por esas mismas cosas? A veces se me olvida lo mucho que Mather y yo nos parecemos, que los dos somos lo bastante jóvenes para tener la misma sensación de separación de Invierno. Aunque la falta de sentimiento en Mather es un poco más urgente. Al fin y al cabo, es el rey de Invierno.

Pero no tengo manera de consolarlo, no tengo palabras sensatas para apaciguar sus miedos; si las tuviera, también podría resolver mis propios problemas.

—Por ahora, es solo medio collar —hago el intento—. Tal vez sientas algo cuando vuelva a ser un conducto entero.

Mather se encoge de hombros.

—Pero se supone que no debo tener ninguna conexión con él, ¿te acuerdas? Soy apenas su hijo. —Su rostro se enciende de vergüenza y menea la cabeza—. Disculpa. Tienes razón: este debería ser un día feliz. Conseguiste la mitad del

relicario. Gracias. —Se inclina hacia adelante y me mira fijamente—. De veras, Meira, gracias.

Mi cara se contrae con confusión, pero no puedo hacer nada para relajarla. No sabía que él le asignaba tanto peso a la mitad del relicario, que ansiaba tanto tener una conexión con su madre. Yo no recuerdo a mis padres, ni siquiera sé quiénes eran, pero nunca se me ocurrió que Mather podría sufrir tanto por alguien a quien tampoco había conocido. ¿Acaso extraña también a su padre? El esposo de Hannah, Duncan, era un noble inverneño antes de llegar a rey. ¿Será que Mather desearía haberlo conocido aunque más no fuera para poder hablar con alguien que estuvo en su misma situación: la de ser rey de un reino de linaje femenino?

Una pesadez se me instala en el estómago y me llena de una mezcla de culpa y ansiedad: quiero ayudar a Mather pero sé que no está en mi poder, como tampoco el conducto de Invierno está en el suyo.

Por fortuna, en ese momento se abre la puerta de la tienda y entra Sir. Observa la comida ausente, mi cabello mojado. Contengo el aliento al recordar por qué estoy aquí en realidad: para contarle a Sir lo ocurrido.

Sir se sienta a mi lado en silencio. No me reprende por ser tan informal con nuestro futuro rey, no me reprocha mi desenfado y mi entrada cubierta de excrementos.

Ay, no.

Saca la cajita del bolsillo.

—Bien —dice—. ¿Quieres explicarme?

De pronto me siento como la niña traviesa que rogó a Sir que me permitiera ayudar en la resistencia. La niña que agitaba las espadas como incómodas alas de acero y que no demostraba ninguna aptitud para pelear hasta que probé con armas de mayor distancia como mi chakram, y resultó que yo también podía ser letal. La niña a la que siempre ve cuando me mira.

El chakram. Se me detiene el corazón. Santa nieve, tengo que decirle a Sir que perdí otro disco arrojadizo. Con la decadencia de la producción de hierro de Primoria al estar en desuso las minas de Invierno, las armas se han vuelto costosas. Y ser un refugiado inverneño no es precisamente una ocupación lucrativa.

Tomo una baya, tratando de no mirarlo a los ojos.

—¿No viene nadie más? ¿Finn, quizás?

Menea la cabeza.

—Solo nosotros. Ahora habla.

Es una orden. Está enojado por algo, pero no tengo idea por qué.

Empieza a arderme el estómago, procesando toda la comida que le he metido. Sir no tiene derecho a estar enojado ni decepcionado. Recuperé la mitad del relicario. Hice lo que él no pudo hacer, incluso después de que dudó de mí. Lo único que debería sentir es asombro y admiración.

¿Será por eso que está enojado? ¿Porque por fin le demostré que me necesita?

Lo miro, furiosa.

—Estaba exactamente donde tú dijiste. En el Torreón. Eso es todo.

—*¿Estás diciéndome* —empieza Sir— que pudiste entrar como si nada a la fortaleza de Lynia y recuperar esta pieza del relicario sin que se disparara una sola flecha, sin que muriera un solo hombre y sin que se derramara sangre? Porque esa magulladura que tienes en la mejilla y el olor que ha quedado aquí me dicen otra cosa. ¿Qué pasó, Meira?

Las arrugas del rostro de Sir se hacen más profundas. De pronto, la edad parece pesarle más; su cabello naturalmente blanco está marfil por sus cincuenta y tantos años, no por su ascendencia inverneña. Recorre la caja con los dedos antes de abrirla y mostrarme la mitad del relicario.

Es la primera vez que lo veo. Una cadena de plata que serpentea en torno a la mitad trasera de un relicario en forma de corazón, resplandeciente a pesar de su antigüedad de más que unos pocos siglos. La mitad del conducto de Invierno. Exhalo y relajo los hombros. Todavía no puedo creer que esté *aquí*, al alcance de mi mano.

Apenas Sir abre la caja, todo el cuerpo de Mather se tensa. Mis ojos van hacia él, y quiero continuar nuestra conversación de un momento antes. Quiero pedirle disculpas por lo que le dije, por mencionar la mayor debilidad de su vida como quien habla del tiempo y nada más.

Vuelvo a contener el aliento ante esas preguntas, las cosas que nadie se atreve a plantear en voz alta.

¿Bastará con esto? ¿Será que el hecho de reunir las mitades de nuestro conducto nos devolverá la magia, o acaso Invierno será para siempre el único reino de Primoria que no tiene magia para unirlo? En ese caso, ¿cómo podremos derrotar a Primavera, un reino embebido de fortaleza mágicamente inducida, cuando no contamos con más que ocho refugiados y un collar bonito? ¿Habrá

algún otro reino que se alíe siquiera con nosotros, una vez que volvamos a tener el relicario entero, si nuestro único heredero no puede usarlo?

Es posible vivir sin magia. Llevamos dieciséis años haciéndolo; a duras penas, pero lo hemos hecho. Cultivamos una huerta pequeña en la Llanura de Rania. Entrenamos nuestros cuerpos para ser fuertes. Pero esas cosas nunca bastan cuando todos los demás reinos del mundo tienen algo que trasciende las limitaciones humanas, cuando Primavera es capaz de aniquilar a nuestros mejores soldados, cuando los rítmicos pueden hacer lo mismo.

Mather tenía razón: Primoria puede parecer equilibrada, pero... no lo está.

Sir cierra la caja con un clic abrupto y doy un respingo. Guardé silencio demasiado tiempo. Se pone de pie, meneando la cabeza, y una certeza visceral me obliga a levantarme también.

—Fue demasiado peligroso —dice—. Cuando empecemos a buscar la otra mitad, no debes discutir tus deberes, ¿me oyes? Volverás a las misiones de recolección de alimentos.

—¡No! —grito.

Sir se da vuelta pero lo tomo del brazo. Empiezo a sentir los efectos del viaje: se me aflojan las piernas, me da vueltas la cabeza. Pero no voy a permitir que me quite esto. Hoy me gané el pan, cien veces, y no pienso dejar que vuelva a hacerme a un lado tan fácilmente.

—¡Te traje la mitad del relicario! —grito—. ¿Qué más tengo que hacer?

Por favor, dime lo que tengo que hacer para sentir que tengo un lugar.

Sir me mira con tanta severidad que bajo la mirada y le suelto el brazo; la sangre ruge en mi cabeza. Estoy tan cansada, exhausta al punto de no estar segura de que esto está sucediendo. No puedo enfrentar esto ahora. Necesito dormir; necesito serenarme y dejar de sentir que lo que hice no tuvo importancia.

Salgo de la tienda de reunión hecha una furia, sin hacer caso de lo que sea que me gritan Sir o Mather, y corro a mi tienda. Sin embargo, las dimensiones de nuestro campamento no permiten escenas de mucho dramatismo, y llego en menos de unos segundos. Pero mi tienda no es solo mía, y cuando entro, Finn y Dendera me miran con ojos dilatados.

Dendera vuelve a concentrarse en emparchar un agujero en una de sus botas.

—Aunque sea una sola vez, me gustaría verte salir de una reunión con William como una dama y no como un toro agitado.

Gruño y me dejo caer en mi jergón. Finn replica algo acerca de que no soy una dama, lo cual me hace sonreír, pero hace que Dendera la emprenda con que

todavía queda esperanza para mí. Hundo la cabeza en la almohada y dejo de escucharlos.

Una vez, Dendera me contó que ella había integrado la corte de la Reina Hannah. Era respetada por sus opiniones y su inteligencia, y a ninguna mujer se le permitía sentirse inferior durante el reinado de Hannah. Les he preguntado tantas veces, a ella y a todos, sobre Invierno, y he oído tantos relatos que sus recuerdos ahora son míos, y puedo engañarme y sentir que yo también recuerdo. Las bayas congeladas y los fogones de hierro. Las minas en los Montes Klaryn. El aroma espeso y terroso del carbón en refinación que impregnaba todas las ciudades.

Si cierro los ojos, me tapo los oídos y me cierro a todo lo demás, puedo ver la corte que describió Dendera. Puedo ver la ciudad de la que me habló Sir. El gran palacio blanco de Jannuari se alza ante mí, con su patio inmenso lleno de fuentes de hielo. Hace tanto frío que los extranjeros tienen que envolverse en capas de piel para caminar de un edificio a otro, mientras que a nosotros nuestra sangre inverneña nos mantiene abrigados aun en las peores condiciones. Y hay nieve por doquier, siempre, tanta que debajo de ella el pasto está blanco por falta de sol. Todo un reino envuelto en una esfera eterna de invierno.

Pero aquí es donde mi recuerdo inventado siempre se destruye a mi alrededor. El frío y la nieve se disuelven en explosiones. Empiezan los gritos, que recorren el complejo del palacio como una ola, y corro por calles grises llenas de humo por donde corren también hordas de gente, y más explosiones nos van acorralando hacia las garras de Angra. Eso es lo que están haciendo: acorralando a los inverneños como ovejas para poder llevarlos a una vida de esclavitud y dolor.

Excepto a nosotros. Originalmente veinticinco refugiados que le quitamos el sueño a Angra, reducidos a los siete que aún viven con el futuro rey de Invierno.

Pero no importa lo calamitoso de nuestra situación, lo desesperado que llegue a estar Sir, nunca me verá como alguien valioso. Solo como la niña demasiado entusiasta a la que tuvo la mala suerte de criar.



Pensar en la destrucción de nuestro reino no induce precisamente a un sueño reposado. Poco después de dormirme, me despiertan súbitamente pesadillas de una sombra que envuelve las calles desoladas de Jannuari, una oscuridad tan completa y absoluta que todos los edificios y las personas se desintegran y caen en el olvido. Me incorporo, agitada por mi pesadilla, y agradezco que la tienda esté vacía. Los únicos sonidos provienen del fuego que crepita en el otro extremo del campamento. Debe de ser la hora de cenar.

Me levanto, totalmente vestida todavía, y me recojo el cabello blanco en una trenza. El sol apenas empieza a ponerse cuando salgo de la tienda, y baña la Llanura de Rania con la bruma gris-amarillenta de un día moribundo.

A mi izquierda, oigo abrirse la puerta de la tienda de reunión y se me tensan los músculos. Aún no tengo deseos de enfrentar a Sir a menos que lo vea arrepentido, lo cual es tan probable como que el Reino de Verano se congele. Entonces, cuando se abre la tienda, apuro el paso para alejarme; corro hasta llegar al borde sur del campamento y subo la colina.

El sol poniente palpita directamente frente a mí, y siento en mis músculos un asomo de relajación. Una de las únicas cosas buenas de este lugar son las puestas de sol. Los tonos encendidos van tiñendo el paisaje hasta que el mundo que me rodea es solo colores: el negro de la noche que se acerca, el amarillo vacilante del sol, los rayos escarlata, el marrón ondulante de la hierba.

Me siento en el suelo y apoyo los codos en las rodillas mientras en alguna parte detrás de mí crepita la fogata del campamento, y adelante susurra el viento. De cara a todo lo ocurrido, me siento bien, muy bien, con tan solo respirar un momento. Luego, en mi mente, dibujo el mapa que vi colgado sobre el escritorio en Lynia y se me van aplacando los nervios al concentrarme en los bordes

gastados y amarillentos, las líneas marrones desdibujadas; algo tan sencillo cuando todo lo que me rodea no lo es.

La Llanura de Rania: una vasta franja de praderas vacías entre todos los reinos. Los estacionales —Verano, Otoño, Invierno y Primavera— al sur, rodeados por los brazos de los escarpados Montes Klaryn. Los rítmicos —Yakim, Ventralli, Cordell y Paisly— extendidos sobre el resto de Primoria. Cuatro reinos estacionales, cuatro reinos rítmicos, ocho conductos.

La mitad del relicario me viene a la mente por un momento. Me muerdo el labio; la fina pátina de calma que construí se destruye por una victoria que más bien parece un fracaso. ¿Es que siempre vamos a fracasar, aun cuando triunfemos? Conseguir esta mitad del relicario, conseguir la otra mitad, volver a formar un conducto entero, obtener aliados para liberar a Invierno... ¿cuándo nos parecerá suficiente?

—¿Meira?

Me doy vuelta al instante, con el corazón en la boca, hasta que veo que no es Sir; es Mather.

Me observa en silencio; sus ojos recorren mi rostro con rapidez. Mi corazón late a más no poder contra mis costillas y no aparto la mirada; detesto que pueda leerme con una sola mirada. A cualquier otro podría ignorarlo, esconderle mi miedo detrás de una sonrisa descarada, pero Mather lo ve todo. Sé que lo ve, porque por un brevísimo instante se quita la máscara de inexpresividad y la expresión de sus ojos me indica que él siente lo mismo. Un espejo de cada parte de mí que no soporto enfrentar.

Se sienta a mi lado y me pregunta, con voz queda:

—¿Tan duro fue?

Frunzo el ceño.

—¿Conseguir la mitad del relicario? ¿Qué te hace pensar que fue duro?

—Casi le gritaste a William hace un rato. O estás enferma o lo de Lynia fue... Yo me lo pasé hablando de mis problemas mientras tú... —Sus ojos se demoran en la magulladura que tengo en la mejilla, como si la viera por primera vez—. No habrías ido de no ser por mí, y ni siquiera me di cuenta de que te habían lastimado. Soy un imbécil.

—No —replico—. No. Digo, sí, a veces eres un imbécil, pero no te atrevas a pedir perdón. No tienes por qué sentirte culpable por permitirme ir a Lynia; volvería a hacerlo, a pesar de lo cerca que estuve de quedar cautiva.

El rostro de Mather se desencaja y me duele lo que acabo de decir. *Cautiva.*

Se vuelve hacia el sol, y por su cara pasan pensamientos indescifrables. Nunca pude entender si esa capacidad de dejar a un lado sus emociones era algo inculcado por Sir o si era un don natural de Mather. Como sea, cuando éramos niños y yo lo persuadía de robar armas o pintar con tinta la tienda de reunión, Mather podía mantenerse impasible cuando Sir preguntaba si habíamos sido nosotros. Es decir, por supuesto que habíamos sido nosotros; éramos los únicos del campamento que teníamos siete años y estábamos todos manchados de tinta negra. Pero Mather siempre sostenía su mentira, y repetía con una certeza extrañamente creíble que él y yo éramos inocentes.

Hasta que yo me ponía a llorar y admitía todo ante Sir. Pero Mather nunca se enojaba conmigo por arrastrarlo a mis travesuras ni por ceder en los interrogatorios. Simplemente sonreía, me rodeaba con un brazo y me decía algo alentador.

Mather siempre ha sido rey, cada momento de su vida.

Meneo la cabeza.

—No estuve tan cerca de quedar cautiva —me corrijo—. Herodes solo... estoy bien. En serio.

Pero los ojos de Mather recorren cada parte de mi rostro, y cuando por fin encuentran mi mirada, levanta una de sus manos y apoya los dedos callosos en mi mejilla. Siento una punzada de dolor cuando toca la magulladura, pero no me muevo; necesito sentir sus dedos en mi piel más de lo que me importa el dolor.

—Nadie que se enfrente a Herodes está bien —susurra.

Sopla una brisa fresca a medida que la noche va reemplazando al calor abrasador de la llanura. Inhalo el aire rancio y trato de no moverme cuando Mather aparta los dedos de mi mejilla y sus ojos vuelven a recorrer mi rostro, como buscado más heridas. Su mirada se detiene en mis labios, se demora allí, y me desgarro entre la necesidad de saber por qué y obligarme a apartarnos.

—Pero me robó el chakram —digo, tratando de aligerar un poco el clima.

Mather sonríe por fin. La sonrisa le ocupa todas las partes del rostro, desde los ojos hasta los labios, e ilumina el aire que nos rodea como una vela en una cueva.

Pero casi de inmediato se borra, y la luz se apaga.

—William te valora, ¿sabes?

Me doy vuelta; me pongo a arrancar hojas de pasto y arrojarlas al aire. Mather no capta mi alejamiento repentino; o quizá sí, pero sabe que necesito oír lo que está diciendo.

—William era uno de los generales de más alto rango en Invierno. —Mather mueve la mano por el aire para apartar algunas de las hojas que arrojo—. Y siente que fracasó. A ti te ve como alguien que debería estar concurriendo a los bailes, no escalando torres y matando soldados. Trata de ser considerada...

Me vuelvo hacia él, acalorada.

—*¿Considerada con el hombre que ni siquiera puede darme una palmada en la espalda cuando acabo de dar un gran paso para que estemos más cerca de liberar nuestro reino?*

Mather ladea la cabeza.

—Trata de entender que se siente culpable por necesitar tu ayuda para liberar nuestro reino. No es que no hayas hecho un trabajo fantástico; lo hiciste, y en este momento todos están reunidos alrededor de la fogata, intercambiando anécdotas sobre ti.

Sonrío, aunque sea un poquito.

—Es que soy genial.

Mather sonríe a su vez.

—Seguro que habrías sobrevivido aun sin el lapislázuli.

Río y paso los dedos por encima de mi bolsillo, donde la piedra pequeña me toca la cadera. Siempre olvido que está allí, como si ya la hubiera aceptado como parte de mí.

—¿Estás atribuyendo mi éxito a una piedra?

Se encoge de hombros.

—Nunca nadie había conseguido la mitad del relicario. No puede ser casualidad, y creo que debes felicitarme por habértela dado, antes que nada.

—Pero tú la llevaste contigo en otras misiones. ¿Por qué nunca te ayudó?

Mather exhala y de pronto está observándome y yo a él, y ya no quedan rastros de comicidad.

—Tienes razón. Supongo que no fue por la piedra; fue porque eres genial —dice.

Siento frescura en el estómago en contraste con el calor que me sube a la cara. Allí sentados, con la luz mortecina sobre sus rasgos fuertes, sus palabras que resuenan entre nosotros... Mather es la fuerza más estable que conozco. Angra tiene mucha razón en temerle.

Con la mitad del relicario en nuestro poder, estamos mucho más cerca de que Mather sea quien siempre debió ser, y yo necesito verlo como ese hombre. Sir ha mencionado algunas veces que Mather tendrá que casarse pronto. Y se esperará

que tenga una heredera, y yo me alegraré por él y su hermosa familia, y fingiré que no me duele en el alma no ser suficiente para él.

Entonces me pongo de pie. Me sacudo las briznas de pasto de los pantalones y miro furiosa a Mather, que sigue sentado en el suelo, ignorando la fuerza frenética con que mi mano aferra la piedra que tengo en el bolsillo.

—Tienes razón, como siempre, Alteza. Trataré de ser más comprensiva con Sir.

Mather me mira y queda boquiabierto, como si quisiera que las palabras le salieran en tumulto. También he oído a Sir decirle: *Tú eres de la realeza; ella, no. Y demasiadas cosas dependen de tu futuro para desperdiciarlo en una alianza que no va a beneficiar a Invierno*.

Se pone de pie y sus ojos me horadan el rostro.

—¿Recuerdas cuando te dije que el mundo no está en equilibrio?

Vacilo, con todo el aire atascado como un nudo en la garganta.

—¿Qué?

Los dedos de Mather me rozan la mano, la que no está aferrando la piedra con desesperación; suaves vibraciones de contacto que hacen que el nudo de aire en mi garganta se apriete aún más. Engancha un dedo con uno de los míos, con la respiración irregular.

—Encontraré una manera de restaurar el equilibrio —promete.

Me quedo mirándolo, incapaz de procesar sus palabras. No intenta explicar a qué se refiere ni hace más que estar de pie a mi lado, observándome, esperando.

Sé que ustedes dos se criaron juntos, pero es nuestro futuro rey. Es demasiado importante para permitir algo más que amistad.

Se me acelera el pulso mientras las palabras de Mather se deforman al confundirse con las de Sir, datos contrapuestos que me marean. Es cierto que Mather es demasiado importante para desperdiciarlo conmigo. Pero...

Pongo mi mano en la suya y sus dedos toscos envuelven los míos. Como si hubiera estado esperando que correspondiera a su gesto.

No.

Mis dedos se extienden y retiro mi mano de la de él. Será demasiado doloroso cuando termine. No *si* termina, sino *cuando* termine. Cuando él se case con la hija de algún dignatario extranjero. Cuando haga su vida.

Me obligo a apartar la mirada y no puedo ver qué emoción, si la hay, pasa por su rostro cuando me aparto. La noche arroja una cantidad de sombras sobre los dedos extendidos como garras de los arbustos y árboles escuálidos a orillas

del arroyo, y una ráfaga de viento hace que algunas de las sombras se estremezcan, bultos de oscuridad que se mueven como jabalíes...

Me paralizo.

No son sombras.

Todo mi cuerpo grita una advertencia y maldigo a Herodes un millón de veces por robarme el chakram.

—Mather.

La tensión en mi voz lo saca de la tensión que había entre nosotros. Percibo cuando los ve, pues su postura se agudiza. Las siluetas vuelven a moverse entre los árboles; son cinco, exploradores de Primavera.

Uno de los hombres sale de detrás de un árbol y se muestra por completo. Sabe que lo vemos. Ladea la cabeza, con el cuerpo enmascarado por la penumbra crepuscular, e imagino la sonrisa que se forma en sus labios. *Cómo se va a alegrar mi amo cuando sepa que te encontré.*

Los otros exploradores siguen la iniciativa del primero; se materializan entre la hierba y los arbustos hasta quedar frente a nosotros, hombro con hombro, las manos crispadas en la cintura. Esperando que nos movamos. Uno hace un gesto tan rápido con la cabeza hacia la caballeriza que se me habría escapado si hubiera parpadeado. Van a robar nuestros caballos para regresar a Primavera; probablemente abandonaron los suyos hace unas horas para no ser vistos. Van a tratar de matar a algunos de nosotros antes de irse, para que quedemos menos aún cuando le informen nuestra ubicación a Angra para que pueda asestarnos el golpe final. Para que pueda matar a Mather él mismo.

No podemos dejar que vuelvan a Primavera.

Necesitamos armas. Necesitamos alertar a los demás. Necesitamos...

Mather toma una decisión antes que yo: me toma de la mano y me arrastra al campamento. Echo un último vistazo atrás. Los cinco soldados se mueven a toda velocidad hacia la caballeriza.

La culpa es mía. Me siguieron el rastro. Yo los conduje aquí directamente desde Lynia, porque Sir tiene razón: *soy* apenas una niña que no debería estar peleando en una guerra.

Mather me tira *más rápido y veo que algo va rebotando en el cuello de su pechera de cuero. La mitad del relicario. Echa destellos con la luz del sol poniente, tenue y vacilante en la penumbra, pero imbuido de potencialidad poderosa y fogosa. Es la esencia de* Invierno.

Arranco mi mano de la suya.

—¡Avísale a Sir!

Mather se detiene con un resbalón pero yo ya me fui a toda prisa hasta mi tienda. Su voz se pierde detrás de mí mientras reanuda la carrera, más cerca de los demás y más lejos de mí.

—¡Exploradores! —grita—. Exploradores, son cinco...

Finn también tiene un chakram. Lo encuentro junto con una funda mientras Sir ruge órdenes desde el otro extremo del campamento.

—De acuerdo, nuevo chakram —murmuro—. Es hora de enseñarle a Herodes que no nos gusta que nos sigan.



Todo mi cuerpo se encoge como un resorte apretado mientras corro hacia la caballeriza. En la penumbra apenas puedo distinguir las cinco siluetas moviéndose entre nuestros caballos, colocando monturas y bridas y apurándose mutuamente con palabrotas.

—¡Meira!

La voz de Sir me golpea de lleno, deformada por el pánico, y una pequeña parte de mí salta con desesperación, deseosa de ocultarse hasta que pase lo que sea que está asustando a los adultos. Pasa a mi lado, y para seguirle el paso tengo que enviar toda mi energía a mis piernas mientras corro por el pasto. Todos los demás nos siguen de cerca: Dendera, Finn, Greer, Mather y Henn. Alysson es la única que no está entre nosotros, la única de nuestro grupo que no pelea.

Los exploradores no se interrumpen cuando nos acercamos, no sacan sus armas ni tratan de detenernos; simplemente siguen tratando de liberar a los caballos con renovado vigor. El soldado de Primavera que está más cerca de mí usa un cuchillo para cortar la cuerda que ata un caballo a la cerca. Me detengo con un sacudón y mi nuevo chakram sale volando de mi mano, hace un corte en el cuello del soldado con un movimiento rápido y fácil antes de regresar a mi mano. El soldado trastabilla como si se hubiera dado contra una pared; el cuchillo resbala de sus dedos mientras cae, sus rodillas se hincan en el pasto con un golpe seco, la boca abierta al cielo estrellado.

Cruzo la cerca de un salto y entro a la caballeriza junto con los demás, una ola de muerte inverneña. El soldado al que maté yace amontonado cerca de donde caigo, y no puedo evitar mirarle la cara. Es joven. Por supuesto. No todos los soldados están entrados en años, cubiertos por la sangre de toda la gente a la que mataron, listos para morir.

Trago en seco. En la guerra no hay lugar para la emoción... Otra frase de Sir.

Dos de los hombres se vuelven y forman una barrera improvisada entre uno de sus camaradas, ya casi montado en uno de los caballos, y nosotros. Con expresión asesina, miran al soldado que maté y buscan las espadas que llevan a la cintura. Pero Sir está corriendo, casi alcanzándolos, y aunque ellos no lo sepan, ya están muertos.

Sir salta desde la cerca y se lanza al aire, con un cuchillo curvo en cada mano. Las hojas filosas resplandecen en la noche, con gracia letal, y él se arquea como una serpiente que se prepara para atacar. Los soldados armados ni siquiera alcanzan a girar del todo hacia él cuando Sir cae sobre el primero y le desliza los cuchillos por el cuello y el torso. La fuerza de la caída empuja al soldado contra el siguiente, y cuando Sir arranca los cuchillos del cuerpo, aprovecha el impulso para cortarle la garganta al otro. Los dos hombres caen, con un gorgoteo de la sangre que mana de sus heridas, mientras Sir se vuelve hacia el soldado al que trataban de proteger, que seguía forcejeando para soltar al caballo.

El hombre se da vuelta rápidamente y con torpeza hacia Sir, y sus ojos bajan hacia los cuerpos que quedaron a sus pies.

—Por favor —gimotea; trata de aferrarse al caballo pero no lo logra y cae al suelo entre los dos hombres a los que mató Sir—. Por favor... se lo ruego...

Sir lo mira desde arriba.

—¿Y tu arma?

Su voz me produce temblores de advertencia en la piel, la primera sensación que tengo desde que maté al soldado.

El hombre se acurruca atemorizado.

—Yo no...

Sir toma una espada de la mano de uno de los soldados muertos y se la pasa con la empuñadura al hombre que vacila.

—Tómala —gruñe Sir.

El soldado toma la espada. Apenas la tiene bien asida, Sir ataca y le clava los puñales en el pecho. Los ojos empañados del hombre me miran mientras su boca se abre y se cierra, suplicando una última inhalación, una sola...

Con un estertor final, cae ingrávido junto a los otros soldados de Primavera.

La noche hace que los muertos no parezcan más que cuerpos relucientes que duermen acurrucados. Cuando salga el sol, revelará la sangre, la matanza, las franjas rojas que cubren el pasto de la caballeriza. El área se carga de un fuerte

olor a hierro que me hace arder los pulmones. Debería llover, un chubasco atronador, para lavar todo esto. Los restos de cinco vidas...

Me detengo.

Uno, dos, tres, cuatro.

Cuatro. No cinco. Había cinco soldados, ¿no?

Escudriño el área. Dendera y Mather acomodan las monturas y otras provisiones que los soldados de Primavera revisaron a toda prisa. Greer, Henn y Finn tantean los cadáveres y recogen las armas. Sir se acuclilla junto a sus víctimas y limpia la sangre de sus cuchillos con la camisa de uno de los hombres.

Y justo detrás de Sir, detrás del caballo que el último hombre había tratado de montar, un trozo de cuerda cuelga de la cerca junto a la puerta abierta. Cortada.

Me tiemblan los brazos de miedo antes de poder siquiera pronunciar su nombre.

—Sir.

Me mira mientras enfunda sus cuchillos.

Señalo la cuerda que cuelga y el portón abierto.

—Había cinco exploradores.

Sir se vuelve y se queda mirando la cuerda. Sus ojos miran más allá: ya convertido en un punto en el horizonte, el último soldado se aleja entre una nube de polvo montado en uno de nuestros caballos. Ya está tan lejos que es imposible alcanzarlo. Va a informar a Angra dónde estamos.

El estómago se me llena de angustia por el conocimiento de lo que va a pasar. Sir gira hacia mí, y sus ojos pasan de mí a Dendera, a Finn y a todos. *No, no lo digas, no...*

—Nos vamos. Ahora. Empaquen solo lo necesario —anuncia Sir, desatando a los caballos de la cerca—. Nos reunimos al norte del campamento en cinco minutos.

Sus palabras me llegan como una bofetada.

—¿Vamos a huir? —chillo, al tiempo que enfundo el chakram—. ¿No podemos...?

Sir avanza hacia mí, y hasta en la oscuridad veo que tiene los ojos enrojecidos. Es la única manera en la que suele demostrar emoción: con sus ojos.

—No voy a correr riesgos, cuando por fin estamos tan cerca. Empieza a empacar o monta un caballo.

Se aparta de mí y da unos pasos por el pasto hasta llegar a Mather; lo toma del brazo y susurra con fuerza algo que hace que el rostro de Mather adquiera la misma expresión de asombro y enojo que el mío. Sir se apura a hablar con los demás y les escupe las mismas órdenes: empaquen lo que puedan, no hay tiempo que perder. Se separan y corren al campamento para obedecerlo.

Sir no los ve mientras habla. Sus ojos recorren el horizonte, estoicos, serenos. Una roca en el océano, que resiste el embate de las olas. Herodes será grande y oscuro, pero Sir es grande y claro; igual de imponente, igual de amenazante, con fuerza que emana de la pura atracción de la venganza.

Con su liderazgo, ¿cómo pudimos perder con Angra?

—Meira.

Doy un respingo. Estaba tan absorta en Sir que no oí acercarse a Mather. Sonríe, pero el efecto se trunca por el sudor que baña sus mejillas y el pánico que nos rodea.

—¿Me dejaste sorprenderte? —adivina, en un intento de aligerar la situación.

Me encojo de hombros.

—Tengo que dejarte creer que eres bueno para algo.

Asiente, y sus labios se relajan mientras me observa con una mirada serena y solemne. Como si nunca hubiéramos tenido que abandonar un campamento o huir por separado en medio de la noche hasta reunirnos más tarde en algún lugar seguro. Hemos hecho esto por lo menos una docena de veces desde que tenemos memoria, pero ahora me mira como si nunca antes hubiera tenido que dejarme.

—¿Mather? —Me sale como pregunta.

Se vuelve hacia mí, se detiene, se aparta, da una vuelta como si no lograra armarse de coraje para hacer algo. Se me cierra la garganta y la sorpresa me sofoca, no me deja atreverme a tener la esperanza de que esté por hacer lo que yo creo...

Finalmente se acerca y me levanta contra él. Un abrazo apretado de todo el cuerpo con sus brazos rodeándome la espalda, sosteniéndome contra su pecho con mis pies en el aire y su rostro contra mi cuello.

—Encontraré la manera de resolver esto —me dice; sus palabras vibran contra mi piel, temblores que me sacuden hasta el alma.

Lentamente, con cuidado, me aflojo contra él y mis brazos rodean su cuello.

—Lo sé —susurro. Cuando empieza a bajarme, me aferro con más fuerza para mantener mi boca contra su oído. Tengo que decir estas palabras, pero no puedo mirarlo mientras salen de mis labios—. Todos lo sabemos, Mather. Harás

todo lo que puedas por Invierno. Nunca nadie pensó menos de ti, y creo… *sé que Hannah estaría orgullosa de su hijo.*

No responde, solo me sostiene allí, respirando con agitación contra el espacio que queda entre ambos. Quiero bajar mi rostro hacia el suyo; quiero quedarme así, a punto de llegar al beso, para siempre. Los deseos encontrados me aceleran el pulso hasta que estoy segura de que él puede sentir su ritmo golpeándole el pecho. Yo siento el suyo, los latidos *rápido*s de su corazón galopando contra mi vientre.

En un rápido arranque de emoción, me baja, desliza una mano contra mi nuca y me da un beso en la mandíbula; sus labios se demoran en mi piel y dejan huellas permanentes como descargas de rayos en mis venas. Su pecho se desinfla, la tensión de su rostro se suaviza mientras se aparta de mí. Observo un brillo en sus ojos, un leve asomo de lágrimas. No dice nada, ni me da la razón ni hace más que apretar mis dedos una última vez.

Luego se va. Se dirige a toda prisa al campamento, a empacar o ensillar su caballo o lo que sea que Sir le ordenó hacer.

Me quedo de pie en medio de la caballeriza, con una mano en la mandíbula. Levanto la mirada y busco a Mather entre el caos.

¿Y eso qué fue?

Pero yo sé lo que fue. O al menos, sé lo que quiero que sea: lo que siempre quise que fuera. Lo que constantemente tengo que decirme que nunca, jamás puede ser. Pero ¿por qué ahora, en medio de la partida, cuando no puedo acorralarlo para que me explique, ni buscar la manera de hacer como si nada hubiera ocurrido? Porque sí ocurrió. Siento la mandíbula como marcada a fuego por su boca, y no importa cuántas veces me repita: “Es nuestro futuro rey”, no puedo quitarme de la piel la impresión de los labios de Mather.

No *quiero* quitarme esa impresión de la piel.

Sir pasa delante de mí, trayendo dos caballos ya ensillados.

—Empaca tus cosas.

Me obligo a bajar la mano. Las palabras de Mather, sus labios y sus brazos se relegan al fondo de mi mente, y los guardo allí, como anclas frente a tanta incertidumbre.

—No —gruño en respuesta a Sir. *No, no podemos marcharnos así como así. Tenemos que quedarnos: tenemos que planear algo mejor que huir—.* No podemos dejar que ellos...

Con un movimiento rápido, Sir me aferra por el brazo y me sube al caballo

ensillado más cercano. Él monta el suyo de un salto y toma mis riendas y las suyas, al tiempo que me dirige una mirada feroz que me ordena no discutir.

Sus miradas nunca me han detenido.

—¡No podemos dejar que destruyan también este hogar!

Alysson y Dendera montan sus propios caballos mientras salimos al trote de la caballeriza. Nos detenemos brevemente frente a la tienda de reunión, apenas el tiempo suficiente para que Finn, Greer y Henn indiquen con un gesto a Sir que sí, todo se va a destruir antes de que nos marchemos. Sir agita las riendas y, mientras continuamos la marcha, alcanzo a oír el más leve crepitar del fuego dentro de la tienda, el sonido de las llamas devorando todo lo de importancia, mapas y documentos. Probablemente usaron el fogón. No podremos llevarlo con nosotros. Angra lo encontrará, la única parte de nuestro pasado que poseemos, lleno hasta el borde de cenizas.

Mientras tanteo el fuste de mi montura en busca de algo de lo cual sostenerme que no sea un arma, el puño de Sir que sostenía mis riendas cae y su mano se abre lo suficiente para cubrir la mía. Es un gesto tan sutil que no distingo si trata de reconfortarme o si se asegura de que no trate de quitarle el control del caballo.

—No es tu culpa —gruñe—. Nadie tiene la culpa.

Se me cierra la garganta y me quedo allí, atontada y pequeña. Sí, es mi culpa; yo traje a los exploradores. Y sé que no tiene sentido quedarnos; ahora Angra enviará a muchos más que cinco hombres, y siendo nosotros solamente ocho, nuestras probabilidades son risibles. Una sentencia de muerte. Pero no puedo no hacer nada; no hacer nada me matará más rápido que enfrentarme sola a todo el ejército de Angra.

Sir detiene nuestros caballos cuando llegamos a la llanura en el lado norte del campamento. Un segundo después se nos unen todos los caballos, todas las personas, todo a lo que pudieron echar mano en el tiempo permitido por Sir. En cuanto a nuestro ganado, espero que Angra lo trate mejor de lo que trata a las personas.

—Divídanse, dos jinetes por grupo. Una vez que estemos a salvo, nos reuniremos en Cordell —anuncia Sir. Señala a Dendera, que está montada en un caballo al lado del de Mather—. Mantenlo-con-vida.

Dendera inclina la cabeza y se queda así hasta que Sir agita las riendas de su caballo. Este se yergue con un potente relincho, que llena de adrenalina a todos los caballos. Por encima del ruido, Sir me mira y asiente, para que lo siga.

Cuando se pone en marcha hacia el noroeste, por la llanura ahora a oscuras, a toda velocidad como una de las balas de cañón de Angra, lo sigo de cerca.

Todos los demás nos siguen, en una breve estampida, antes de separarnos. Miro hacia atrás; Alysson galopa hacia el norte con Finn, Greer y Henn se dirigen al este, y Dendera y Mather van hacia el noreste.

Mather me mira, y sus ojos atrapan los míos con la misma intensidad que antes. Acicatea a su caballo junto al de Dendera, y luego se alejan a toda velocidad y se pierden en la noche.

Sir vuelve a poner su caballo junto al mío. El viento me da en las mejillas como latigazos, que me secan las lágrimas mientras caen.

No es mi culpa. Lo dijo Sir, y Sir solo dice la verdad.

Al cabo de una hora de galopar a toda velocidad, aminoramos la marcha. Lo único que vemos son grupos esporádicos de árboles y arbustos, sus siluetas resecas y muertas recortadas contra la noche. Seguimos cabalgando hasta que sale el sol. Y hasta que vuelve a ponerse. Hasta que los caballos ya no pueden continuar. Entonces desmontamos, nos aseguramos de que tengan un poco de agua cerca y los dejamos. Primero Sir les quita todos los arreos: la montura, las riendas, las mantas y la pequeña armadura de placas. Esconde las partes inútiles entre arbustos secos, guarda el resto en su costal, y con una palmada final en las ancas de los caballos, seguimos a pie hacia el noroeste durante dos días, deteniéndonos solo para dormir y escudriñar el horizonte en busca de los hombres de Angra.

Sir mantiene su provisión de comida racionada en la medida justa para volverme loca de hambre. Cada tanto encontramos arroyos de aguas turbias; las plantas comestibles son aún más escasas, y la sombra, inexistente. Solo hay sol, cielo, pasto amarillento y arbustos escuálidos y muertos durante horas.

Odio el calor. Odio el sudor que me cae entre los omóplatos, el modo en que los rayos del sol me queman cada parte de la piel que queda expuesta. Pero más odio el silencio, y Sir no habla. No es solo su silencio habitual; directamente está mudo. No me mira, no reconoce mi presencia durante horas y horas de caminata interminable.

Justo cuando pienso que voy a tener que hacerle una zancadilla, cae de rodillas junto a algo en el pasto. Un arroyo, poco más ancho que la longitud de un brazo. Es el agua más cristalina que hemos visto desde nuestra partida, y la

bruma de calor se despeja con súbito alivio cuando suspiro al ver las plantas verdes semivivas que salpican las orillas. Vegetación resistente que se asa al sol, pero es más comestible que la mayoría de los manjares que ofrece la Llanura de Rania, como el cuervo.

Sir me mira brevemente mientras descarga el costal de sus hombros.

—Esta noche acamparemos aquí y mañana iremos a Cordell. Nadie nos sigue. Cuanto antes lleguemos a lugar seguro, mejor.

Aunque la tentación del agua clara está a apenas unos pasos, me paralizo. Me está hablando.

—¿Por qué vamos a un reino rítmico? ¿No era que odiabas al Rey Noam?

Sir se vuelve hacia el agua; sus hombros caen un poco, pero no responde.

—No puedo ayudar hasta que conozca el plan. Y, te guste o no, mi ayuda es lo único que tienes por ahora.

Me sorprende el tono cortante de mi voz, y bajo los brazos. Avanzo, vacilo, insegura de qué reacción sobrevendrá. Pero cuando me acerco a él, solo veo los rastros de sangre seca que van pasando en volutas de sus manos al agua. Hace días que lleva encima sangre de Primavera. Claro que sí; ¿cuándo habría podido lavársela?

Me viene a la mente el rostro del soldado al que maté. *Mi culpa. Todos los hombres que murieron en el campamento también murieron por mi culpa.*

Sir señala con un gesto hacia su izquierda.

—Corriente arriba —dice, sin hacer caso de mi tono agresivo.

Quito la funda de mi chakram y la dejo caer al pasto antes de caminar hacia la izquierda, entre la maleza. Siento que cada parte de mí está ensangrentada, sucia, como si estuviera cubierta de pies a cabeza por las tripas de los soldados de Angra. Me arrodillo y sumerjo la cabeza en el agua hasta los hombros. La frescura alivia un poco el calor, fluye sobre mí y aleja el pánico. Mis remordimientos.

No es la primera vez que mato. No es la primera vez que veo matar a Sir. He visto a todos en el campamento, incluso a Mather, salpicado de sangre y cojeando luego de alguna batalla. No debería importarme la muerte de unos pocos soldados de Primavera; ellos han matado a miles de los nuestros.

Empiezan a arderme los pulmones pero me quedo sumergida, conteniendo el aliento hasta que lo único que siento es la necesidad dolorosa de respirar. Nada más. No me queda lugar para nada más.

Unos dedos se cierran en torno a mi brazo. Antes de llegar a tomar

conciencia de quién es, inhalo. Me entra agua en los pulmones, y junto con el agua me llena el pecho un pánico ardiente y helado; me arranco del arroyo, escupiendo y luchando por respirar. Sir me arrastra al pasto y me golpea la espalda con el puño para que el resto del agua me salga por la nariz como un torrente de suciedad terrosa.

Apenas mis pulmones se despejan, me pongo de pie y me sacudo el polvo y el agua de los ojos.

—Estoy... estoy bien. Me asustaste. Estoy bien.

Pero Sir no parece convencido.

—Nada de esto es tu culpa. Y no es la primera vez que matas —dice. Por una vez, sus sentidos generales escalofriantemente perceptivos funcionan a mi favor —. Volverás a matar. El truco consiste en no dejar que eso te incapacite.

—No lo hago. —Cierro el puño, y siento la tierra entre los dedos. El resto de mí está tranquilo, cuidadoso, obligando a que hasta el último resto de enojo salga por mi puño cerrado—. No quiero que se vuelva fácil. Ni aunque se trate del mismísimo Angra. Quiero sentirlo, siempre, para no llegar nunca a ser tan horrible como él.

O como tú. No quiero terminar tan endurecida como tú.

Me crispo al pensar eso, y siento más culpa. Él no siempre fue así, me hago recordar. Alysson nos contó a Mather y a mí sobre la noche en que Jannuari cayó ante los hombres de Angra. La noche en que veinticinco escapamos, al amparo de una nevisca creada por el último esfuerzo de magia de Hannah antes de que Angra le rompiera el relicario en dos y la matara.

—Solamente lo logramos por William —nos dijo Alysson una noche, mientras estábamos apiñados cerca del fuego, esperando el regreso de Sir de una misión—. Veíamos los fogonazos de los cañones y las nubes de humo sobre la ciudad, y queríamos volver para salvar a nuestros compatriotas, pero William nos hizo seguir hasta que cruzamos la frontera, hasta que escapamos. —Hizo una pausa y le acarició la mejilla a Mather con una mano—. Fue él quien te cargó contra su pecho durante todo el viaje desde Invierno, una vez que escapamos de Jannuari. Cada vez que uno de nosotros le rogaba que volviéramos para ayudar a salvar nuestro reino, apoyaba la mano en tu cabecita y decía: “Hannah nos confió la continuidad de su linaje. Así salvaremos a Invierno”. Aunque atrás estaba librándose una guerra, aunque estábamos en medio de una nevisca caótica para disimular nuestra huida, aunque pasarían días hasta que llegáramos a lugar seguro, William te trataba con mucha suavidad. Un guerrero de corazón tierno.

Sir nunca nos había contado esa historia, y nunca más volvimos a oírla. Pero después de eso, yo observaba a Sir, buscando la ternura que había mencionado Alysson. Ocasionalmente captaba un asomo, un ligero movimiento en torno a sus ojos cuando Mather vacilaba en su práctica de lucha, una crispación en sus labios cuando yo le rogaba que me enseñara a pelear. Pero eso fue todo lo que vi del general que una vez cargó durante días a un bebé para ponerlo a salvo. Como si hubiera perdido toda su ternura, pero de vez en cuando sus músculos se tensaran al recordar.

Así somos todos: demasiado duros para lo que deberíamos ser. Deberíamos ser una familia, no soldados. Pero en realidad lo único que nos conecta realmente son los relatos, y los recuerdos de lo que debería ser.

Sir asiente. Ahora está limpio; todas las manchas de sangre desaparecieron, salvo las que tiene en la ropa. Como si nunca hubiera ocurrido.

—No querer olvidar lo horrible que es matar a alguien es parte de lo que te hace buen soldado.

—¿Acabas de...? —Aflojo el puño—. Acabas de llamarme soldado. *Buen* soldado.

Los labios de Sir se estremecen en su versión de sonrisa.

—Que eso tampoco te incapacite.

El sol seca el agua en mis mejillas y empieza a quemarme la piel otra vez. Es un momento extrañamente pacífico para Sir y para mí. Trato de contener el vértigo que amenaza arruinarlo.

—¿Deberíamos abrazarnos o algo?

Sir pone cara de exasperación.

—Recoge tu arma. Nos vamos a Cordell.



Por qué Sir eligió Cordell como punto de encuentro sigue siendo un misterio. Es cierto que es el reino fuerte *más cercano al campamento que acabábamos de abandonar. Pero recuerdo a* Sir vociferando contra Cordell. Que el Rey Noam es un cobarde, que se esconde detrás de su fortuna, que acapara el poder de su conducto como todos los demás Reinos Rítmicos, y así sucesivamente.

Al día siguiente, cuando ponemos rumbo al noreste, tengo que preguntárselo, aunque ya lo hice media docena de veces sin obtener respuesta. Pero también es verdad que Sir y yo tuvimos un interludio libre de ira, y *además* me llamó soldado, de modo que eso tiene que valer algo.

—¿Por qué vamos a buscar ayuda a un rítmico?

Sir me mira brevemente, con expresión entre divertida y molesta.

—La insistencia puede matarte.

—Cuando la atiza la tortura, también puede conseguir respuestas.

Sir bufa.

—Rítmico o no, Cordell es el más cercano. Y ahora llevamos prisa.

Y también estamos desesperados, si Sir espera que consigamos ayuda en Cordell. Nada es nunca tan sencillo, y si no me equivoco al adivinar la razón de la decisión de Sir, sin duda algo está muy mal.

—¿Cuál es nuestro próximo paso?

Sir se concentra en el horizonte, en las ondas infinitas de hierba de color crema y en el sol ardiente.

—Buscar apoyo —susurra—. Conseguir un ejército. Liberar a Invierno.

Lo dice como si fuera fácil. Precisamente lo que venimos intentando desde hace dieciséis años.

Y ahora, como tenemos la mitad del conducto de Hannah, por fin está a nuestro alcance. Toda mi vida giró en torno a conseguir la primera mitad del relicario; en realidad, nunca miré ni cuestioné *más allá de eso.*

—Un momento... todavía no tenemos el conducto entero. ¿Por qué Noam aceptaría ayudarnos? Y, de todos modos, ¿dónde está la otra mitad del relicario?

Sir me mira brevemente pero sus labios siguen formando una línea fina.

—Es un riesgo que tenemos que correr, dada la ubicación de la otra mitad. —Lo dice sin mucha expresión, y me doy cuenta de que hay algo que no me dice, pero pasa a responder mi otra pregunta—. Si quisieras esconder una cosa, protegerla del mundo, para saber siempre dónde está, ¿dónde la guardarías?

—Conmigo, supongo... —Lo miro rápidamente—. *¿No?*

Se encoge de hombros.

—¿Angra tiene consigo la otra mitad? ¿En su persona?

Sir no responde; me deja armar el rompecabezas. Sus enigmas son un poco fastidiosos.

—¿O sea que Angra fue cambiando uno de lugar todo el tiempo para que nos costara horrores recuperarlo y todo el tiempo tenía la otra mitad colgada al cuello? —Meneo la cabeza—. Y yo que creía que era todo un logro haber recuperado la primera mitad.

—Lo es —me corrige Sir.

Una comisura de mis labios se eleva un poco y me regocijo en esas palabras. *Lo es.*

—¿Por qué no fuiste con Mather?

La pregunta se me escapa antes de que me dé cuenta de que estaba pensándola. No es que Dendera no sea capaz de pelear junto a Mather; a pesar de que preferiría no ser soldado, es nuestra segunda mejor guerrera a corta distancia. Pero Sir sigue siendo el mejor, y el mejor debería estar con Mather.

—Para que no nos atrapen juntos. —Sir da vuelta su costal y lo abre de un tirón—. Los dos somos demasiado valiosos para la causa.

Me entrega una tira de cecina. Lo miro, esperando más explicaciones, pero se lleva a la boca un trozo de queso y vuelve a quedar en silencio con la misma facilidad con la que había hablado.

Eso es todo. No es porque se preocupe por mí, ni porque quiera protegerme. No tiene nada que ver conmigo. Nunca lo tuvo.

Trago la carne seca con dificultad; mi mano hace girar la piedra azul en mi bolsillo. La superficie tallada es áspera contra mis dedos, e imagino que de ella

fluyen ríos de fuerza y temeridad que ascienden por mi brazo y llegan a mi corazón. Imagino que es realmente un conducto, mi propia fuente de fuerza sobrehumana en la palma de mi mano: a la vez un símbolo de poder y un recordatorio de Invierno.

Saco de un tirón la mano del bolsillo. No necesito fuerza artificial. Soy suficientemente fuerte tal como soy: *yo*, Meira, sin magia ni conducto ni nada.

Pero... sería bueno, por una vez, no ser tan débil. No mirar todo lo que hemos hecho y saber que todavía nos queda mucho camino por recorrer hasta que podamos estar a salvo.

Ser poderosa.

Nos detenemos a acampar cuando se pone el sol. A esa altura, el calor y mi inseguridad persistente con respecto a Sir me han llenado de inquietud. Entonces, cuando él toma el primer turno para montar guardia, me obligo a dormir para despejar mis pensamientos. Asombrosamente, el sueño me viene con más facilidad y rapidez que en mucho tiempo, como si el modo en que Sir me habló hoy hubiera eliminado un poco la tensión.

Detesto que su opinión sea tan importante para mí.

Cierro los ojos, me acurruco entre las olas doradas de hierba y los sueños empiezan a llegar con la suavidad con que las estrellas se deslizan por el cielo negro de la noche.

Me rodean cabañas en un camino de adoquines, cercas cubiertas de nieve y hielo, ventanas combadas por la escarcha. Una densa nube de humo cubre el cielo como una manta, despedida por las chimeneas de los edificios industriales en el límite de la ciudad.

Estoy en Jannuari.

Conozco estas calles como conozco los latidos de mi corazón. Escenas que construí a base de relatos y recuerdos de otras personas, imágenes y emociones robadas. Pero el miedo me deja parada en la fría calle de piedra, serpentea en torno a mis extremidades con pinzas violentas y me acelera el pulso más y más. Hace años que veo a Jannuari en mis sueños, que escucho absorta los relatos sobre ella. Entonces, ¿por qué estoy aterrada?

Una oleada de cuerpos me acomete, derramándose por las calles tortuosas de Jannuari. Estamos corriendo, corriendo con desesperación, mientras a nuestro alrededor rebotan explosiones.

Es la noche de la caída de Invierno.

—No —susurro—. No podemos correr. Angra está arreándonos como a ganado. Va a llevarnos a todos, a apresarnos...

—¡NO! —Lo grito una y otra vez, tratando de aferrar a las personas que me rodean. Pero no me hacen caso, no me oyen; el terror las paraliza tras murallas impenetrables de necesidad.

Luego estoy a salvo.

Sucede con tanta rapidez, el cambio, que retrocedo y choco contra la pared de la habitación donde estoy ahora. Un estudio pequeño y acogedor, iluminado por un fogón que está a la izquierda. El olor almizclado y terroso del carbón encendido me relaja al instante: el olor de recuerdos que no son míos. La ventana que tengo frente a mí está abierta a la noche y deja entrar alguno que otro copo de nieve.

Las personas que están en la habitación no reparan en mí. Están demasiado concentradas en una mujer que está de pie junto a la puerta, una mujer de no más de treinta años, de cabello blanco ondulado y con el rostro más apacible y sereno que he visto jamás. Como si nada, ni siquiera los cañones de Angra, pudiera alterarla.

Lleva un relicario al cuello. El conducto.

Hannah.

—Lo siento —susurra, con lágrimas en las mejillas—. No puedo decirles...

—¡No! —exclama Sir acercándose a toda prisa. Sir. Y a su lado está Alysson, y Dendera detrás de él, y Gregg y Crystalla. Vivos. Todos están aquí, vivos...

Un grito empieza a escapar de mi garganta antes de que una mano me cubra firmemente la boca. En la penumbra, Sir me mira enojado; su boca forma una mueca detrás de la barba blanca de días. Después del sueño no puedo pensar con claridad, y parpadeo, confundida, mientras mi pulso recupera su ritmo normal. No es la primera vez que sueño con Jannuari. Ni siquiera es la primera vez que sueño con Hannah. Seguramente todos han soñado con ella; Invierno domina cada momento de nuestra vigilia, entonces ¿por qué no también nuestros sueños? No es nada por lo cual preocuparse.

Pero no logro quitarme esa inquietud, especialmente cuando Sir hace una seña hacia mi derecha para llamar mi atención a un sonido de cascos.

Un galope de caballos por las llanuras, que hace vibrar mis manos apoyadas en el suelo. Sir me aparta la mano de la boca cuando entiendo con un estremecimiento.

—¿*Primavera?* —Murmuro.

Sir niega con la cabeza.

—Vienen del sudoeste —susurra—. Van al noreste.

Entorno los ojos tratando de ver. Es obvio que Sir espera que yo sepa qué ejército se acerca al galope, pero estoy desorientada. Los reinos que están al sudoeste de nosotros son Verano y Otoño. Los veranenses solo salen de su reino para enviar recolectores a llenar sus burdeles, pero rara vez viajan tan lejos de sus fronteras, especialmente cuando Yakim y Ventralli están mucho más cerca e igualmente llenos de posibles esclavos. Otoño tiene sus propios problemas para sostener el reino; llevaban dos generaciones sin una heredera hasta que el rey actual tuvo una hija, pero es la única. Dada la naturaleza de la magia de los conductos, sus portadoras no pueden usarlos en toda su capacidad hasta que llegan por lo menos a la adolescencia. Tienen que poder ejercer un poco de magia conscientemente, y los niños no pueden aprovechar la cantidad de magia que contiene un conducto real, ni controlar lo que pueden llamar.

Pero Otoño cuenta con un aliado poderoso: Cordell. Hace dos años, la hermana del Rey Noam se casó con el rey de Otoño. Y ese matrimonio le dio al rey una heredera ante los ataques de Angra; una vez que Invierno fue asimilado por Primavera, Angra encauzó su codicia hacia el Reino de Otoño, debilitado y sin heredera. Los ataques aumentaron tras el nacimiento de la princesa en un intento de conquistarlo antes de que ella creciera en poder. Y al tener Noam lazos maritales y de sangre con Otoño, uno de los rítmicos más poderosos se vio obligado a interesarse por un estacional por más motivos que su proximidad a los Klaryn.

Por eso Sir quiere que vayamos a Cordell. Noam *tiene* que ayudarnos a detener a Primavera; o nos ayuda, o deja que Angra asesine a su hermana y su sobrina. Si esos cascos son un indicio, ya nos está ayudando.

Golpeo el suelo con entusiasmo.

—¡Cordell! —grazno—. ¿Son Cordellanos? ¿Vienen de Otoño?

Sir me guiña un ojo con aire astuto, como quien dice “te enseñé bien”; luego se levanta de un salto y emite un silbido agudo y prolongado. El sonido resuena en la oscuridad y los cascos —docenas de ellos— se detienen.

Mi corazón late con fuerza. Realmente espero que sean Cordellanos. Y que

por lo menos algunos de ellos sean solidarios con los viajeros, estacionales o no. Porque si se aferran al prejuicio de rítmicos contra estacionales, o si son de Primavera...

Pero Sir no comete esos errores. Espero.

Yo también me pongo de pie. La silueta oscura del ejército aparece a pocos pasos de nosotros. Una sombra, la figura oscurecida de un jinete montado, se separa del montón y se adelanta al trote. A medida que se acerca, se hace visible su uniforme dorado y verde cazador de Cordell, como también las medallas que lleva en él, que lo identifican como oficial. Tiene una espada en la mano, las riendas en la otra, de modo que en caso de necesidad puede ensartarnos sin dejar de cabalgar.

El oficial se detiene a distancia suficiente para que alcancemos a verle el rostro.

—Identifíquense o... —Se interrumpe y sus ojos se abren al punto de que sus blancos se distinguen en la oscuridad. —¡Hojas doradas! —exclama, y me sobresalto al oír eso. Seguramente es una expresión Cordellana—. ¿Inverneños?

Me paso una mano por el cabello blanco, me lo acomodo por encima de un hombro y trago para deshacer el nudo de expectación que tengo en la garganta. Este es el momento decisivo: o nos escupe y dice algo despectivo acerca de los bárbaros estacionales, o nos ayuda.

Sir se adelanta.

—William Loren, general de Invierno. Y ella es Meira —me señala con la mano—, también de Invierno. Nuestro campamento fue atacado por Angra y vamos camino a Cordell.

El oficial baja la espada y mi cuerpo se relaja ligeramente.

—Cualquiera que busque refugio contra Angra es bienvenido en Cordell. Soy el capitán Dominick Roe, del Quinto Batallón de Cordell.

Aparentemente, el hecho de que bajara la espada fue una señal para indicar a sus hombres que todo estaba bien, pues al instante guardaron las armas. No van a escupirnos... van a ayudarnos. Sonrío.

—¿Están ofreciéndonos la bienvenida a Cordell? —pregunta Sir, para cerciorarse.

Dominick señala a dos de sus hombres, que se acercan obedientes por entre el grupo; cada uno trae a su lado un caballo sin jinete. Hace una mueca breve, aunque en la oscuridad bien podría tratarse de un efecto de la luz de la luna.

—Lo único que puedo ofrecerles en verdad es escoltarlos hasta Bithai.

Bithai, la capital de Cordell. No podemos pedir más: todo un regimiento encabezado por un capitán a quien obviamente le desagrada Angra y no comparte el prejuicio de estacionales contra rítmicos. Seguramente Sir pasó su guardia formulando deseos.

—Aceptamos —responde Sir—. Su generosidad será recompensada.

Los dos hombres a quienes Dominick señaló nos ofrecen los caballos. Me acomodo en uno y miro a Sir mientras monta el suyo. Sus hombros se aflojan y se hunde un poco en la montura; es la primera vez que lo veo relajado desde mi regreso de Lynia.

Me duele el pecho y cierro los ojos. No puedo permitirme el lujo de pensar en lo que ocurrió. No puedo preguntarme ni preocuparme por quién escapó, quién llegó a Cordell. No hasta que estemos a salvo, o al menos tan a salvo como sea posible.

Las ondas de hierba color crema desaparecen al día siguiente, como a media mañana. Me enderezo en mi montura, con los ojos dilatados mientras contemplo el asombroso cambio en el paisaje. Nunca estuve en Cordell. No hemos tenido motivos para ir a un reino que Sir odia, habiendo otros dispuestos a vendernos comida y provisiones. Pero ahora desearía haber venido antes. Es hermoso.

El pasto bajo los cascos de los caballos es de un verde tan vibrante que me hace doler los ojos. Alrededor hay colinas suaves, con laderas pobladas por arces perfectamente ubicados que empiezan a adquirir tonos anaranjados y dorados. Pasamos por una granja y nos envuelve un aroma floral, aireado: lavanda, uno de los productos de exportación más buscados y costosos de Cordell. Algunos soldados saludan a un granjero y sus peones, que dejan sus herramientas y sus baldes para devolver el saludo.

Seguimos la marcha y dejamos a los peones en sus campos violetas efervescentes. Los soldados, atraídos por el verde, el sol y el aroma a lavanda, lanzan gritos de alegría por la vuelta al hogar.

Sir no parece contagiarse del entusiasmo de los hombres. Observa cada granja por la que pasamos, cada aldea diminuta, más que probablemente tomando nota de cuántos edificios lujosos hay, cuántos campos parecen un poco demasiado fértiles. Su rostro no se altera, y en esa impasividad veo el mismo enojo que cuando despotrica contra Noam.

Así como Invierno concentraba su magia en la minería, Cordell concentra su conducto en la oportunidad, en ayudar a sus ciudadanos a volcar una situación a su favor para poder sacarle el máximo provecho. Oportunistas, gente de muchos recursos, estafadores: como sea que se los llame, hasta pueden “hacer que las hojas se conviertan en oro”, una frase Cordellana que Sir nos explicó en nuestras muchas lecciones, que hace referencia al hecho de que son tan buenos para sacar provecho que es como si hicieran que las hojas de un árbol se convirtieran en monedas de oro. Eso explica la exclamación anterior del capitán Dominick: *hojas doradas.*

Pero si bien Cordell tiene recursos inagotables, a Noam no se lo conoce por forjar alianzas políticas con nadie más que los otros Reinos Rítmicos, igualmente ricos. El matrimonio de su hermana con el rey de Otoño fue un escándalo que a la larga perdonó cuando halló la manera de que fuera beneficioso para Cordell, pero ¿rebajarse a prestar ayuda a unos refugiados inverneños?

Al cabo de tres horas de serpentear por campos verdes y de lavanda, vemos ante nosotros una vista aún más imponente: Bithai. La ciudad se extiende sobre una amplia meseta rodeada por unas veinte minigranjas distintas, todas en medio del ajetreo de media mañana. Mientras nos acercamos, vemos más casas, más gente, hasta que el regimiento llega a una calle adoquinada que conduce a un puente levadizo y a las puertas de la ciudad.

Apenas cruzamos la puerta, la ciudad estalla a nuestro alrededor con un alboroto de mercaderes que vociferan, ruedas de carros que traquetean por las calles, y asnos que rebuznan al viento matutino. Los edificios están alineados en perfecta simetría a lo largo de las calles de adoquines grises, y las avenidas doblan y se curvan en ángulos precisos por la ciudad. Cada estructura, ya sea una casa, un comercio o una posada, es una mezcla de piedras grises apiladas bajo techos de tejas marrones. Arriba, las banderas flamean con la brisa: estandartes con una vara de lavanda delante de una hoja dorada de arce sobre fondo verde. Todo está limpio, bien cuidado; hay fuentes y enredaderas que decoran algunas esquinas al azar, como si la ciudad toda fuera parte de los terrenos del palacio. Lo cual tiene su lógica: Bithai es la entrada a Cordell, la mejor muestra del poder de Noam. Es obvio que la mantenga tan perfecta como pueda.

Los ciudadanos saludan a nuestro paso, aclaman a los soldados y lanzan gritos de aliento a sus hombres, que regresan después de mucho tiempo. Algunas mujeres sueltan las cestas con vegetales y casi derriban a los caballos en sus intentos por besar a sus esposos. En su mayoría, los civiles se apartan de Sir y de

mí, y sus bocas se tuercen con confusión al ver a dos inverneños en Bithai. Pero los soldados están demasiado distraídos para que les importen los prejuicios políticos, y ellos también saludan y lanzan gritos de entusiasmo, con los rostros encendidos de alivio por llegar a casa. Ese sentimiento me hace sonreír.

Lealtad. Orgullo. Lo siento en el aire, en el modo en que los hombres gritan saludos a los que pasan y piden novedades sobre Cordell. Estos hombres aman a su reino. Estos hombres tienen lo que todos los días veo que falta en los ojos de Sir, en la expresión dura de Finn y en la mirada lejana de Dendera: un hogar.

El regimiento aminora la marcha a trote suave y dobla en una última avenida, donde las ramas de los arces forman arcos sobre nosotros. La luz se filtra por entre el follaje, y algunas hojas caen y danzan en torno a la cerca de hierro forjado que hay a ambos lados de la calle de ladrillos dorados.

Sir se detiene a mi lado. Trato de que me mire para que me dé algún indicio de lo que vamos a hacer, pero solo mira hacia adelante. Entonces yo hago lo mismo.

Ay, dulce nieve. ¿Y esto?

El regimiento se detiene, y tengo que morderme la lengua para no preguntar si Noam está tratando de compensar algo. Porque puedo entender que quiera tener un reino opulento, y que quiera tener una capital impecable... pero ¿esto?

Un portal separa los terrenos principales del palacio del camino de entrada. El portal es de oro, por lo menos tres veces más alto que yo y cubierto por enredaderas de metal verdes. A lo largo de las enredaderas, hay rosas de metal escarlata y aves azules posadas sobre ramas también metálicas. Pero lo peor de todo es que hay un par de arces enormes, uno a cada lado del portal. Enteramente dorados, sus hojas tintinean con el viento con una melodía bonita pero excesiva.

—El corazón de su reino —susurra Sir. El hecho de que de pronto hable en susurros es lo que me hace notar que el entusiasmo de los hombres tiene un aire más profundo de solemnidad.

—No es... —me contengo y prosigo en un susurro— oro de verdad, ¿no?

Sir asiente brevemente. Quedo boquiabierta. Con razón Sir odia a Noam; para hacer dos árboles usó oro suficiente como para mantener a todo un reino.

El regimiento desmonta, y Sir y yo lo seguimos. Cuando todos estamos de pie ante el portal, los Cordellanos hacen reverencias profundas y se demoran un momento, mientras la brisa les mueve el cabello, hasta que de sus formas inclinadas surge un suave murmullo.

Me acerco a Sir.

—¿Están recitando?

Sir asiente. No parece contento. Pero tampoco descontento al punto de querer darle un puñetazo en la garganta a Noam; es solo nostalgia y un poquito de envidia.

—Es el Poema de Bithai.

Los soldados terminan su murmullo escalofriante a los dos árboles de oro y recogen a sus caballos. El capitán Dominick se mueve entre sus hombres, que ahora están ocupados llevando a sus caballos hacia la derecha, por un camino separado que da la vuelta al palacio.

Dominick señala el portal.

—General William, Lady Meira...

Lady. Se me frunce la nariz y se me eriza la piel de la espalda al oír el título. Mejor que no se acostumbren; no estoy segura de *querer* ser una dama.

—... si me siguen, por favor, los llevaré ante nuestro rey.

Sir tiene el cuello enrojecido. Este viaje va a destruirlo de adentro hacia afuera. No es que yo me sienta mejor que él por estar aquí; la mayoría de las experiencias que tuve con los Reinos Rítmicos me hicieron sentir menos que humana. Se burlaban de nosotros a nuestro paso por las calles, nos arrojaban vegetales mientras salíamos de la ciudad. ¿Por qué Cordell habría de ser diferente? Pero hasta ahora nadie nos ha tratado con crueldad, así que sigo a Sir mientras Dominick nos conduce a través del portal, a un jardín exuberante.

Una fuente lanza agua al aire en el centro de un pequeño sendero de piedra, todo rodeado de azaleas de un rojo brillante y plantas de lavanda hasta la altura de los hombros. Hay motas de polen flotando en el aire, moviéndose hacia uno y otro lado como insectos que se persiguen entre los rayos del sol. A la derecha, un camino de piedra se interna en un bosque de arces, un sendero escondido para romances de medianoche o intentos de asesinato.

Ante nosotros hay un palacio de la misma piedra gris que el resto de Bithai. Pero este edificio hace que todos los demás parezcan enanos, con cuatro pisos de ventanas resplandecientes, balcones de marfil y gruesas cortinas de terciopelo.

En el mismo instante en que Dominick nos invita a entrar al palacio, un grito me hace dar la vuelta. Sir también se detiene y se tranquiliza el tiempo suficiente para sonreír, un gesto suave de verdadero alivio que me reconforta.

—¡Meira!

Me vuelvo hacia el bosque mientras una imagen borrosa de cabello blanco y

seda azul sale rápidamente de la penumbra verde: Mather.

Una sonrisa irrumpe en mi cara y borra todos los restos de cansancio por el viaje. Mather corre hacia mí y me levanta en un abrazo capaz de partirme la espalda.

Ni siquiera me importa que me crujan las costillas.



Mather me mira con esa sonrisa deslumbrante y no me baja. Trato en vano de contener el rubor que, estoy segura, me está enrojeciendo la cara. Sin duda, lleva más tiempo que nosotros en Bithai; lleva el cabello recogido con una cinta, una camisa celeste con pantalones limpios color marfil, y en su cuello brilla la mitad del relicario de Hannah. Noam se gana un punto en mi lista de personas a las que no voy a matar: cuidó a Mather.

Mather ríe entre dientes desde el fondo de su garganta.

—Tardaste en llegar.

Sus palabras vibran en mi cuello y me duele darme cuenta de que estoy sosteniéndome del suyo. Me tiemblan los dedos pero no puedo apartarme, y solo río y siento que sus músculos me aprietan más.

—No me di cuenta de que era una carrera —logro responder, y pasa por mi mente el recuerdo de nuestro último abrazo. Su rostro cobra un ligero matiz rosado. ¿Será que él también está pensando en eso?

—Lo era, y tú perdiste —es todo lo que dice, y su risa me envuelve.

Sir se aclara la garganta. Mather me estruja una vez más y vuelve a apoyarme en las piedras, donde me cuesta recobrar el equilibrio. ¿Quién sacudió el mundo?

—¿Quién más llegó? —pregunta Sir. Directo al grano.

Su brusquedad no parece fastidiar tanto a Mather como a mí.

—Todos.

Exhalo. Todos estamos aquí. Todos sobrevivimos. Se afloja un poco mi sentimiento de culpa: perdimos nuestro campamento, pero a nadie del grupo. Si alguno de los nuestros hubiera muerto por mi culpa, no habría podido recuperarme.

Sir también exhala.

—Excelente. ¿Has estado con Noam?

Mather asiente.

—Ayer. Dendera y yo llegamos hace dos días...

Me mira brevemente y luego vuelve a mirar a Sir, y no continúa con lo que pensaba decir, fuera lo que fuese. Pero de pronto pone cara como si acabara de recibir un puñetazo en el estómago, y todos mis sentidos se ponen alertas.

Pasa algo.

Sir asiente una vez más y se vuelve hacia Dominick.

—Llévenos con su rey.

Dominick gira sobre sus talones y sube a los saltos la escalinata del palacio. Dos guardias que están apostados allí abren las puertas y miran con interés nuestro brillante cabello inverneño. Bueno, de momento mi cabello y el de Sir no están brillantes; nuestras cabezas, como el resto de nuestros cuerpos, están emplastadas de sudor y polvo del camino. Pero adivino, por el andar decidido de Sir detrás de Dominick, que no vamos a darnos un baño antes de conocer a Noam.

Un baño. Contengo un suspiro de anhelo cuando nos detenemos en el vestíbulo del palacio.

La única fuente de luz es la araña que hay encima de nosotros, que emite un suave resplandor blanco. El resto de la decoración es oscuro: paredes de madera lustrada, pisos de mármol negro. Confortable pero muy, muy caro. Las paredes están recubiertas por paneles rectangulares; no distingo si son puertas o solo decoración.

Una, a nuestra derecha, se abre.

Dominick se adelanta a toda prisa y hace un profundo saludo a un hombre que está adentro, fuera de la vista.

—Mi rey, tengo...

—Más inverneños. Sí, lo suponía.

La voz profunda es acorde a la cálida oscuridad del ambiente. Acogedora, casi; una voz que se esperaría en un abuelo, no en un rey.

Sir se adelanta con fuerza y casi empuja a un lado a Dominick.

—Noam.

Una vez, cuando convencí a Mather de robar una botella del vino veranense de Finn y terminamos un poquito achispados, Sir me castigó con dos semanas de lavar los platos de la cena por "faltarle el respeto a la investidura de nuestro

futuro rey”. Pero Sir no tuvo reparos en llamar al rey Cordellano por su nombre de pila como si fuera un niño travieso.

Noam sale al vestíbulo de brazos cruzados. Es corpulento; no tanto como Sir, pero aun así impone respeto. Tiene el cabello castaño dorado suelto hasta los hombros, con algunas canas en torno al rostro y más aún en la barba. Tiene ojos profundos y misteriosos que me hacen sentir a la vez desnuda e invisible, como si le bastara una mirada para leer todos mis secretos. Y lleva su conducto, la daga de Cordell, en el cinturón; la joya púrpura de la empuñadura resplandece levemente en la penumbra.

Noam, con el rostro impasible, vuelve sus ojos oscuros hacia Sir. Su mirada pasa por sobre Mather antes de detenerse en mí, y sonríe.

Eso no puede ser bueno.

—Eso es todo, Dominick. Gracias.

Dominick se demora como si esperara más. Pero luego hace una reverencia, masculla algo acerca de regresar más tarde para informarle sobre Otoño, y sale por la puerta principal.

—William —dice Noam, sin apartar los ojos de mí—. Qué bueno que hayas llegado. Desagradable asunto, ese de tratar con la Sombra de los Estacionales. Los estacionales pueden ser bastante... —hace una pausa— volátiles.

Contengo un bufido. Volátiles. Y eso que todavía no me conoce.

Pero el bufido se me atasca en las palabras que usó para referirse a Angra: la Sombra de los Estacionales. Había olvidado que así lo llaman en los Reinos Rítmicos. Como si no fuera más que una bruma gris que emana del resto de nosotros, y que tal vez, si damos los pasos correctos, desaparecerá.

Sir se interpone en la línea visual de Noam y lanzo un suspiro de alivio.

—Esperaba que pudiéramos hablar de esto con más privacidad. —Sir mira a Mather—. Mi rey dijo que ya hablaste con él, pero yo también tengo cosas de las que quisiera hablar.

Sir nunca había llamado “rey” a Mather. Futuro rey, sí. Miembro de la realeza, sí. Pero nunca rey. El Rey Mather Dynam. Me recorre un estremecimiento de inquietud. Sé que es nuestro rey, y sabía que esto pasaría. Solo que creí que tendríamos más tiempo, al menos hasta que encontráramos la otra mitad del relicario. No... ahora.

Noam llama con una seña a dos criadas.

—Acompañen a Lady Meira a sus aposentos. Que quede más bella que nunca para esta noche.

Sir y yo palidecemos. Sir, pálido. Creo que ya no me gusta Bithai.

—¿Perdón? —gruñe Sir.

Noam esboza una sonrisa burlona.

—Para el baile. Mi corte lleva dos días esperando en Bithai; quieren una celebración. Ahora puede empezar. Seguramente tu *rey* ya te lo dijo.

El modo en que pronuncia la palabra *rey* me da escalofríos. Miro a Mather, que está tan rojo como las azaleas del jardín, y tiene la mandíbula tan tensa que debe de tener los dientes completamente aplanados.

Las criadas se acercan a mí.

—Por aquí, por favor —dice una.

Sir me mira y asiente. Pero hay algo detrás de sus ojos, algo que apenas puede contener, que me da deseos de arruinar el bonito vestíbulo de Noam con mi chakram.

Las criadas se ponen en marcha y, al cabo de otra pausa, las sigo. Así deben de sentirse las ovejas antes de que les cortemos la cabeza y las asemos en una fogata.

Se oye la voz de Noam mientras salimos del vestíbulo. Igual que todo en Bithai, es intencional.

—Sí —dice—. Puede que lleguemos a un acuerdo.

Doy media vuelta de inmediato, pero Sir, Mather y Noam ya han entrado a lo que, solo puedo suponer, es el estudio de Noam. La puerta se cierra, y ya no oigo más.

—Lady Meira, por aquí, por favor.

Lady. ¿En serio?

Me rindo y sigo a las criadas. El vestíbulo termina en un salón de baile... *el* salón de baile, seguramente, donde esta noche será la fiesta que Noam tiene planeada. Es grande, opulento, con mármol, arañas, plantas verdes exuberantes y mucho oro. Estoy un poco harta de la riqueza de Cordell.

Del salón salen dos escaleras, una a cada lado. Las criadas me llevan por la de la izquierda, y subimos en círculo de modo que tengo una vista de ciento ochenta grados del salón. Me empeño en no mirarlo, y me concentro en el lodo pegado a mis botas.

Llegamos al primer piso y recorremos tantos pasillos idénticos que empiezo a pensar que el plan de Noam era que me perdiera en un laberinto de lujo fastidiosamente caro. Paneles de madera tan lustrosa que puedo ver mi reflejo sucio al pasar; arañas de cristal que proyectan puntos cambiantes de luz sobre mi

cuerpo, alfombra de color granate tan suave y mullida que mis botas dejan marcas hundidas. Los mismos acentos oscuros y la misma sensación de caro pero confortable que en el vestíbulo.

Por fin las criadas se detienen ante una puerta. Su superficie lustrosa me deja ver mi expresión asustada girar hacia adentro al abrirse, y detrás de la puerta, detesto decirlo, veo exactamente la recámara que yo diseñaría si contara con recursos ilimitados y no tuviera que preocuparme por nada más que decorar una habitación.

Es sencilla y bonita. Donde yo había pensado que sería tan extravagante como el portal de Noam, no hay más que una cama con dosel (una muy linda cama con dosel), un guardarropa (un muy lindo guardarropa) y una alfombra lavanda de diseño complejo extendida sobre un piso de madera. Frente a mí, las puertas del balcón están abiertas, y las gruesas cortinas blancas ondean con el viento mientras camino hasta el centro de la habitación.

Ambas criadas son un poco mayores que yo, y llevan vestidos sencillos de tela del color verde cazador de Cordell. El cabello entre castaño y rubio les cae en mechones suaves sobre la espalda, y una de ellas, que tiene ojos pardos muy grandes que dan la impresión de que lo ve todo, se me acerca.

—¿Esto es de su agrado, Lady Meira?

—Meira.

—Sí, es lo que dije. Lady Meira.

Frunzo el ceño.

—No, solo Meira. Sin el “Lady”.

—Temo que no puedo hacer eso, Lady Meira.

Aprieto los dientes y me vuelvo hacia ellas.

—Muy bien. ¿Cómo se llaman?

—Mona.

—Rose.

—Pues bien, Mona y Rose, ¿qué pueden decirme sobre los planes de Noam?

Mona mantiene la cabeza gacha con docilidad y Rose se limita a encogerse de hombros.

—No sabemos nada, solo que debemos tenerla vestida y lista para las ocho.

Las miro entornando los ojos.

—¿Y si me niego?

Los ojos de Mona se dilatan. Rose, obviamente la que está a cargo, apoya una mano en la de Mona.

—Espero que no haga eso. El Rey Noam dejó bien claro que nuestro futuro a su servicio depende de que usted esté en el baile.

Una de mis cejas se levanta inmediatamente.

—¿Y siempre hacen lo que su rey ordena?

Rose asiente lentamente, como si no entendiera por qué se me ocurriría hacer semejante pregunta. Supongo que Mona hará lo mismo, pero cuando la veo vacilar y retorcerse las manos, no puedo evitar una sonrisa curiosa. Rose advierte mi súbito cambio de expresión y gira hacia Mona, que levanta las manos y asiente con tanta vehemencia que tengo miedo de que se le caiga el cabello.

—¡Por supuesto que lo obedezco! —declara Mona—. Solo que... sería lindo, ¿no? Si... no sé, si tuviéramos nuestra propia magia.

El rostro de Rose se pone tan rojo como la flor que designa su nombre.

—A ningún Cordellano le falta nada, ¿y tú vienes a decir semejante cosa *delante de una invitada*? —Gira hacia mí—. Mis disculpas, Lady Meira... Mona es nueva en su puesto.

Mona cede, baja las manos e inclina el mentón contra el pecho. Pero no responde a Rose; se vuelve hacia mí, con los ojos clavados en el suelo.

—Perdóneme, Lady Meira.

Casi se me olvida irritarme al oír el "Lady" al ver apagarse su pequeño asomo de fogosidad. No puedo evitar mi cara de sorpresa; ¿la única vez que habló fue por la idea de tener su propia magia? ¿De no deberle nada a Noam ni estar vinculada con él?

Sigo pensando en eso, tratando de hallar la manera de colocarlo en mi mente. Me recuerda la piedrita de lapislázuli que llevo en el bolsillo, la pequeña piedra esférica que me presiona el muslo. Mather quería creer que era mágica, que cualquiera podía simplemente recogerla del suelo. El mundo sería mucho más simple si así fuera: nadie tendría que depender de la ayuda de su rey o reina. Nadie tendría que quedarse dentro de los límites de su reino para participar en la magia de su linaje. Estaríamos mucho menos... ¿atrapados? No me parece la palabra correcta, al menos para alguien que lleva toda su vida luchando por conseguir esa clase de magia. Pero tal vez en otros reinos, reinos que tienen su magia desde hace siglos, sí se planteen esas preguntas. Piensan cómo sería estar libres de las pautas estrictas de nuestro mundo.

Miro a Mona y muevo la cabeza.

—No te disculpes. No tiene nada de malo hacer preguntas.

A pesar de que no sé muy bien cuáles son mis respuestas a esas preguntas.

Lo único que sé es que Invierno necesita magia para ser libre. Es todo lo que puedo ver por ahora.

Rose me contradice bruscamente.

—Por supuesto que es malo cuando esas preguntas van en contra de las órdenes claras de nuestro rey.

Levanta simultáneamente una ceja y un dedo, lista para volcar sus amenazas hacia mí.

Retrocedo hasta la cama y me dejo caer sobre ella, con los brazos extendidos.

—No hay por qué enojarse. Iré al baile.

Cuando Rose habla nuevamente, oigo la sonrisa en su voz.

—Excelente. Hay un baño preparado para usted por aquí, Lady Meira.

Levanto la cabeza a tiempo para ver a Mona señalar una puerta a mi izquierda.

—Volveremos cuando haya descansado —dice Rose, y ambas salen a su indicación.

Cuando cierran la puerta, me incorporo. La piedra de lapislázuli se me clava en la cadera, y me hace pensar en Mather, en Sir, no en la magia y en quién debería tenerla o no. La saco de mi bolsillo y la hago girar en la palma de mi mano; la repetición me calma los nervios.

Noam quiere tenerme allí por alguna razón. Más extraño aún es el hecho de que un rey de un reino rítmico vea algo de valor en una refugiada estacional. Y tanto Mather como Sir saben qué es, pero ahora están reunidos con Noam, de modo que de momento mis opciones son husmear por el palacio con la esperanza de encontrar respuestas en una de tantas habitaciones, o tomar un baño y una siesta.

Como si mi cuerpo ya hubiera tomado la decisión, bostezo y se me nublan los ojos al llenarse de lágrimas.

Me quito la ropa de viaje y apilo todo en el rincón, y agrego encima mi chakram como protección. La bolita de lapislázuli cae rodando de la pila y golpea el piso de madera hasta apoyarse en la alfombra mullida. La recojo y la coloco en la mesita de noche, y observo su superficie azul. Sé que es ridículo, pero una parte de mí se relaja al saber que tengo allí un trocito de Invierno, en caso de necesidad.

Los jabones aromáticos y el agua con espuma borran rápidamente toda inquietud, y llenan mis sentidos de lavanda y vapor. ¡Ah! Podría acostumbrarme

a esto.

Después de pasar demasiado tiempo arrugándome, salgo del baño y frunzo el ceño al despejarse el sopor de relajación. Algo está mal. Recorro con la vista la habitación dos veces, hasta que mis ojos bajan al suelo y ven...

Nada.

Mis cosas han desaparecido. Mi chakram, mis botas, todo. Solo la bolita de lapislázuli sigue en la mesita. Ahora hay un camisón extendido en la cama, una prenda sedosa de color marfil que probablemente se consideró un intercambio justo por mi ropa. Debería estar molesta, solo que el camisón es más suave que la piel de un conejito. Me lo pongo por encima de la cabeza y vuelve a invadirme el sopor de la relajación. Y cuando me acomodo entre las sábanas delicadas y bajo el abrigado edredón, se me olvida por qué debería estar molesta. O por qué debería haber regresado al estudio de Noam y exigido respuestas. O siquiera dónde estaba el estudio de Noam, porque todos esos pasillos parecen iguales, y sus árboles son ridículos, y ¡dulce nieve, qué cómoda es esta cama...!



—Lo siento. No sé qué más hacer. Llegará en unas horas.

Estoy en el estudio de mi sueño anterior. El fogón encendido, el aroma almizclado del carbón encendido, la ventana abierta que deja entrar copos de nieve. Los veintitrés que escaparon aquella noche y vendrían a vivir a la Llanura de Rania con dos criaturas, todos apiñados en preparación para su partida. Y Hannah, cuya fuerza silenciosa empezaba a vacilar, arrodillada frente a... ¿Alysson?

¿Por qué estoy soñando con esto otra vez?

Alysson está en una silla delante de Sir, que está inclinado sobre el respaldo con la cabeza contra el pecho. Los dos tienen un aire sombrío, entre llorosos y no, e intentan mostrarse fuertes ante su reina. Alysson tiene en sus brazos un diminuto atado de mantas.

—No sé qué más hacer —susurra Hannah, mientras estira sus dedos largos y pálidos para tocar el atado que está en manos de Alysson. Una mano pequeñita se levanta y Hannah la toma, y la envuelve en sus manos.

Mather.

—No están obligados a ir —dice Hannah—. No están obligados a obedecerme.

La reina de Invierno, rebajándose ante su general y su esposa.

Alysson mira a su reina; con una mano aún sostiene a Mather y extiende la otra para tomar la mano de Hannah.

—Lo haremos —susurra—. Por supuesto que lo haremos. Por Invierno.

—Todos lo haremos. —Esta vez es Sir. Levanta la vista, alerta y concentrado —. Puede confiar en nosotros, mi reina.

Hannah se pone de pie, y sus dedos se extienden distraídamente hacia su hijo. Asiente, o inclina la cabeza, y queda en silencio durante tanto tiempo que todos se sobresaltan cuando se oye una explosión a lo lejos.

—Lamento mucho haberles hecho esto a todos ustedes —susurra Hannah—. Cuánto lo siento...

—¿Lady Meira?

Despierto al instante esperando explosiones, lista para tomar a aquel bebé diminuto y huir. Necesito un par de inhalaciones profundas y unos momentos de concentración en el dosel de la cama para creer que no estoy en aquel estudio... estoy en Cordell. Estoy en el palacio de Noam con Rose inclinada sobre mí, con la cara llena de entusiasmo.

Fue solo un sueño. *Otro* sueño sobre Hannah. Pero ¿por qué me pareció tan real?

—¿Está lista para que la embellezcamos, Lady Meira? —pregunta Rose, haciendo caso omiso al modo en que parpadeo con la mirada fija en el dosel.

Arqueo una ceja.

—¿Acaso estás diciendo que no soy bella ya?

Rose pone cara de consternación.

—¡No! Claro que no... Quiero decir...

—Tranquila, Rose. Era una broma.

Bajo las piernas al costado de la cama y evalúo la situación que tengo ante mí. Mona y Rose han venido acompañadas por otras tres criadas, cada una de las cuales tiene en las manos una bolsa o una prenda. Esto es parte de lo que sea que Sir está planeando, supongo: ponerme bonita, como quien ata un pollo antes de cocinarlo. No puedo ir a un baile con mi aspecto de viaje, y me sorprende no haberme dado cuenta antes. Nunca me puse nada más elegante que la misma ropa gastada de siempre. No estoy segura de si *quiero* vestirme más elegante; cada vez que Dendera me describía los vestidos de baile, no pensaba en otra cosa que *Dulce nieve, cuánta tela innecesaria*, y *Me parece que las faldas se inventaron para que las mujeres no puedan escapar.*

—Por supuesto, Lady Meira —dice Rose, y se vuelve hacia las criadas—. ¡Muchachas! ¡Manos a la obra!

Levanto las manos.

—*Epa... ¿ahora mismo? ¡Un momento! Quiero mi ropa y mi chakram... ¡Ay!*

Las cinco muchachas caen sobre mí al mismo tiempo. Me arrancan de la cama y me suben a un pedestal de vestir que me hace sentir como uno de los

tontos árboles dorados de Noam con gente gorjeando debajo.

—Mona, piernas y pies. Cecily, corsé y mangas. Rachel y Freya, cabello y rostro.

Rose trabaja a la par de ellas como un general que supervisa a una bandada de capitanes confundidos, dando órdenes y regañando. Las chicas me tiran de aquí y de allá, me ponen varias capas de tela y me aplican aceites y polvos raros. Una me toma del cabello y tira hasta acomodarlo en un peinado con rulos; una me pinta los labios con algo brillante; otra me pone un zapato de taco en cada pie; otra corre las tiras del corsé con tanta fuerza que puedo saborear el interior de mi estómago.

—¿Seguro... que... todo esto... es... necesario? —farfullo entre tirones al corsé. Entiendo el deseo de estar más presentable para un baile, pero ¿es necesaria tanta incomodidad? ¿No puedo ponerme un vestido sencillo y ya? O mejor aún, no ir. Pero Sir y Mather van a estar en ese baile, y no quiero esperar hasta que termine para entender lo que están planeando. Si tengo que sufrir por un corsé demasiado apretado, así será.

Rose, con un dedo en el labio inferior, me mira y levanta una ceja. Se vuelve hacia el guardarropa sin decir palabra y lo abre. Del lado interno de cada puerta hay un espejo, y aunque los estantes están llenos de vestidos y camisones, estoy demasiado concentrada en el reflejo que me mira como para reparar mucho en la ropa.

Las criadas de Noam son talentosas. O yo soy más linda de lo que creía.

El vestido en el que me enfundaron (o en el que siguen enfundándome) es de un rojo rubí profundo, ampuloso, que sisea cuando me muevo, con un intrincado bordado dorado en el canesú. El oro asciende formando vueltas hasta transformarse en dos breteles finos que se deslizan justo por debajo de mis clavículas, dejando al descubierto el collar de oro trenzado que una de las muchachas colocó en mi cuello. Mi cabello, con un peinado gigante de rulos recogidos, cuelga con deliberada desprolijidad, con algunos mechones blancos sueltos en torno a la cara.

—¿Y bien?

Rose se cruza de brazos. Parece demasiado satisfecha consigo misma.

Cierro la boca. Tal vez no sea tan horrible estar un poco más elegante.

—Ustedes... son buenas en lo que hacen.

Rose suspira mientras las muchachas retroceden, terminada su acometida. Algunas me elogian:

—¡Qué hermosa es! Va a quedar prendado, sin duda...

Levanto un dedo y miro a mi alrededor.

—Un momento. ¿Quién va a quedar prendado?

Mona cierra su bolsa de implementos.

—El príncipe Theron, Lady Meira. *¡Se va a volver loco por usted!*

El hijo de Noam. Frunzo el ceño, aferrando sin darme cuenta la tela de la falda. Sabía que algo se me olvidaba.

Las chicas empiezan a retirarse, mientras Rose las arrea al pasillo con órdenes decididas de ver si otros huéspedes necesitan asistencia de último momento. Bajo de un salto del pedestal y aferro el brazo de Rose.

—El general William y el Rey Mather. —Menciono su título con sorprendente facilidad, y doy un respingo, incómoda—. ¿Dónde están?

—Preparándose también, Lady Meira. Pero dijeron que si usted preguntaba por ellos, la verían en la biblioteca antes del baile.

—¿Y cuándo es el baile?

—En diez minutos.

Me golpeo la frente con el puño para aplacar una súbita migraña.

—Lady Rose, si desea que yo asista a este baile, me dirá con exactitud dónde queda la biblioteca ahora mismo.

Rose señala por el pasillo, hacia la izquierda.

—Dos vueltas a la izquierda, una a la derecha. La primera puerta a su derecha.

Empiezo a darle las gracias, cuando me doy cuenta que... tengo puesto un vestido de baile. ¿Cuántas veces voy a tener esta oportunidad? Hago una amplia reverencia; mi falda se infla al descender y la tela me envuelve. Rose aplaude cuando me levanto de un salto y corro hacia la puerta. Entonces me detengo, recojo el lapislázuli y guardo la pequeña piedra azul en uno de los bolsillos del vestido. Solo algo a lo que pueda aferrarme.

Dos a la izquierda. Una a la derecha. La primera puerta a la derecha.

Repito las instrucciones mientras corro, cruzándome con criados apresurados y personas elegantes a las que no conozco. De la realeza Cordellana, probablemente. Es bastante difícil correr con vestido, pero correr con un vestido de baile es como tratar de correr envuelta en una tienda de campaña, de modo que a la larga admito la derrota y me levanto todas las capas de seda. Algunos cortesanos que pasan levantan las cejas al verme, pero paso de largo a toda prisa, demasiado contenta de poder mover las piernas con libertad como para que me

importen mucho sus miradas escandalizadas. Yo estaba en lo cierto: las faldas son inventos para que sea más difícil apurarse.

La puerta de la biblioteca ya está abierta cuando entro, pero la habitación está vacía. Hay tres pisos de estanterías con libros, y ventanas de la misma altura que dejan entrar rayos del sol mortecino. Hay tres balcones que dan la vuelta a la habitación, y en el nivel inferior hay un piano de cola en el centro, pero no hay personas, ni siquiera un criado quitándole el polvo a los libros viejos en un rincón.

Entro a toda prisa y recorro cada nivel con la mirada en busca de alguna señal de Sir o Mather o Dendera, cualquiera. Cuantos más rincones vacíos veo, más fuerte me late el corazón.

No están.

Su ausencia me sacude de la liviandad de la preparación para el baile, de poder tomar un baño, del lujo y la fineza de Bithai. Aquí estoy, parada en la biblioteca de Cordell, haciendo el papel de damisela extranjera, con vestido de baile y perfume de vainilla y lavanda. Debería aceptar esto. No debería importarme saber que no podré averiguar nada antes del baile, porque este tipo de normalidad es lo que Sir quería para mí, ¿o no? Bailar, reír y usar vestidos con adornos. Llevar una vida más fácil.

Pero por agradable que sea tener una tina llena de agua caliente, por bonito que sea mi vestido, *yo* nunca quise esta clase de vida. Dendera me contaba sobre la época en que Invierno estaba entero y su corte intacta, cuando la Reina Hannah daba bailes fastuosos como todos los demás reinos del mundo. Las damas se ponían finos vestidos color marfil, y los hombres, trajes azul oscuro, y todo tenía un brillo plateado y blanco. Yo escuchaba los relatos de Dendera y sonreía al imaginarlo todo, pero lo que ocupaba mis sueños eran los cuentos sobre las batallas de Invierno. Cuentos que hablaban de proteger nuestro reino. De luchar por nuestra tierra. De defender a nuestra gente.

No es que los cortesanos fueran menos dignos de Invierno que los soldados que peleaban por él, pero yo nunca quise la vida que Dendera decía haber tenido. Yo quería tener vida propia, una vida en la que pudiera sentirme parte de Invierno. Y eso, para mí, significaba pelear por él.

Me llama la atención una hoja de pergamino en el atril de música, y la levanto. Me atrae algo en el modo en que la escritura se inclina con una letra frenética y presurosa, como si quien la hubiera escrito tuviera prisa por apuntar el poema.

Las palabras me hicieron.
Se movieron sobre mí desde el instante
en que tomé aliento;
Pequeñas líneas negras grabadas en mi cuerpo
mientras me agitaba y lloraba.
Y aprendía sus significados.
Deber. Honor. Destino.
Eran bellos tatuajes del corazón.
Entonces las tomé y las guardé y las hice mías,
Las encerré dentro de mí y solo las dejé salir
Cuando otras personas erraban sus significados.
Deber. Honor. Destino.
Yo creí en todo.
Creí en él cuando decía que yo era su mayor deber.
Cuando decía que yo sería su mayor honor.
No creí en nadie más que en él y en sus tres palabras.
Deber. Honor. Destino.
Creí demasiado.

Hay dolor en el poema, el mismo dolor de quien quiere algo más, el que hace que mi vestido sea un poco menos bonito. Me quita el aliento. Yo esperaría encontrar algo así si estuviéramos en Ventralli, que es conocido por sus artistas, pero no en Cordell. En Cordell todo es dinero y poder y tierras fértiles. ¿Quién habrá escrito esto?

—¿Lady Meira?

Giro rápidamente, el pergamino cae aleteando al suelo, el vestido zumba como un gran embudo rojo. Al principio pienso que es Noam. La misma contextura alta, el mismo cabello dorado, los mismos ojos pardos oscuros. Pero este hombre no tiene edad para tener canas; tendrá pocos años más que yo, y tiene la piel lisa, con apenas un poco de barba de días en el mentón. Además es mucho más buen mozo que Noam, no tan áspero en el trato, como si fuera más proclive a cantar una balada que a liderar un reino.

Me aliso el vestido.

—Príncipe Theron —adivino.

Una luz de intriga le ilumina la cara. Luego sus ojos bajan hacia el pergamino que está sobre la alfombra, con las letras hacia arriba, y la luz se apaga. Se inclina, recoge el papel, lo arruga con el puño como si pudiera desintegrarlo por pura voluntad.

—Hojas doradas —maldice Theron, se contiene y hace una mueca, y el papel que tiene en la mano abre una grieta en sus cuidadosos modales—. Lo siento. Esto no es... no es nada.

Frunzo el ceño.

—¿Lo escribió usted?

Su boca se tensa, sin poder decidir si admitirlo o retomar el curso de la conversación.

Señalo el papel que coloca suavemente sobre una mesa.

—Es bueno —digo—. Tiene talento.

Un poco del pánico de Theron se diluye.

—Gracias —responde con cautela, y las comisuras de sus labios se elevan. No es la sonrisa de Mather, que sonríe con toda la cara, pero igualmente me desarma, y siento las piernas débiles bajo las capas de faldas y enaguas.

Me aclaro la garganta, para dejar de pensar en el hijo increíblemente atractivo de Noam y volver a concentrarme en por qué estoy aquí. Aunque ahora aparezcan Sir o Mather, tendríamos que hablar delante de Theron. Entonces me levanto la falda un poquito más como una dama y camino hacia él.

—Parece ser que me esperan en un baile —digo—. No quiero arriesgarme a provocar la ira de Rose. ¿Usted también va?

Theron asiente y apoya una mano en mi brazo cuando paso a su lado, con una suavidad que me causa un estremecimiento indescriptible en todo el cuerpo. Una chispa de electricidad creada por sus dedos en ese pedacito de piel.

—Así es. ¿Le importa si la acompaño? Me pareció que sería un buen momento para conocernos. —Sus ojos vuelven brevemente al pergamino—. Bueno, adecuadamente.

¿A qué distancia podía estar el salón de baile?

—Sí, gracias.

Theron me ofrece su brazo. Me detengo, con una ceja levantada, y luego paso la mano por el hueco y apoyo los dedos en el terciopelo verde de su manga.

—Conque —empiezo mientras tomamos por el pasillo hacia la izquierda— es el hijo del rey de Cordell. ¿Qué tal es eso?

Theron ríe entre dientes.

—Ventajoso a veces, horrible otras veces. Usted es hermosa... ¿qué tal es eso?

El taco de mi zapato se apoya en un ángulo extraño y tropiezo hacia adelante. Nunca me habían llamado hermosa. Dendera me dijo una vez que era "bonita", y Mather... Exhalo, recordando cada interacción que tuve con él, y al hacerlo me desanimo un poco. Él nunca me dijo nada como eso, y hasta ahora, nunca me había dado cuenta de que no lo hizo... ni de cuánto quería yo que lo hiciera. Me hace dolorosamente consciente del hecho de que Theron está mirándome, y yo me quedo mirándolo, sin saber qué hacer.

—Disculpe —dice Theron, con el rostro pálido—. No debí ser tan directo. Apenas empezamos a conocernos. Le prometo que con el tiempo verá que soy mucho más encantador de lo que parezco al principio.

—Pues espero que tengamos mucho tiempo a solas para que pueda convencerme de su encanto. —Mis ojos se dilatan cuando oigo lo que acabo de decir—. Ah. No. Quiero decir... bueno, quiero decir eso, pero no en forma tan presuntuosa como me salió.

Theron asiente.

—Tenemos todo el tiempo que desee, Lady Meira. No voy a apresurarla.

Doblamos otra esquina y ante nosotros se abre una de las dos escaleras imponentes. La charla risueña de los invitados se mezcla con la música que asciende desde el salón de baile, algo ligero a base de cuerdas. Suben aromas de comida: jamón a la miel, tarteletas de lavanda, el olor más intenso del licor, el aroma almendrado del café. Por un segundo lo inhalo todo, y me suena el estómago con tantos aromas deliciosos; luego...

—Un momento —digo, cuando mi mente repara en sus palabras—. ¿No va a apresurarme para qué?

El rostro de Theron refleja confusión, armando un rompecabezas que no puedo ver; se echa hacia atrás y retira su brazo.

—¿Nadie se lo dijo? —murmura.

Al mismo tiempo, las piezas encajan en mi cabeza.

—¡Lo sabe! Sabe lo que Noam, Sir y Mather...

Theron asiente. Tiene una serenidad que a Noam le falta, una gracia y una calma que hacen que cada movimiento parezca deliberado.

—Sí —susurra. Mira hacia la barandilla, al salón de baile abajo, y nuevamente a mí—. Yo... lo siento. Supuse que se lo habían dicho. Mi padre y el Rey Mather han llegado a un acuerdo. Nosotros ayudamos a Invierno...

Aplaudo de alegría. ¡Sir lo logró! Invierno tiene un aliado.

Pero Theron no había terminado.

—... siempre y cuando estemos ligados a Invierno.

Mis manos se paralizan en mitad de un aplauso.

—¿Ligados?

Exhala. Siento, antes de ver, que me toma la mano; su piel me entibia los dedos en un contacto estrecho, íntimo.

Me echo atrás con una sacudida y doy contra una mesita decorativa a mi espalda. El jarrón que estaba encima cae al suelo con estrépito, y el agua y las flores ensucian la carpeta mullida.

Pero me quedo mirando a Theron. El Rey Mather hizo un trato con Noam.

Ligó a Cordell con Invierno. A través de mí.



Soy un títere al que usaron para crear una alianza con Cordell.

La lengua se me pega a la garganta, y me ahogo allí parada, mirando a Theron. Esto tiene que ser producto de mi imaginación exacerbada, porque el rey de Cordell jamás aceptaría casar a su hijo, el heredero de uno de los reinos rítmicos más ricos, con una simple campesina de un reino estacional. Estoy equivocada. Tiene que ser un error.

—Dígame que Mather nos ligó por medio de un tratado o algo así. Un papel sin importancia —le ruego—. Dígame que no es... lo que creo que es.

Pero Theron no dice nada, lo cual no hace más que acrecentar mi pánico. Abre la boca, distraído, pero solo suspira, y sus ojos me miran fugazmente en silencio.

Me aferro a mi vientre; siento en mis dedos la suavidad de la tela del vestido, y trago en seco para disolver el nudo que tengo en la garganta. Mather hizo esto. Se me hincha el pecho con una emoción nueva: la traición. ¿Cómo pudo... por qué...? No. *No.* No voy a perder la cabeza por esto, porque todavía no lo entiendo. ¿Por qué Cordell me aceptaría *a mí*? Tiene que haber algo que Mather y Sir no me dijeron.

Bueno, obviamente hay muchas cosas que no me dijeron, pero ahora están abajo, en el baile. Y voy a *hacerlos* hablar.

—¿Se encuentra bien? —pregunta Theron por fin, pero no vuelve a tratar de tocarme. Esto sería más fácil si él fuera horrible, si no le importara que yo estuviera bien. Pero se lo ve dolido. ¿Acaso él también es un títere?

Recuerdo el poema que recogió del suelo... es probable.

—Lo siento —dice Theron. Mira la barandilla y señala hacia el baile—. Sé que esto es repentino, pero este baile es para usted. Para mí. Para nosotros.

Nosotros. Parece una palabra extranjera.

Me obligo a apartarme de la pared; mi firme decisión de bajar a ese baile, enfrentar a Sir y a Mather y exigirles respuestas se transforma en terror. Porque cuando vea a Mather y Sir, ellos me verán con Theron. Mather sonreirá y me felicitará y tratará de explicarme por qué esto es lo mejor para Invierno. Que lo único que podemos hacer por nuestro reino es esta boda para crear una alianza porque somos niños inútiles. Que el beso cuando estábamos por abandonar el campamento fue un beso de despedida, nada más. Que aunque nunca he visto Invierno ni a su pueblo esclavizado ni he puesto pie en su territorio, se espera de mí que lo sacrifique todo, porque hasta que Invierno sea libre, yo no tengo importancia.

Al instante me odio por pensar eso. Otros inverneños sufren la esclavitud mientras yo me comprometo con el príncipe de Cordell. ¡Que alguien se apiade de la pobre Meira, que está comprometida con un apuesto príncipe!

Mi vida podría ser peor. Mucho peor.

Entonces, ¿por qué la idea de tomar la mano extendida de Theron me hace sentir vacía?

Tengo los dedos en el bolsillo, aferrando con fuerza el trozo de lapislázuli. Suelto la mano, tratando de contener el impulso de arrojar esa piedra lo más lejos posible. No quiero saber nada de ella. No necesito a Mather ni a Sir. Nunca los necesité.

Apoyo la mano en la de Theron, y sus dedos tibios estrechan los míos mientras caminamos hacia la escalera. El hecho de que me sostenga la mano me da una fuerza que no esperaba. Algo infinitamente más potente que la falsa fuerza de la piedra azul, que todavía me pesa en el bolsillo.

Llegamos. Miramos por encima de la barandilla a los muchos Cordellanos que esperan abajo. Dignatarios, en su mayoría; los hombres llevan uniformes de color verde cazador con ribetes dorados como el de Theron, y las mujeres están vestidas con tonos rojos, azules y púrpuras como yo. Y en el rincón del fondo, los delegados inverneños, vestidos con lo que supongo que también son atuendos prestados: trajes verdes para los hombres, vestidos abultados para las mujeres. Sir, Dendera, Alysson, Finn, Greer, Henn y Mather.

Mather me clava la mirada, y aun desde el otro extremo del salón veo que se le crispa la cara como si estuviera apretando los dientes. Cuando lo miro a los ojos, le sostengo la mirada y él aparta la suya.

La música se detiene suavemente, los violines van callando con quejidos

leves. Abajo y hacia la izquierda, se levantó una plataforma para la orquesta, pero ahora Noam también está de pie sobre ella, con una mano levantada como señal de triunfo hacia su hijo y hacia mí.

—Damas y caballeros, honorables invitados —comienza. Está muy feliz. Con una felicidad exuberante—. ¡Permítanme presentarles al Príncipe Theron Haskar y a su futura esposa, Lady Meira de Invierno!

Futura esposa.

Quedo boquiabierta, inhalo una y otra vez, como si no me llegara aire a los pulmones. Esto es real. Theron.

La muchedumbre se echa atrás como si Noam hubiera anunciado que iba a retirarles sus títulos, y el deleite que mostraban por la fiesta se transforma en consternación. Es obvio que el acuerdo de Noam no es algo que todos sus cortesanos reciban con los brazos abiertos. En cierto modo, saber eso me hace sentir un poco mejor. No mucho, pero sí lo suficiente para que, cuando los invitados prorrumpen en un aplauso no muy entusiasta, puedo dedicarles un leve saludo.

Mather ve mi reacción y se vuelve hacia Sir, que le responde algo cortante y luego ambos se dirigen hacia las grandes puertas de vidrio que hay en el costado derecho del salón. Puertas que se abren a setos verdes prolijamente recortados, senderos adoquinados y fuentes burbujeantes bajo el cielo nocturno.

Conque así quieren hacerlo.

Cuando Theron y yo llegamos al piso del salón, nos ataca una manada de nobles, que nos atosigan con preguntas que parecen inocentes pero en el fondo son insultantes. Preguntas como "Yo creía que usted y mi hija se llevaban muy bien, Alteza" y "¿No quiere bailar con mi sobrina? Ella disfrutó mucho su compañía el invierno pasado. Es decir, no me refiero a *Invierno*. Nuestra estación. Nuestra estación *normal*".

Theron queda boquiabierto, incapaz de intercalar una palabra. El duque gordo cuya sobrina se había divertido tanto el invierno pasado lo toma del brazo, y la insistencia le enrojece el rostro regordete.

—¡Insisto, mi príncipe! —dice, y arrastra a Theron entre la multitud. Theron me mira, sus ojos pasan al duque y nuevamente a mí. ¿Debería resistirse? ¿Debería quedarse conmigo?

Meneo la cabeza y agito la mano frente a mi cara como diciendo que hace calor aquí. Theron responde asintiendo una vez. Entiende.

Una vez que se va, los demás cortesanos me miran, y sus ojos entornados me

examinan como a un ser mitológico que hubiera cobrado vida. Hago una reverencia y me aparto de su escrutinio con rumbo a las puertas de la terraza. Que piensen lo que quieran. Que conspiren y digan cosas horribles de mí. Este no es mi reino. Al menos, no debería serlo.

Abro una puerta. Las estrellas brillan en el cielo negro, como ojitos resplandecientes que me observan cerrar la puerta de un golpe y lanzarme al fantástico frío nocturno del otoño de Cordell. La pureza del frío me golpea, amenazando arrancarme el grito que llevo diez minutos conteniendo.

—Meira.

Giro hacia Mather y Sir, que están de pie en la entrada de un laberinto de setos vivos. La mitad de mí quiere correr hacia ellos y llorar y rogarles que nos marchemos, y la otra mitad quiere arrojarles piedras a la cabeza.

Pero soy un soldado. Un soldado de Invierno. Y, aparentemente, una futura reina de Cordell.

Entonces recojo un puñado de piedras del costado del camino y voy arrojándoselas a medida que avanzo.

—¡Son... unos... grandísimos... traidores...!

Me detengo muy cerca de Mather. La última piedra le da en el hombro, y él se echa hacia atrás con una mueca, frotándose el magullón.

—Meira, cálmate —dice Sir, al tiempo que apoya una mano en mi brazo.

Lo aferro por la muñeca y lo empujo con fuerza contra el seto; mi otra mano sube a su garganta antes de que me dé cuenta de lo que estoy haciendo. Estoy acorralando a Sir contra un muro de vegetación. Nunca pensé que me encontraría en esa situación.

—¿Por qué? —gruño—. ¿Por qué me hicieron esto?

Sir no se resiste; si lo hiciera, yo estaría en el suelo con algunos dedos quebrados.

—No tuvimos alternativa.

—No —escupo—. *Yo* no tengo alternativa. Ustedes me impusieron esta decisión. ¿Por qué?

—Fui yo —responde Mather.

Todo mi cuerpo se convulsiona. No es cierto. No puede ser. Porque Mather, más que nadie, entiende lo que se siente si Sir te anuncia que vas a casarte con algún miembro de la realeza a quien no conoces porque no sirves para otra cosa. ¿Acaso Mather no me dijo que sabía lo horrible que era sentirse valorado por los motivos incorrectos?

¿Acaso yo no signifiqué nada para él?

Suelto a Sir y me doy vuelta, con el cuerpo conmocionado de pies a cabeza.

—Cuando Dendera y yo llegamos a Bithai, me reuní con Noam —dice Mather—. Le expliqué lo que ocurría. Tenemos la mitad del relicario; estamos mucho más cerca de recuperar nuestro conducto. Y ahora que Noam ya está ayudando a Otoño, le dije que los intereses de Invierno y los de Cordell son casi idénticos. Si él derroca a Primavera, Otoño se salvará. Pero...

—Otoño no necesita que derroque a Primavera.

La voz resuena en la oscuridad; todos nos damos vuelta, y vemos la figura corpulenta en la entrada del laberinto.

Noam. Voy a arrancarle los ojos por la nariz.

No sé si Sir me lee el pensamiento o advierte mi súbita expresión asesina, pero me aferra por la muñeca para contenerme.

—Otoño necesita tiempo. Necesita unos años para mantener a raya a la Sombra de los Estacionales mientras crece la Princesa Shazi. Cuando tenga edad suficiente para usar su conducto, Otoño podrá ocuparse de Primavera sin ayuda. —Noam da un paso al costado y se apoya con aire informal en una estatua que está en la entrada del laberinto—. No me conviene declararle la guerra absoluta a un estacional.

Mather se le acerca de pronto.

—¿Qué le hace pensar que Shazi podrá mantener alejado a Primavera cuando sea mayor? A pesar de la fortaleza de Otoño, Primavera no quedará satisfecho dentro de sus propias fronteras. ¡Usted ha visto la perversión de Angra! Va a extenderse a donde pueda...

Noam levanta la mano.

—Ya hemos hablado de esto, Rey Mather. Y ya conoce mi posición.

Mather gruñe.

—Mi madre no entregó su poder a Angra. Ella no se rindió.

Pero Noam lo ignora.

—Angra no es tan ambicioso como para intentar expandirse a un rítmico. Los problemas de los estacionales quedarán entre los estacionales, y mi sobrina no será tan débil como Hannah. —Noam vuelve su sonrisa hacia mí—. Y creo que Invierno tiene posibilidades. Creo que podrán reabrir sus minas y reconstruir su reino. De modo que, sí, Cordell ayudará a Invierno. Les daremos apoyo y seguridad, siempre que nuestro apoyo y nuestra seguridad no se extiendan a una guerra entre Cordell y Primavera.

Sacudo la cabeza, sin poder descifrar sus palabras. No tienen sentido. Va a ayudarnos... ¿pero no va a ayudarnos? Piensa que Invierno se recuperará, pero no piensa hacer nada para que lleguemos a eso. ¿Qué cree que va a pasar?

Algo de lo que dijo me llama la atención, y ahogo una exclamación.

—Usted va a tomar nuestras minas porque ahora está ligado a Invierno. Va a tratar de encontrar el barranco. —Me desembarazo de las manos de Sir y me lanzo hacia Noam; mis dedos quieren subir a mi espalda, tomar mi chakram y rebanarle el cráneo—. ¡Va a destrozar nuestro reino con tal de encontrarlo!

Noam avanza hacia mí.

—La política no deja mucho lugar para regalos gratis, Lady Meira. No puedo permitirme el lujo de dar algo a otro reino a cambio de nada. Sí, espero algo como pago.

La furia sube por mi cuerpo y empiezo a jadear.

—Usted lo tiene todo —escupo—. *Cordell* lo tiene todo. Ahora hasta tiene a Otoño... ¿y aun así quiere los recursos de otro reino? Puede que no lo encuentre; lo sabe, ¿verdad? ¿Qué le hace pensar que tendrá más suerte que la gente que vive allí desde hace miles de años?

Noam lleva una mano a su conducto, la joya púrpura en la empuñadura que resplandece contra su cadera.

—Es hora de que un rítmico pruebe suerte donde los estacionales han fracasado. Sí, Cordell está unido a Otoño, y sí, voy a buscar minuciosamente la entrada al barranco en ese reino... pero ¿y si no está en la parte de los Klaryn que está en Otoño? Usted es joven. No ha tenido mucho contacto con la política. Pero pronto aprenderá que así funcionan las cosas; este es su nuevo mundo.

Me vuelvo hacia Sir.

—No. Dile que nosotros no hacemos esto, no en Invierno. No permitimos que...

Pero Sir baja la mirada. Todo su cuerpo parece a punto de disolverse, y nunca en mi vida lo vi demostrar tanta emoción a la vez.

Estamos completamente a merced de Noam hasta que decida ayudarnos o enviarnos de vuelta a la oscuridad donde nadie más acudirá a rescatarnos. Yo siempre supuse que Sir tenía un plan con respecto a quiénes serían nuestros aliados, una vez que recuperáramos nuestro relicario. Si esta es la mejor opción, una trampa, entonces ¿se tomaría alguien más la molestia de ayudarnos? ¿O acaso los demás rítmicos preferirían esperar hasta que nos desintegráramos bajo la Sombra de los Estacionales y luego vendrían a reclamar nuestro reino y, por

extensión, el acceso al barranco de magia? Con sus propias dificultades internas, ninguno de los otros estacionales tiene la fuerza suficiente para derrocar a Angra.

Estamos atascados.

Retrocedo un paso. Mather me apoya la mano en la espalda, la deja allí, y su pulgar se mueve lentamente sobre la tela de mi vestido.

No, no, *no*.

—Lady Meira. —Noam levanta el brazo en dirección al salón de baile—. Este baile es en su honor. Si está afuera demasiado tiempo, la gente empezará a sospechar.

Sacudo la cabeza pero empiezo a caminar; mis pies me llevan hacia la luz del baile. Cuando llego a la altura de Noam, me detengo.

—¿Por qué yo?

La sonrisa de Noam vacila un segundo, y dirige una mirada divertida a Sir.

—Es parte del acuerdo: que a usted se le dé un título adecuado en Invierno. Por las hojas doradas de Cordell, ¿acaso le hicimos creer que se perdería en la historia una vez que Invierno renaciera? ¿Que usted no tendría importancia para su reino restablecido?

Miro por encima del hombro a Mather y a Sir. En comparación con Noam, que está alegre y tranquilo, ambos parecen derrotados a la luz vacilante del salón de baile. En los últimos minutos, Noam ha dicho más cosas comprensibles de las que Sir ha dicho jamás. Comprendo eso con tristeza y algo se acomoda, algo que encierra el dolor en el fondo de mi vientre.

Nunca quise quedar en la nada, pero Sir nunca me dijo que eso no ocurriría. Nunca me hizo creer que yo tenía importancia para Invierno, más allá de mi responsabilidad de llevar una vida normal y segura una vez que nuestro reino se liberara de Angra, a pesar del fervor con que yo intentaba demostrarle que valía más. Solo me dejó pensar que yo me perdería en todo esto, que no valía lo suficiente como para tener más trascendencia.

Y ahora todo se aclaró. Esta es la importancia que tengo para Invierno. Como títere en una boda.

—Sí —susurro—. Eso creí.

Mientras me alejo de Mather y de Sir, me siento como en una pesadilla. Una pesadilla en la que quiero que Mather corra detrás de mí y pelee con Noam y

admita que jamás podría hacerme eso, casarme con otro, porque siempre estuvo enamorado de mí.

Noam me abre la puerta del salón de baile y sonríe al oír la música y las risas de su corte.

—Ahora es parte de esta familia —dice, cuando la puerta se cierra detrás de nosotros—. Y la favorecería inmensamente recordar que mi hijo tiene opciones. Muchas opciones más *beneficiosas* que no nos involucran en una guerra. Mi reino progresa, se adapta y cambia, mientras que su gente se emponzoña en un estancamiento como piedras erosionadas en un arroyo, encima de la fuente de poder, pero sin importarle en lo más mínimo que esté allí. Esto es un favor, otorgado solamente gracias a mi generosidad.

Contengo un gruñido. Noam me toma del brazo y me detiene, y cuando sus dedos gruesos me aprietan la piel, acude a mi mente un recuerdo: una de las lecciones de Sir sobre linajes cortesanos. Noam tuvo una esposa. La madre de Theron, Melinda DeFiore, princesa de Ventralli. En mi mente, imagino a Noam arrodillado junto a la cama, mientras el cuerpo frágil de ella se va hundiendo poco a poco en las garras de la muerte. Estaba enferma, muy enferma, pero algo está muy mal en Noam... ¿La dejó morir?

Sacudo la cabeza. ¿Cuándo me contó Sir *cómo murió ella? Tiene que habérmelo contado. Tengo un recuerdo tan vívido que, en alguna de sus lecciones, tiene que haber mencionado la muerte de la Reina Melinda de Cordell.*

Noam me saca de mi abstracción aferrando mi brazo con más fuerza, tal como lo hizo Theron. No, no del mismo modo. Theron fue suave, se aseguró de que yo pudiera soltarme cuando lo deseara. Noam me aferra como si fuera mi dueño. Es el dueño de todo lo que hay en Cordell y está acostumbrado a que todas las personas, animales y plantas se inclinen ante el poder de su conducto. Y aunque yo no soy Cordellana y su conducto no puede afectarme, aun así siento el poder que esgrime cuando cierra su mano sobre la mía y la estrecha. Ahora sí es mi dueño.

Las parejas pasan a nuestro lado girando al ritmo rápido de una pieza orquestal. Sus risas quedan en segundo plano ante la súbita mirada de enojo de Noam, todavía disimulada por su aire agradablemente sereno.

—Usted me necesita —susurra, enojado—. *Invierno* me necesita. Empezará un adiestramiento adecuado para que aprenda etiqueta e historia de Cordell. Le aconsejo que no se niegue a este adiestramiento y que me obedezca en todo.

Un estremecimiento me sube por el brazo. En ese momento en que él se alimenta de mi miedo y goza con su poder, veo a Herodes, susurrando amenazas como si fuera un gato y yo un pájaro con las alas atrapadas en sus garras.

Arranco mi brazo de las manos de Noam.

—¿Eso fue lo que hizo su esposa? ¿Lo desobedeció? —escupo la acusación como un chakram en una habitación a oscuras.

Cuando su rostro se desencaja, parte de mi disgusto hacia él se deshace. Es lo último que esperaba oír de mí, de cualquiera, y lo sacude al punto de derribarlo del pedestal en el que parece estar siempre, sea cual sea.

—¿Qué...?

La boca de Noam se abre. Se cierra. Vuelve a abrirse, y cuando lo hace, su sorpresa se convierte en ira y me aferra la muñeca a modo de amenaza.

Le clavo las uñas en la piel.

—Puede que me tenga atrapada en esto. —Logro que me suelte—. Pero usted no es el primer hombre que me subestima, así que le aconsejo que empiece a tratarme con un poco más de respeto, *Rey* Noam.

Antes de que pueda responder, doy media vuelta y me lanzo entre las parejas que bailan, y avanzo hacia uno y otro lado de ellos hasta que llego al centro del conjunto de cuerpos en movimiento y telas susurrantes. Los colores giran a mi alrededor: oro brillante, verde oscuro, azul tomado directamente de la parte más profunda del Mar Destas. Los colores y la música se combinan para crear un extraño momento de calma en el caos, un eje curiosamente sereno en el centro del salón, rodeado de música y de los círculos que traza la gente al bailar. Casi logro relajarme.

Casi.

Me cubro la cara con las manos y exhalo, inhalo y vuelvo a exhalar. *Solo sigue respirando.* No importa lo que pase, no importa quién me ataque, no importa qué cerdo pomposo crea que tiene poder sobre mí, sigo siendo yo. Siempre seré *yo.*

Pero ¿quién es “yo”? Aparentemente, es esta chica de vestido color rubí y polvo en la cara, a quien la clase alta de Cordell no deja de observar. Alguien que puede tratar al rey de Cordell con tanta repulsión como él me trata a mí. Una dama. Eso no puede estar bien.

Decididamente, no es alguien importante para Mather o Sir. Decididamente no es alguien que vaya a tener influencia en el nuevo Invierno, piense lo que piense Noam. Solo alguien a quien colocan en la posición que se necesite, a

quien usan una y otra vez como una vela en una noche sin luna hasta que me consuma en un charco de sumisión y obediencia.

Yo quería ser soldado. Alguien que se *ganara* su posición en Invierno. Alguien a quien Sir mirara con orgullo. Alguien a quien Mather mirara y...

No.

Esto es lo que Sir quiere que sea. Dejó increíblemente claro que si fuera por él (y finalmente se está saliendo con la suya) yo nunca sería soldado. Y Mather puede arrojarse del cuarto piso del palacio de Bithai y aterrizar en un árbol dorado.

Una mano me toma por el codo y doy un respingo al ver los ojos de Mather. Me toma en sus brazos, acomodándonos en una buena pose de baile, como si presintiera que estoy peligrosamente cerca de golpearlo.

—Solo quiero hablar —dice mientras nos movemos siguiendo el ritmo entre el mar de cuerpos.

—Pues yo no —replico, y me aparto de sus brazos. La gente nos mira al pasar bailando, pero me niego a empezar otra vez a bailar con Mather a pesar del modo en que extiende los brazos, con el rostro demacrado y los ojos vidriosos.

Borra la emoción de su rostro, con una sola pasada de nada. La esconde, la aparta, finge que no significa nada para él cuando debería significar *todo*.

Sacudo la cabeza. No voy a llorar. Yo tampoco voy a demostrar emoción.

—Creí que habías dicho que tú sabías —empiezo, y las palabras me raspan la garganta—. Que sabías lo que se siente, cuando consideran que no vales nada por motivos que escapan a tu control. Y sin embargo, aquí estoy: un títere en un acuerdo matrimonial, porque tú y Sir consideraron que no sirvo para nada más. Gracias, Mather. Gracias por enseñarme finalmente cuál es mi lugar.

Mather ahoga una exclamación y se pasa la mano por los mechones de cabello que se le han salido de la cinta que sostiene el resto hacia atrás. Sacudo otra vez la cabeza pero no dice nada. O no puede o no lo hace, y las lágrimas que amenazaban derramarse de mis ojos lo hacen por fin. Las enjugo furiosamente, y justo cuando empiezo a apartarme hacia la multitud, aparece Theron.

Parece estar en condiciones tan deplorables como me siento yo, solo que él pasó los últimos minutos bailando además de ser el juguete de su padre. Sus ojos se dirigen rápidamente a Mather antes de volver a mirarme y levantar una ceja.

Me obligo a dejar de mirar a Mather. Ahora este es mi lugar. Aquí es donde debo estar.

—Lo siento —digo a Theron. El volumen de la música ahoga mi voz, con lo

cual parece que solo estuviera articulando las palabras sin pronunciarlas.

Los labios de Theron se ladean en una sonrisa que no llega a sus ojos.

—Yo también —dice, y extiende la mano.

Siento cuando Mather se aleja, llevándose consigo el aire cargado de tensión. Mis ojos se fijan en los suyos cuando se reúne con Sir al margen de la multitud danzante, y se me hace un nudo en la garganta que me castiga el corazón cuando él también me mira. Sus ojos pasan a Theron, luego a mí, y hace a Sir a un lado para encaminarse a la escalera. Sir lo aferra del brazo y le ladra algo, y Mather responde con otro ladrido.

Entonces se marcha; sube la escalera y desaparece por el corredor.

Sir se aparta, busca a Alysson y también se marcha.

—¿Lady Meira?

Theron se obliga a sonreír, con la mano aún extendida. Hay algo en ella que parece permanente, como si al aceptarla fueran a desaparecer todas las otras personas a las que quiero.

Pero ya desaparecieron. Y ahora lo único que me queda, lo único que tendré jamás, está de pie frente a mí con una semisonrisa ladeada y los ojos entornados por su propia tensión y fatiga.

Sacudo la cabeza.

—Solo Meira —respondo, mientras tomo la mano de Theron y dejo que me atraiga hacia él. Mi mejilla roza apenas su rostro, y mi sien se detiene justo al lado de la barba incipiente en su mejilla. De él emana un delicado aroma a lavanda y a algo como páginas gastadas. Nos mecemos hacia uno y otro lado, con ritmo suave y constante, a pesar de que la música que toca la orquesta sigue siendo rápida e intensa. Como si estuviéramos diciendo: *Nosotros hacemos la música. No ustedes.*

—Solo Meira —repite Theron. Acomoda sus brazos en mi espalda y mira a través de la distancia que nos separa; luego asiente con decisión—. Vamos a estar bien. Juntos.

No puedo decir nada. Vuelvo la cara hacia el costado y cierro los ojos, luchando contra la frescura que me invade con sus palabras. *Juntos.* Los dos, solo nosotros, mientras a nuestro alrededor todo se aniquila.

—¿No quieres algo más que esto? —murmuro, mirándolo por fin.

Sus ojos están suaves, serenos, pero mi pregunta carga la suavidad de tensión. Sus labios se separan y la respuesta que emiten se parece tanto a los

pensamientos que zumban en mi cabeza que, por un momento, pienso que tal vez lo dije yo.

—Cada día de mi vida.



Necesito la ayuda tanto de Rose como de Mona para quitarme el vestido. Y cuando por fin lo logran, en lugar de aceptar dócilmente otro camisón y meterme en la cama, exijo que me devuelvan la ropa que me sacaron y el chakram que me secuestraron. Al cabo de unos cuantos minutos en los que ellas insisten en que eso no es ropa para una dama y yo replico que soy su futura reina y por ende es mejor que me obedezcan (tuve que hacer varios intentos hasta que pude decirlo sin llorar), acceden y me devuelven mis cosas.

—Al menos las limpiamos —dice Rose, y me entrega mi camisa. Ahora está blanca, no marrón y embadurnada.

—Y pedí a uno de los guardias que se ocupara de esto —agrega Mona, levantando mi chakram—. Está afilado.

Mona es mi preferida.

Se van, y me pongo mi ropa mucho más cómoda. Pongo la estúpida piedra azul en mi bolsillo antes de analizar si todavía quiero tenerla, después de todo lo que hizo Mather, y por qué me siento mejor teniéndola conmigo. Acomodo el chakram en su sitio habitual de honor, entre mis omóplatos, y corro desde la puerta que da al pasillo hasta el balcón. Momentos antes de que mis pies abandonen el piso del dormitorio, me aferro a una de las cortinas blancas y me impulso hasta la baranda del balcón. La velocidad que tomé con la carrera me hace volar por el aire, y apuesto mi vida muy literalmente a la posibilidad de que la cortina no se rasgue en dos.

En algún momento entre que estoy en el aire y puedo quebrarme una pierna cayendo al suelo, la cortina me sostiene y me atrae nuevamente hacia el palacio. Me invade aquella oleada familiar de adrenalina, la misma sensación de libertad que tuve en la misión a Lynia. Una oleada pura que me hace ver con más

claridad y sentir la cabeza más liviana. Suelto la cortina y me aferro a una cornisa que está justo encima de mi balcón. Habría sido posible trepar desde mi habitación sin tanta acrobacia, pero no habría sido tan divertido.

Una vez allí, me bastan unos tirones y saltos fáciles para llegar al techo. Está hecho de las mismas tejas curvas que los demás techos de Bithai, pero en lugar de tener un declive pronunciado hacia el suelo, es plano y fácil de caminar. Bueno para los vigías en tiempos de guerra... y para una futura reina inquieta que tiene ganas de explorar su nuevo hogar.

La palabra me hace fruncir la nariz involuntariamente. Este no es mi hogar. Ni siquiera estuve nunca en mi verdadero hogar, y ahora aquí estoy, con un reemplazo que nunca pedí. Debería sentirme agradecida, hasta afortunada; la mayoría de los inverneños llaman hogar a un campamento de trabajo en Primavera. Pero no puedo sentir otra cosa que frustración.

Empiezo a correr sobre las tejas. El palacio es enorme; de cada cruce surgen alas, con alguna que otra cúpula de vidrio a modo de claraboya. Pero lo que me atrae es la torre que sobresale del ala del palacio que está más al norte.

Está vacía y algo polvorienta, y el desuso demuestra que hace años que Bithai no ve una guerra. Paso por encima de la baranda y de un puntapié hago a un lado una mesa volcada. Al fin un lugar que Noam no mantiene prístino.

Entiendo por qué construyeron la torre aquí. Está abierta en todos sus lados, lo que le da un panorama completo de la ciudad y del reino que se extiende más allá. Al este, la mayor parte de Bithai duerme bajo un cielo despejado y una media luna. Al oeste, las tierras de labranza se pierden en el horizonte, verdes y oscuras en ausencia de las luces de la ciudad. Al sur...

Clavo los dedos en la baranda. Al sur están los estacionales. Primavera, con su brutalidad y su sangre, e Invierno, con su nieve, su hielo y su frío que nunca termina, con su reina que vive en mis sueños a través de imágenes de los refugiados y del bebé Mather.

Mather.

Siento que puedo estallar, que todo en mí está caliente, pesado y me quita el aire. Lo odio por preocuparse, por hacerme creer que también me quería, por darme un destello de esperanza tan pequeño como una piedra y un beso en la mandíbula cuando ambos sabíamos que nunca, jamás podríamos ser más de lo que somos.

—No debes culparlo.

Inhalo súbitamente, tomo mi chakram y lo apunto a la sombra detrás de mí.

Sir.

Tenso la mano contra mi arma.

—Qué descaro tienes.

Sir se aparta de la esquina de la torre por la que acaba de trepar.

—No podía dejar que terminara el día sin que supieras la verdad.

Río. Es una risa hueca y me da escalofríos en la espalda.

—Bueno, pues ya es mañana, de modo que llegas un poquito tarde.

Sir se adelanta, me quita el chakram de la mano y lo arroja al piso. Antes de que pueda resistirme, me hace girar de cara al sur y mantiene una mano firme en mi nuca.

—Santa nieve —susurra—. Nunca has visto lo que hay allá. Lo más cerca que estuviste de Invierno fueron las ciudades más alejadas de Primavera, las secuelas de la caída de Invierno. Pero nunca viste a los inverneños en los campamentos. No viste a Angra llevándoselos; no los miraste a los ojos cuando se daban cuenta de lo que estaba ocurriendo, que Angra iba a usarlos hasta que murieran. No me hables como si supieras lo que está en juego. Tú no sabes nada, Meira, y lamento si te cuesta aceptar este matrimonio, pero va a llevarse a cabo. ¿Querías ser importante para Invierno? Pues bien, *esto* es lo que Invierno necesita de ti.

Clavo el codo en el estómago de Sir y le arranco la mano de mi cuello. Trastabilla, tosiendo, con expresión de sorpresa.

—*No.* —Lo señalo con un dedo porque no sé qué más puedo hacer. Me tiembla el brazo, señal externa de la ira que hierve en mi interior—. No me sermonees como si fuera una lección que tratas de inculcarme. Esto no es nuestra tienda de adiestramiento. Esto es mi *vida.* ¡Sabes que esto es horrible, Sir! Tú lo sabes todo, así que si yo no sé nada, ¿por qué no me lo dices? ¿Por qué no me lo dice Mather en lugar de enviarte a hacerlo por él?

Sir me mira un momento en silencio, ya sin ganas de pelear. Tiene los ojos húmedos, el cabello desgreñado, y su cuerpo se va hundiendo como si se hubiera golpeado contra las rocas demasiadas veces. Pero él *era* nuestra roca.

Me paso las manos por el cabello y un gemido escapa de mis labios. Algo profundo y oculto, impulsado por la niña que hay en mí, que llora siempre que Sir está molesto.

—¿Qué pasó, William?

Me abrazó, una vez. Cuando yo tenía seis años y todavía dormía en la tienda que él compartía con Alysson, una noche que desperté gritando. Empapada en

sudor, lloré tanto y tan fuerte que me dolió el cuerpo durante varios días. Sir estuvo a mi lado al instante, alerta y buscando un enemigo.

—Los vi —gimoteé.

—¿A quiénes?

Estaba muy preocupado, con el ceño fruncido y los ojos dilatados. Como si esperara ver saltar desde las sombras a un soldado de Primavera.

—A mi...

No pude decirlo. *Madre. Padre.* Ni siquiera los vi en mi sueño; vi a quienes pensé que eran, a quienes mi mente creó. Dos personas afectuosas que eran asesinadas en la calle y cuyo bebé caía de sus brazos hasta que Sir me recogía.

Pero en mi sueño estaban quemándose. Me gritaban desde un edificio envuelto en llamas mientras Angra estaba de pie afuera, un monstruo de hombre con un báculo en la mano. Su conducto. Llamas anaranjadas y rojas bailaban hacia arriba y abajo de la superficie de ébano del báculo y en el suelo, alimentando el infierno del edificio. Yo estaba detrás de él, gritándole que se detuviera.

Angra se volvía hacia mí.

—No hasta que todos ustedes estén muertos.

Cuando le conté mi sueño a Sir, se quedó callado un largo rato y su rostro reflejaba una batalla de emociones. Miedo, arrepentimiento, y algo profundo: culpa, tal vez. *¿O reproche? Pero* luego cambió su expresión y me abrazó, me acunó contra su pecho y me dejó reclinarme contra él.

—Tú no tienes la culpa —susurró—. Meira, tú no tienes la culpa.

Dieciséis años, y eso es todo lo que recibí de él: un abrazo en un momento de debilidad. Cuando bajo los brazos, Sir sigue mirando hacia el sur, como si con mucha concentración pudiera llegar a ver Invierno.

—Vine aquí hace catorce años —susurra.

No me muevo.

—Dos años después del ataque. Tardé ese tiempo en doblegar mi orgullo. Cordell había sido uno de los reinos a los que habíamos pedido ayuda cuando Primavera llegó a ser demasiado fuerte, pero no acudieron. Nadie acudió, ni los rítmicos ni los estacionales.

Sir se endereza y se presiona los ojos con las manos, para sacudirse un poco la emoción.

—Cuando llegué, supliqué a Noam desde todos los ángulos posibles. Necesitábamos cualquier cosa que pudiera darnos, y él lo tenía *todo*. Pero... —

Sir hace una pausa y baja el mentón hacia el pecho mientras rememora más y más—. Noam no cambió en catorce años, y entonces quería lo mismo que quiere ahora. Lo mismo que quieren todos los rítmicos: acceso a nuestro reino, a nuestras montañas. Una conexión legal y vinculante con la posibilidad de obtener más magia.

Asiento con la cabeza. No sabía que Sir había estado antes aquí. Ahora entiendo: su odio hacia Noam, su ira irrefrenable hacia Cordell. Mantengo los labios apretados. Nunca me habló tan abiertamente.

—Pero ya no quedaba nada. Ya no había una corte inverneña para negociar, salvo Mather, y Noam no tenía hijas, ni siquiera una sobrina. Entonces propuso una alianza entre tú y Theron, con la condición de que, una vez que se recuperara nuestro reino, se te diera un título y una posición en el nuevo Invierno, algo digno de una futura reina de Cordell. —Sir suspira—. Pero eras muy joven. Muy pequeña. Y yo no podía... no tenía derecho a prometerte así. Ni siquiera eras mía. ¿Quién era yo para hacer un acuerdo matrimonial para ti?

Se me hace un nudo en la garganta. Trago en seco pero no se mueve.

—Pero eso fue hace catorce años. Catorce años y todavía no estamos más cerca de conseguir nada. Sí, tenemos la mitad del relicario, pero no podemos recuperar la otra mitad sin matar al mismísimo Angra, y nunca podremos acercarnos lo suficiente para hacer eso si no tenemos apoyo. Necesitamos ayuda. Hasta que su heredera cumpla la mayoría de edad, Otoño es demasiado débil y Verano prefiere vernos morir que hacer el esfuerzo. Ningún otro rítmico se dignó a negociar con nosotros. Por eso, a pesar de que el reino de Noam es rítmico, de que sé que está usándonos... —Sir hace una pausa, con la voz quebrada—. No tenemos más alternativa que confiar en que realmente nos ayude. Cuando el explorador de Angra huyó de nuestro campamento, llevé a Mather a un lado y le dije lo que ocurriría. Que Dendera lo traería a Bithai, que él se reuniría con Noam y le diría que aceptamos.

Me recuesto contra la baranda; la torre me da vueltas.

—No culpes a Mather; él obedeció mis órdenes. Y ahora tú también vas a obedecerlas. —La voz de Sir pasa del tono sereno del relato a ser un ladrido abrupto—. Vas a hacer esto, Meira. Vas a hacer lo que necesitamos que hagas.

Sacudo la cabeza, pero Sir repite: *Vas a hacer lo que necesitamos que hagas.* No lo que yo quiero hacer, no lo que *puedo* hacer. Lo que necesitan que haga. Por Invierno.

La ironía casi me hace reír. Al fin y al cabo, yo quería que me necesitaran,

¿no? Pero mi risa muere. No; yo quería ser importante por lo que soy y lo que puedo hacer, no solo porque soy una mujer inverneña y nuestro nuevo aliado tenía un varón Cordellano apropiado para hacer pareja conmigo. Yo quería *pertenecer* a Invierno, ganarme esa pertenencia.

Mis ojos pasan gradualmente del piso de la torre al rostro de Sir. Ha recuperado un poco su actitud de dominio y ya no se lo ve tan abatido.

—¿Hannah estaba arrepentida? —susurro—. Antes del ataque de Angra, ¿estaba molesta por algo que había hecho?

Todo el rostro de Sir se paraliza como si Angra acabara de apuñalar a Mather delante de él. Pero niega con la cabeza y su rostro queda inexpresivo, y su negativa a responder es como un portazo a mi pregunta.

Recojo mi chakram del piso, lo enfundo, paso una pierna por encima de la baranda de la torre y quedo a horcajadas en el muro.

—Sé que hay cosas que no me estás diciendo. Cosas importantes. Razones por las que está ocurriendo todo esto, y algún día, Sir, voy a enterarme. Solo espero que tu razonamiento me resulte lo suficientemente bueno como para perdonarte.

Me dejo caer desde la torre y ruedo sobre el techo. Echo a correr y el aire frío de la noche me da velocidad, y la oscuridad y las estrellas me llevan a un lugar donde no necesito sentir.

Vuelvo a entrar a mi habitación por las puertas abiertas del balcón. Sobre la cama me espera otro camisón, pero estoy demasiado conmocionada para ponérmelo. Dejo el chakram y el lapislázuli en la mesita de noche y me acuesto sobre el cubrecama, totalmente vestida, con los ojos bien cerrados.

Respira, respira. Solo en eso me concentro: en el aire que entra a mis pulmones y sale de ellos, hasta que voy alejándome de la realidad y entrando en el sueño.

Al principio pienso que estoy en el palacio de Noam, pero toda la disposición del salón de baile está mal. Ante mí se alza una gran escalera de mármol blanco, y el salón se extiende en forma de cuadrado. El piso del mismo mármol blanco hace que toda la habitación resplandezca en la oscuridad serena y callada de la noche. Es el palacio de Jannuari.

Exhalo una nube blanca al aire mientras la paz se filtra a cada una de mis extremidades. Estoy en Invierno. Y ella está aquí otra vez. Hannah. Siento su presencia, como un aura suave que espera cercana.

En un pasillo lejano, llora un bebé.

Subo la escalera corriendo, recorro pasillos serpenteantes con paneles de mármol color marfil. Hay velas blancas encendidas en las mesas por las que paso en mi carrera, que agregan sombras espeluznantes en cada curva.

Finalmente, aparece una habitación a mi derecha, se abre la puerta y sale un haz de luz. Entro a toda prisa y veo en el centro una cuna de mimbre, de la que emana una suave luz blanca. Hannah está de pie junto a ella, y el bebé Mather vuelve a llorar, como si estuvieran atacándolo.

Me adelanto y los ojos azul hielo de Hannah se alzan hacia mí.

—No puedo hablar con él —dice. Rodea la cuna, tan cerca que alcanzo a percibir su perfume—. Pero Angra no está vigilándote a ti.

—¿Angra?

Hannah mueve la cabeza y mira a su alrededor, con pánico y angustia en el rostro, como si algo pudiera atraparnos de un salto.

—Está viniendo. Pero tú me oyes, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Sí, la escucho —Hago una pausa—, mi reina.

Donde antes solo había luz en esta habitación, ahora hay una sombra en el rincón. Negra y densa, impenetrable. Hannah extiende la mano hacia mí, pero cierra los dedos sobre su palma.

—Rápido —dice—. Haz lo que debes hacer.

—¿Qué? —Me acerco, pero ella vuelve con Mather, nerviosa.

—Haz lo que debes hacer —susurra Hannah a la cuna. En el rincón, la sombra crece más y más. Se arrastra entre nosotras y, cuando grito a Hannah, todo el mundo se pone negro.

Magia.

Es lo primero que me viene a la mente cuando despierto, y la negrura y el grito de mi sueño se desvanecen a la luz de la mañana. Me acomodo de costado y mis ojos dan con la esfera de lapislázuli que está en la mesita de noche. Esa estúpida piedra azul.

Aunque no es la primera vez que sueño con ella, Hannah nunca me había hablado antes. *A mí*. Como si yo hubiera estado ahí, cuando Jannuari cayó. Una oleada de temor me hace estremecer. ¿Es eso lo que me dio Mather? ¿Una piedra extraña que induce pesadillas y visiones? De momento, no necesito más motivos para odiarlo. No puede ser magia. Estoy teniendo estos sueños porque estoy fatigada al punto de tener pesadillas. Eso es.

Todo esto, encima del baile de anoche, significa que estoy agotada, exhausta, y lo único que quiero hacer es arrojarle mi chakram a algo.

Sin embargo, Rose y Mona tienen otras ideas con respecto al modo en que debería pasar el día. Tras un desayuno rápido en mi habitación, durante el cual discutimos sobre la importancia de asistir a las clases de etiqueta, salgo por el balcón. A Rose le da una pataleta cuando me ve saltar por el aire, pero juro que Mona disimula una levísima sonrisa con la mano. Mona sigue siendo mi preferida, y a pesar de la amenaza de Noam de anoche acerca de obedecerlo, me niego a doblegarme tan fácilmente. Puede que esté atrapada en este acuerdo, pero eso no significa que me haya convertido en su futura esclava en forma de reina.

Entonces decido explorar los terrenos del palacio. Estoy haciendo lo que debo hacer, como me dijo Hannah. Aunque no sé qué quiso decir con esa advertencia críptica. Pero en realidad no fue una advertencia; fue el modo en que mi mente exasperada interpretó los hechos... espero.

Corro sin prisa por un sendero adoquinado, esquivando a grupos de cortesanos que al verme se espabilan o empiezan a hablar en susurros, con los ojos entornados y las narices fruncidas con desaprobación. Probablemente porque llevo puesta mi ropa de viaje y tengo un chakram sujeto a la espalda. Los cortesanos que fruncen la nariz se van haciendo más numerosos, y me doy cuenta de que estoy corriendo por un área de jardines, un sitio donde una futura reina debería pasearse con vestidos elegantes y risitas recatadas; donde dejaría que el mundo girara en torno a ella mientras los hombres toman las decisiones.

Yo no pienso ser esa clase de reina, por más que Cordell no sea en verdad mi reino. Pero ¿qué clase de reina voy a ser? Solo sé la clase de soldado que siempre traté de ser: activa, alerta, entusiasta, desesperada por ser parte de Invierno. ¿Seré también así como reina? ¿O acaso Noam se encargará de que siga siendo una figura decorativa inofensiva, una linda estatuilla de marfil para adornar un rincón de su palacio?

Todos mis pensamientos vuelven a mí como un eco que me sorprende. Con

cuánta seguridad pensé en ser reina: qué clase de reina *voy* a ser. No “tal vez”, no “podría”. Como que ya acepté la vida que Sir y Mather me han impuesto. Sé que no tengo opción; sé que este es ahora mi papel. Pero aun así, no quiero esta vida, y una parte de mí desprecia a la parte que sabe que necesito buscar la manera de no odiarla.

No puedo seguir pensando estas cosas, no puedo seguir paseándome sin rumbo por jardines bonitos y fingiendo que este es mi lugar. Entonces salto por encima de unos cuantos setos, me contoneo para pasar por entre una fila de arbustos perennes colocados muy juntos entre sí... y emerjo en un lugar absolutamente maravilloso.

Me rodean ruidos de batalla, soldados que gruñen, espadas que se entrechocan y flechas que silban en el viento. Hay hombres en diversos grados de desnudez saltando los unos en torno a los otros, practicando con armas o puños en cuadriláteros cercados por cuerdas. Detrás de todos, se extiende en todas las direcciones un granero, con las puertas abiertas; desde adentro llegan relinchos de caballos y más hombres que entran y salen cargando armaduras.

El patio de entrenamiento de Cordell.

Eso significa que... *puedo dispararle a algo.*

En el extremo izquierdo hay un campo de tiro, con por lo menos dos docenas de blancos colocados a lo largo de unos postes altos de madera para practicar con hachas y jabalinas. Algunos soldados arrojan dagas o cuchillos; otros practican con arcos tradicionales, y otros más lo hacen con ballestas, unas cosas metálicas brillantes que me hacen reír con tanto entusiasmo como Rose y Mona reían por mi vestido de baile.

Siento la presión de mi chakram en los omóplatos, ansioso por participar en la diversión. Entonces me acerco al campo de tiro, desenfundo el chakram, retrocedo y lo dejo cantar en el viento. La hoja gira a lo largo de la hilera, corta el extremo de un poste de madera y regresa por la misma hasta que se detiene en mi mano con un golpe seco. Siento una oleada de alivio.

—¿Meira?

Me doy vuelta y mi chakram se ladea, me quema la mano, lista para arrojar y arrojar hasta quitarme de encima cada vestigio de los últimos días. Pero me quedo allí parada, entornando los ojos para disimular que mi primera reacción es quedar boquiabierta a la extensión de piel desnuda y sudorosa de Theron. Está sin camisa... y es obvio que Cordell somete a sus hombres a rigurosos ejercicios pectorales.

Se aparta de un grupo de soldados que están junto al granero, sus cuerpos ligeramente vueltos hacia nosotros y las bocas abiertas en plena conversación. Cada uno de ellos está sudoroso y armado, y de sus manos y cinturones cuelgan espadas y cuchillos.

Y Theron no es la excepción. Guarda una espada en una funda que lleva a la cintura, con una sonrisa divertida que hace que mi cara ya tibia se caliente más *aún. Todos los soldados que nos rodean han dejado de disparar, y tienen las cabezas ladeadas de un modo que me indica que no están acostumbrados a que las mujeres se presenten en su campo. Ni a que den en sus blancos.*

Theron señala el chakram con la cabeza.

—Muy buena creación otoñesa. Mi tía nos envió un cargamento poco después de su boda. ¿Es tu arma preferida?

Sí, arrojar. Algo inofensivo en lo cual concentrarme. Más inofensivo que, digamos, el modo en que el brazo del Príncipe Heredero de Cordell se flexiona cuando recoge un hacha del suelo a mi lado.

En respuesta, vuelvo a posicionarme frente al poste y suelto el chakram. Gira por el aire trazando un arco hermoso y roza el blanco, a un cabello de distancia de mi marca anterior, antes de regresar a mí. *Dulce nieve, qué bien me hace sentir esto.*

Miro a Theron.

—¿Y la tuya?

Theron examina el hacha que tiene en la mano. Mira alrededor, a todos los hombres que siguen boquiabiertos y al hecho de que muchos siguen señalando mi poste y moviendo la cabeza con admiración.

—¿Por qué habría de delatar tan pronto mi mayor fortaleza?

Theron me mira con una sonrisa provocativa, y sin querer aferro con más fuerza la empuñadura del chakram, como si fuera lo único que me impide rendirme a su sonrisa.

—Es tu primer día como integrante de la realeza de Cordell, y ya estás aterrorizando a los soldados.

La voz de Mather me golpea desde atrás. La súbita combinación de Theron delante de mí y Mather acercándose me hace sentir atrapada y desarmada en un campo de batalla.

Mather. El *Rey* Mather. El Rey Mather, que negoció el acuerdo que me hace mirar a Theron y sentirme aterrada, nerviosa y encendida a la vez.

Me vuelvo hacia él, con la boca llena de palabrotas horribles, maldiciones

más acordes a un soldado rudo que a una dama. Pero todo lo que quiero decir muere en el instante en que lo veo. Porque —*madre de todo lo frío*— él también está sin camisa, solo con el medio relicario colgado al cuello, y su piel pecosa brilla con el sudor de un buen ejercicio. No es que nunca lo haya visto sin camisa, pero no es una vista a la que vaya a acostumbrarme nunca. Obviamente estaba practicando con algunos de los hombres; seguramente lo pasé de largo y su cuerpo semidesnudo se me mezcló con todos los otros. En mi defensa, aquí hay muchos buenos ejemplos de los rituales de adiestramiento de Cordell. Los abdominales y brazos de Mather, que parecen capaces de quebrarle el pescuezo a una vaca, no son *tan* impresionantes al lado de Theron y tres docenas de cuerpos de soldados.

Me obligo a mirar a Mather a los ojos, e inmediatamente me encuentro mirándole el pecho. Trago saliva y aprieto los dientes. De acuerdo, está claro que el patio de entrenamiento se mantiene oculto por un muro de arbustos perennes para que las chicas no se queden mirándolos boquiabiertas... como yo.

—¿Acaso prohibieron las camisas en Cordell? —mascullo, y miro hacia el blanco, ladeando la cabeza hacia mi chakram para disimular el rubor que va subiendo poco a poco por mi cuello.

Theron ríe entre dientes pero se contiene cuando ni Mather ni yo decimos nada más, y cambia de posición, incómodo, a mi lado, haciendo girar el hacha en sus manos. Siento que está mirando a Mather, como si ambos estuvieran atrapados en una rara telaraña que me rodea. Estoy en el centro de una extraña disputa posesiva entre el rey de Invierno y el príncipe de Cordell. ¿Cómo —en nombre de todo lo frío— llegó a pasar esto?

Pero no siento pena por Mather, mientras se acerca a mí, sus botas rozando el pasto, exhalando bocanadas lentas y dolorosas. Estoy demasiado consciente de cuánta atención hay sobre nosotros cuando se detiene a mi lado, tan cerca que puedo sentirlo aún con los ojos cerrados.

—¿Podemos hablar? —murmura.

Se me eriza el cabello en la nuca. *No. ¿Por qué habría de dirigirte la palabra otra vez?*

Pero se supone que no debo enojarme con él. La culpa de todo es de Sir.

Vuelvo a mirar a Theron, que ya no está mirándome. Su cuerpo ha girado hacia el blanco que está junto a mi poste; extiende el brazo hacia atrás y todos los músculos de su espalda se tensan cuando hace girar el hacha. Gira y gira, con

más y más fuerza, hasta que todo culmina en un envión que hace rodar el hacha por el aire. Da justo en el centro del blanco y el mango vibra por el impacto.

Theron se vuelve hacia mí, con medio rostro encendido por el inicio de una sonrisa.

—No importa cuál es mi arma preferida —dice, continuando nuestra conversación como si nada hubiera pasado. Mira brevemente a Mather por encima de mi hombro—. Use la que use, siempre doy en el blanco.

Mis cejas se levantan hacia el cielo. Mather contiene una exclamación detrás de mí. Cada uno de los cuerpos que están en el patio de entrenamiento se queda quieto con curiosidad, y junto a esa curiosidad hay una tensión de advertencia, una leve insinuación de pelea a punto de empezar.

Mather se acerca más a mi espalda y me habla al oído, con voz baja y controlada.

—Meira, por favor.

Theron mira de soslayo y sus ojos se fijan en los míos mientras esboza una sonrisa radiante, y luego se da vuelta para recorrer la larga hilera y recuperar su hacha. Use lo que use, va a dar en el blanco. No importa en qué situación lo pongan. No importa el poco control que tenga sobre su vida.

No puedo contener la risa mientras me vuelvo hacia Mather y enfundo mi chakram.

—¿Qué puedo hacer por usted, mi rey?

Mather palidece. Se pasa una mano por la cara, se compone con bastante rapidez, y lo invade una rigidez decidida. Señala con la cabeza hacia el granero.

—Ven conmigo.



La mitad del granero consta de establos con caballos que asoman sus cabezas curiosas fuera de sus cubículos, mientras que la otra mitad es un recinto amplio lleno de mesas de roble, con gabinetes y estanterías oxidadas para armas. Las puertas abiertas hacen que sea un sitio fresco y bien ventilado, mientras los ligeros restos de paja en el piso de piedra le dan un toque claramente masculino.

Mather entra con paso decidido, pero se detiene al llegar a la pared de la derecha. Se queda mirándola, con los brazos cruzados y el mentón hacia afuera.

—Pensé que tal vez, cuando Invierno tenga un lugar así...

Su voz se apaga, y sus ojos pierden un poco del fastidio que reflejaban momentos antes.

Me detengo a su lado e imito su postura de brazos cruzados. Hay un mapa que cubre la pared. Detallado y prácticamente de tamaño natural, muestra todas las partes de Primoria, desde los Montes Paisel en el extremo norte hasta los Klaryn en el sur. En el centro están el Bosque Eldridge y la Llanura de Rania, como una mancha verde y amarilla, y los ríos Langstone y Feni casi cortan todo el mapa por la mitad.

Pero lo que hace único a este mapa es el modo en que muestra los reinos: en el centro del territorio de cada uno hay una pequeña ilustración de su respectivo Conducto Real.

Rezongo.

—¿De esto querías hablar? ¿De geografía?

Mather mueve la cabeza y frunce el ceño.

—No, yo... —Se interrumpe y se pasa una mano por la cara, buscando las palabras correctas. Cuando empieza a hablar otra vez, está enojado y lo hace con

palabras entrecortadas y tensas—. Quería que vieras esto. Que vieras todo. Quería explicarte... santa nieve, ¿quieres escucharme?

—¿Porque mereces que te escuche? —le gruño.

—No —admite, y me sobresalto—. Porque tú mereces escuchar lo que tengo para decirte. *Tú* lo mereces, Meira. Esto no tiene nada que ver conmigo.

Pongo cara de exasperación pero no amago a marcharme ni volver a hablar, lo cual Mather interpreta como un permiso para hablar. Vuelve a mirar el mapa y sus ojos se demoran en Cordell. En el centro del territorio de Cordell brilla una daga debajo de una *M* manuscrita para indicar que es de linaje masculino.

—El escudo de linaje femenino de Paisly —dice Mather, casi para sí, apenas un susurro mientras sus ojos recorren el mapa—. La corona de linaje masculino de Ventralli. El hacha de linaje femenino de Yakim, el brazalete de linaje masculino de Verano, el anillo de linaje femenino de Otoño, el báculo de linaje masculino de Primavera, y...

Se adelanta y apoya la palma de la mano extendida en Invierno. Flanqueado por Primavera al este, las montañas al sur, Otoño al oeste y el Río Feni al norte, el relicario de Invierno pende sobre la vasta extensión de tierra: el dije en forma de corazón con un copo de nieve blanca en el centro. La *F* que se ve justo encima es una burla. Una representación visual de una de nuestras luchas de toda la vida.

—Entre una reunión y otra, apenas tuve tiempo de respirar —dice Mather—. Pero hace unos días, vine aquí a tomar un poco de aire y vi esto. Me dijo el capitán Dominick que pusieron este mapa aquí para recordar a los hombres el lugar de Cordell en el mundo. Para que puedan levantar la vista y siempre saber quiénes son. Una pieza en el rompecabezas de Primoria.

Frunzo el ceño.

—Eso no parece algo que Noam fuera a alentar.

Los hombros de Mather se tensan.

—No lo encargó Noam. —Mira hacia atrás, con la mano en la imagen del relicario—. Fue Theron.

El modo en que pronuncia el nombre de Theron hace mella en el tono reverente de Mather. Como si ese pequeño detalle fuera una mancha negra en un hermoso tapiz.

Mather cierra los dedos sobre el mapa, encima del dibujo del relicario. Lleva al cuello la mitad de atrás del verdadero. En comparación con la figura del tamaño de la palma de su mano, parece triste. Vacía.

—A Noam podrá gustarle fingir que Cordell es el único reino del mundo —prosigue, y su voz se va endureciendo progresivamente—, pero en parte, lo que hace a sus hombres tan apasionadamente Cordellanos es este mapa. Este recordatorio de que podrían ser rítmicos o estacionales, yakimíes, ventrallinos, veranenses... pero no lo son. Son Cordellanos. Y eso es lo que los impulsa a pelear por su tierra. —Mather sonríe con un aire triste que no es en verdad una sonrisa—. Quiero que Invierno tenga eso.

Se aparta del mapa y se acerca a mí, más cerca, y más aún, hasta que está a apenas una mano de distancia. Estamos solos; todos los demás soldados están afuera, en el patio de entrenamiento.

—Yo no quería esto —susurra, y las palabras se abren paso entre nosotros—. Quiero que Invierno sea libre, pero no quiero... no lo quiero a él. Para ti. No quiero que pienses que no vales nada, que este es el único lugar para ti, porque no lo es, Meira... nunca podría serlo, con todo lo que eres.

El corazón me golpea las costillas; estoy llena de angustia y de ira, y no logro mirarlo a los ojos. *Deja de hablar. Por favor, deja ya de hablar, grandísimo...*

—No sé qué otra cosa hacer. —El aliento de Mather me da en la cara—. Antes de abandonar el campamento, Sir me llevó aparte y me dijo lo que tenía que hacer. Me sentí vacío como nunca antes. Fue la primera vez que entendí realmente cuánto tenemos que sacrificar para derrocar a Angra, hasta qué punto nuestras vidas carecen de importancia dentro de la tarea que tenemos por delante. Siempre pensé que encontraríamos una manera de... de vencer esto. De estar juntos, y te juro... —Mather toma mi mentón entre su índice y su pulgar y me hace mirarlo— Te lo juro: voy a encontrar la manera de resolver esto. Te dije que restauraría el equilibrio, y voy a hacerlo.

—No.

La palabra queda flotando en el aire. Parpadeo, confundida, pero sé que volvería a decirla. ¿Por qué? Toda mi vida quise que me dijera esto, ¿no? ¿Por qué diría otra cosa que ¡Sí! tras oír sus palabras?

Mather me mira con los ojos entornados.

—Voy a hacerlo. Puedo hacerlo. No dejaré que Angra siga destruyéndonos la vida. No importa lo que diga William, tiene que haber otro modo...

—¡No!

Me aparto de él con un empujón; una parte de mí se desgarra y se queda entre sus manos. Cada palabra me duele. Se suma a las palabras que dijo Sir

anoche, y todo se funde en una gran oleada de confusión. Y lo único que sé es que la esperanza de Mather de hallar otra solución es una tentación incitante y abrasadora que no puedo permitirme sentir; ya percibo el sabor de los primeros indicios de alivio apareciendo por encima de sus palabras. Pero no hay otro modo. No hay otra esperanza. Sir pasó catorce años tratando de encontrar otro camino. Dejándome creer que Mather podría salvarme, solo para que terminara de todos modos en este juego matrimonial...

Creo que no podría sobrevivir.

—Voy a hacer esto, Mather —digo, con voz tenue y fatigada—. Por nuestro reino, por nuestro pueblo. Por *ti*. Necesitamos a Cordell. Necesitamos esto.

Mather se aparta como si lo hubiera abofeteado. Se le empieza a enrojecer el cuello, y su frente brilla con sudor.

—¿Quieres casarte con Theron?

Entorno los ojos.

—¿Qué?

—Quieres casarte con Theron —repite, y toda su postura se debilita—. No me...

No me quieres a mí.

Las palabras que no dice me cubren como un manto y me pesan más y más hasta que pienso que voy a derrumbarme al suelo cubierto de paja.

—Eres un idiota —escupo, aunque noto con qué claridad no refuté su acusación—. Esto no tiene nada que ver con eso. Se trata de una alianza y de salvar *nuestro* reino. Tienes que parar... nada ha cambiado; nada es diferente entre nosotros. Solo que es tan imposible como siempre lo fue, y así tiene que ser.

—Buscaré una solución —responde Mather. Avanza hacia mí, yo retrocedo, en una extraña danza por el granero—. Siempre quise encontrar una solución. Te lo dije antes de marcharnos... ¡Te dije que resolvería esto!

—¿Y cómo iba yo a saber que te referías a eso? ¡Lo único que oí siempre fue la voz de Sir diciéndome una y otra vez que eras demasiado importante para desperdiciarte en mí!

—¡Yo nunca sentí eso! Siempre fuiste *todo* para mí. Cuando éramos niños, no sabía cómo manejar lo mucho que te necesitaba... nieve, todavía no lo sé, ¿entiendes? Pero estoy intentándolo. ¿Tan arrogante te parezco? ¿Como para dejar que William me hiciera creer que era demasiado bueno para ti?

—¿Qué más iba a creer? —Ahora estoy gritando, mi voz resuena en las vigas

del granero. Doy un paso atrás, y otro, sabiendo que nunca podré alejarme de él lo suficiente—. Tal vez tú puedas mirar más allá de la realidad de nuestra situación e imaginar otro resultado, pero lo único que yo vi siempre, lo único que *veo*, es un recordatorio de que nuestra vida no nos pertenece.

—¿Crees que no sé que nuestra vida no nos pertenece? —Mather aferra el medio relicario con el puño cerrado—. ¡Soy el *rey*, Meira!

Me tapo los oídos con las manos y sacudo la cabeza, para no oír nada más que pueda decir, nada que me haga callar.

—Nada de eso importa. No importa lo que yo quiera, necesite o ame, porque Sir siempre va a estar para recordarme que lo primero es Invierno.

Mather se detiene. Su rostro se relaja, un pequeño músculo, y a través de mis manos que me tapan los oídos, lo oigo repetir una de las palabras que dije.

—¿Ame?

No, yo no dije eso. No soy tan estúpida.

Un paso me hace girar rápidamente. Detrás de todos los sonidos, de los hombres que gruñen en el patio, las espadas que se entrechocan y las flechas que vuelan, no debería haberme importado, no debería haberlo notado.

Theron está parado en la puerta, con el cuerpo tenso como si nos hubiera descubierto revolcándonos en el suelo.

—¿Todo bien?

Levanto una mano, boquiabierta. Sí. No. Nunca lo estuvo, nunca lo estará.

Theron no espera una respuesta. Se vuelve hacia Mather, y el sudor que le cubre la piel brilla al sol que está detrás de él.

—Rey Mather. —Theron avanza. Retrocede. Parece que quiere correr al patio de entrenamiento y emprenderla a hachazos contra alguien—. Me dijeron que sabe manejar la espada.

Frunzo el ceño. Esto no puede ser bueno.

No lo es. Mather espera, tal vez pensando en lo furioso que se va a poner Sir, pero un momento después esboza una mueca tensa que me hace temer por la vida de Theron.

—No se preocupe, Príncipe Theron. No se la haré difícil.

Tiro del brazo de Mather, pero él se zafa y camina hacia Theron; en el último segundo se hace a un lado y sigue camino hacia el patio. Theron lo sigue con pasos firmes.

En el patio vuelve a hacerse un silencio asombrado cuando los tres marchamos hacia los cuadriláteros de práctica con espada. Mather se agacha

para pasar por debajo de la cuerda de uno, saca una espada de práctica de una funda y se pasea por el perímetro como un toro encerrado.

—¡No pueden hacer esto! —Aferro a Theron solo porque Mather ya está en el ring. Al fin y al cabo, Theron es mi prometido. Debería preocuparme por él. Debería preocuparme *más* por él. ¿No?— No hagan esto. Los dos son... eh... importantes.

La boca de Theron se relaja y me parece que podría ceder. Pero se oye una voz, y tengo que morderme la lengua para no tomar mi chakram y cortarle la cabeza a uno de los soldados.

—¡Demuéstrele, mi príncipe! —grita el soldado desde el otro lado del cuadrilátero—. ¡Muéstrele cómo peleamos en Cordell!

Theron cierra los ojos en una mueca rápida, casi de dolor. Cuando vuelve a abrirlos, apoya una mano sobre la mía, que está en su brazo.

—Si quieres que paremos, lo haremos.

Ahora más hombres están alentándolo. Gritan su nombre —“¡Theron!”— tan fuerte y con tanta seguridad que puedo ver a Mather perdiendo coraje.

A esto se refería Mather. A lo que quiere para nuestro pueblo. No es solo un poema que se murmura a dos árboles ridículos ni un mapa que les recuerda su lugar en este mundo. Es orgullo. Tradición. Algo como la felicidad en las caras de los soldados cuando regresaban a Bithai desde Otoño, como el orgullo con el que ahora alientan a su príncipe.

Mather camina hacia uno y otro lado, levantando la tierra con las botas. Cuanto más vivan a Theron, más furioso se pone.

—¡Vamos, Cordell! —grita. Su voz resuena entre los hombres, cuyos gritos empiezan a alcanzar niveles caóticos—. ¡A ver qué saben hacer!

Lo miro con enojo y él baja el mentón; su intensidad disminuye apenas. Pero no lo suficiente. No del todo. Va a hacer esto.

Y Theron también. Sus hombres le están rogando que lo haga. Están vivándolo a gritos, a él y a Cordell.

—¡Demuestre nuestra fuerza, mi príncipe! ¡Demuestre nuestro poder!

Ningún hombre puede negarse a responder a ese llamado. Y al observar a Mather desde el otro lado del cuadrilátero, sentir lo solos y débiles y pequeños que somos, rodeados por personas que tienen un reino y una identidad...

Yo respondería a ese llamado. Por estúpido, egoísta o equivocado que sea, yo respondería. Me falta el aire al darme cuenta de eso, y me llevo una mano al pecho mientras inhalo bocanadas de aire que huele a sudor. Yo respondería al

llamado de mi reino, de los inverneños, si me gritaran que les demostrara mi valor.

Que les demostrara que ellos realmente están primero, siempre, pase lo que pase.

Cuando Theron me suelta la mano y zafa de la mía, no digo nada. Debería rogarle que desistiera de esto, que volviera a entrar al granero y no hiciera caso de los gritos de su gente, pero mi propia voz grita en mi cabeza, repitiéndome las palabras de los Cordellanos.

¡Demuestra quién eres, Meira! Demuestra lo que vales para *Invierno. ¿Quieres ser importante para tu reino, y quieres que tu reino sea importante para ti?*

Entonces pruébalo.

Haz lo que debes hacer. No lo que QUIERES. Lo que debes.

¡Pruébalo!

Uno de los hombres de Theron le entrega una espada de práctica. Mis ojos perciben el movimiento cuando Theron vacila; sus dedos se crispan, y la acepta.

Apenas Theron toca la empuñadura, Mather ataca. Silencioso y mortal, adelanta su cuerpo en un movimiento grácil aunque un poco demasiado agresivo, trazando con la espada un arco amplio hacia la cabeza de Theron. Este se agacha para esquivarla, gira hacia el lado contrario del cuadrilátero y se endereza, levantando polvareda, y aprovecha el impulso para atacar las piernas de Mather. La rodilla izquierda de Mather se dobla apenas el tiempo suficiente para que Theron alcance a levantarse... y entonces es una locura.

Es la clase de pelea de espadas de las que nos contaba Sir, con dos oponentes decididos a cortarse en pedacitos pero ambos tan iguales que ninguno puede sacar ventaja. Theron acorrala a Mather en un costado del cuadrilátero; Mather le patea las piernas y lo derriba al suelo; Theron gira hacia atrás y desvía el golpe de Mather; este aprovecha ese golpe para darle a la rodilla de Theron...

Con cada golpe, aumentan los gritos de los hombres. Ya no sé siquiera a quién están alentando; solo que están frenéticos por dos miembros de la realeza que están matándose a golpes. Cuanto más gritan, más fuerte me late el corazón, atrapado en la fiebre de la pelea y en cómo estoy al borde de que esas dos espadas me golpeen a mí.

Pruébalo.

Mather traba su espada con la de Theron y se la arranca, y se la arroja a la multitud. Me invade el pánico, pánico de que esto llegue demasiado lejos, de la

locura ciega de la muchedumbre, del modo en que los soldados gritan con expectación y Mather le da una patada en el pecho a Theron. Este cae al suelo, sin aliento, y Mather se cierne sobre él, tomando la espada con ambas manos sobre la cabeza de Theron, a instantes de partirle el cráneo.

Antes de llegar siquiera a respirar, paso por debajo de la cuerda y entro al ring.

—¡Ríndete! —grito mientras corro hacia ellos—. ¡Theron, ríndete!

Ninguno de los dos me oye. Ninguno de los dos se amilana ni respira ni ve nada más allá de esta pelea.

Trastabillo entre ambos, con los brazos extendidos hacia Mather y las piernas contra Theron. La espada de Mather se levanta por el aire, sube y sube, cortando la brisa antes de su última amenaza mientras trato de alcanzar sus brazos, su espada, algo con tal de evitar esto.

Se detiene. Toda el área se paraliza como si Noam hubiese dejado a todos tiesos con su conducto.

Exhalo, con el cuerpo aún extendido hacia adelante en un último y débil intento de impedir que Mather cometa un error muy, pero muy grande, y se vuelve a oír lo que había silenciado a todos.

—¡Mather!

Sir. Su cabeza blanca aparece y desaparece mientras avanza con dificultad entre la multitud apretada de soldados Cordellanos, tratando de llegar hasta nosotros.

—¡Hojas doradas! —murmura Theron desde el suelo.

No veo el rostro de Mather. No veo mucho de nada cuando me doy vuelta y Theron me mira desde abajo, con el pecho manchado de sangre, unas motas rojinegras en la forma de la bota con púas de Mather.

—¡Médico!

Es Dominick. Viene trayendo a la rastra a un hombrecito con un saco repleto de vendas; pasan por debajo de la cuerda e inmediatamente apartan la mano de Theron de su pecho.

Dominick se vuelve hacia los hombres, que todavía están mirando boquiabiertos a su príncipe y al rey extranjero.

—Se acabó la diversión. ¡Vuelvan al entrenamiento!

Los hombres se alejan rápidamente. Es un cambio de prioridades tan súbito que mi cerebro no alcanza a seguirlo, pensando en la sangre de Theron, la ira de

Mather y el eco de los gritos de los Cordellanos, de mi propia voz en mi cabeza, gritándome que elija.

Que elija a Invierno. Que siempre elija a Invierno. Por sobre Mather, por sobre Theron, por sobre... mí.

Una espada cae detrás de mí, y su sonido metálico al golpear el suelo suena a hueco. Me doy vuelta, más mareada aún.

—Meira. —Mather extiende las manos y las mira como si estuviera bañado en sangre—. No quise... no sé qué me...

Todo el patio de entrenamiento tiembla cuando Sir entra al ring. Avanza a grandes zancadas, listo para castigarnos con sus propias amenazas. Pero sus ojos miran a Theron, que está en el suelo; a Mather, de pie junto a su espada, y a mí, en medio de todo aquello.

Una oleada de furia pasa por el rostro de Sir cuando vuelve a mirar a Mather. No dice nada; solo da dos pasos rápidos, toma a Mather del brazo y lo saca del ring sin que ninguno de los dos mire atrás. Cuando se alejan a una buena distancia, la suficiente para que yo no oiga lo que dicen, Sir gruñe algo que hace que Mather mueva la cabeza una vez, dos veces, y le responda con otro grito.

Unos dedos me rozan el dorso de la mano. Theron está de pie a mi lado, y no sonríe ni asiente ni hace nada de lo que pienso que hará; solo se queda a mi lado, con el vendaje en el pecho teñido de sangre. Un recordatorio sereno y firme de que no estoy sola.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto, señalando el vendaje.

Theron baja la mirada hacia la herida y me dirige una sonrisa pícara.

—Se necesita más que una bota para detenerme. —Toca la tela y frunce los labios—. Pero creo que mejor me cubro esto. Por si acaso mi padre...

Sus ojos se dirigen a Mather y Sir, que siguen discutiendo acaloradamente a unas decenas de metros. Cuando Theron vuelve a mirarme, inhala y se endereza más.

—No es necesario provocar más problemas —dice, y señala hacia el palacio—. ¿Quieres venir conmigo? Voy a lavarme y, si quieres, te llevaré a recorrer el lugar. Actividades mucho menos... —hace una pausa— peligrosas.

Mi mirada pasa de él a Sir y Mather, y otra vez a él. ¿Debería quedarme y hablar con Sir? ¿Debería acercarme y tratar de defender a Mather?

Echo los hombros hacia atrás.

—Me encantaría.



Theron me lleva hasta su recámara por el pasaje de la servidumbre, recorriendo las entrañas del palacio para evitar cualquier encuentro con Noam. Subimos tres pisos de escaleras y tomamos pasillos interminables, todos mucho menos lujosos que las áreas principales del palacio: solo unas sencillas alfombras verdes, paredes de madera sin pintar y velas de un blanco lechoso sobre mesas marrones.

Pasan criadas con cestas cargadas de *sábanas y recaderos con mensajes bajo el brazo, cumpliendo las tareas cotidianas que mantienen un palacio en funcionamiento. Todos aquellos con quienes nos cruzamos se detienen para hacer una reverencia a Theron, y sus caras pasan de una expresión concentrada en su trabajo a una de placer por ver a alguien a quien conocen.*

Theron saluda a cada uno con una inclinación de la cabeza. “¿Su madre se siente mejor?”, pregunta a una criada que pasa, quien hace una reverencia mientras responde que sí, que el médico hizo un milagro. “Espero que su hermano esté contento en su nuevo cargo”, dice Theron a un recadero, que sonríe feliz al oírlo y responde que sí, milord, lo ascendieron a teniente.

Yo camino detrás de él, levantando las cejas más y más con cada breve conversación. Los conoce a todos. A cada uno. Y no solo eso, sino que parece realmente interesado en ellos; recuerda no solo docenas de rostros sino además hasta los más ínfimos detalles acerca de cómo está esa granja apartada, si salió bien aquella transacción con Yakim la semana pasada, y su hija ya está viviendo con su nuevo esposo.

Nos detenemos ante una puerta en el tercer piso. Theron gira el picaporte, moviéndose como si ninguna de aquellas conversaciones saliera de lo común, y echo un vistazo hacia atrás. Parece que a los criados tampoco les parece nada

que fuera de lo habitual. ¿Tan bien los conoce? No imagino que Noam le permita a su hijo mezclarse con quienes están “por debajo” de él.

—¿Toda la realeza de Cordell es tan... —hago una pausa, buscando la palabra indicada— atenta?

Theron mira por encima de mi hombro a un grupo de criadas que están conversando. Sus ojos se velan ligeramente y me doy cuenta de que sus pensamientos no están precisamente en un recuerdo agradable, y se obliga a sonreír para disimular.

—Nadie más se escabulle por la parte trasera para llegar a su habitación tan a menudo como yo —bromea, y antes de que pueda preguntarle nada más, entra al cuarto y lo sigo.

La puerta, ubicada junto a un escritorio, se abre a una sala de estar de tamaño suficiente para ser espaciosa pero no tan grande como para resultar extravagante. A la izquierda hay una mesa, mientras que a la derecha hay sillones y sofás amontonados en torno a un hogar. Los muebles están sobre una alfombra mullida verde y dorada, cuyos colores imitan los tonos oscuros del resto de la sala. Sobre la mesa pende una araña, y las paredes están adornadas con pinturas de los campos de lavanda de Cordell, bosques verdes o ríos que atraviesan praderas amarillas. Es una habitación bonita pero funcional a la vez, un lugar donde podría imaginar tanto una reunión estratégica como un encarnizado juego de naipes.

—No tardaré mucho —dice Theron mientras cierra la puerta detrás de nosotros y desaparece en el dormitorio que está a la derecha.

Al cabo de un momento, se oye el sonido de agua cargándose en una palangana. Camino por la sala para distraerme del hecho de que la puerta del dormitorio de Theron está abierta y probablemente ahora él se quitó algo más que la camisa.

Dulce nieve, nunca había pensado tanto en el hecho de que un hombre esté desvestido. Ni siquiera en el campamento con Mather; nunca pensé en que él estaría en la tienda de baños después que yo, y que estaría... eh... bueno, quizá sí lo pensé, pero nunca me turbé tanto. Me aprieto las mejillas con las manos y exhalo.

Me detengo en el medio de la sala, con las manos todavía en la cara, y entorno los ojos. Aquí hay muchas cosas. Pero *muchas*. Más que muebles y adornos. Giro en un círculo, examinando con la mirada el lugar atiborrado de objetos. Estaba tan distraída pensando en los muchachos que se me pasó por alto

el aspecto ligeramente sucio, ligeramente desordenado de la sala de Theron... más que ligeramente: *muy* sucio, *muy* desordenado.

Hay cuadros de toda forma y tamaño en varias pilas desprolijas, apoyados contra el escritorio, la pared y los sillones, y otros más pequeños esparcidos sobre la mesa, sobre un mantel fino de algodón. Hay máscaras ornadas cubiertas de joyas, y de las esquinas de los cuadros cuelgan cintas con detalles de oro. Hay pilas altísimas de libros contra el hogar y sobre algunas mesitas auxiliares, y hay tantos apiñados en los estantes que temo que toda la estructura acabe en una explosión de papel y polvo. Además, son libros grandes, unas enormes cosas arcaicas que parecen tan antiguas, tan frágiles, que me preocupa que se desintegren si tan solo respiro con mucha fuerza.

Me inclino sobre la mesa y mis ojos recorren unas pinturas del tamaño de la palma de una mano con motivos de robles, y libros con páginas amarillentas que asoman por debajo de las cubiertas. Hay un tomo rectangular con un título estampado en relieve que dice *Historia del comercio en el Río Feni*. Otro libro que está a su lado dice *Historias de montañeses* con hilo de cuero grueso. A su lado hay una pila de pergaminos en blanco, con algunas *líneas ilegibles escritas con la misma letra frenética que el poema de la biblioteca. Obra de Theron. Entorno los ojos intentando leerlas, pero esta vez apenas logro distinguir alguna que otra palabra: verdadero, podría* y algunas más. Me vuelvo hacia una colección de retratos ovales que hay en una caja pequeña, cada uno en un marco fino de plata. Paso la mano por sobre uno de una mujer con el cabello recogido en un rodete apretado, que mira al pintor con expresión seria, como si él y solo él fuera responsable por ponerle el cabello tan tirante.

Detrás de mí se cierra la puerta de un armario; me aparto de la mesa, sobresaltada, y espío hacia la otra habitación. Lo único que alcanzo a ver es una cama con dosel bañada en la pálida luz blanca que entra por una ventana abierta. El armario vuelve a cerrarse adentro, y me acerco a la puerta justo en el momento en que Theron sale, sujetándose el cabello ahora mojado en una coleta. Se quitó la ropa de entrenamiento y se puso algo más digno de un príncipe: pantalones negros con finas rayas doradas a los costados. Una camisa ceñida abotonada hasta el cuello bajo una chaqueta negra, que esconden su pecho vendado.

Se ajusta el cabello.

—¿Qué te gustaría ver primero? Tenemos un buen zoológico en el bosque, una galería de arte en el ala norte...

Arqueo una ceja.

—¿Una galería de arte? ¿Seguro que queda algún cuadro allá? —Señalo la habitación—. Por lo que veo, esto de ser príncipe no es más que una fachada para encubrir tu vida de ladrón de arte.

Theron mira brevemente alrededor y se acerca como distraído a la pila más cercana de libros, levanta uno y le pasa el dedo por el lomo. Me mira, fingiendo una expresión dolida.

—También robo bibliotecas, para que sepas. Y tengo dos buenas razones para esta... —entorna los ojos mientras piensa— colección.

—¿Quieres tener una profesión de respaldo por si lo de ser rey no se te da bien? —adivino, sonriendo, aunque me doy cuenta de lo cierto que puede ser eso.

Theron se encoge de hombros y vuelve a colocar el libro en la pila.

—En parte. Pero, más que nada, es porque mi padre piensa que esta obsesión es absolutamente inapropiada para un futuro rey, y mientras tenga mis habitaciones llenas de reliquias, se niega a venir aquí —me dirige una sonrisa radiante—. Pero también porque muchas de estas cosas eran de mi madre.

—¿Tu madre?

Recorro con la mirada la biblioteca, recordando las lecciones de Sir. De Theron, medio Cordellano, medio ventrallino, probablemente se espera que salga más a su padre que a su madre.

Extiendo la mano y toco los lomos de los libros que están en el estante. Me recuerdan al fogón que trajo Finn. Aferrarse a una parte de su pasado aunque eso implique aferrarse al dolor de no volver a tenerlo. Ese dolor es menos horrible que el dolor de olvidar.

—Lo siento —digo, aunque no sé muy bien por qué me estoy disculpando. *Lamento que tu madre ya no esté aquí. Lamento que tu padre te use.*

Theron se encoge de hombros, se acerca y se detiene en el otro extremo de la biblioteca.

—¿Lees mucho?

Sigo con el dedo las letras en el lomo de un libro particularmente grueso.

—Solo lo que me hizo leer Sir. Prefiero pasar el tiempo cortando cosas.

Sonrío pero Theron se limita a observarme, con los labios ladeados con aire pensativo. Se aparta de la biblioteca y se dirige a una pila de pinturas que está en el rincón.

—Tengo un paisaje que creo que puede gustarte —dice por encima del

hombro, mientras revisa los grandes marcos cuadrados—. Es viejo, pero está en buen estado...

Sigue hablando pero su voz se va convirtiendo en un murmullo que se pierde en el fondo de mi conciencia. Me quedo mirando el libro grueso cuyas letras estaba siguiendo con los dedos; las letras forman un título que hace que mi mente se encienda con repentina curiosidad. Es viejo, muy viejo: uno de los tomos frágiles que parecen a punto de desintegrarse en una nube de polvo. Vuelvo a leer el título.

La magia de Primoria.

¿Magia como... *mis sueños con Hannah?*

No sé nada sobre magia, solo lo que me enseñó Sir en sus lecciones, pero tiene que haber una razón para mis sueños; es decir, si no son provocados por el estrés, lo que no deja de ser una posibilidad. Pero si no es eso, tienen que provenir de otra parte... ¿De la piedra? ¿De otra fuente de magia? Y si hay magia que proviene de otra parte, entonces tiene que haber una fuente de magia además de los Conductos Reales. Está el barranco, claro, pero la magia de allí afecta solo a los reinos estacionales, así como todos los Conductos Reales afectan solo a sus ciudadanos dentro de cierto radio. Tal vez, si yo estuviera en un reino estacional, podría atribuir mis sueños con Hannah al remanente de magia que emana del barranco —aunque nunca oí que eso ocurriera—, pero aquí, en Cordell, ¿qué podría estar causándolos? Si en verdad es magia. Si no estoy perdiendo la cabeza.

Mientras rumio mis pensamientos, la duda me pesa en el pecho. *Miles de años.* En todo ese tiempo no hubo más que los ocho Conductos Reales, el tiempo transcurrido desde que el barranco de magia tuvo un portal accesible a través de los Klaryn que luego se perdió por las avalanchas o el sabotaje. Si hubiera otra fuente de magia, si hubiera más poder, *si hubiera otra cosa*, alguien la habría descubierto ya. ¿O no?

Nada de esto me impide sacar el libro antiguo del estante y sostenerlo con ambas manos. Tiene un sello en la esquina inferior derecha, de cera roja, casi liso por los años. Una frase indescifrable se curva en torno a una imagen de un haz de luz que cae sobre la cima de una montaña. Alcanzo a distinguir algunas palabras —DEL LUSTR— pero luego las letras se difuminan en un galimatías deformado por el tiempo. ¿El sello del librero? Sea lo que sea, paso los dedos por encima de él mientras me muerdo el labio, pensativa.

Un poco de investigación no le hace mal a nadie, ¿verdad? Y es una

alternativa mucho mejor que quedarme sentada en el palacio de Bithai mientras me acicalan como futura reina de Cordell mientras Sir, Mather y Noam siguen tomando decisiones sin mí. De esta manera al menos estoy *haciendo* algo. Algo pequeño, pero algo en fin.

Es un comienzo.

—... pero interesante, creo —está diciendo Theron.

Me vuelvo hacia él, abrazando contra mi pecho el libro gigantesco. Theron sostiene una pintura por sus esquinas superiores cerca de su cintura, y la base le roza apenas las botas.

Todo mi aliento me abandona, como si la pintura fuera un vórtice de viento y yo estuviera atrapada en la tormenta.

Es Invierno. O, bueno, podría ser uno de los reinos rítmicos en su propia estación invernal, pero cuando veo esa pintura, es Invierno. Un bosque, los árboles que se inclinan y se tuercen bajo el peso del hielo, sus ramas marrones congeladas como columnas brillantes. En torno a la base de los árboles hay nieve amontonada, salvo donde hay alguna roca o arbustos pequeños cubiertos de nieve. Todo se encuentra en la serena quietud de la mañana; los rayos del sol rozan apenas las puntas de los árboles, y le dan a todo el paisaje ese tono entre azulado y amarillento del amanecer.

Pruébalo.

Esa palabra otra vez. Mis dedos aferran el libro con más fuerza cuanto más tiempo miro la pintura; me invade algo parecido a la decisión. Sir tenía razón. No sé nada. No sé qué se siente al estar en Invierno, qué bosque se ve en este cuadro. No sé; nunca lo vi, porque ya no está. Así como así: una guerra horrible, una ocupación sanguinaria, y miles de personas asesinadas, apresadas, destruidas. Así como así, se destruyó todo un reino, y lo más que pude hacer jamás es esperar tener algún día mis propios recuerdos de Invierno.

Qué egoísta he sido, ¿no? Egoísta, intolerante y *equivocada*, porque quería tener importancia para Invierno, pero *a mi modo*. Dentro de mis propios parámetros que a la vez encajaran con lo que yo quería ser. Se me atasca la risa en la garganta; detesto que me haya llevado tanto tiempo darme cuenta de que Sir tenía razón. Maldito sea... ¿cuándo llegará el día en que se equivoque, por una vez?

Ni siquiera me doy cuenta de que me moví hasta que Theron se aclara la garganta. Estoy de rodillas en el suelo frente a la pintura, con la mirada fija en ella, el libro todavía aferrado contra el pecho con una mano mientras la otra va

hacia los árboles como si, al estirarla lo suficiente, pudiera recoger un poco de nieve de las ramas.

Theron cambia un poco el modo en que sostiene la pintura y la mira.

—Puedo hacer que la cuelguen en tu cuarto, si quieres.

Asiento y retiro la mano hacia el libro.

—Gracias —susurro, y lo miro. Theron sonríe, una sonrisa leve y cauta, y sus ojos brillan al examinar mi rostro.

Músculo por músculo, se le va borrando la sonrisa.

—Lo recuperaremos.

Abrazo el libro con más fuerza y trago en seco, para contener unas lágrimas repentinas.

—¿Nosotros? —Muevo la cabeza—. *Ellos* lo harán. Mi parte es... —me interrumpo, con la respiración agitada, y hago una mueca. No debería dolerme. Esto está bien, ¿no? Es lo *necesario*... unirme a Cordell por el matrimonio. Por Invierno.

Theron apoya el cuadro contra el respaldo de un sofá y pasa una mano sobre él con aire ausente. Sus ojos se velan como si estuviera recordando un cuento antiguo, y cuando se enfoca en mí, me pongo de pie en silencio, sosteniendo el libro como un escudo entre nosotros.

—Cuando tenía once años, casi ingresé a la Sociedad de Escritores de Ventralli —dice.

Levanto las cejas.

—¿De veras? ¿Qué pasó?

—Nada bueno —ríe—. En aquel momento, escribí al rey de Ventralli, el cuñado de mi madre, y me dio su aprobación especial para ingresar. Conseguí un lugar donde alojarme y organicé cómo viajar hasta allá y cuántos hombres me escoltarían. Estaba muy orgulloso de mí mismo, y no había nada que deseara más que eso —la mirada de Theron baja a un punto por encima de mi hombro, como mirando hacia el pasado—. Cinco días antes de mi partida, mi padre envió a su mayordomo a mi cuarto para informarme que me esperaba un carruaje para llevarme a la base militar en la costa de Cordell. Que viviría allí los siguientes tres años y estudiaría con uno de los coroneles de mi padre.

”Mi padre estaba al tanto de mis planes de ir a Ventralli. Yo se los conté mientras los hacía, pero no supe hasta ese día que nunca había tenido intenciones de dejarme ir. Que su heredero se educaría en los métodos militares y en el manejo de recursos, no en el arte y la poesía —frunce el ceño y me mira como si

se le hubiera olvidado que estaba allí—. Pero eso no me impidió tener todo esto —señala con un gesto toda la habitación— ni invitar a los mejores escritores, poetas y artistas de Ventralli a visitar Cordell. Siempre habrá un “ellos” en tu nueva vida, Meira. *Ellos* toman las decisiones; *ellos* modelan tu futuro. El truco consiste en buscar la manera de seguir siendo *tú* a pesar de todo.

—¿De verdad se nos permite ese lujo? —pregunto. Ni siquiera pienso en lo impertinente que podría ser la pregunta ni en lo poco que lo conozco; lo único en lo que puedo pensar es lo mucho que sí lo conozco. Él quería algo más en su vida. Quería ser artista, pero su padre quería que fuera rey. Y aquí está, el heredero de Cordell, de pie entre pilas de libros y pinturas. Es ambas cosas. Se adaptó a todo lo que su vida le impuso.

Theron exhala y sus hombros caen muy ligeramente.

—Necesito creer que sí.

Frunzo el ceño. ¿Es posible? ¿Ser a la vez lo que Invierno necesita y lo que yo quiero? ¿En lugar de luchar *solamente* por lo que yo quiero, o someterme *solamente* a lo que Invierno necesita, hallar un equilibrio entre ambas cosas?

Levanto el libro.

—¿Me prestas esto?

Theron asiente sin siquiera ver qué es.

—Por supuesto. Llévate lo que quieras. —Toca la pintura—. Y sí voy a hacer que cuelguen esto en tu cuarto. Bien —vuelve a hacer el intento, con una sonrisa radiante—, ¿vemos el zoo?



A la mañana siguiente, cuando Rose y Mona vuelven a rogarme que asista a la clase de etiqueta, las sorprendo (a ellas y a mí misma) accediendo.

Rose, que sostiene un vestido celeste y una cinta azul marino, se detiene junto al guardarropa. Me mira con suspicacia, y después de una pausa corre a ubicarse entre mi cama y el balcón.

—¿Es un truco? —pregunta, y percibo cómo trata de extender los brazos, como para bloquearme el paso si trato de esquivarla y saltar por el balcón.

Me levanto de la cama, por el lado contrario al que da a las puertas del balcón, y la miro a los ojos con serenidad.

—No. Iré.

Rose tuerce los labios.

—¿Con un atuendo apropiado?

Frunzo el ceño.

—Sí.

—¿Sin su arma?

Un rezongo sube por mi garganta.

—¿Acaso no basta con que *vaya*?

Rose frunce la boca más aún y chasquea la lengua.

—No hay lugar para las armas dentro del palacio.

Atraviesa la habitación con unos pasos rápidos y extiende el vestido y la cinta sobre la cama. Apenas la tela se apoya sobre las sábanas arrugadas, sus manos se dirigen a mi camisón y me desabotonan la espalda como si temiera que cambie de parecer si no se da prisa. Empiezo a apartarme, a resistirme por instinto, pero mis músculos se aquietan. Puedo hacer esto. Todo esto, el matrimonio, las clases que haya ordenado Noam, y también ayudar a mi reino de

maneras que jamás soñé pero que aun así me harán sentir que pertenezco a Invierno.

Si Theron puede hacerlo, yo también. Puedo intercalar hebras de mí en un tapiz ya diseñado por otros. Es posible. Y esto podría ser bueno; estoy en una situación de poder, ¿o no? Mucho más poder que si fuera un soldado raso. Eso va a estar bueno.

Entonces, mientras Rose me pone el vestido por encima de la cabeza y Mona me cepilla el pelo, enderezo los hombros. Soy una futura gobernante de Cordell. ¿Cómo se comportaría una futura gobernante? Me viene a la mente Mather, su ecuanimidad, su semblante sereno... ante todo. Puedo comportarme como Mather. Puedo hacer eso.

—Voy a llevar mi chakram —digo. Cuando Rose alza la cabeza como un rayo, le sostengo la mirada. Tranquila, controlada, firme—. No voy a usarlo, pero quiero tenerlo conmigo.

Los labios de Rose se crispan. Me mira con desconfianza, con un asomo de enojo, pero luego reanuda su trabajo de atarme la cinta azul a la cintura.

No puedo disimular mi sonrisa. Un pequeño triunfo.

La siguiente semana pasa volando en un torbellino de historia Cordellana y aprender a hacer bien las reverencias y cuál tenedor usar para comer ensalada. Es obvio que sorprendo a Rose y Mona prestando atención, y cada vez que un instructor me felicita por responder una pregunta correctamente, ellas festejan con entusiasmo en el fondo de la habitación. Pero siempre fui buena alumna; en el campamento, fue solo cuando vi a Mather practicando con la espada sin mí que empecé a ponerme inquieta y a perturbar el orden, y Sir levantaba las manos con exasperación y me gritaba hasta que me ponía a llorar. Ahora, sin embargo, estoy esforzándome de veras por ser una buena futura reina.

Aunque sea tan solo porque todas las mañanas encuentro la manera de ser *yo*.

Al romper el alba, cuando el sol todavía está librando una batalla azul-negra con el cielo nocturno, me pongo mi ropa —mi *verdadera* ropa: camisa, pantalones y botas— y cruzo a toda prisa el palacio dormido hasta la biblioteca, donde guardé *La magia de Primoria*. Esto, sumado a mi horario caótico de clases y comidas en mi habitación, significa que no he visto a los demás refugiados desde la desastrosa práctica con espadas entre Mather y Theron. Sin duda, no porque ellos no lo hayan intentado; me escabullo por un pasillo lateral

cuando veo venir a Dendera, escalo los muros cuando oigo la voz de Finn a la vuelta de la esquina. No tengo deseos de enfrentarme a nadie hasta que pueda presentarles una revelación. Hasta que pueda demostrar que todavía puedo ser útil en esta posición de mí misma.

Una parte de mí quiere escabullirse hasta el campo de tiro todas las mañanas, en lugar de ir a la biblioteca. No uso mi chakram desde que empecé el adiestramiento para ser reina, y si bien lo llevo conmigo a todas las clases, empiezo a sentirlo demasiado como una muleta. Pero la otra parte de mí, la parte que está resignada a este arreglo, sabe lo importante que es que trate de leer *La magia de Primoria*.

Con énfasis en la palabra *trate*.

Cada renglón de cada página del libro que casi se desintegra en mis manos está lleno de palabras más que diminutas escritas con letra apretada e ilegible. Las letras se funden entre sí por la antigüedad y por el hecho de que el escriba encimó tanto los renglones que el texto parece un solo manchón de tinta. Como si eso no fuera suficiente, las líneas que sí puedo descifrar no me ayudan nada; están llenas de lenguaje arcaico o de acertijos, pero en su mayoría son solo la historia que ya conozco. Cómo el barranco de magia descansa debajo de todos los reinos estacionales desde que cualquiera tiene memoria, fuente de misterio y magia que existe desde hace tanto tiempo como nuestro mundo. El barranco está muy en lo profundo de nuestra tierra, de modo que aunque un reino rítmico conquistara uno estacional y se propusiera excavar en él en un intento de recuperar la magia, se pasarían décadas excavando.

Solía haber una entrada al barranco a través de los Klaryn, un pozo que se abrió un día cuando los mineros lo descubrieron por casualidad. Nadie sabe dónde estaba la mina; poco después del descubrimiento, se perdió por derrumbes o mal tiempo. Pero me gusta pensar que estaba en la parte de los Klaryn que pertenece a Invierno; al fin y al cabo, ¿qué otro reino estacional es tan bueno para la minería como nosotros? Aunque, por otra parte, no hemos podido encontrar otra entrada al barranco mágico desde que desapareció la primera, de modo que tal vez no somos *tan* buenos.

Cuando la entrada estaba abierta, hace miles de años, se envió una expedición para obtener la magia. Según las leyendas y algunas de las líneas más legibles del libro, la magia se encontraba en el centro de una caverna sin fin, una gran bola de energía que chasqueaba y crepitaba flotando en el espacio negativo de la caverna.

Para poder extraer la magia de la caverna se necesitaba un portador, un objeto impregnado de sus poderes. La gran bola de energía se movía por la caverna con un ritmo constante, chocando contra las rocas aquí y allá como dedos caóticos e incontrolables como los rayos en una tormenta. Y las rocas que golpeaba se impregnaban de magia. Entonces los monarcas empezaron a dejar otros objetos cerca de la fuente, esperando que los rayos de magia golpearan las espadas, los escudos o las joyas y los llenaran de poder. Probaron también maneras más peligrosas de crear conductos, dejando que la magia golpeara a sus sirvientes. Esto llevó al descubrimiento de que solamente los objetos podían ser portadores de la magia: las personas no se convertían en conductos sino más bien en carne demasiado cocida.

Así fue como se crearon los Conductos Reales. Los monarcas del mundo ordenaron que se hicieran primero sus conductos, para conectarlos a sus linajes con más magia aún. Pero resultó que esos fueron los únicos conductos que se hicieron, porque justo después de que se crearon los ocho Conductos Reales, la entrada del barranco desapareció y nuestro mundo cambió para siempre. Ahora no solo teníamos magia, sino también prejuicios: los reinos rítmicos nos odiaban por haber perdido algo tan vital. Es probable que odiaran a los reinos estacionales desde antes, por cualquier cantidad de motivos, pero el que perdura hasta el día de hoy es la pérdida de la fuente de magia, a pesar de que nadie recuerda que su vida haya sido diferente de lo que es ahora. Siempre conocimos los ocho Conductos Reales, ni más, ni menos.

Eso es todo lo que puedo descifrar. Y cuanto más miro *La magia de Primoria*, más se convierte mi chispa de duda en una llama bien encendida. ¿Qué estoy buscando? Todas las noches de esta semana tuve el mismo sueño de Hannah, en el que me veo rodeada por los refugiados en el estudio. Pero no logro encontrar ninguna conexión entre el sueño y las cosas que hago o dejo de hacer; incluso hice la prueba de esconder y no tocar el lapislázuli por unos días, pero aun así tuve el sueño. ¿Entonces no es mágica? Pero, de todos modos, ¿qué es lo que quería encontrar? ¿Alguna fuente de magia perdida en la antigüedad, que pudiera presentar a Sir para demostrarle que sí puedo ser importante para Invierno a mi modo, además de unirnos a Cordell?

Cierro el libro de un golpe y me recuesto contra la barandilla del balcón. La luz de las primeras horas de la mañana arroja rayos amarillos por las altísimas ventanas que están a mi izquierda. Casi es la hora de mis lecciones, pero después de varios días de despertarme tan temprano empiezo a cansarme, y lo único que

quiero es volver a meterme en la cama y olvidarme de tratar de ser una dama Cordellana hecha y derecha. Mis dedos aprietan la cubierta del libro y lamento haber dejado el chakram en mi cuarto esta mañana. Unos cortecitos fáciles y este libraco inservible quedaría reducido a confeti.

—¿Algo para comer?

Miro a mi derecha y veo a Theron espiando por encima de la escalera que lleva al balcón del tercer piso, donde armé campamento. Trae en las manos una bandeja con platos calientes, y mi estómago responde con un gruñido nada digno de una dama. Theron es la única persona que está al tanto de mis sesiones tempraneras; cada mañana viene a la biblioteca a devolver algunos libros o llevarse otros, y toparme con él es algo inevitable que no me molesta.

Sigue subiendo la escalera y se sienta a mi lado pero mirando hacia la biblioteca.

—Supuse que tendrías hambre, ya que otra vez no viniste a desayunar —dice, y coloca la bandeja entre nosotros—. Mi padre está tranquilo porque estás asistiendo a esas lecciones, pero tus amigos...

—¿Merecen hasta la última pizca de preocupación que les cause? —completo la frase, mientras extiendo la mano para tomar una rebanada de pan crocante de una cesta.

Theron ríe.

—Iba a decir que están asustando a mi corte con la frecuencia con que tienen disputas entre susurros detrás de las plantas, pero “merecen la preocupación” también sirve.

—Alguien debería decirles que las plantas no impiden la proyección del sonido.

Me llevo algunos trocitos de pan a la boca pero sigo hablando, disfrutando este pequeño acto de incorrección. Es demasiado fácil olvidar que Theron es un príncipe, que su posición es tan superior a la mía que no podría alcanzarla ni aunque me parara en lo más alto de los Klaryn, que cuando se acerca debería comportarme con propiedad, como una dama, y hacer una reverencia; todas cosas que aprendí ayer en la clase de etiqueta. Es demasiado fácil hacer muchas cosas estando con él, y todavía estoy tratando de entender a qué se debe.

Theron señala con la cabeza hacia el libro que aún tengo presionado entre mis piernas y mi pecho.

—¿Me atrevo a preguntar cómo vas con eso, o vas a amenazar otra vez con cortarlo en pedacitos?

Rezongo.

—No quiero hablar de eso. Estas gachas están buenas. ¿Qué les pusieron? ¿Fresas?

—¿Vas a seguir sin decirme lo que estás haciendo?

—Sí —respondo a la bandeja. No hay manera de que, si le cuento a alguien que estuve soñando con una reina muerta, no crean que he caído al abismo oscuro de la demencia.

—Puedo ayudarte —se ofrece Theron, en tono despreocupado—. De hecho, estoy entrenado para ayudar a todo un reino, así que creo que puedo canalizar un poco de ese entrenamiento para ayudar a una mujer hermosa.

Lo miro, y desconfío a pesar de la sonrisa que pasa por mi cara.

—No es justo que me hagas cumplidos así. ¿Sabes lo peligrosas que pueden ser esas cosas?

Theron se encoge de hombros, sonríe, y sus mejillas se tiñen apenas de rosa. *¿A él* le da vergüenza?

La sonrisa se convierte en un puchero, frunce los labios y junta las cejas por encima de su nariz.

Lo fulmino con la mirada.

Hace más pucheros.

—Eres imposible —rezongo, y abro el libro.

Theron ríe y se acerca un poco más a mí.

—Imposible, adorable. Sinónimos, en realidad.

Finjo una risa y vuelvo a escudriñar las páginas indescifrables; al instante me empieza a doler la cabeza al ver todos aquellos garabatos en tinta negra.

—Estoy tratando de averiguar más sobre la magia —empiezo a explicar.

Theron ahoga una exclamación.

—¿Leyendo un libro que se llama *La magia de Primoria*? *¡No puede ser!*

—Imposible, adorable, graciosísimo. También sinónimos.

—¿O sea que estás de acuerdo con que soy adorable?

Vuelvo a fulminarlo con la mirada y abro la boca, pero descubro que no tengo absolutamente nada que decir. Theron sonríe, esperando, y mi expresión boquiabierta se transforma en un bufido de incredulidad.

—Como te decía —vuelvo a empezar, y Theron agita una mano en señal de rendición, para indicarme que no va a interrumpirme—. Estoy tratando de averiguar más sobre la magia. Los Conductos Reales, de dónde salieron y... —paso los dedos por las volutas de tinta negra— y todo. Cualquier cosa que pueda

averiguar. Tal vez haya algún atajo, algo que signifique que podemos vencer a Angra sin necesidad de tener nuestro relicario.

Mientras hablo, se va borrando la expresión divertida del rostro de Theron, y mira las páginas que están bajo mis manos.

—¿Y qué averiguaste hasta ahora?

—Nada que no supiera ya. Este libro es imposible de leer. —Busco uno de los pasajes que puedo entender, pero el hecho de que pueda leer las palabras no implica que tengan sentido—. Fíjate en esto, por ejemplo: "De las luces, advino una gran Decadencia; y pobres de los que no tenían luz. Imploraron, y así se formaron las luces. Los cuatro crearon las luces; y los cuatro crearon las luces". —Me doy la cabeza contra la barandilla—. ¿Qué?

El rostro de Theron sigue serio. Reconozco la expresión como su cara de "arte", la misma que tenía cuando estábamos en su habitación y él estaba mirando la pintura de Invierno. Curioso, concentrado, como si toda la estantería que tenía atrás pudiera desplomarse sin que se le moviera un músculo.

Sus labios se movían en silencio, repitiendo el pasaje para sí.

—¿Cuatro? ¿Dice "cuatro" dos veces?

—Sí. —Vuelvo a mirar el libro—. Y dice lo mismo dos veces. "Los cuatro crearon las luces; y los cuatro crearon las luces".

Theron asiente.

—Los reinos de Primoria. Cuatro y cuatro. Los rítmicos y los estacionales. Crearon algo... ¿recursos? No, algo relacionado con la magia. ¿Una luz metafórica? ¿Los conductos, tal vez? Entonces la luz podría ser un conducto.

Se inclina sobre el libro y señala el pasaje, insertando sus palabras al pasar. "De los conductos, advino una gran Decadencia; y pobres de los que no tenían conducto. Imploraron, y así se formaron los conductos. Los rítmicos crearon los conductos; y los estacionales crearon los conductos.

Me mira con una gran sonrisa, pero se le borra al ver mi mirada furiosa.

—¿Qué?

—*¿Qué?* —Apuñalo el pasaje con un dedo—. Llevo tres días mirando esto, y tú vienes y lo descifras en tres *segundos*.

Theron recupera la sonrisa.

—Te dije que podía ayudarte.

No voy a darle la satisfacción de sonreírle.

—Pero ¿qué significa, oh Príncipe Sabio y Erudito? Todavía no lo entiendo. ¿Los conductos provocaron una gran Decadencia? ¿Pero los rítmicos y los

estacionales crearon más conductos? Pero solo alcanzaron a crear los ocho antes de que la entrada desapareciera. Entonces, ¿qué es, exactamente, la Decadencia, y por qué está escrita con mayúscula? Una decadencia metafórica, una decadencia literal...

Theron se recuesta, apoya los brazos en las rodillas y se queda mirando la biblioteca que se extiende abajo.

—Por eso la literatura es tan fascinante. Siempre está abierta a interpretación, y podría ser cien cosas distintas para cien personas distintas. Nunca es lo mismo dos veces.

Cierro el libro con un rezongo.

—Yo no necesito cien interpretaciones diferentes. Necesito leer un libro que diga: “He aquí el modo de derrotar a Primavera y devolverle el poder a tu rey, y ya que estás, he aquí el modo de demostrar que eres importante cuando nadie más piensa que lo eres...

Me interrumpo. Estoy mirando las estanterías, no a Theron, y creo que no podré volver a mirarlo sin encogerme de vergüenza. Lo cual podría hacer que todo esto del matrimonio fuera un poco incómodo. Todavía oigo lo que acabo de decir: mi admisión muy, muy débil, y no puedo convencerme de respirar, mucho menos de enfrentarlo.

Theron no me deja opción. Se incorpora sobre sus rodillas y se ubica en mi línea de visión; tiene la frente arrugada, y sus ojos examinan los míos como tratando de descifrarme de la misma manera en que descifró ese pasaje. Al cabo de un momento de silencio, hace una mueca.

—Tú eres importante —es todo lo que dice.

Me retraigo, y siento un escalofrío en todo el cuerpo mientras me mira con esa certeza en los ojos. Es similar a todas aquellas miradas tensas y prolongadas que me dedicaba Mather, pero a la vez no lo es. Cuando Mather me miraba, yo nunca sabía qué emociones escondía detrás de su seriedad, si yo le agradaba o si él estaba tratando de descubrir si le agradaba. Pero con Theron... parece más intencional. Como si me estuviera mirando porque quiere, no porque esté cuestionándose.

Ninguno de los dos dice nada más; exhalamos lentamente al espacio entre nosotros, demasiado temerosos de apartarnos, demasiado temerosos de acercarnos más.

Abajo, una puerta se cierra de un golpe que resuena en los tres pisos de la biblioteca. Doy un respingo, arrancada de mi trance. Probablemente sea Rose;

voy a llegar tarde a mis clases. Pero la voz que llena la biblioteca me hace rezongar con otro peso.

—Meira —dice Sir con suficiente decisión como para descolgarme por encima del balcón del tercer piso.

Theron suspira.

—Hay una sola puerta para salir de la biblioteca —dice, como si me leyera la mente.

Vuelvo a rezongar. No tengo manera de huir de Sir. A menos que lo esquive y corra a toda velocidad hacia los pasillos sinuosos del palacio de Bithai. Reacción madura.

Theron se pone de pie y extiende una mano para ayudarme a levantarme.

—No va a gritarte estando yo presente.

Dejo el libro en el piso, tomo la mano de Theron y quiero sonreír. Quiero hacer muchas cosas cuando me ayuda a ponerme de pie y estamos tan pero tan cerca, por un breve segundo; y me pregunto si sería tan horrible casarme con él.

Theron me lleva escaleras abajo, sin soltarme la mano. Eso me sienta bien, al punto de hacerme pensar que mi respuesta a la pregunta de si quiero casarme con él podría sorprenderme.

Llegamos al piso de abajo de la biblioteca y allí vemos a... todos. Sir, Alysson, Dendera, Finn, Greer, Henn y Mather. Todos parados muy juntos en el medio del salón, con diversos grados de ira o frustración en sus caras.

Sir se adelanta para encontrarnos a mitad de camino, con los brazos firmemente cruzados sobre el pecho. Sus ojos reparan en las manos de Theron y mía, entrelazadas, pero no dice nada, y me corre por los brazos un escalofrío que se extiende a todo mi cuerpo cuanto más tiempo nos quedamos allí sin hablar.

—Príncipe Theron —empieza Sir, con voz extrañamente calma—. Necesitamos hablar con Lady Meira. A solas.

Contengo el impulso de protestar. No porque Sir quiera hablar conmigo... sino por el modo en que lo dijo. Lady Meira. Parece tan formal. Demasiado formal. No quiero que Sir me trate con formalidad.

Theron gira hacia él.

—Con todo respeto, debo negarme, General Loren.

Mather lanza una especie de resoplido detrás de Sir. Mis ojos vuelan hacia él, y ahora nos quedamos mirándonos mientras no hago absolutamente nada por apartarme de Theron. Mather mira nuestras manos y nuevamente a mí, y su rostro se contrae con ira, arrepentimiento, ira, ira, ira...

—¿Sucede algo, Rey Mather? —le pregunta Theron, buscándolo con la mirada detrás de Sir.

Mather empieza a adelantarse pero Sir extiende un brazo y se lo planta en el pecho. Mather se detiene, jadeando como en el ring. Pienso que va a invadirme algún sentimiento de culpa, o como mínimo una oleada de incomodidad, al ver a Mather. Pero solo me siento cansada; cansada de no obtener de él más que emociones imposibles de descifrar. Cansada de esperarlo. Cansada de él.

Pero no necesitamos otro encuentro como el del ring. Puedo manejar esto sola. Siempre lo he hecho.

Tiro de la mano de Theron hasta que me mira.

—Estaré bien —le prometo, aunque a mí misma me suena extraño. Nunca nadie se preocupó por mí durante los interrogatorios de Sir. Me hace sentir fuerte y débil a la vez, como si pudiera apoyarme demasiado en él, en la ayuda que me ofrece, y perderme detrás de él.

Al cabo de un momento de reflexión, Theron asiente. Me aprieta la mano una vez y se aparta; luego se dirige a la puerta y saluda con amabilidad a todos al cruzarse con ellos.

La puerta se cierra tras él y tengo apenas dos segundos para inhalar antes de que alguien me encare. Parpadeo, tratando de concentrarme en la cara de Sir, pero no es Sir.

—Una cosa es estar a solas con el príncipe en la biblioteca —escupe Dendera—. Eso, casi puedo pasarlo por alto. Pero ¿en su *dormitorio*? ¿Tienes idea de la clase de rumores que están circulando sobre ti? Después nos evitas durante una *semana*... gracias a la nieve que estás asistiendo a esas clases, ¡pero eso no basta!

Dendera tiene el rostro enrojecido y el cabello desgreñado, como si no hubiera dormido en varios días. ¿Será que lleva tanto tiempo preocupada? Las dos veces que la eludí, efectivamente parecía agitada, pero supuse que era porque yo estaba evitándola, no porque había estado en el cuarto de Theron. Entiendo que sería incorrecto para una dama de la corte, pero tratándose de mí, me parece una tontería. De todos modos, todavía estoy en adiestramiento, ¿no? Hace poco estaba cubierta por las inmundicias de las cloacas de Lynia, habiendo evitado a duras penas la captura. Tengo suerte de estar viva; si no, ni siquiera *podría* ser incorrecta.

—Es una broma, ¿verdad? —le pregunto, aunque presiento que solo la haré enojar más.

Y así es. Lanza una risa burlona y habla salpicando saliva.

—¿Crees que estoy para bromas?

Sir interviene: le apoya una mano en el brazo para distraer su atención.

—Dendera...

—¡Habla con ella, William! ¡No puede seguir haciendo estas cosas! Ahora tiene responsabilidades. Nunca la veo con tiempo como para hablar con ella de los colores, la comida o los adornos...

Miro brevemente a Sir.

—¿De qué habla?

Dendera calla cuando Sir me mira. Todos parecen dar un enorme paso atrás, como si supieran que lo que Sir está a punto de decirme no va a ser bien recibido.

El rostro de Sir está impasible.

—De eso vinimos a hablar contigo, Meira —empieza a explicar. Una parte de mí se tranquiliza al ver que no usa mi título, solo mi nombre. Solo Meira—. La boda está programada para fin de mes, y Dendera está en el comité que tiene a su cargo la celebración, por eso necesita tu colaboración...

—¿La *qué*? —chillo—. Un momento, un momento, *alto*. ¿La boda? A fin de... ¡eso es en dos semanas! Estoy en adiestramiento, esas estúpidas clases...

Sir sigue hablando, haciendo caso omiso de mi interrupción.

—Necesita que colabores. Todavía hay mucho por hacer si vamos a concretar esta alianza.

Me quedo mirándolo. A todos. Todos me miran y lo apoyan, y...

Ahora Mather no quiere mirarme. Me da la espalda y se aferra al piano, con la cabeza gacha; los músculos de sus hombros se mueven bajo su camisa mientras sus manos presionan más y más la tapa negra lustrosa.

—¿Así que eso es todo? —susurro.

Las lágrimas me hacen un nudo en la garganta, lágrimas que afloran cuando me doy cuenta de que así será mi vida ahora, y debí suponer que la boda se haría pronto, por lo cerca que estamos de recuperar nuestro conducto. Pero ni siquiera puedo presentar ninguna gran revelación sobre la magia y cómo funciona y lo que necesitan hacer con el conducto y cómo Hannah está hablándome porque en realidad Hannah *no está* hablándome, y ni siquiera puedo leer un estúpido libro y me he pasado todo el tiempo aprendiendo a usar tenedores elegantes.

No hay nada más. Realmente esto es lo único que puedo hacer. No se me ocurre nada más.

Por fin el rostro de Sir muestra un poco de emoción. Se le crispan los labios, se le enrojecen los ojos.

Pero sacudo la cabeza antes de que pueda decir nada.

—Muy bien. Está muy bien. Supongo que todos los planes están hechos. ¿Noam está listo para enviar hombres con ustedes a Primavera a recuperar la otra mitad del relicario?

Nadie dice nada, y el hecho de que no digan nada me impulsa a hablar más rápido, más duramente, a aprovechar ese hueco en aquella sólida pared de superioridad.

—Tiene que ser eso, ¿no? Porque no imagino que puedan tener tanta prisa por meterme en esto si Noam no estuviera también dispuesto a cumplir con su parte del trato. Si no se estuvieran haciendo preparativos por ambas partes.

Dendera se acobarda. Sus ojos vuelan hacia Sir, y Finn mira a Sir, y todos miran a Sir porque se supone que es quien nos conduce en todo esto.

Sir aprieta la mandíbula.

—Noam cumplirá con su parte del trato cuando nosotros hayamos cumplido con la nuestra.

Repaso en mi mente las palabras de Sir. Noam no está haciendo nada para ayudarnos. Simplemente nos deja simular que va a cumplir con su parte mientras Dendera y Alysson y Finn y todos me miran como si yo fuera una muñeca con la que están jugando.

Gruño a Sir.

—*No*.

Sir trata de aferrarme pero lo empujo a un lado; empujo a todos: a Dendera, que grita algo acerca de arreglos florales; a Alysson, que dice algo acerca de calmarme; a Mather, que no dice nada porque eso es lo que hace: se queda allí parado mientras yo debo cerrar los ojos y obedecer.

Si yo tengo que cerrar los ojos y obedecer, Noam también.



Cuando salgo volando de la biblioteca y tomo por el pasillo, Theron se despega de la pared junto a la puerta y empieza a caminar a mi lado.

—No me dijiste que ya estaban planeando nuestra boda —gruño mientras camino con paso rápido y decidido, primero hacia el salón de baile y desde allí hacia el estudio de Noam—. Supongo que debería haberme dado cuenta de que no tendríamos mucho tiempo para conocernos.

Theron me sigue el paso. Echa un vistazo hacia atrás; sigo su mirada y mis ojos se clavan en el hato de refugiados inverneños que vienen atrás. Sir lleva la delantera, y cuando lo miro, su rostro se ensombrece.

—¡Meira, detente! —grita Sir. Mather lo aferra del brazo y le dice algo que hace que la procesión deje de seguirme. Siento una oleada de gratitud por un segundo; luego doblo una esquina y los pierdo.

—Lo siento —dice Theron cuando quedamos avanzando solos por el pasillo —. No quería decírtelo hasta haber podido hablar con mi padre para postergarla.

Dobla una esquina detrás de mí y casi se lleva por delante a una criada que lleva una bandeja con floreros. La criada lanza una exclamación, los dos salen disparados en direcciones contrarias y, milagrosamente, nada se cae mientras Theron sigue caminando conmigo.

—¿Por qué piensa que puede mover los hilos y obligarnos a bailar a su ritmo? —gruño.

Theron no dice nada.

Cuando llegamos al salón de baile, empiezo a bajar la escalera. A mitad del salón, Theron comprende adónde me dirijo; se cruza delante de mí y sigue caminando hacia atrás, porque no me detengo.

—Meira, esto no va a solucionar nada...

—No me importa.

—He hablado con él todos los días desde que anunció el compromiso; si yo no logro convencerlo...

Aprieto los dientes.

—No-me-importa.

Theron deja de caminar y lo esquivo. No pienso, no hago nada; el estudio de Noam aparece delante de mí. Lo único que sé cuando golpeo la puerta cerrada con el puño es que estoy muy, pero muy cansada de esto. Muy cansada de Noam y Herodes y Sir y Angra y todos estos *hombres* arrogantes, titiriteros que mueven los hilos y se niegan a renunciar a ellos. ¡Qué fácil podría ser la vida si cedieran, si me soltaran, porque estoy muy cansada de esto...!

Vuelvo a estampar el puño contra la puerta.

—¡Noam! —grito.

No hay respuesta.

Pruebo el picaporte. No tiene llave. Estúpido rey.

—Meira, espera...

Sir me alcanza por fin, igual que todos los que están detrás de él, mirándome como si fuera un animal que se escapó del zoológico de Bithai. Sir da un paso adelante y le gruño. Tal vez sí soy un animal fugitivo, y tal vez deberían mirarme con ese asomo de miedo. Esta soy yo, ¿verdad? La huerfanita indómita, imprevisible, inútil. No quiero odiarlos tanto. No quiero culparlos por esto. Pero lo hago, y ese odio y esa culpa me queman el pecho hasta que creo que voy a incinerarme desde adentro hacia afuera.

—Felicitaciones a todos —anuncio, mientras abro la puerta del estudio de Noam—. Finalmente han doblegado a Meira, la niña-soldado huérfana y loca. Perdió la cabeza, y todo gracias a la mención de unos arreglos florales.

Dendera rezonga, pero no le presto atención y entro al estudio. Noam no está. No hay nadie. Hay un escritorio frente a la puerta, rodeado por altas bibliotecas de un color marrón rojizo, que imitan el ambiente oscuro y acogedor del recibidor que está detrás de mí. El escritorio está cubierto de papeles, plumas y tinteros; hay pilas sobre pilas de libros, y en un atril, un libro mayor abierto.

—No está aquí, Meira —dice Sir detrás de mí—. Deja de...

Me apoya una mano en el brazo a través del umbral.

No te atrevas a tocarme.

Le gruño.

—No puedes darme órdenes. No eres mi padre, *Sir.*

Le cierro la puerta en la cara antes de que responda. Antes de que nadie responda. Antes de que se den cuenta de que le eché llave a la puerta y me atrincheré en el estudio de Noam, y que mi pequeña pataleta acaba de volverse muy, pero muy grande.

—¡Meira! —grita Sir desde el otro lado de la puerta. Estrella su puño contra ella, sacude el picaporte y vuelve a golpear—. ¡Abre esta puerta ahora mismo! ¿Tienes idea de las consecuencias de invadir el estudio del rey de Cordell?

Alysson y Dendera también empiezan a gritar. Juro que oigo a Finn, Henn y Greer reír entre dientes, pero podría ser solo mi imaginación en mi estado delirante.

Me dejo caer en la silla de Noam. Pero ¿qué estoy haciendo? Conozco las consecuencias de irrumpir sin permiso en el estudio del rey y de encerrarme aquí, porque si se entera —cuando se entere— estoy bastante segura de que mi tiempo en Cordell lo pasaré en prisión, en todo caso. No es que Noam esté ayudándonos ahora.

¿O sí?

Tomo el libro mayor que está en el atril y lo hojeo, en busca de algún indicio de que en verdad está ayudándonos, pero las únicas anotaciones son cálculos de cosechas y montos comerciales. Vuelvo a dejarlo en el atril y miro la pila más cercana de papeles. Correspondencia con un duque de Ventralli, quejas de una granja en las afueras de Bithai que se inundó. Empujo todo a un lado y empiezo a abrir cajones. Más plumas y hojas en blanco, y...

El primer cajón de la izquierda está cerrado con llave.

Vuelvo a tirar. No se mueve. Tomo un abrecartas de la mesa y rompo la cerradura justo en el momento en que una nueva voz se suma al alboroto que hay afuera.

Noam.

—¿Que ella *qué*? —ruge—. Está a tu cargo, William; es tu responsabilidad. Les doy refugio y ayuda y vía libre en mi palacio, ¿y así me lo paga Invierno? Por las hojas doradas de Cordell, juro que voy a...

Logro abrir el cajón y veo papeles, montones de papeles, y tomo el primero. ¿Cálculos de hierro? El siguiente parece similar pero muestra cálculos de piedras preciosas. Otro es un mapa de... ¿minas? Las minas de Invierno, decenas de líneas que giran en torno a los Klaryn. Y luego...

Una carta.

Toda la frustración, la pataleta que acabo de tener, me abandona. Solo queda

el pulso constante de la comprensión, el golpeteo sordo y vacío que resuena en mi pecho con cada una de las palabras que hay en cada página de esta carta.

> *Copia. Original enviado el primer mes de otoño propiamente dicho.*
>
> *Al Rey del Reino de Primavera:*
> *Cordell se encuentra ahora ligado a Invierno por la promesa de compromiso matrimonial. Mi hijo y heredero, el Príncipe Theron Haskar, tomará como esposa a una sobreviviente refugiada de Invierno. Por la presente, hago entrar en vigor todos los derechos de propiedad de Cordell sobre Invierno y todas sus posesiones, por medio de un contrato de propiedad vinculante e inquebrantable a través del matrimonio.*
> *Debido a la nueva autoridad de Cordell en Invierno, estoy dispuesto además a ofrecer a cambio a Primavera la entrega del heredero de Invierno, Mather Dynam, como muestra de buena fe de que Invierno se encuentra por completo bajo influencia Cordellana.*

Estoy temblando tanto que ya no puedo ver las palabras de la carta.

Noam nos traicionó. Va a vendernos... no, a nosotros no: a Mather. Va a vender a Mather a *Angra* para que este le permita apoderarse de nuestras... *posesiones*. Para que Noam pueda tomar la riqueza de nuestras minas y destripar nuestro reino hasta que toda la magia salga a raudales. Para que Noam consiga lo que quiere, porque siempre consigue lo que quiere. No está ayudándonos; solo usa la conexión con nosotros para empezar a excavar en los Klaryn.

Yo sabía que estaba usándonos... pero no en forma tan despiadada.

La puerta del estudio se abre con tanta fuerza que choca contra la pared y derriba libros de los estantes. Noam me mira con furia; su rostro, de tan enrojecido, parece púrpura, y tiene una mano en la puerta y la otra en el marco.

—Esto es más que inaceptable... —empieza a decir. Entonces sus ojos reparan en el cajón abierto, la carta en mi mano, las otras en mi regazo. Su rostro se oscurece más aún, y Noam cruza la distancia que hay entre la puerta y el escritorio de un solo paso gigantesco.

No puedo articular palabras por la conmoción, y la mano de Noam se levanta hacia atrás. Sus dedos se cierran en un puño; todo su cuerpo se transforma en músculo y fuerza, y la daga que lleva en el cinturón emite un resplandor púrpura mientras el puño de Noam surca el aire hacia mí...

—¡Basta! —grita Theron.

Veo un remolino de colores y extremidades agitándose. Noam está arrinconado contra una biblioteca y Mather lo sostiene allí por el cuello de la camisa; Theron está de pie justo detrás de Mather. Los dos miran al rey Cordellano como si ninguno de los dos tuviera ningún reparo en que el otro lo mutilara.

—¡A las armas! —grita un soldado, y el aire se llena de sonidos metálicos, espadas que se desenvainan y cuchillos que se desenfundan. Los demás inverneños y cinco soldados Cordellanos entran a la habitación con armas en la mano.

Theron gira hacia sus hombres.

—¡Alto!

Noam gruñe contra los puños de Mather, que le presionan el cuello.

—¡Muchacho ingrato! ¡Soy tu padre!

—Eres un cobarde —replica Theron, en voz tan baja y suave que apenas lo oigo en medio del alboroto. Se vuelve hacia mí, con las cejas unidas—. Meira, ¿por qué...? —Pero no termina la pregunta; solo se queda mirándome, sereno, asustado, esperando.

Noam nos traicionó.

—Meira —gruñe Sir. Se abre camino entre los soldados Cordellanos y se detiene frente a mí, con brazos temblorosos, los ojos esforzándose por disimular la ira—. ¿Qué hiciste? —susurra.

Exhalo al oír sus palabras.

—¿Que qué hice? —jadeo—. Lo que hice fue ignorar por un dichoso momento tus actos odiosos, arrogantes y controladores, y descubrí lo que Noam trama contra nosotros.

Se me enfría el cuerpo cuando tomo conciencia de que, si le hubiera dado el gusto a Sir, yo estaría mirando modelos de vestidos o sentada en otra clase de etiqueta; no tendría en la mano una carta incriminadora. No estaría poniendo fin a esta farsa.

Sería quien él quiere que sea, y esa muchachita débil e inocente jamás habría encontrado *esto.*

Me levanto de la silla de Noam y pongo la carta en las manos de Sir de un empujón.

—No estoy arrepentida.

Mather me mira, luego mira la carta. Su ira se transforma en confusión y

suelta el cuello de Noam. Este se aparta y se acomoda la camisa, pero no se resiste, con una sonrisa satisfecha mientras Mather se acerca a leer la carta junto a Sir. Todos los demás esperan; los soldados Cordellanos, todavía armados y dispuestos a matarnos si Noam diera la orden.

Observo a Sir mientras se da cuenta. Observo cómo desaparece su frustración por mí ante el dolor agudo de saber que falló, que fallamos, que Noam nos falló. Cordell era nuestra única esperanza, y he aquí una prueba de que somos y siempre seremos esclavos a quienes los otros reinos quieren depredar.

Sir le entrega la carta a Mather y se vuelve hacia Noam. No dice nada: solo se queda mirando a este gran rey que supuestamente iba a ayudarnos. En el estudio reina un silencio opresivo cuando Mather le pasa la carta a Finn, y pronto los demás se apiñan en torno a él, y ahogan exclamaciones mientras leen, sus músculos tensándose de rabia.

Noam echa los hombros hacia atrás.

—Un año después de la caída de Invierno, Yakim envió un regimiento de hombres al reino de ustedes. Trataron de quitárselo por la fuerza a la Sombra de los Estacionales, y Ventralli intentó hacer lo mismo. ¿Sabían eso? Ninguno de los dos lo hizo público. Estaban avergonzados, porque sufrieron idénticas derrotas: Angra los masacró. Hasta el último hombre. El clima inverneño era demasiado crudo, y como Ventralli y Yakim tenían sus conductos tan lejos, en sus países respectivos, Angra tuvo la ventaja de que su reino lindara con Invierno y su conducto estuviera tan cerca. Después de ver a mis hermanos rítmicos morir tan espectacularmente, opté por un enfoque menos agresivo.

Los hombros de Mather suben y bajan con cada respiración, y tiene los puños cerrados. Pero sus ojos están derrotados, vacíos, como los de Sir, los de Alysson y los demás refugiados, derrotados, perdidos, sin poder hablar por tanta zozobra.

Y Theron se para frente a su padre. Tiene la carta en sus manos, el rostro pálido mientras su mirada va de las palabras a Noam. Como si no lograra descifrar su significado, o no quisiera hacerlo.

—Decidí forjar una conexión innegable con Invierno —prosigue Noam—. Una conexión que Primavera no pudiera ignorar, que los otros reinos de Primoria no pudieran discutir. Esperé catorce años que volvieras derrotado a Bithai y aceptaras mi oferta, William. Apenas ese reyecito tuyo apareció en mi umbral, envié la carta a Angra para allanar cualquier dificultad que pudiera tener Cordell

para ostentar la propiedad de Invierno... y para empezar a tender un puente entre Primavera y Cordell, de manera que, si resulta que ni Otoño ni Invierno nos dan la entrada al barranco mágico, Primavera también nos deje entrar a su reino. —Noam sonríe, lleno de poder—. Cualquiera diría que al asesinar a Hannah se habría satisfecho la sed de sangre de Angra, pero los estacionales nunca fueron otra cosa que bárbaros. Y la barbarie es demasiado previsible.

Cuando Mather amaga moverse, me posiciono frente a él y lo retengo allí, con una mano en cada una de sus muñecas y mi cabeza inclinada contra su pecho. Surgen de su garganta unos gruñidos graves, pero no trata de pelear.

—Ahora que todo este asunto desagradable quedó al descubierto —dice Noam, y palmea las manos detrás de mí—, ¿acaso no tenemos una boda que planear?

Un rugido escapa de mí y me vuelvo contra él, manteniendo mi cuerpo entre Mather y Noam.

—¿Por qué habríamos de acceder a esto ahora? —grito—. ¡No nos queda nada que perder!

La sonrisa de Noam no vacila, pero sus ojos pasan de complacidos a amenazantes y se le crispan algunos músculos en la frente.

—Ustedes son nada más que ocho, Lady Meira. Y están en *mis* dominios. Puede casarse con mi hijo voluntariamente o por la fuerza. No esperé tanto tiempo ni trabajé tanto para *no* controlar a Invierno, y solo falta darle aspecto oficial; ustedes deciden si después optan por convertirse en prisioneros de Bithai.

No distingo si yo estoy frenando a Mather o si él me está frenando a mí. No siento nada más en la habitación; no sé qué está haciendo Sir ni si es Alysson quien llora ni nada más que la horrible sonrisa burlona de Noam, y me arrepiento por enésima vez de haber dejado mi chakram en mi habitación esta mañana.

—Pero eso es otro tema. —Noam mueve la mano como quien espanta un insecto por una ventana—. Les daré un momento para que se recuperen, pero después, Lady Meira, creo que tiene clases a las que asistir, y el Rey Mather y el General William tienen reuniones, ¿no es así? Los duques de las provincias costeras de Cordell están ansiosos por conocer a nuestro nuevo aliado.

Noam no deja de hablar de lo que es *necesario* que hagamos, de las reuniones preparadas para que todo parezca oficial. Como si supiera que aceptaremos este destino, y lo horrible es que... eso haremos. Cuando Sir nos lleva como a un rebaño hacia la puerta, lo veo en sus ojos. La misma derrota que vi la primera vez que lo enfrenté en relación con el acuerdo matrimonial. ¿Tantos

años de lucha, tantos años de sobrevivir a duras penas a los ataques de Angra, y se da por vencido porque un solo rey arrogante nos arruinó la vida?

La puerta del estudio se cierra de un portazo, separando a los refugiados inverneños de los hombres de Noam. Theron se queda adentro, y me doy cuenta de que tal vez debería preocuparme por él, pero lo único que siento es un vacío palpitante cuando miro a todos los demás y los veo paralizados por la misma conmoción.

Muevo la cabeza con incredulidad.

—Angra viene por nosotros, ¿no?

Mi pregunta hace más pesado el velo de la conmoción, y nadie se atreve siquiera a susurrar que así es. Nadie salvo Mather, que endereza los hombros, y cuando lo miro, la mirada que me dirige es la emoción más aterradora que haya demostrado jamás. Una mezcla violenta de miedo y derrota con una sonrisa lenta, negada por las lágrimas en sus ojos.

—Por nosotros, no —corrige—. Por mí.

Sir gruñe.

—Mather...

Pero Mather da un paso atrás, y mis manos se extienden hacia él como si ya supiera lo que va a decir, como si sus palabras fueran un terremoto y mi cuerpo se sacudiera con los temblores.

—Si así va a ser —dice—, si este es el destino que Noam eligió para nosotros, no voy a permitir que ustedes mueran en la pelea. No seguiré poniéndolos a todos en peligro por una causa que solo podemos adivinar. Ya no seré un títere.

Los ojos de Mather buscan los míos y mi corazón da un vuelco.

—Voy a cumplir con el acuerdo de Noam —dice—. Lo haré para que a Angra no le importen ustedes en lo más mínimo, y así podrán por fin liberar a los inverneños. No necesitamos magia, si logramos que Noam expulse a Angra, si...

—¡Mather! —Su nombre surge de mi garganta como un graznido áspero y desesperado—. Noam no va a ayudarnos, no importa qué trato cumplamos...

—¿O sea que no debería yo *intentarlo* al menos? Si Angra dejara de buscarlos, ¡imaginen todo el bien que podrían hacer! Tanto esfuerzo, tanto dolor... ¿para qué? ¿Por una magia que puede volver o no? ¿Una magia que ni siquiera podemos usar, por más que la recuperemos? No, para mí se acabó. Yo...

El puño de Sir aparece de la nada, como una sólida roca blanca que se

estampa contra la mejilla de Mather. Este se desploma al suelo en cuatro patas, con el cuerpo encorvado, mientras los demás miramos boquiabiertos, respirando con dificultad. Sir le dio un *puñetazo* a Mather. No puedo sentir otra cosa que conmoción, incredulidad, y a mis ojos les cuesta contarle a mi mente lo que vieron.

El rostro de Sir se tiñe con manchas rojas mientras se agacha y echa hacia atrás la cabeza de Mather para poder hablarle a la cara, furioso.

—Eres el rey de Invierno... no un cobarde —gruñe, y la angustia que destila la voz de Sir me hace estremecer con la misma emoción—. El único momento en que vas a enfrentar a Angra es para clavarle una espada en el pecho, y si vuelvo a oírte hablar así, te enseñaré el verdadero significado de la palabra *sacrificio*. Vamos a resolver esto... y no será entregándote a Angra.

Mather se queda mirándolo, tan azorado como todos nosotros. Sir tenía razón en casi todo lo que le dijo, salvo en una cosa. Mather no sugirió cumplir con el pacto de Noam porque fuera un cobarde; lo hizo porque es nuestro rey, porque está cansado de que nuestra vida sea así, porque vio una manera de ponerle fin a todo eso.

Sir aferra a Mather por el brazo y lo levanta de un tirón. Mather se lleva una mano a la cara, cubriéndose el magullón que ya se le puso púrpura, y mira a Sir con la expresión recelosa de quien se arrepiente de lo que acaba de hacer.

Abro la boca para interceder, cuando un soldado Cordellano irrumpe por las puertas al final del recibidor, las que dan al exterior del palacio. Apenas nos mira al pasar y se lanza hacia la puerta del estudio de Noam, la abre y cae de rodillas en el interior. Noam, Theron y los soldados que están adentro giran inmediatamente hacia la puerta abierta; Noam tiene el rostro contraído por la furia.

—Mi rey —balbucea el soldado, con la respiración agitada—. Traigo noticias aciagas. Es Primavera. Están...

Noam se adelanta con pasos fuertes.

—¿Qué pasa, hombre? ¿Un mensajero? Ese maldito rey no ha...

—No, mi rey —lo interrumpe el soldado—. Un batallón de Primavera cruzó nuestra frontera sur hace una hora... incendiaron tres granjas y se niegan a negociar. Están marchando hacia aquí, mi rey. Los hombres de Angra están marchando hacia Bithai.



Primavera está aquí. En Cordell.

Noam sale disparado del estudio, pasa a nuestro lado abriéndose paso a los empujones y desaparece antes de que nadie pueda decir palabra. Porque si pudiéramos decir algo, señalaríamos que todas sus maquinaciones fueron para nada. Primavera está atacándolo, lo que significa que no hay trato. Angra no solo no acepta entregarle a Invierno, sino que no acepta nada.

Todo lo que Noam jugó con nosotros, todas sus mentiras, todo fue inútil, porque ahora Angra lo traicionó. Mather también se equivocó: no habría evitado nada al entregarse a Angra. Angra no va a descansar hasta que todo Invierno sea suyo, completamente, hasta la última pizca.

Inhalo para contener una súbita oleada de angustia mientras los soldados salen del estudio detrás de Noam. Los inverneños estamos solos, parados en el vestíbulo y el Príncipe Heredero de Cordell, que todavía está junto al escritorio de su padre.

Theron no estaba al tanto del plan de su padre. No puede haberlo estado, a juzgar por el modo en que ahora me mira y arruga la carta en el puño cada vez más cerrado, con una mezcla de arrepentimiento, ira y solidaridad en el rostro. Doy un respingo cuando los dedos de Mather se mueven contra los míos y tomo conciencia de que estoy aferrada a él como si fuera lo único en este palacio que me impide romperme en cien pedazos. ¿En qué momento lo tomé de la mano? ¿Después de que Sir lo golpeó? Todavía no puedo creer que eso haya pasado. Que Mather haya sugerido, siquiera por un brevísimo instante, morir por nosotros.

Mi mano aprieta la suya, y mi pecho palpita con una mezcla de emociones. Miedo por lo que él quería hacer; tristeza porque, por un momento, pude haber

perdido a uno de mis amigos; alivio de que Sir no haya accedido a semejante sugerencia. Pero de todas las emociones que siento, las que más me conmocionan son las que *no* siento. No siento vértigo por tomar su mano, ninguna de las cosas que antes sentía por él. Mather es mi rey, mi amigo, mi mejor amigo; y yo, su soldado. Podría tomar la mano de Dendera o de Finn del mismo modo, si lo necesitaran, si amenazaran dejarse morir por nosotros.

Los motivos por los que sostengo en mi mano la de Mather han cambiado muy rápidamente. Pero no es por él, ni por nada que haya pasado entre nosotros. Se trata de un soldado protegiendo a su rey. Se trata de Invierno. Y Mather *es* Invierno.

Sir es el primero en reaccionar. Tenía que serlo. Empieza a escupir órdenes para todos.

—Finn, Greer, Henn, Dendera, Mather... a la armería. Si alguno de los Cordellanos no quiere pertrecharlos, vengan a buscarme. Alysson, quédate con Meira. Ninguna de las dos debe salir de este palacio. Príncipe Theron... —empieza a decir, pero luego se da cuenta de que no es su responsabilidad dar órdenes a Theron.

Theron lo mira, apretando los dientes.

—A la armería también —dice.

Sir se vuelve hacia Mather.

—Quiero que estés listo para la batalla en quince minutos.

Mather asiente; su rostro parece una máscara que podría esconder una plétora de emociones. Miedo. Ira. Arrepentimiento. Todo. Me suelta la mano y corre por el vestíbulo detrás de Finn, Greer, Dendera y Henn, sin mirar atrás ni dejarme saber en absoluto lo que está pensando. Tal vez no está pensando, no puede pensar, después de todo esto.

Sir me señala.

—Meira...

Hago una mueca.

—Quédate en el palacio... ya lo sé.

Aprieta la mandíbula.

—Iba a decir que también tengas cuidado.

Quedo boquiabierta. Pero Sir ya se alejó a toda prisa por el vestíbulo, hacia las puertas principales por las que acaba de salir Noam.

Theron deja la carta sobre el escritorio de su padre.

—No lo sabía —promete, cuando solo quedamos Alysson y yo, y algunos

soldados más allá.

Inhalo, asombrada por lo hueca que me siento. Como si el caos de los últimos segundos me hubiera vaciado de todo.

—Ahora no tiene mucha importancia, ¿verdad?

Theron me mira, pensativo. Da unos pasos rápidos a través del estudio, sale al vestíbulo y me toma de la mano.

—Lady Alysson, ¿nos acompaña, por favor? Las pondré al cuidado de mis guardias personales.

Alysson lo mira, boquiabierta.

—Alteza... —empieza a objetar, pero Theron ya está caminando, llevándome por el vestíbulo. Ella nos sigue, pero llegan soldados desde el recodo de la entrada y se ubican detrás de Theron y de mí, separándonos de la esposa de Sir mientras custodian a su heredero.

Theron me acerca más a él y nos detenemos en la entrada del salón de baile.

—¿Vamos a la armería? —pregunta, con voz lo suficientemente baja para que Alysson no pueda oírlo tras la pared de soldados.

Lo miro. Me sostiene la mirada, con un extraño brillo en los ojos.

—Pero Sir...

Mi voz se apaga a medida que se intensifica el brillo en los ojos de Theron. Después de todo lo ocurrido, en medio de todo lo que está pasando, es un alivio tan grande que respondo con una sonrisa.

Theron sacude la cabeza.

—¿Quiere que te quedes en el palacio? Tú y yo sabemos que no es aquí donde puedes ayudar más.

Me quedo mirándolo, dejo que sus palabras me recorran.

—¿Vas a dejarme pelear?

—Una vez que lleguemos al portal, tú decides si peleas o regresas al palacio. Pero no voy a obligarte a quedarte aquí, si a eso te refieres.

—¿Por qué?

La boca de Theron se crispa.

—Porque me he pasado toda la vida a disposición de mi padre —susurra—. Y no voy a tolerar este juego de monarcas. Se trata de *nuestras* vidas. No voy a permitir que mi padre, el general Loren, ni siquiera Angra, siga diciéndonos lo contrario.

Vuelve a mi mente su poema, su letra irregular en el pergamino que estaba en la biblioteca. Theron eleva una comisura de su boca y me observa de un modo

que no resulta posesivo ni condescendiente. Me mira de igual a igual.

Siento tibieza en el vientre cuando le sonrío. Difícilmente es momento para sonrisas y miradas prolongadas, pero no puedo evitarlo. Me quita un poco de la angustia de enfrentar a Primavera, como si el hecho de tener a Theron a mi lado fuera a mantenerme a salvo. No como protector: como igual. No soy la única que está atrapada en medio de esto. No estoy sola.

Recuerdo la última vez que alguien me ayudó así, cuando Mather simuló estar herido para que pudiera ser yo quien fuera a Lynia a buscar la mitad del relicario. Mather lo hizo porque sabía que yo quería ir, pero Theron lo está haciendo porque sabe que *él* querría eso.

Miro a Theron. Cuánto se parecen. Y sin embargo, qué distintos son.

Theron hace una seña a los soldados que están detrás de él.

—Acompañen a Lady Alysson a lugar seguro.

—Sí, milord —responde uno de ellos, y da media vuelta. Alysson empieza a alejarse con ellos, dando por sentado que estamos entre los hombres. Apenas nos da la espalda, Theron y yo nos escabullimos en la dirección opuesta; nos lanzamos por una puerta y pasamos al pasillo de la servidumbre.

Sé lo que tengo que hacer para demostrar que puedo ser útil tanto como futura reina de Cordell como para mí misma: pelear en esta batalla. Proteger esta ciudad y a los inverneños. A Sir no le gustará nada.

A esta altura, me importa un bledo.

Antes de entrar a la armería, esperamos hasta que Mather, Greer, Henn, Finn y Dendera consiguen sus pertrechos y salen. Pero resulta que Cordell no tiene armaduras acordes a mi contextura menuda, así que luego de colocarme una capa acolchada extra, salgo de la armería junto a Theron con una de las hermosas ballestas sujeta a la espalda. Muy pocos soldados Cordellanos usan el arma de Otoño, y me destacaría entre las filas del ejército. Cuanto más tarde Sir en descubrirme, mejor.

—¡Pero qué bien preparada estás para la batalla!

No me doy vuelta cuando Mather nos alcanza al trote. Lleva puesta una armadura como la de Theron: bien completa, desde la pechera hasta las grebas, y debajo de todo eso, la cota de malla. También tiene la misma cantidad de armas: una espada, cuchillos, y hasta un hacha sujeta a la espalda, y ahora el magullón en su mejilla está de un furioso rojo violáceo.

Mather me mira, pero yo me niego a devolverle la mirada.

—Nunca le has hecho caso a William, ¿verdad? Ni cuando éramos niños ni ahora.

No respondo, aunque me doy cuenta de que Theron va a mi izquierda, y Mather, a mi derecha. Los dos van tan tensos como yo hasta que lanzo mi chakram al aire, y se lanzan miradas filosas como cuchillos.

Pero de eso nos ocuparemos más tarde. Solo espero que más tarde no sea después de que Primavera haya saqueado Bithai y estemos revisando los despojos.

Cuanto más nos acercamos a la entrada principal de Bithai, más reina la agitación. Los soldados corren hacia el portal mientras los ciudadanos se alejan de allí, arrastrando carros o ganado cargado con las pocas posesiones que pueden cargar. Los residentes de los pueblos aledaños a Bithai vienen a refugiarse tras las murallas de piedra de la ciudad.

—Junto al portal hay una torre. Mi padre estará allí, junto con tu general —dice Theron. Mira a Mather como tratando de decidir qué más añadir.

Mather asiente.

—¿Cuántos hombres tienen en la ciudad?

—Cinco mil. No es ni de lejos todo nuestro ejército, pero son suficientes.

—¿Y el conducto?

Theron esboza una sonrisa radiante, dejando entrever una pizca de orgullo.

—Mi padre podrá ser conocido por aprovechar la magia de su conducto para las oportunidades, pero también dedica gran parte de su poder a la defensa cuando es necesario. Creo que quedará complacido, Rey Mather.

La sonrisa de Theron no logra arrancarle una a Mather. Este se queda mirándolo como si no lo viera, y asiente.

—Por el bien de Bithai, espero que tenga razón.

Por las calles que llevan al portal principal hay mucho ajetreo, pero el portal es un caos. Montones de ciudadanos que entran desde los campos, animales que protestan, bebés que lloran. Algunos soldados tratan de imponer algo de orden, pero la sensación general en la zona es la de entrar lo más rápido posible, de cualquier modo.

La torre que mencionó Theron se alza a nuestra izquierda, mucho más alta que la muralla para dar a quienes estén allí una buena vista del sur. Algunos capitanes se demoran cerca de la puerta, y a medida que nos acercamos, los

gritos apagados de su temerario líder hacen que hasta el aire esté cargado de nerviosismo.

El capitán Dominick es uno de los que están cerca de la puerta. El cabello oscuro le cae en mechones sudados, y cuando se vuelve hacia nosotros, su rostro tenso se relaja casi imperceptiblemente.

—Mi príncipe, un mensajero informó que, al paso que vienen los de Primavera, llegarán a nuestro portal al caer la tarde.

—Gracias, capitán —responde Theron. Mira a Mather con dureza y desafío.

—¿Vamos?

Por fin, *por fin*. Mather deja que su boca se crispe en una leve sonrisa.

—Es su reino, usted primero.

Theron baja la cabeza y se lanza al interior de la torre; su armadura resuena con un sonido metálico mientras sube por la escalera en espiral. Mather empieza a seguirlo y yo lo sigo al trote, pero casi me estrello contra él cuando se detiene súbitamente.

—No puedes venir así —me dice, en tono tenso.

Tuerzo el labio con un gruñido. Estaba dispuesta a esconderme en alguna parte de la torre para no toparme con Sir, y Mather me debe cuando menos su silencio, ¿no?

—Si me envías al palacio, voy a escaparme y no sabrás dónde estoy ni podrás vigilarme. Créeme, esta opción es mejor para todos.

Mather arquea una ceja.

—Lo sé.

—¿Qué?

Suspira y hace una seña a un soldado que pasa corriendo para que se acerque.

—Su casco, por favor.

El hombre se quita el casco. Mather lo toma con una mano y me anuda la trenza en la nuca para colocarme el casco. El visor sigue levantado, y siento como si estuviera mirándolo a través de un túnel, brumoso y lejano; los recuerdos superponen este momento con todas las veces que practiqué con él. Todas aquellas peleas de práctica en las que éramos solo nosotros, dos niños jugando a ser soldados. O dos soldados jugando a ser niños.

—No hables —dice Mather—. No llames la atención. Si William se da cuenta de que eres tú, estás sola.

—No será la primera vez.

Eso hace que se detenga, con una mano a cada lado del casco. Creo que tal vez quiere decir otra cosa, pero finalmente baja el visor con los pulgares.

—Cuando empiece, quédate cerca de mí, Meira, o te juro que yo mismo te llevaré de vuelta a Bithai.

Asiento con la cabeza, y el centro hueco del casco suena a metálico. Aquí adentro huele a sudor y a hierro viejo. Hierro que probablemente salió de las minas en los Klaryn, lo cual me hace sentir ligeramente en casa.

Mather se interna en la torre sin agregar palabra. Espero que mi disfraz sea convincente, que la cercanía amenazante de Primavera los distraiga, que Sir no repare en el soldadito flacucho que está en la habitación. No estoy segura de a qué le temo más, si a la ira de Sir o a la de Angra.

Espío por las ranuras angostas para los ojos y sigo a Mather por la escalera. Siete pisos más arriba, nos llegan los gritos de Noam por una puerta abierta. La gran habitación circular es la más alta de la torre, y en todas las direcciones se ven los campos que rodean a Bithai. Hay generales de alto grado por todas partes, inclinados sobre mapas o tratando sin mucho éxito de apartar los ojos de su rey que despotrica.

Noam escupe al hablar y agita los brazos; su cuerpo enfundado en una armadura se pasea de un lado a otro dando grandes pasos. Lleva el conducto en un cinturón de metal sujeto a la cadera, su lugar de honor habitual.

—¡Maldito seas, William! Tú y cada una de tus alimañas de pelo blanco. Sabía que nunca debería haberles permitido cruzar mis fronteras, y mucho menos haber sacrificado a mi hijo en todo esto. Malditos estacionales. Bárbaros inútiles que se niegan a rendirse a fuerzas mayores...

Me acomodo contra la pared junto a otros dos guardias. Me saludan con un movimiento de cabeza como si ese fuera mi lugar. Hasta ahora, vamos bien.

—Ustedes son demasiado irracionales para negociar —prosigue Noam—. Debí darme cuenta antes. Pero no; traté de mostrarles misericordia, rebajé mi reino al unirlo a un estacional, ¿y *así* me lo pagan? ¡Ahora Angra me ataca a mí! Dame una buena razón para que no los entregue a todos a Primavera ahora mismo.

La rabieta que tuve hace horas no parece nada en comparación con el modo en que camina de un lado a otro, haciendo comentarios insolentes y razonando sin mucha coherencia. ¿Noam cree realmente que estaba haciéndonos un favor? ¿Piensa que deberíamos estarle agradecidos? ¿Que nada de lo que hizo provocó

esto, como si no hubiera sido él quien trató de negociar con la Sombra de los estacionales?

Sir no reacciona; se queda recostado contra la pared del fondo, masajeándose la piel justo encima de la nariz. Nunca se rebajó a responder a gritos ni amenazas, aunque no me conste personalmente.

Theron se interpone, ya fatigado a pesar de que faltan horas para la batalla.

—Padre, basta...

Noam gira hacia él como si se hubiera olvidado de que su hijo estaba allí.

—¡Sí! Por supuesto, hijo. Rómpelo. Rómpelo ya. Hemos terminado con Invierno. El compromiso queda disuelto.

—No —gruñe Theron; un sonido grave que sorprende a todos y los pone alertas.

Noam lo mira y frunce el ceño.

—¿Qué?

—No —repite Theron—. Me refería a que dejes de portarte como un imbécil, *padre*.

Sir levanta la cabeza, con la mano aún distraída sobre su rostro y los ojos muy divertidos por la sorpresa.

Noam retrocede.

—No me digas que tú... *Primavera* está en camino... Esto es culpa de ellos, ellos los trajeron aquí...

—No, los trajiste *tú*. Cuando escribiste esa carta, le dijiste a Angra exactamente dónde estaban. ¿Qué pensaste que pasaría? —Theron grita, tiene un brillo de locura en los ojos, algo que se despierta después de años de observar a su padre en silencio. Los hombres que lo rodean se quedan mirándolo asombrados, visiblemente conmocionados de ver a su príncipe gritarle a su rey —. ¿Que Angra se inclinaría ante ti? ¿Que negociaría y haría un trato justo? Angra quiere *matarlos*. No va a detenerse ante nada para conseguir lo que quiere, y las negociaciones nunca dieron resultado con él. ¿Acaso piensas que Invierno no trató de negociar antes de caer? ¿Piensas que Otoño no trató de hacer un trato con él desde que Primavera se le volvió en contra? Si alguna vez te tomaras la molestia de ir a Otoño, sabrías lo vengativo que es en realidad.

Frunzo el ceño. ¿Noam nunca *estuvo* siquiera en Otoño, la tierra de su hermana y su sobrina, el lugar donde envía a miles de sus hombres a pelear?

—No puedes hablarme así.

Noam levanta una mano para silenciarlo, pero Theron la aparta de un

empujón.

—Sí puedo. Ya perdiste demasiado tiempo. En este momento, nuestros hombres necesitan un líder, alguien que les diga cómo sobrevivir al ejército que se acerca, no un idiota que no para de hablar sandeces. Tu gran plan fracasó, padre. Acéptalo.

Noam queda boquiabierto. Igual que yo. Y que absolutamente todos en la habitación.

A juzgar por la luz trémula de los ojos de Theron y el levísimo temblor de sus manos, parece estar comprendiendo hasta dónde llegó.

—Tienes que hacer esto. —La voz de Noam baja a un susurro—. Si pudiera, te quitaría esa daga ya mismo, pero sigues siendo el heredero vivo de mayor edad en Cordell. Compórtate como tal.

Noam parece nada menos que un perro acorralado, extraviado y nervioso, desesperado por encontrar una vía de escape. Al cabo de unos largos minutos, se tranquiliza, echa los hombros hacia atrás y mira a su hijo a los ojos.

—Vas a ser un buen rey. Algún día —añade esto último como una amenaza.

Theron inclina la cabeza.

Noam se vuelve hacia el general más cercano y apoya una mano en su daga.

—Su regimiento será nuestro flanco izquierdo. Téngalo preparado. Y usted... flanco derecho.

Reparte órdenes como si nada hubiera ocurrido. Como si hubiera montado su pequeña rabieta a propósito como una especie de ritual previo a la batalla.

Theron baja los hombros cuando su padre se aparta, pero Sir se le acerca y murmura algo que lo hace enderezar.

Mather también se acerca.

—Eso fue muy valiente.

Theron se pasa una mano por la cara. Se lo ve agotado, como si pudiera desplomarse y dormir una semana. Pero ahora hay algo más en sus ojos, algo que ruge debajo de la superficie.

—Y debería haber sido innecesario —Theron se vuelve hacia Sir—. Mis disculpas. Por todo. Cordell es mucho mejor que... —sus ojos se dirigen brevemente a Noam—. Lo siento, Rey Mather. General Loren.

Sir levanta la mano como restándole importancia al problema. Detrás de ellos, Noam señala el campo y grita una orden a uno de sus generales.

—Pero estoy de acuerdo con una cosa que dijo él —acota Sir—. Va a ser un buen rey, Príncipe Theron.

Cumplidos de Sir *y* de Mather en el lapso de cinco minutos. Si fuera por mí, me desmayaría de gratitud, pero Theron se limita a mirar el piso de piedra.

Sir también sigue como si nada. Nunca entenderé a los hombres.

—Por ahora, Mather y yo debemos ir con nuestra gente.

Theron asiente.

—Por supuesto.

Sir baja la escalera al trote, seguido de cerca por Mather. Al pasar, Mather me mira a los ojos y articula: *Trata de quedarte aquí.*

Es uno de los lugares más seguros. A menos que los cañones de Angra derriben la torre; en ese caso, sería una larga caída hasta el suelo.

Trago en seco y me paro un poco más erguida. Noam está ocupado canalizando poder a los distintos regimientos al infundir, a fuerza de voluntad, la magia del conducto a los hombres por aquí, a los oficiales por allá. El ambiente en la torre ha cambiado drásticamente: ya no bulle de preocupación ni ansiedad. Es asombroso lo que logra la calma de un líder en un grupo de hombres.

Pero no es solo la magia de Noam lo que los calma. Theron recorre la habitación, habla con cada uno de los generales, envía a algunos a preparar a sus soldados. Su serenidad los lleva con facilidad a acatar, mientras que su padre emplea la fuerza bruta. La calma, la certeza de Theron me recuerdan a alguien.

Me recuerdan a Sir. Tienen la misma seguridad solemne cuando se enfrentan a situaciones de vida o muerte. La misma postura, como si fueran una roca en el océano.

Desde el centro de la habitación, Theron me mira brevemente. ¿Será que reconoce la armadura demasiado rellena que me ayudó a ponerme?

Pasa un momento y una leve sonrisa le estira los labios; no lo suficiente como para despertar sospechas, sino apenas una pequeña señal que dice: *A ti también estoy cuidándote.*

Le devuelvo la sonrisa, aunque no puede verla.



Con el sol en lo alto, unas horas pasado el mediodía, me encuentro de espaldas a los edificios más externos de Bithai. Los mismos de los cuales huían frenéticamente todos los ciudadanos, en busca de refugio detrás de las altas murallas de piedra de la ciudad, mientras los soldados ocupaban sus puestos en los campos verdes.

Noam, Theron y algunos generales de alto rango se quedaron en la torre junto al portal, mientras los demás, incluida yo, fueron enviados abajo para sumarse a los que estaban en el campo. El mar de soldados se extiende hasta tan lejos a mi alrededor que no llego a ver el verde del pasto de Bithai: solo armaduras plateadas, armas oscuras y cuerpos esperando. La caballería ocupa los flancos exteriores; filas y filas de infantería ocupan el centro, y atrás dos largas hileras de arqueros, en la pendiente que marca el límite de la meseta de Bithai. Que es donde yo estoy, con la ballesta metálica cargada en las manos.

Las últimas horas estuvieron ocupadas con preparativos, mientras los oficiales alineaban a los soldados y verificaban que todos estuvieran bien pertrechados. Ahora que todo está dispuesto, empiezo a registrarlo todo. Inhalo y exhalo; mi aliento calienta el casco; el pulso me retumba en los oídos y resuena en el metal que encierra mi cabeza. Lo peor es la espera; en las misiones en las que salía a conseguir alimentos nunca tuve la oportunidad de ponerme nerviosa. Eran tan fugaces que, cuando terminaban, ni siquiera me había dado cuenta de que debía sentir algo más que un poco de adrenalina. Pero ahora, escucho los latidos de mi corazón y vigilo el horizonte, esperando, esperando, esperando la batalla... es horrible.

Los demás inverneños están ubicados detrás de los arqueros, en su propio grupo. Noam no puede ayudarnos con su conducto; no puede infundirnos fuerza

ni voluntad porque no somos Cordellanos y, por lo tanto, su magia no nos afecta, como tampoco podríamos nosotros afectar a su gente si nuestro conducto estuviera entero. Y nosotros somos la causa del ataque de Primavera; si todos morimos, en cierto modo se vuelve una causa perdida, a pesar de la amenaza hueca de Noam de entregarnos a Angra.

Mather se aseguró de posicionarse a pocos pasos detrás de mí y a mi derecha, montado en un caballo por si necesita intervenir. Él tampoco ha amagado con cumplir su propia amenaza, y respiro un poco mejor cada vez que veo que no se ha esfumado para rendirse a Angra. Lo miro, desesperada por arrancarme el maldito casco. Con olor a hierro o sin él, esto no es más que un horno metálico sin aire, y a ningún inverneño le agrada el calor.

Mather cambia de posición sobre su caballo y sus cejas se unen en una pregunta. *¿Estás bien?*

Asiento con la cabeza. Vuelve a acomodarse y dice algo a Sir, que menea la cabeza con ferocidad.

Mi cuerpo late con deseos de estar allá atrás, con ellos, no escondida entre los arqueros de Noam. Cuando llegue la hora de la batalla, cuando Noam ordene a sus regimientos moverse hacia uno u otro lado, yo no sabré hacia dónde ir. Si Noam ordena a sus arqueros disparar a la izquierda y yo lo hago hacia la derecha, me delataré.

Trato de no preocuparme y vuelvo a concentrarme en el peso de la ballesta metálica que tengo en las manos y en la energía que me rodea. El capitán Dominick está tres filas más adelante, en la infantería, supervisando a sus hombres montado a caballo. Nadie dice una palabra, nadie grita órdenes, nadie respira siquiera demasiado fuerte. Todos estamos esperando con desgarradora expectativa la amenaza de muerte que marcha hacia nosotros.

El sol baja un poco más. Y más. Es en este momento, cuando apenas sentimos el calor del atardecer, que un estremecimiento recorre a los hombres. Se paran más erguidos, y todos los ojos miran al sur. Han divisado al ejército de Primavera.

Nunca he visto una batalla guiada por un Conducto Real. Sir me habló de ellas, reiteradas batallas entre Primavera e Invierno, con tantos detalles que casi podía oler el fuego de los cañones en el aire. Por medio del conducto, los gobernantes pueden ordenar con su sola voluntad a regimientos enteros que se muevan como un solo hombre, cambiar a la gente de posición como si acomodaran objetos sobre una mesa. No es un impulso contundente; más bien

una sugerencia subconsciente: los soldados pueden optar por no cumplir las instrucciones que su líder canaliza a través del conducto. Pero por lo general les conviene acatar la voluntad del líder.

Me vienen a la mente las lecciones de historia de Sir, junto con lo que leí en el libro de magia. Cada Conducto Real es como un caballo: si se lo usa demasiado o con demasiada rapidez se fatiga, y los líderes tienen que dejarlo descansar antes de volver a usarlo. Si se lo usa con demasiada frecuencia, con demasiada agresividad, bueno, no sabemos qué podría pasar; nadie cometió nunca la estupidez de dejar que se agotara por completo, si eso es posible. Los monarcas sienten cuando la magia disminuye; lo saben por instinto, como esa sensación incómoda de que algo anda mal. Y es una magia pasiva: solo funciona cuando el portador elige conscientemente aplicarla.

Si Noam usa su conducto de manera constante, podría darle una enorme ventaja a Cordell. Angra nunca sale de su palacio de Primavera, y Herodes, que seguramente estará al mando de este ataque, no tendrá el mismo control sobre sus hombres. La magia de Angra podrá nublarles la mente con una devoción a Primavera que llegue más allá de las fronteras de su reino, pero no podrá decirles cómo moverse, dónde atacar, cuándo retirarse. Por el bien de todos nosotros, espero que esa ventaja sea suficiente.

Cuando los soldados Cordellanos se ponen alertas, nosotros también. Me arriesgo a echar un vistazo más hacia atrás, para ver quién está y quién no. La única que falta es Alysson. O sea que somos siete.

Los arqueros levantan sus ballestas y me esfuerzo por seguirles el ritmo. La ballesta es mucho más pesada que mi chakram, grande y densa, pero puedo hacer esto. No es la primera vez que lo hago. Solo que nunca lo hice como parte de un ejército y con un casco sofocante.

Mantengo el dedo en el disparador; voy respirando más y más lentamente. Nadie dispara aún; solo mantenemos las ballestas apuntadas al cielo.

—*Vamos* —murmura el hombre que está a mi lado.

Su impaciencia se me contagia, una llama que se propaga como un incendio voraz por todo el grupo. Pronto todos están ansiosos por que empiece la batalla.

Entonces llega el sonido que todos estaban esperando, la vibración que aumenta la ansiedad de todos.

Disparos de cañón.

Se oye un disparo desde lejos, demasiado lejos para que le acierte a alguien. Una advertencia para anunciar la llegada de Primavera. El disparo se reduce a un

eco y el ejército de Primavera aparece en el horizonte, a la luz mortecina del sol poniente. Sus soldados no parecen más que una masa negra que baja como una peste por las colinas distantes. Otro disparo de cañón, y luego otros dos, cada vez más cerca.

Zap.

Los arqueros sueltan la primera ronda. Disparo con ellos y lanzo mi flecha en un arco por encima de la infantería. *¿Ya están al alcance? ¿Están suficientemente cerca para...?*

Sí, lo están. De hecho, Primavera está tan cerca que, antes de que nuestras flechas lleguen a completar sus arcos, tres balas de cañón abren brechas en las primeras filas de la infantería de Noam. Ahora la masa negra de soldados de Primavera está tan cerca que alcanzo a verlos corriendo hacia nosotros, blandiendo sus armas, emitiendo agudos gritos de guerra.

Cinco segundos. Cuatro segundos. Tres.

Dos.

Uno.

La fuerza de los dos ejércitos en colisión provoca una onda expansiva entre los hombres. Responden a los gritos de guerra de Primavera con otros propios, aullando al aire mientras me invade ese estado familiar de concentración en la pelea. Disparo tres veces más junto con los arqueros y entonces me doy cuenta de que el grupo se dividió en dos: la mitad corre hacia un lado y la otra mitad, hacia el otro, abriéndose en abanico para extender la fuerza de Cordell.

Doy un paso a la derecha, vacilo, y luego doy un paso a la izquierda mientras una fila de soldados de infantería retrocede, da de lleno contra mí y me arroja al suelo. Ruedo hacia un costado, me doy vuelta y alcanzo apenas a evitar que me pisen las botas y los cascos de los caballos mientras los hombres de Dominick se mueven como una masa gigantesca hacia atrás y a la izquierda. Noam está haciéndolos dar la vuelta... ¿por qué?

Una mano me aferra el brazo, y antes de que llegue a identificar de quién se trata, estoy aferrándome a una montura y levantando la pierna para subir al caballo.

—Te entrené para pasar más inadvertida —me reprende el jinete.

Me quedo helada, con los brazos en torno a la cintura de Sir, las mejillas encendidas por la vergüenza y frustración de haber sido descubierta. Lo bueno es que ya puedo quitarme el casco.

Mientras me arranco el horno metálico de la cabeza y lo arrojo al suelo, Sir

acicatea su caballo y sigue al trote al regimiento de Dominick. Continúan ubicándose detrás del resto de la infantería, moviéndose hacia la izquierda y atrás. Los demás hombres de infantería se unen para cerrar la brecha.

—¿Vas a llevarme de vuelta al palacio?

Los hombres de Dominick viran hacia la derecha y se alinean detrás del sector de caballería que está más a la izquierda.

—Vas a quedarte conmigo —susurra Sir, enojado. Señala mi ballesta—. Baja primero a los que estén más cerca. Hagas lo que hagas, pase lo que pase, *no dejes de disparar*.

Coloco una flecha en la ballesta mientras Sir pone el caballo al galope. Pasamos rápidamente a los soldados de Dominick y rodeamos la caballería hasta alinearnos con la primera fila de jinetes.

—A la cuenta de tres —le dice a Sir el capitán de la caballería.

—A su señal.

El capitán levanta su espada en el aire. Me asomo por detrás de Sir y escudriño el horizonte para ver a qué nos enfrentamos. Y allí, nuevamente, desde las colinas verdes de Bithai, se levanta una ola de pesadillas.

La caballería de Angra llega a la cima de una colina frente a nosotros; los caballos cubiertos por armaduras, los soldados blandiendo ballestas, espadas o hachas. Entre los cascos que golpean el suelo, corren más soldados de infantería con armaduras con el sol negro.

Por eso Noam trasladó aquí al regimiento de Dominick. Bien a la izquierda, si esa caballería logra pasar, podrán atravesar entre el resto del ejército de Noam hasta la puerta de Bithai.

Otro jinete galopa a nuestro lado. Mather. Me mira a los ojos, sereno y seguro, mientras los jinetes de Primavera se acercan. Solo una colina más y estarán al alcance de nuestras flechas.

—Uno —grita el capitán, y su grito me aparta de los ojos de Mather—. Dos.

Levanto mi ballesta. Llegó el momento. No es la primera vez que participo en combate cuerpo a cuerpo con grupos pequeños de soldados de Primavera, pero nunca estuve en una batalla. Una extraña calma se apodera de todos, algo que no proviene del conducto de Noam. Un instinto más profundo que bloquea todo lo demás.

—¡Tres!

Sir y yo avanzamos con la caballería de Noam. El mundo empieza a moverse con más lentitud hasta que no queda más que el sonido de los cascos de nuestros

caballos, los gritos de los soldados, la oleada de flechas que se levanta desde los arqueros de Primavera y pinta el cielo con unas violentas franjas negras.

Disparo mi ballesta, y vuelvo a disparar, bajando lentamente la mira a medida que nos acercamos más y más a los soldados de Primavera. En esos segundos finales antes de la colisión, Sir baja la mano y me toca la pierna. Mather se vuelve hacia mí y me mira con ojos dilatados en la calma que precede a la tormenta. Siento que todo transcurre a mi alrededor como si lo observara desde un sueño.

Los años de entrenamiento entran en acción. Nuestros caballos se funden por completo con la caballería de Primavera y vuelan las flechas, las espadas cortan el aire y las gargantas, los cuchillos se alojan en los pechos. Mi ballesta canta el susurro de las flechas al volar, una sinfonía que termina con unos satisfactorios *zaps* en un hombro o una rodilla y en otros puntos débiles de las armaduras de Primavera. Mi ballesta no es un arma que tengo en la mano: es yo misma, y yo soy ella, y entre las dos bajamos a un soldado tras otro como si no hubiéramos nacido para otra cosa.

Sir hace girar al caballo, y salgo de mi estupor el tiempo suficiente para reparar en que hemos atravesado toda la caballería de Angra. Al principio me inunda una dulce y pura sensación de alivio... ¡Las hay tan pocas veces! Pero entonces veo lo que nos espera detrás de la caballería.

—¡Mather!

El grito de Sir me desgarra el cuerpo. Giro inmediatamente y veo que Mather se nos acerca. Él también casi llega. Casi...

No tengo tiempo para completar el pensamiento.

Nos esperan cañones. Docenas de cañones, tirados por bueyes por las colinas. Hay soldados junto a aquellas monstruosidades de hierro, e incluso desde tan lejos, puedo ver, sentir y saborear su exultación maliciosa mientras encienden los explosivos que van a disparar la muerte hacia nosotros. Es todo lo que alcanzo a absorber: el peso horrendo del regocijo inminente de los soldados por nuestra desaparición, y justo en el instante en que mis ojos registran que las esferas negras que se estrellan contra el suelo a nuestro alrededor son balas de cañón, una fuerza invisible me hace caer del caballo y me arroja al suelo como a una muñeca de trapo.

Un dolor rojo fuego me lastima los ojos, irradiándose desde una herida en el pecho. Los sonidos se apagan tras el rugido de dolor que me llena la cabeza, y

debajo de mí algo apesta a hierro, mojado y tibio. Pero no es el olor reconfortante del hierro extraído de los Klaryn.

Es sangre.

Los sonidos apagados dan paso a un zumbido horrible. Trato de levantarme y una de mis costillas lanza un grito furioso, pero no me importa; más cañones se disparan, más miembros de la caballería de Noam salen disparados por el aire.

Era una trampa, y ahora hay más hombres de Primavera corriendo hacia nosotros desde detrás de los cañones, y los soldados a los que no matamos en la primera acometida nos rodean. Alguno que otro grupo de jinetes Cordellanos siguen en pie, atacando al enemigo con hachas y espadas, disparando ciegamente. Pero de nada sirve. Estamos demasiado separados del grueso de nuestro ejército, irremediablemente perdidos en nuestro estúpido embate por destruir la caballería de Angra.

Me levanto con dificultad. La armadura y el relleno extra me contienen la costilla rota en una especie de armazón improvisado y logro dar unos pasos. El aire está cargado de escombros; el suelo, cubierto de cadáveres. El hedor a sangre y sudor me obstruye los pulmones y crece con cada explosión, cada grito.

Mather. Pienso que lo grito pero no puedo oírme. Tal vez apenas lo articulo sin voz, un grito débil en la penumbra. *¡William!*

Una bala de cañón cae en el suelo cerca de mí y me voltea con su fuerza invisible. Me desplomo sobre un cuerpo que levanta una mano ensangrentada y me aferra el hombro. El pánico me aturde durante un segundo bello y horripilante cuando veo quién me está aferrando, lo ensangrentado que está, desfigurado por la mugre de la batalla.

Sir.

Antes, siempre que describía situaciones como esta, parecían casos lejanos y ajenos que yo nunca tendría que enfrentar. Heridas en un campo de batalla. Pérdida excesiva de sangre, huesos rotos, carne desgarrada...

Esto no es real. No puede ser real. Ahora no, él no.

Un soldado de Primavera aúlla de dolor delante de mí, con una espada Cordellana clavada en el pecho. El sonido de su grito de agonía se deforma en mis oídos mientras los labios de Sir se mueven. Me lanzo hacia él, gritando, deseando que el zumbido disminuya lo suficiente para poder oírlo entre los gritos y las explosiones.

Sus labios vuelven a moverse.

—Meira.

Aferro su mano; tiene los dedos resbalosos de sangre, tierra y sudor.

—¿Qué hago? —grito—. ¡Dime qué hacer!

Sir sonríe entre las manchas de sangre en sus mejillas. La sangre corre y revela su origen: una herida abierta en el abdomen, que le llega hasta la mitad del pecho. La sangre oscura mana rítmicamente, y de la cavidad asoma un hueso blanco y quebradizo.

—Meira —repite. Levanta la mano para tocarme la mejilla y me acaricia la sien con el pulgar.

—¿Qué hago? —vuelvo a gritar. Otra bala de cañón golpea cerca; están acercándose cada vez más. Pronto van a acertarnos. Todavía estamos a su alcance. Tengo que moverlo, buscar un médico...

—Lo siento —susurra.

Los ojos de Sir van apartándose y quedan mirando, vacíos, un punto junto a mi cabeza. Cuando vuelve a mirarme, su mirada está lejana y turbia, como si mirara a través de mí.

—No —gruño. Le sacudo los hombros, tratando de que vuelva a enfocarse en mí—. ¡No! Escúchame, William Loren. ¡Tú no mereces esto!

Sir asiente.

—Serví a Invierno.

Otro cañón. Un soldado de Primavera aúlla por encima de mí, con la espada en alto, y busco mi ballesta. No está; la perdí con el estallido. Antes de que logre buscar otra arma, una flecha Cordellana sale silbando de entre las cenizas, y el soldado se desploma junto a las piernas de Sir.

Tantos cadáveres, de Primavera y de Cordell por igual. Tanta muerte y tanta sangre que se acumula tan rápidamente...

El pulgar de Sir vuelve a acariciarme la sien. Me inclino sobre él, para protegerlo de los escombros, de la sangre, de todo.

—No —murmuro. Es lo único que puedo hacer, lo único que puedo decir, con los ojos empañados por el polvo y las lágrimas calientes—. No, no, William, no...

Sir respira con dificultad. Me mira una vez más, y un último rayo de claridad le da a sus ojos un destello de reconocimiento.

—Meira —susurra—. Tienes que salvarlos.

—Por supuesto —grazno—. Lo haré. Te prometo que lo haré. Pero tienes que ayudarme. ¡No puedo sin ti!

Sir menea la cabeza.

—¿Oíste el poema de Bithai el día que llegamos?

Asiento con la cabeza, y Sir insiste.

—No —dice—. Las palabras. ¿Oíste las palabras?

Esta vez meneo la cabeza. Sir inhala, cierra los ojos y lo recita de memoria. El poema sale de sus labios, más allá de su respiración trabajosa, más allá de su dolor.

“Cordell, Cordell, venimos hoy
Tu trono bendito a venerar.
Tus pétreos muros regocijo son
Para quienes han de cobijar.
Cordell, Cordell, si hemos de marchar
A guerrear, viajar, o perecer,
Quienes no regresen al hogar
Siempre en tu presencia han de yacer”.

Sus ojos vuelven a abrirse.

—Invierno necesita eso —dice con voz ronca—. Invierno debe tener eso.

Meneo la cabeza otra vez, con lágrimas en las mejillas.

—No, William... ¡Invierno te necesita *a ti*!

Sir sonríe. La sonrisa se detiene y el pulgar deja de moverse; todo su cuerpo se endurece como una laguna que se congela en invierno. La pausa repentina me aterra. No se mueve. No respira. No está...

Vivo. Ya no está vivo.

Despacio, muy despacio, su mano baja y se desploma sobre su pecho.

—¡Meira!

Alguien me llama, con la voz áspera por el miedo. Aferro la cara de Sir; mis dedos sucios se hunden entre su cabello. Tiene la mirada fija en el cielo, los ojos ausentes y vacíos, una expresión que grabó en mi mente su significado horrendo hace mucho, mucho tiempo. Una vela sin llama, un cielo sin sol; la expresión que adoptan las personas cuando dejan de ser personas y empiezan a ser cadáveres. Pero él es demasiado fuerte para esa expresión; su rostro es demasiado duro, demasiado sabio, para que la nada caiga sobre él como una cascada. Me niego a soltarlo, así no, porque siempre, siempre voy a necesitarlo.

—William —sollozo; lo sacudo y su sangre se me escurre entre los dedos—. ¡Mírame! Por favor, te lo ruego, mírame...

Lo único que quise siempre fue que me miraras.

—¡Meira!

Mather se agacha a mi lado y me rodea los hombros con los brazos.

—¡No! —Le clavo las uñas, trato de apartarlo, pero resiste y me obliga a ponerme de pie—. *¡No!*

Trastabillamos, tropezamos con otro cadáver. Igual que Sir, tiene la mirada fija en los manchones de cielo azul que se ven entre los escombros que flotan en el aire, una víctima más de la guerra de Angra.

Empujo a Mather para apartarlo, con furia renovada al pensar en el nombre de Angra. Él tiene la culpa de esto. Todo esto, su codicia y su conducto, y el hecho de que Invierno esté tan débil, tan débil...

Los brazos de Mather me sueltan el tiempo suficiente para que me vuelva hacia Sir y trate de tocarlo por última vez.

Por favor, no te mueras tú también.

El frío me baja por el brazo, huye por las puntas de mis dedos. Lo siento arrastrarse por el campo de batalla y por sobre el cuerpo de Sir, extendiéndose como escarcha por el suelo. Toca cada vaso sanguíneo, cada nervio, y convierte todo lo que me rodea en un campo de hielo. ¿Así es el estado de conmoción? ¿Esto se siente cuando a uno le arrancan una parte de su vida? ¿Frío y desolación?

Mather me aparta de Sir como si nada hubiera pasado.

—¡Meira, tenemos que huir! ¡Es peligroso!

Me quedo mirándolo. ¿Acaso él no siente frío? ¿Cómo es posible que no lo sienta? Pero su pánico, el modo en que me arrastra por la batalla, me indica que no sintió nada.

El fuego de los cañones horada el aire, girando y silbando en el polvo, y reacciono sin pensar: clavo un hombro contra Mather y lo derribo al suelo mientras la tierra explota a mi lado. Vuelve esa sensación de ingravidez que me levanta más y más, hasta que me devuelve con fuerza al suelo empapado en sangre. Algo más se quiebra en mi pecho, y me inundo de dolor.

Trato de incorporarme, de ver dónde caí, pero apenas logro erguirme sobre los codos cuando me cubre una negrura en forma de dolor lacerante. Mientras cae sobre mí, veo a Mather demasiado lejos, gritando, mientras algunos hombres de Noam lo arrastran hacia Bithai.

—Meira.

Una sombra cae sobre mí. Al principio se parece a Sir, pero no puede ser Sir;

nunca más puede ser Sir, y emito un gemido al asumir la terrible verdad.

La sombra se agacha. Me mira con una sonrisa burlona, un movimiento repugnante que se contrapone a los hombres que luchan por sus vidas detrás de él; a Mather, a quien están llevando a lugar seguro. Al inmenso terror que siento al reconocer ese rostro.

Herodes.

—Me robaste algo —dice, con odio—. Es hora de que me lo devuelvas.

Cuando se inclina, el dolor, el miedo y el agotamiento me vencen, y todo se vuelve oscuridad.



Caen copos de nieve a mi alrededor, y con ellos el aire sobre el campo color marfil se vuelve blanco y frío.

Estoy en Invierno.

—Creí que tendría más tiempo.

Hannah está de pie a mi lado con un vestido de seda blanca; el relicario brilla colgado de su cuello. Tiene los ojos empañados, no sé si por las lágrimas o por el frío.

—¿Qué?

Empiezo a alarmarme. No debería estar en Invierno. Lo último que recuerdo era que estaba... en otra parte. ¿Dónde?

—Creí que tendría más tiempo —repite Hannah—. La conexión con la magia del conducto nunca se corta, pero antes era demasiado pronto. He tratado de darte tiempo, pero el tiempo se acabó.

Se pone de frente a mí, y ahora sé que tiene lágrimas en los ojos, lágrimas que desbordan sus párpados y ruedan por sus mejillas. Se adelanta y extiende una mano hacia mí.

—Un momento —me aparto. No recuerdo... nada. Por qué estoy aquí, otra vez en un sueño; por qué siento un peso tan doloroso en el vientre. Por qué...

Sir está muerto. Y Herodes me ha capturado.

Caigo de rodillas, sin aliento.

—No...

Hannah se acerca más.

—Cuando lleguen a Primavera, Angra va a usar su magia oscura para vigilarte como vigila a Mather desde la caída de Invierno —su rostro se suaviza

—. Lamento no poder explicarte lo que voy a mostrarte, pero por ahora no tengo más tiempo.

Me apoya la mano en la frente. Emito un gemido de protesta, pero apenas su piel toca la mía, mi cabeza se llena de escenas, imágenes... del pasado. Hannah está mostrándome el pasado. No sé cómo sé eso, pero la verdad me atraviesa con tanta certeza como las imágenes, y respiro con dificultad, tratando de no entrar en pánico.

Hay decenas de personas de pie en un sendero oscuro, con piedras, dijes y varas bien sujetos en las manos. Los objetos tienen un resplandor tenue, pulsos leves de luz bajo el cielo de un negro profundo. Las personas se dan vuelta al acercarse un grupo distinto, que también trae objetos que resplandecen. Los dos grupos no vacilan: con un grito y un bramido, atacan. Los puños quiebran huesos como si no fueran más que ramitas débiles; vuelan cuerpos por el aire, arrojados como puñados de paja.

Las personas normales no deberían poder pelear así. Pero no se trata de personas normales; esos objetos que tienen son conductos. ¿Hubo un tiempo en que la gente tenía sus propios conductos? Pero si solo alcanzaron a crearse los Conductos Reales antes de que el barranco desapareciera...

¿O no fue así?

De la pelea se eleva una sombra, de cada puñetazo, de cada gruñido de odio. Cuanto más crece la sombra, más se enfurece la multitud, como si una alimentara a la otra. Ira por más ira, maldad por maldad más intensa...

De la luz advino una gran Decadencia.

Aparecen más nubes negras de Decadencia; surgen de las ciudades, las aldeas, de toda la gente que usa los conductos para hacer cosas terribles. Un asesinato, un robo, una mujer que se encoge mientras su esposo la golpea. Cada vez que alguien usa un conducto con fines corruptos, la Decadencia crece; y cada vez que la Decadencia crece, encuentra personas, se filtra a su interior y las hace hacer cosas aún más corruptas.

Y pobres de los que no tenían luz.

Hay ocho personas de pie frente a mí, al borde de un acantilado en una inmensa caverna subterránea. Desde lo más profundo, una bola brillante de luz casi me ciega, y al comprender de qué se trata, todo lo que sentí en mi vida se evapora y solo queda una apacible reverencia.

El barranco mágico perdido.

Imploraron, y así se formaron las luces.

Las ocho personas apilan piedras, dijes y varas en el borde del barranco. Conductos, todavía con un leve resplandor, en ocho pilas separadas. En lo más alto de su pila, cada persona coloca un objeto que no brilla. Un relicario, una daga, una corona, un báculo, un hacha, un escudo, un anillo, un brazalete. Vuelvo a recorrer con la mirada a las ocho personas. Cuatro hombres, cuatro mujeres.

Los cuatro crearon las luces; y los cuatro crearon las luces.

Unos dedos crujientes de energía golpean las ocho pilas de a una por vez, y atraen oleadas imparables de poder a los nuevos conductos como el metal atrae los rayos. Los Conductos Reales se llenan de magia, se conectan con sus gobernantes, sus linajes y sus sexos.

La escena vuelve a cambiar. Ahora las nubes de Decadencia se disipan, menguando bajo el poder de los Conductos Reales, cuando los gobernantes expulsan la Decadencia de sus tierras. La gente se regocija al abandonarlos la niebla de Decadencia.

Entonces veo algo que reconozco muy bien: Primavera. Los cerezos se extienden como un mar rosado y blanco en torno a un hombre de cabello rubio ensortijado, ojos verdes casi transparentes y tez pálida. Está de pie en la entrada de su ciudad, con un báculo en la mano. Y en torno a él flota la última nube negra de Primoria, con un débil palpitar.

—Tú eres la verdadera fuerza —dice el hombre a la nube, y le abre los brazos.

Grito; necesito que alguien me oiga, que alguien más vea que no la destruyeron toda. La Decadencia todavía existe... y está en el monarca de Primavera.

—Dime cómo salvarlos.

La escena cambia. Pasan siglos. Estoy en un dormitorio en el palacio de Hannah, y por las puertas abiertas del balcón se ve Jannuari. La Decadencia ha quedado relegada a una leyenda lejana y olvidada, y lo único a lo que la gente teme ahora en Invierno es a Primavera. Hannah se acurruca a los pies de una cama con dosel, con el rostro bañado en lágrimas.

—Dime cómo salvar a mi pueblo de él —suplica. ¿Con quién habla?

Entonces lo veo. El pequeño resplandor en su mano, con el puño apoyado contra el pecho. Tiene en la mano el relicario, y está suplicándole que le diga qué hacer. ¿Algún otro monarca habrá hecho eso antes? ¿Algún otro habrá

usado su conducto como algo más que una fuente de poder, como una fuente de autoridad?

El relicario de Hannah responde a su súplica con un frío blanco radiante que escapa de su mano. La magia pasa a ella, y en ese traspaso viene... esto. Todo este conocimiento. El pasado, por qué se crearon en realidad los Conductos Reales, a qué se enfrenta realmente Invierno en Primavera.

Trato de contener el impulso de acurrucarme como una pelota y no salir jamás de este lugar. Aquí estoy a salvo, no hay Decadencia, ni maldad, y me duele el pecho con todo lo que me espera fuera de mi sueño.

—Cuando estés lista, entenderás cómo usar todo esto —dice Hannah, y doy un respingo. Creí que todo esto era un recuerdo suyo, no que estuviera hablándome directamente, pero vuelve hacia mí sus ojos llenos de lágrimas y yo lanzo un sollozo que me quema la garganta.

—Ahora eres tú, Meira. Despierta.

Una luz cálida y dorada palpita más allá de mis párpados, y los aprieto más contra los rayos del sol que pasan por encima de mí: columnas de luz que danzan bajo un cielo azul despejado. El viento trae olor a pasto muerto y tierra seca, tan intenso que sé al instante dónde estoy: en la Llanura de Rania.

Ahora eres tú.

Cierro los ojos y me muerdo para contener los sollozos que intentan aflorar mientras recuerdo mi sueño con Hannah. ¿Por qué me mostró todo eso? ¿Por qué *a mí*?

Porque Sir está muerto y Mather no está. Soy la única que queda, la que está a punto de enfrentarse a una maldad creada hace miles de años, tantos que ni siquiera quedan mitos de aquel entonces.

Contengo otro sollozo, respirando profunda y lentamente. En este momento no puedo preocuparme por eso; tengo que concentrarme en averiguar dónde estoy. Paso a paso, inhalación a inhalación, abro los ojos y examino el mundo que me rodea.

Estoy en una jaula. Encerrada tras unos barrotes de madera mientras un enorme buey me tira. A los costados caminan hombres que llevan pecheras con el sol negro de Primavera. Soy prisionera de Herodes. Viene a mi mente como un torbellino el relato de Gregg, con todos sus detalles bien claros como cuando regresó al campamento hace tantos años, un soldado maltrecho que acababa de ver morir a su esposa. El modo en que las palabras salían en tropel de su boca

como si ni siquiera supiera que estaba pronunciándolas; solo hablaba y hablaba, contándonos con todo detalle cómo Herodes había matado a Crystalla...

Siento náuseas y me doy vuelta; apenas llego al borde de la jaula antes de que mi estómago expulse la poca comida que aún no he digerido. Me aferro a los barrotes, haciendo arcadas y conteniendo las lágrimas, cuando una sombra demasiado familiar cruza sobre mí.

—Buenos días, Meira. Aunque ahora eres *Lady* Meira, ¿no es así? No he tenido oportunidad de felicitarte por tu compromiso. Una estacional que se las ingenia para atrapar al rico príncipe de Cordell. No sabía que ahora los rítmicos se rebajaban a hacer caridad.

Me concentro en el pasto que pasa bajo las ruedas de madera de la jaula, en los olores a plantas muertas y vómito agrio. No en los pies enfundados en botas de Herodes, que camina a mi lado, con los dedos cerrados en torno a uno de los barrotes.

—Estoy escalando posiciones. —Tengo otra arcada pero solo expulso aire. Al menos no me queda nada para vomitar. Mis costillas, que guardaron silencio mientras tuve necesidad de vomitar, ahora me gritan hasta que me tiendo de espaldas. Ni siquiera eso las apacigua del todo. Necesito medicamentos, un entablillado mejor que el relleno y la armadura. Dudo que vaya a conseguir algo de eso aquí.

Herodes ríe.

—Qué rápido caen los poderosos.

Cierro los ojos, y el sol proyecta rojos y dorados en el interior de mis párpados. No voy a darle a Herodes la satisfacción de verme quebrada. Voy a ser fuerte.

Una vez, las personas tuvieron conductos que las hacían fuertes. Yo los vi: objetos como piedras, dijes y varas. Trato de no pensar en el sueño; me niego a dejar que me siga envenenando de preocupación, pero algo atrapa mi atención con mucha insistencia.

Las personas tenían conductos *como piedras*.

La piedra en mi bolsillo, la que me dio Mather; la que, cuando niño, quería creer que era mágica. Un trozo de lapislázuli de las minas de Invierno. Podría ser...

Esto es una locura.

Pero no pierdo nada con hacer la prueba, ¿verdad?

Cierro los ojos con más fuerza y me concentro en la esfera de lapislázuli, o lo

que sea que tiene adentro. Imagino que la fuerza de la piedra fluye hacia mi cuerpo, se pasea por la cavidad de mi pecho y llena mis costillas de vitalidad y salud.

No pasa nada.

Vuelvo a hacerlo, apretando los dientes; le suplico a la piedra azul que haga algo, por favor, que me ayude de alguna manera... que me cure aunque sea una sola costilla, solo una...

Algo me golpea el costado. Con fuerza. Ahogo una exclamación por el dolor repentino y trago en seco para contener una oleada de náuseas; mi concentración se desbarató por la empuñadura de la espada de Herodes.

—Ya dormiste lo suficiente —dice—. Angra querrá verte consciente cuando lleguemos.

Cierro la boca con fuerza una vez que mi estómago se calma, con el cuerpo de espaldas a Herodes y las costillas mucho más que a punto de gritar de dolor. Veo estrellas, que me amenazan con un sueño largo y lento, y trato de mantener el pecho en una posición que haga cesar el dolor. No tengo alivio. Ni magia que me ayude. Al apagarse esa última chispa de esperanza me siento más vacía aún, pero no puedo pensar en eso. Tengo que mantenerme despierta. Tengo que saber qué peligros me aguardan.

Como una magia más poderosa y potente de lo que hayamos conocido; una inmensa fuerza destructiva contenida en un solo hombre. Si se transmitió al ancestro de Angra... ¿será que se fue transmitiendo de generación en generación, como los Conductos Reales? ¿Por qué no ha vuelto a propagarse por el mundo?

Pero ahora quedan apenas un puñado de fuentes de magia, y la Decadencia creció cuando la gente usaba la magia para el mal. Tal vez no queda suficiente para propagarse más allá del monarca de Primavera, y por eso se queda en él y solo en él, absorbiendo su poder como un parásito.

Me estremezco. No, es Angra y no otra cosa. Es el hombre a quien hemos combatido durante años: un monstruo perverso y sádico que usa su Conducto Real para hacer el mal. Nada más.

Pero cuando se trata de Angra, nunca es una sola cosa.

La jaula rodante traquetea y el roce constante de las ruedas con el pasto deja lugar al *clop-clop* de las ruedas sobre piedra. Hemos empezado a cruzar un puente, uno de los muchos que unen la Llanura de Rania con Primavera por sobre el Río Feni. Lo angosto del puente me indica que ya no estamos con el

grueso del ejército de Primavera. Seguramente nos separamos para llegar más rápidamente a April, la capital del reino.

Cuando la jaula vuelve a avanzar sobre el pasto del lado primavereño del río, la extensión vacía de la Llanura de Rania da lugar a árboles en flor, de los que tienen pimpollos blancos y rosados que sueltan pétalos al aire. El bosque de Primavera es bonito, no hay duda. Pero es una belleza ajada, una máscara.

Herodes vuelve a punzarme en la espalda con la empuñadura de su espada.

—Siéntate. Casi llegamos.

—En este momento, es más fácil decirlo que hacerlo —grazno, pero con otro golpe seco de la empuñadura de su espada logro adoptar una posición semierecta, aunque veo puntos negros moviéndose ante mis ojos.

April se encuentra en el extremo noroeste de Primavera, cerca de Invierno. No hay aldeas vecinas, no se ven señales de vida fuera de sus enormes murallas de piedra, más que alguno que otro campo de cultivo que atraviesa el bosque de árboles eternamente en flor. Representaciones risiblemente apacibles de un reino que ha sido cualquier cosa menos eso.

El pequeño ejército de hombres que rodea mi jaula desciende desde un sendero secundario a un camino principal más ancho que atraviesa el bosque. Ante nosotros se alzan las murallas de April, que proyectan sombras sobre las tierras que las rodean: franjas negras amenazantes detrás de los árboles rosados y blancos. Al cabo de unos momentos de marcha, pasamos por un portal y entramos a la ciudad. Pongo atención a los detalles que nos rodean, y obligo a mi mente a mantenerse activa en lugar de perderme en el terror que me palpita en la boca del estómago.

El estandarte de Angra, el sol negro sobre fondo amarillo, flamea en los edificios de cuatro y cinco pisos, y las altas estructuras nos encierran en una sombra escalofriante. A nuestro paso, veo cabezas que se asoman por las ventanas tiznadas, ojos que nos observan por puertas entreabiertas, pero no veo gente en las calles ni oigo el bullicio de la vida en una ciudad. Como si llevaran tanto tiempo aplastados por el uso sofocante que le da Angra a su magia que se han olvidado de cómo es estar vivos.

Cruzamos un puente y los edificios se vuelven un poco mejores: ventanas más limpias, paredes pintadas y enteras. Ahora también hay personas alrededor, que sonríen burlonas al ver a otro prisionero de Invierno, una muestra más de la dominación de su rey.

El miedo es una semilla que, una vez que se siembra, nunca deja de crecer.

La voz de Sir susurra esa frase en mi memoria, manteniendo el miedo a raya.

Hay un portal de hierro negro al final de un último camino. Sobre la muralla marchan soldados y nos observan desde las torres, un recordatorio de que Primavera es un reino creado por la guerra. Cuando cruzamos el portal, se extiende a nuestro alrededor un parque majestuoso que conduce a un palacio de obsidiana negra. Aun a lo lejos alcanzo a ver grabados de color en la roca: hiedras verdes, flores amarillentas y rosado puesta de sol. Primavera en la oscuridad. Resulta poético y triste a la vez lo bien que encarna esta tierra.

El portal se cierra después de nuestro paso, y Herodes hace una seña a los hombres, que se acercan a la jaula. Ahogo un grito cuando me sacan a la rastra; me rechinan los huesos y siento puntadas de dolor mientras me desplomo, impotente, colgada entre dos hombres. Tengo sudor seco y restos de vómito adheridos a la piel, que crujen cuando me muevo, y me arden algunos cortes que tengo en la pierna. Pero aquí estoy, sostenida por los soldados de Angra, totalmente a su merced. Indefensa, inútil y sola...

Todavía tengo en el bolsillo el trozo de lapislázuli. Un trocito de Invierno. Me enderezo un poco y hago una mueca. Estaré sola y la piedra no será mágica, pero débil, no soy.

Empezamos a avanzar y oigo un tintineo metálico a mi derecha: una pala que golpea una piedra. Al oírlo, Herodes hace una mueca que me hace girar la cabeza hacia allá.

Ojalá no lo hubiera hecho. Ojalá hubiera seguido mirando hacia adelante; ojalá mi preocupación por Angra me sumiera en un letargo sin pensamientos.

A la derecha, en un jardín, un grupo de guardias de Primavera custodian una pila de ladrillos grises, una excavación y... a unos inverneños.

Todo en mí se desprende, ingrávido y endeble. Hay tres inverneños, su cabello blanco apelmazado por el sudor y el lodo, sus rostros pálidos y enjutos, metidos hasta la cintura en la tierra. Es asombroso que sus brazos huesudos puedan sostener siquiera una pala, mucho menos usarla para cavar; están tan frágiles, tan delgados, que se los podría confundir con fantasmas.

La tensión me quita el aire de los pulmones. Quiero gritarles, correr hacia ellos, luchar con los guardias, ponerlos a salvo. Pero no puedo hacer más que emitir un graznido débil en su dirección.

Uno de los inverneños, una muchacha, deja de cavar. Levanta la cabeza, con el rostro manchado de lodo, y cuando sus ojos encuentran los míos desde el otro

lado del parque, se le ilumina la cara. Un rayo de luz en las sombras de Primavera que me hace sentir culpable: no puede ser mayor que yo.

—¡Vuelve a trabajar! —grita uno de los guardias, y prepara un látigo, que se enrosca en el antebrazo de la muchacha y la tira hacia adelante, pero ella no aparta sus ojos de mí, con el rostro encendido de asombro.

—No —susurro cuando el guardia vuelve a alzar el látigo—. ¡Basta!

Herodes se ubica entre los inverneños y yo. El látigo emite un chasquido, y Herodes se me acerca de manera que lo único que puedo ver es su cara.

—Andando —gruñe, y empuja a los soldados que me sostienen. Mientras subimos por una lustrosa escalinata negra, el látigo chasquea con más fuerza y rapidez.

—¡Basta! —grito mientras entramos a la sombra del palacio de Angra—. ¡Ya basta!

Extiendo los brazos hacia ella, hacia todos ellos. Al hacerlo, nace en mí una voluntad férrea de ayudarlos. Tan fuerte y rápida como el látigo, tan brillante como la esperanza de la muchacha. Pero los soldados me tiran al interior del palacio, y lo único que puedo hacer es sentir dolor.



Una vez que se cierran las puertas, todo vínculo con la ciudad que nos rodea se esfuma, y el palacio se sella a mi alrededor como una tumba.

El vestíbulo es una cueva de obsidiana lustrosa con candelabros de pared que proyectan una luz amarilla sobre la superficie reflectora, y un eco interminable se repite desde las paredes, que juegan con él solo por divertirse. Lo único que interrumpe la continuidad de la luz son retratos de los anteriores gobernantes de Primavera, colgados a intervalos perfectamente espaciados en las paredes. Una mujer de largo cabello rubio que le cae sobre un hombro en una maraña de rulos mira al pintor con una sonrisa radiante. Un niñito de ojos verdes pálidos tiene la mirada perdida a lo lejos, y sus rulos rubios le estallan en la cabeza como una rebelión desordenada. Las mismas dos personas aparecen en por lo menos una docena de retratos, posando delante de los cerezos o los ríos de Primavera, o simplemente contra un fondo azul liso. Los colores abigarrados de estas pinturas parecen fuera de lugar aquí; este sitio no debería ser otra cosa que oscuridad. *¿Quiénes son estas personas?*

Al ver la firma del artista en la esquina inferior de uno de los cuadros, se me cae el alma al suelo. *Angra Manu.* Si realmente fue Angra quien pintó estos cuadros, cobra más sentido el exterior de su palacio. Abraza el arte de un modo que enorgullecería a Ventralli.

Vuelco la mirada hacia abajo, hacia el piso negro en lugar del bombardeo de vida, color y felicidad pintado por el rey que no trajo a Invierno más que muerte.

Al final del vestíbulo, las puertas chirrían cuando un soldado las abre. No se me permite siquiera un momento para orientarme antes de entrar a la sala del trono, amplia, oscura y llena de la colisión poética de sol y sombra. Hay una serie de ventanas en el cielorraso alto, círculos de luz que crean un sendero hasta

el estrado que hay en el otro extremo del salón. Sobre ese estrado, el rayo de luz más grande cae directamente sobre un inmenso trono de obsidiana, y la roca absorbe la luz en una muestra sutil pero intimidante de poder.

Pero no es el trono lo que más absorbe la luz, sino la figura gacha que está sentada en él. La figura que se protege los ojos como si el sol le provocara dolor, y que tiene en la mano un báculo alto como yo.

Todos estos años temiéndole y nunca había visto a Angra. Rara vez sale de su palacio, si es que alguna vez lo hace; nunca se molesta en liderar a su ejército ni en ensuciarse las manos. Desde esta distancia, puedo ver la cascada de rulos rubios en su cabeza, tan similar al hombre que se unió a la Decadencia en la visión de Hannah. Es innegable que tienen un parentesco, y esto me hace estremecer. Todavía no quiero creer que la visión haya sido real.

Llegamos al centro del salón y nos detenemos. Estoy segura de que Angra puede oír el rumor de mi corazón en mi garganta, y que pudo oler mi miedo apenas puse el pie en su palacio. Aquí hay mucho silencio: no hay pasos distantes de cortesanos, ni rumor de voces en la habitación contigua. Esta falsa calma me asusta aún más que si Angra estuviera rabioso de ira. Él es el ojo de la tormenta; todo en él espera con creciente expectativa que estalle su locura.

Herodes se adelanta.

—Mi rey —dice, y su voz resuena en el salón vacío.

Angra guarda silencio. Herodes hace una seña a los guardias, y gruño cuando me empujan hacia adelante y mi armadura golpea el piso con sonido metálico. No puedo contener un gemido, y el sonido débil resuena en las paredes.

Herodes ríe mientras me retuerzo sobre la obsidiana.

—Le he traído una muestra de la debilidad de Invierno.

—¿Al muchacho?

La voz de Angra es una puñalada al error de Herodes; yo no soy Mather, y por mucho que a Herodes le guste jugar conmigo, fracasó.

Un gruñido grave resuena en la garganta de Herodes.

—No. El ladrón que robó la mitad del relicario.

Botas que bajan del estrado y se deslizan por el piso. No me muevo, manos en torno a mi torso, ojos cerrados, cabeza hacia abajo. Sir me preparó para esto. Para Angra, para Primavera.

Ellos toman las decisiones; ellos modelan tu futuro. El truco consiste en buscar la manera de seguir siendo tú a pesar de todo.

Me vienen a la mente las palabras de Theron, su sonrisa, su confianza serena.

Me aferro a esa imagen, a cualquier cosa que me ayude a recordar que soy Meira, y que no pueden quitarme eso.

Angra se detiene a mi lado. Puedo sentirlo allí, una presencia tibia junto a mi cuerpo acurrucado. Se inclina, y su báculo se apoya pesadamente en el suelo.

—Está herida —dice. Su voz perdió aquella fuerte resonancia, reducida a un susurro que me recorre.

Abro los ojos y en la garganta se me agolpa un aullido desesperado.

Este hombre no solo se parece al rey que se vinculó con la Decadencia en la visión de Hannah... este hombre *es* aquel rey. Los mismos ojos verdes transparentes, la misma tez pálida, el mismo brillo en la cara cuando ladea la cabeza y aferra mejor el báculo, negro de punta a punta, con una esfera hueca de ébano en el extremo. Es el mismo rey.

¿Cómo es posible? ¿Será que las visiones de Hannah son más recientes de lo que creí? No, yo *sentí* lo antiguas que eran. Pero Angra no parece mayor que el hombre que en la visión de Hannah tenía veintitantos años.

Yo sé que fue Angra quien lideró el ataque contra Invierno cuando cayó, hace dieciséis años, pero no es posible que este hombre tuviera entonces edad suficiente para saquear nuestro reino. Ahora que lo pienso... *no sé quién era el rey antes de Angra*. Las lecciones de Sir nunca versaron sobre la historia de Primavera más allá de nuestra guerra con ellos. ¿Acaso este misterio que lo envuelve es parte de la Decadencia? Nunca sale de Primavera. Jamás se muestra en público. Sería muy fácil ocultar al mundo este poder, esta inmortalidad.

Aprieto los labios para contener el aullido, y mi necesidad de gritar se resiste como un caballo salvaje encerrado. Si todo esto es verdad, ¿de qué más es capaz?

Angra me mira fijamente, con indiferencia. Sus iris verdes pálidos fluctúan y sus rulos rubios rebotan cuando se mueve: los mismos rulos rebeldes del niño de los cuadros. ¿Era él también? Pintaba retratos de sí mismo... ¿con una mujer?

Ladea la cabeza y levanta la boca mientras me examina. Se lo ve joven, sereno, lleno de algo que me aterra más que la malicia de Herodes: un empeño y una paciencia muy antiguos. Y de su cuello, por encima de una túnica negra, cuelga la mitad delantera del relicario de Hannah.

Ahogo una exclamación. Qué cerca está. El corazón de plata con un copo de nieve grabado, su brillo apagado y opacado sobre la piel de Angra.

—¿Te gustaría ser sanada? —susurra de pronto.

Frunzo el ceño y aparto la mirada del relicario. Quería que lo viera. Quería

que supiera que lo tiene tal como a mí, colgado e inútil. Pero oigo su pregunta, y mis costillas gritan *¡Sí!* mientras el resto de mí se estremece en la oscuridad, esperando que todo esto se haga trizas a mi alrededor.

Angra se me acerca más. Ahora hay un asomo de locura en sus ojos mientras se deleita al verme retorciéndome a sus pies.

—Estás sufriendo. ¿No quieres que te sane?

—Vaya y sane a la chica inverneña —logro responder—. A la que azotó su soldado.

Angra sonríe. También disfruta al ver mi resistencia.

No tengo oportunidad de añadir nada más. Los dedos de Angra se cierran en torno a su báculo; me arroja a un mundo de un rojo abrasador, y todo se desmorona tras un solo alarido que resuena en las paredes. Soy yo. Estoy gritando, arqueándome en el suelo, jadeando de dolor. Se me hunde el pecho; cada costilla se quiebra y se dobla bajo una fuerza invisible que me aplasta hasta convertirme en polvo. Vuelvo a gritar y todos los huesos vuelven a su lugar, se realinean y se unen nuevamente. Puedo sentirlos sanándose; siento en los huesos una comezón y un hormigueo que me indican con exactitud su ubicación en mi torso.

El proceso se detiene y ruedo hasta quedar de costado, con la boca abierta, sin poder decir ni hacer nada. Encima del dolor, una certeza mayor me llena de temor. Si Angra fuera un monarca como todos los demás, y si su báculo no fuera más que un Conducto Real, no podría afectarme, por no pertenecer al linaje de su reino. Pero puede usar su magia para quebrarme y sanarme... entonces debe de tener algo que lo ayuda. Algo más potente.

Algo como la Decadencia.

Ese pensamiento es como el golpe de gracia en una pelea, el que me hace flaquear hacia la inconsciencia. Todo lo que Hannah me mostró, el verdadero poder de Angra, su atemporalidad...

Es real.

—¿Aún deseas que sane a la muchacha? —pregunta Angra.

Sacudo la cabeza, con una migraña creciente que me deforma el mundo.

Angra inclina el báculo y puedo espiar su esfera negra.

—Eres de los pocos que se me escaparon —dice—. No puedes haber sido más que un bebé.

Tuerce la mano y la presión regresa, y cae sobre mí como una bota que aplasta un insecto. Inhalo brevemente varias veces y me concentro en la luz que

se filtra por el techo. *Concéntrate, Meira. No vayas a...*

Logro contener un grito al quebrarse las primeras costillas, pero se escapa de mi boca cuando Angra quiebra las demás. El grito se convierte en un gimoteo patético cuando la presión aumenta, las costillas recuperan su forma y vuelven a unirse con dolorosa lentitud.

—¿Cómo fue, exactamente, que una criatura logró evadirme?

Mis costillas vuelven a sanar. Tengo la cara bañada en sudor, y las palabras salen en jadeos entrecortados.

—Dos... niños... escaparon... en... realidad.

Tuerce la mano una vez más. Esta vez con rapidez; todos los huesos se quiebran y vuelven a unirse en cuestión de segundos. Mi campo visual se inunda de estrellas, oscuridad y remolinos de luz.

Angra mira a Herodes con furia.

—¿Y el muchacho?

Contengo el aliento cuando Herodes demora la respuesta.

—Mis hombres están persiguiéndolo.

La esperanza de esas palabras hace que sea imposible respirar. Mientras Mather viva, aún hay esperanza para Invierno.

Angra me aferra por el cabello y me obliga a mirarlo.

—Tu resistencia se desmorona. Solo es cuestión de tiempo hasta que yo mismo mate al hijo de Hannah.

La esperanza se enciende en mi pecho ante sus amenazas. *Te equivocas, Angra, porque Mather está vivo. Todavía hay esperanza.*

Pero se apaga con la misma rapidez con que llegó, y los pensamientos entran en conflicto en mi mente: *Sir está muerto, y esta guerra es peor de lo que creíamos.*

Angra esboza una sonrisa radiante.

—Eso pensé.

Su mano recorre mi cara horrible, traidora, que delata mis emociones. Cuando sus dedos me tocan la piel, su imagen se convierte en un remolino. Su rostro se contorsiona, llega la oscuridad, y la negrura del salón del trono se disuelve en un blanco lechoso. Igual que cuando Hannah me tocó, mi mente me muestra un recuerdo que no es mío.

Un campo nevado se extiende a lo lejos, helada perfección blanca bajo un cielo nocturno despejado. La luna, apenas una brizna contra la negrura moteada de la noche, ilumina un grupo pequeño de hombres y caballos. Uno

sostiene una linterna que echa luz sobre las pecheras con soles negros de los guardias de Angra. Y el mismo Angra, cuyo aspecto no difiere del actual, está montado en un gran caballo de guerra delante de sus hombres. Lleva puesto un grueso manto negro, y su báculo está enfundado en la montura...

Angra aparta la mano de mi cara.

—¿Qué...?

Me quedo mirándolo, con la boca entreabierta. Desde el fondo de mi mente, una voz me insta a extender la mano, y aferro la mano de Angra con una fuerza que ya no creía tener. La imagen regresa, esta vez con más intensidad, como si yo estuviera de pie junto a Angra en uno de los campos de Invierno.

A lo lejos se oye el sonido de cascos, de tres jinetes que se acercan. Se detienen; el campo que nos rodea está vacío, solo nieve y este encuentro clandestino de Primavera e Invierno.

Hannah adelanta su caballo y desmonta. No trae nada encima de su vestido, más que un manto de color rojo sangre, que contrasta con la nieve.

—Gracias por reunirse conmigo.

El caballo de Angra se mueve con inquietud ante la tensión tácita que reina en el aire. Los guardias que están detrás de Hannah están armados, listos para salir en defensa de su reina, mientras los hombres de Angra miran furtivamente a su rey en espera de alguna señal de ataque. Pero Angra pasa una pierna por encima de la montura y desmonta.

—¿Cómo podía resistirme, Alteza? Especialmente después de tan incitante mensaje. —Angra se adelanta, y su capa negra roza la nieve con un susurro—. Dijo que tenía un trato al que no podía negarme.

Hannah cruza las manos bajo su manto y levanta la vista; sus ojos azules brillan a la luz tenue de la luna.

—Le entrego mi vida por mi pueblo.

Hay conmoción en el rostro de Angra.

—Nada de adivinanzas. ¿Qué propone?

El relicario emite un brillo blanco desde el cuello de Hannah, que luego habla, con voz firme y segura.

—Voy a permitir que destruya el conducto de Invierno y me mate. Voy a dejar que ponga fin al linaje de Invierno.

—¿Con qué condición? —pregunta Angra con tono burlón.

—Que el ejército de Primavera no vuelva a poner pie en Invierno nunca más.

Angra sonríe con desdén, y se me eriza la piel.

—¿Esto no tendrá que ver con los pocos hombres que le quedan? Sé que nuestra última batalla dejó a Invierno debilitado, pero nunca pensé que estuviera tan desesperada. ¿Piensa cumplir su parte ahora?

Angra saca una daga de su cinturón y la apoya en la garganta de Hannah con tanta rapidez que apenas lo percibo. Los guardias de ella se adelantan de inmediato, espadas en mano, y los hombres de Angra preparan sus armas. Pero ninguno de los dos monarcas se mueve, congelados daga contra cuello.

Hannah levanta una mano a sus hombres y estos retroceden.

—Sí —susurra, y se oye una exclamación ahogada del grupo. ¿Sí? ¿Va a dejar que la mate ahora? Pero el rostro de Hannah no delata miedo, ni siquiera con la daga de Angra a punto de cortarle la garganta—. ¿Significa que estamos de acuerdo?

—Así es. Pero me pregunto, Alteza, hasta dónde llega su oferta. —Vuelve la daga hacia la palma de su mano y retrocede. Sus ojos descienden por el cuerpo de Hannah y se demoran en su vientre; su rostro irradia diversión—. Aún no lo sabe, ¿verdad?

Las manos de Hannah se mueven bajo su manto y aferran su vientre al tiempo que sus labios se abren con confusión.

—Tenemos un acuerdo, Angra. ¡Podemos ponerle fin a esto!

Angra vuelve a montar su caballo.

—Tenemos un trato, sí.

—Entonces máteme. Rompa mi relicario y máteme. ¡Termine con esto! —le ruega Hannah, y su manto rojo ondula en torno a ella al caminar por la nieve hacia Angra.

—No se preocupe, Alteza —Angra la mira furioso, con un destello en sus ojos verdes—. Acepto este trato. Pero voy a destruirla cuando me parezca mejor, cuando le cause más dolor.

Hannah pierde la compostura.

—¿A qué se refiere?

Angra sonríe con desdén.

—A que no es usted la última de su linaje.

Y se marcha, acicateando a su caballo sobre la nieve, seguido de cerca por sus soldados.



Hannah se rindió.

La verdad hace que duela respirar. Hannah se entregó a Angra. En el jardín de Bithai la noche del baile, Noam había estado muy seguro de que Hannah había cedido, y Mather, de que ella había luchado contra Angra hasta el final. Pero tenía razón Noam. Ella se rindió... solo que no del modo al que él se refería. Fue un sacrificio, no una sumisión impotente. Un sacrificio como el que Mather trató de hacer por nosotros.

Dime cómo salvarlos...

En mi sueño, Hannah le pedía a su conducto que le mostrara la manera de salvar a su pueblo. ¿Acaso fue eso lo que le respondió? ¿Que la única manera de protegerlos sería morir? Pero ella no sabía que estaba embarazada, y que poner fin al linaje real de Invierno implicaba asesinar también a su hijo.

El báculo de Angra corta el aire y se estrella contra mi mejilla, con lo cual mi cabeza da de lleno contra el suelo y ruge con dedos eléctricos de dolor.

—Usted trajo magia a mi palacio, general.

La voz de Angra resuena en el aire como el látigo de su soldado.

¿Magia? Me atraviesa el terror... terror de que Angra me quite la fuente de magia que yo pueda tener, terror de *tener* una fuente de magia. *¿La piedra? ¿Hannah? Sea lo que sea, ¿de qué manera estoy usándola? Hannah dijo que no podría hablarme una vez que yo llegara a Primavera, que Angra estaría vigilándome con su magia oscura. ¿Sería realmente el lapislázuli, entonces?*

Herodes lanza una mezcla de risa y tos.

—¿Magia? Ella es inofensiva.

Angra golpea a Herodes con su báculo y lo derriba al suelo; luego se vuelve hacia mí.

—No importa la magia que te quede, muchacha, aquí se te acaba la suerte —Angra avanza con pasos fuertes y me agarra fuerte para ponerme de pie. Lo hace con cuidado de tocar solo mi armadura, de evitar cualquier otro contacto de piel con piel—. Tu magia debilitada no puede vencer aquí.

Angra nunca se habría conformado con poner fin al linaje de Invierno, con romper el relicario, asesinar a Hannah y a Mather y dejarnos seguir nuestra vida. No habría quedado satisfecho hasta que estuviéramos como estamos ahora: esclavizados, y Primavera de pie sobre el cadáver de Invierno. Ni siquiera el sacrificio de Hannah, algo mucho más grande de lo que yo podría hacer jamás, habría cambiado nada. Pero *¿por qué?* ¿Para qué todo esto?

—¿Qué quiere de nosotros?

La pregunta escapa de mi boca, temblorosa y débil.

Angra me suelta y da un paso atrás.

—Poder —responde, como si eso lo explicara todo.

Sacudo la cabeza, tratando de contener el impulso de derrumbarme entre sollozos.

—¡Invierno no es poderoso! Ya no somos nada.

Angra frunce los labios como si yo fuera una criatura que está haciendo una pataleta.

—Invierno no se interpondrá en mi camino —susurra, medio para sí. Hace una seña a Herodes antes de que yo logre decodificar su explicación sin sentido. ¿De qué manera estamos interponiéndonos en lo que sea?

Está demente. No hay razón para lo que hizo, nada que podamos hacer para satisfacerlo. Y el hecho de saber eso hace que todo resulte mucho más aterrador, porque significa que este horror no tiene fin. No hay caja donde se lo pueda contener, ni manera de prever lo que él va a hacer.

Solo quiere vernos sangrar.

—Quítele la armadura —ordena Angra a Herodes—. Quítele todo lo que tenga.

Doy un respingo hacia atrás cuando Herodes se pone de pie y me aferra el brazo, con el rostro enrojecido y echando saliva por la boca. Un perro rabioso atado a la muñeca de Angra. Hunde la cara en mi cabello, con aliento tibio y agitado por la batalla y la larga marcha hasta Primavera.

—Voy a enseñarte tu lugar —gruñe Herodes mientras desata las correas de mi armadura, y todo el relleno y el metal abollado caen al suelo con estrépito. Quedo con una camisilla de algodón manchada, pantalones andrajosos

sostenidos por un cinturón de cuero raído y mis botas gastadas. No había caído en la cuenta de lo mucho que mi fuerza dependía del hecho de tener una capa de metal entre Herodes y yo. Se me doblan las rodillas y mis entrañas se revuelven como un remolino en el agua.

Va a encontrar la piedra. Me la va a quitar. Y luego va a destruirme.

Los dedos de Herodes me tantean el cuello, los brazos, bajan por mi cuerpo en busca de objetos. Sus dedos dejan una estela de entumecimiento... hasta que da con el lapislázuli.

—No... —empiezo a decir, y mi cuerpo se crispa involuntariamente.

Herodes me mira con una sonrisa desdeñosa mientras saca la piedra. Me arrojo hacia adelante con el puño levantado, pero esquiva con facilidad mi intento exhausto de pelear y me vuelve a golpear con el brazo. Caigo al piso de obsidiana con un golpe sordo, y el dolor me atraviesa el codo y la cadera.

Pero nada de eso me llama más la atención que el descuido con que arroja la esfera de lapislázuli al estrado, donde cae con estrépito a los pies de su amo. Lo único que puedo hacer es quedarme mirando la piedra, ese trocito de roca azul brillante, y recordar el día en que Mather me la dio. ¡Qué seguro estaba de que yo debía tener aquel remanente de nuestro reino perdido! Nunca se lo agradecí. No lo suficiente.

Se me desmoronan las entrañas cuando Angra cierra los dedos en torno a la piedra y cierra los ojos un momento, como tratando de absorber su magia. Me mira, con una sonrisa.

—¿Esto era la magia, muchacha? —pregunta—. Si lo era, ahora está vacío. Y si no era lo que estás usando, créeme, voy a encontrar la fuente y arrancártela.

Sus palabras acaban con mi pánico. ¿No es mágica? ¿Fue solo Hannah? ¿Una última visión antes de tener que dejarme sola en Primavera? La soledad crece en mi interior, atravesando cada nervio, y me deja conteniendo sollozos en la horrible nada que me rodea.

La historia, el pasado, la Decadencia a la que Hannah teme... ya no importa. Porque ya no está: totalmente envuelto en los dedos de Angra, que encierra la piedra en un puño poderoso. Ya no queda nada que pueda ayudarme.

Herodes me levanta del piso, y la expresión de su rostro me indica que todavía no terminó conmigo, no tan fácilmente.

Respira, Meira. No pienses, no analices, ni siquiera reacciones.

Angra se relaja en su trono.

—Ahora no, general —ordena, y me paralizo como si supiera lo que va a

decir. Lo sé, ¿no es así? Lo sé desde que entramos a April.

—Llévela con ellos —gruñe Angra—. Quiero que la quiebren antes que usted.

Herodes se detiene a mi lado; su decepción lo silencia mientras me hace dar la vuelta y los dos guardias me llevan por el vestíbulo oscuro.

El cielo crepuscular parece luminoso en comparación con el palacio de Angra, aun con la luz que entra a raudales en la sala del trono y la penumbra que avanza aquí afuera. Parpadeo y observo con desánimo que los esclavos inverneños ya no están. Solo quedan sus palas, clavadas en la tierra. Presiento que estoy a punto de averiguar adónde los llevaron.

—Pónganla con los demás. Ah, Meira…

Sigo marchando por el sendero de piedra; mi cuerpo se sacude a cada paso. Estoy sana, pero la magia de Angra me dejó inestable, y con cada paso me tambaleo como una hoja al viento.

—Volveré a verte —dice Herodes mientras me alejo—. Muy pronto.

Ríe, y su voz se aleja mientras regresa al palacio. Las puertas se cierran de un golpe, y mis músculos pierden una ínfima parte de su tensión. Se fue, al menos por ahora.

Los guardias me llevan por los barrios bajos de April; los edificios se vuelven más y más pobres a medida que nos internamos. Madera podrida que se derrumba en las habitaciones, pilas de basura rancia amontonada en las esquinas. Los ciudadanos de Primavera nos observan pasar, y sonríen con desdén al ver a la nueva prisionera inverneña. Pero la vida que los rodea... sus casas derruidas, la mugre que ensucia los rostros de sus niños. ¿Cómo pueden estar orgullosos de destruir un reino si a su rey ni siquiera le importa el suyo?

Los soldados y yo llegamos a una barrera de alambre de púas que se pierde hacia el interior de la ciudad. Sus paredes altas separan el vecindario de lo que solo puedo suponer que es un...

—Campamento de trabajo inverneño. Bienvenida a casa —gruñe uno de los guardias, y abre el cerrojo del portal.

Necesito toda la fuerza que me queda para seguir caminando, un pie delante del otro, mientras cierran el portal a nuestras espaldas. Ni siquiera hay edificios: solo celdas. Tal como dijo Herodes. Jaulas con tres lados sólidos, un techo y una puerta, pequeñas, apretadas y apiladas como bloques. Algunas están vacías pero en la mayoría hay prisioneros inverneños que nos miran con ojos huecos, sin alma. No les importa. ¿Cómo podría importarles? Angra les quitó el interés a

golpes, los dejó para que se pudrieran en estas casuchas hasta que los necesite para trabajar.

Los soldados me llevan a lo largo de toda la hilera de jaulas. Mis botas se cubren de polvo, el viento canta en mis oídos como un aullido desesperado. Las jaulas se extienden fila tras fila, tantas que vuelve a dolerme el estómago por las náuseas.

Hay otros tres campamentos como este en Primavera. Angra realmente hizo prisionero a todo un reino, ejecutó la peor dominación sobre sus víctimas al convertirlas en esclavas. Cuando era niña, siempre me resultaba imposible imaginarlo: ¿tantos cientos de personas encerradas? Pero ahora...

¿Cómo dejamos que esto ocurriera?

Los guardias me empujan al interior de una jaula vacía en la fila de abajo. Aquí dentro no hay nada: ni un camastro, ni comida ni muebles. Solo un espacio cubierto de tierra con vista a más jaulas enfrente.

—No te pongas cómoda —escupe uno de los guardias—. Volveremos por ti.

Los miro con furia por entre los barrotes, apretando el hierro con los dedos.

—Inténtenlo —murmuro, pero ya se fueron, ya se olvidaron de la nueva esclava inverneña.

Ahora estoy sola. Y no tengo necesidad de morderme la lengua ni de mantenerme fuerte ni de ocultar mi quebranto. Esa triste libertad me acomete, y todo lo que pasó, todo lo que vi y sentí, se agolpa en mi garganta. Retrocedo hacia la pared y me deslizo al suelo, recojo las piernas y hundo la cara en las rodillas. Me miran boquiabiertos, con asombro, y susurran: *Es alguien que vivió afuera mientras nosotros estábamos aquí adentro. ¿Por qué nadie nos ha salvado?*

Porque fracasamos. Porque dejé morir a Sir. Porque nuestro único aliado no hace sino profanar su propio reino. Porque solo tenemos una mitad del relicario de Hannah, y nos llevó todo este tiempo conseguir siquiera eso. Porque Angra es mucho más poderoso de lo que creíamos.

Me tiemblan los hombros y me acurruco más, tratando de contener los sollozos. Sir me entrenó para comportarme mejor, pero no me quedan fuerzas para mantenerme estoica y serena. Siempre fue Mather quien podía disimular sus sentimientos sin importar la situación. Y si Mather está huyendo, y Theron y Bithai cayeron, y Angra es tan antiguo y perverso como dijo Hannah... es probable que yo muera aquí.

Lanzo un grito silencioso en la cueva que forman mis piernas, aferro mi

cabello y me aprieto más contra mí misma. No. No era así como debía terminar esto...

Oigo el chasquido de la cerradura, pero no encuentro voluntad para interesarme. Que venga a buscarme Angra, o hasta Herodes. Ya no hay nada más que puedan quitarme. Oigo pasos arrastrados y otra vez el chasquido de la cerradura. Hay alguien adentro conmigo.

Pasa un segundo. Dos. Quienquiera que sea se arrodilla a mi lado. Mantengo los ojos cerrados, sollozando en la oscuridad de mis rodillas, y me pongo tiesa cuando una mano se despliega en mi hombro.

Levanto la vista. Son los inverneños del palacio, los dos hombres y la chica a la que castigaron con latigazos en el suelo. Ella tiene las marcas en los brazos como prueba, cortes irregulares con sangre seca pegada. Pero sonríe, una sonrisa reconfortante, y en el fondo de sus ojos, detrás de los magullones, brilla una luz.

Deja en el suelo un tazón semivacío con guiso, olvidado por el modo en que no aparta sus ojos de mí.

—Estás aquí —susurra, como si estuviera tan conmocionada como yo. Como si fuera una especie de sueño hecho realidad, y teme que, si no lo dice, yo desaparezca.

Los dos hombres se sientan detrás de ella y me miran; un leve asomo de interés se esconde detrás de sus heridas mientras sorben de sus propios tazones de guiso. Me tienen más recelo que la muchacha, pero en ellos se nota más el peso de la vida que llevan.

Exhalo, inhalo, sin poder aún creer que la chica que me toca es real. Todos son reales, y están aquí, y están vivos. Al verlos desde cierta distancia me costaba aceptarlo, pero esto es imposible.

La chica no dice nada más. Se sienta a mi lado, nuestras caderas se tocan, y me rodea los hombros con un brazo. Es tan delgada que tengo miedo de romperla si la toco. Pero nos quedamos sentadas en silencio; los hombres vigilan por entre los barrotes, la muchacha me abraza o yo la abrazo.

Mientras disminuye la luz sobre el campamento de trabajo, resuena una vocecita en el fondo de mi mente, algo que hace que los horrores no resulten tan abrumadores:

Cuando estés lista, entenderás cómo usar todo esto.

De verdad era Hannah, hablándome. Y si le pareció importante contarme sobre el pasado, tratar de ayudarme a entender algo, puede que todavía haya una manera de vencer.

La muchacha cambia de posición. Ahora está dormida, con la cabeza sobre mi hombro y la respiración lenta. Apoyo la cabeza contra la suya y cierro los ojos.

Sir, Mather y Theron estarán perdidos, pero los inverneños, no. Y mientras ellos vivan, no estoy del todo sola.



Esa noche, unos sueños fugaces y huidizos me arrollan como una ola hambrienta. Me marean y desorientan, ojos y rostros sin alma de mi pasado, y oscuridad, siempre oscuridad. De esa negrura llegan monstruos, con garras y dientes que se lanzan hacia mi garganta...

Despierto con todos los nervios tensos. Pero aquí no hay monstruos. Al menos, no en esta jaula.

Mi pánico cede un poco al ver a las tres personas que me miran. Los dos hombres, ambos al menos diez años mayores que yo, y la muchacha. Los ojos azules le brillan en esa cara pálida y enjuta, y me observa como si pudiera ver toda la historia de mi vida escrita en la frente.

—Soy Nessa —se presenta, y señala por encima de su hombro—. Conall y Garrigan, mis hermanos.

Garrigan me saluda con un gesto de la cabeza, pero Conall me mira fijamente. Su expresión es un vibrante contraste con la de Nessa; ella es abierta y bien dispuesta; él, cerrado y decidido. Y, según parece, decidió que soy tan peligrosa como los soldados de Primavera que se mueven en torno a nuestra jaula.

Es de mañana.

Me levanto de un salto y me raspo la espalda con la pared áspera. ¿Será que Angra me mandará a buscar? ¿Dejará que Herodes me torture hasta someterme, hasta que le revele todo lo que pasó en los últimos dieciséis años? Se me llena el pecho con una presión caliente que me quita el aire.

—Yo soy Meira —logro responder, con una lengua que parece de arena más que de otra cosa; mis ojos se mueven entre Nessa y la puerta, esperando que irrumpan los soldados y me saquen a la rastra.

—Si fueran a llevarte tan pronto, no te habrían traído aquí —dice Garrigan. Comparte algo de la desconfianza de Conall, pero su rostro se suaviza y me ofrece al menos un asomo de bondad.

—¿Cómo puedes saber eso? —replica Conall, vigilando la puerta.

—Del mismo modo que yo —declara Nessa con orgullo, y me toma la mano—. Ella está aquí por una razón.

Conall me mira enojado, como si fuera yo quien la hizo decir eso. Pero no tengo fuerzas para retirar la mano de la de ella; necesito ese pequeño consuelo, y me limito a mirar a Conall hasta que aparta la mirada hacia la puerta una vez más.

—¿De dónde viniste? —pregunta Nessa. La pregunta sale de su boca como si hubiera estado conteniéndola desde mi llegada—. ¿De Invierno? No, claro que no; dicen que allá ya no vive nadie. ¿De uno de los otros estacionales?

—Estuve en Cordell antes de venir aquí —respondo.

La mirada torva de Conall me hace sentir culpable por hablar con ella, como si cualquier palabra que yo diga solo sirviera para fortalecer la esperanza lentamente creciente de su hermana. Nessa todavía me mira con un asomo de cautela, pero el brillo de sus ojos es hermoso. Es difícil no querer hacerla feliz, y esa sola palabra le ilumina toda la cara.

—Cordell —repite; me suelta la mano y mira a Garrigan—. Es un rítmico, ¿no?

La boca de Garrigan se crispa en una sonrisa, y su rostro se parte como si no sonriera a menudo.

—Algún día, nuestra Nessa va a ser una viajera del mundo —dice, y no se me escapa el orgullo que lo llena. Orgullo de su hermanita, de su capacidad de seguir soñando a pesar de estos barrotes.

—O costurera —lo corrige, y se sonroja. La escasa felicidad a la que lograba aferrarse se esfuma; me mira y se encoge de hombros con tristeza—. Como nuestra madre.

—Silencio —advierte Conall, al oírse un golpeteo de llaves en nuestra puerta.

Me aplasto contra la pared del fondo. No importa cuánto hayan intentado tranquilizarme Nessa y Garrigan, ni el poco interés que les demostré anoche pensando que Angra vendría por mí, todavía se me revuelve el estómago de miedo, una chispa de supervivencia que es imposible apagar por completo. No pueden llevarme. No hasta que descubra... algo. Alguna manera de escapar de

una muerte larga y lenta en manos de Angra, una manera de ayudar a los que me rodean a escapar del mismo destino.

Se abre la puerta. Conall y Garrigan salen al sol y Nessa me toma del brazo.

—No te preocupes —susurra, y me guía hacia la salida—. Todo va a estar bien. Va a...

—Tú. —Un soldado se da vuelta luego de gritar a Conall y Garrigan y me observa salir de la jaula, con ojos oscuros y codiciosos, y se me revuelve el estómago. Pero señala hacia el final del camino donde se han reunido los inverneños que han salido de sus jaulas—. Con los demás, por ahora.

Me lleno de alivio. Angra no me mandó llevar hoy.

Nessa me tira hacia adelante, y el asombro me inunda como si hubiera estado esperándome toda la noche fuera de la jaula.

Es la primera vez que veo a los inverneños del campamento de trabajo de April. De *cualquier* campamento de trabajo.

Más inverneños se nos unen desde la segunda hilera de jaulas, formamos un grupo desordenado y empezamos a marchar por el camino, levantando polvo al arrastrar los pies. Se amontonan docenas de personas, cuerpos frágiles vestidos con andrajos, la ropa marrón por años de sudor y tierra. Niños también. Si Angra hubiera querido simplemente matar a todos los inverneños, lo habría hecho hace mucho tiempo; habría sido un destino más benévolo. Pero en lugar de eso, los mantiene encerrados y deja que crezcan familias y generaciones en cautiverio. Es una victoria cruel demostrar dominación sobre otro pueblo al destruirlo, pero es más cruel aún hacerlo destruyendo a sus familias.

Los niños inverneños me observan, parados estoicamente junto a sus padres. Sus caras dicen que han aprendido a no mostrar debilidad. La debilidad se usa hasta que no queda otra cosa que hacer que gritar por lo injusta que es una vida así, vivir en jaulas apiladas unas sobre otras, crecer en un lugar donde ni siquiera los ven como personas. Una vida de esperar atormentados que los veinticinco sobrevivientes míticos liberen a todos.

Miro a una mujer a los ojos. Tendrá la edad de Dendera; al mirarme frunce el labio superior, y me sobresalto. Un hombre que está a su lado repite la misma mueca, y otro más; tantas miradas desdeñosas que no me siento más segura aquí que en el palacio de Angra.

Me envuelve la desdicha, oleadas calientes de asco de mí misma, de sus vidas, de todo lo que le pasó a nuestro reino. *¿Cuánto tiempo pasó hasta que*

perdieron la esperanza de que los liberáramos? ¿Cuánto tardó Angra en borrarles de la mente la ilusión de escapar?

¿Cuánto tardará en borrármela a mí?

Al ver las caras que me rodean, sus dieciséis años de sufrimiento... ¿qué podría hacer yo para terminar con esto? ¿Qué podría haber hecho *cualquiera* de nosotros... Sir, Alysson, Mather o cualquiera? Es demasiado grande, y las heridas, demasiado profundas.

Un soldado agita su látigo contra la multitud, y hace caer de rodillas a algunos inverneños más lentos. Una mujer mayor, dos ancianos. Tienen marcas rojas en los brazos. Seguimos adelante, acicateados por el miedo. Deberíamos luchar contra los soldados que los derribaron a latigazos, defender a nuestros compatriotas contra la injusticia que Primavera cometió con ellos.

Deberíamos haber hecho muchas cosas.

Nessa me aprieta la mano entre las suyas. No ha perdido la esperanza, y cualquier recelo que sienta palidece ante su fe. Casi prefiero las miradas torvas, los murmullos hostiles de los demás. Su ira es comprensible, algo que puedo aceptar. Pero Nessa...

¿Yo también habré mirado así a Sir?

La pregunta se me cruza por la mente, una secuencia de palabras que me aprieta la garganta y me quita el aire. Todos los refugiados mirábamos así a Sir, ¿verdad? Él era nuestra fuente de esperanza. Era el faro que nos conduciría para liberar a nuestro pueblo, para recuperar nuestro reino.

Y murió. Así como así. Nuestra esperanza se apagó en un solo instante fugaz e indiferente.

Tiemblo al pensar en él; sus sombras en mi mente me hacen doler y me retuercen cada parte del cuerpo. Yo no puedo ser la esperanza de Nessa. No puedo dejar que piense que soy más capaz que nadie, porque puedo morir con la misma facilidad. No puede hacerle lo que me hizo Sir.

Nos detenemos al llegar a un portal atestado de gente. En el frente, los soldados nos distribuyen y envían distintos grupos a trabajar a diversas áreas de la ciudad.

—Mis hermanos y yo estaremos otra vez en el parque del palacio —susurra Nessa, y me aprieta más la mano—. No sé dónde estarás tú. No sé si...

Me obligo a sonreír.

—No te preocupes.

Nessa crispa los labios y asiente.

Minutos más tarde, estamos al frente de la fila. Conall y Garrigan gruñen sus números a un soldado que está en la entrada. I-3219 e I-3218. Aquí no hay nombres. Angra los despojó de todo: país, hogar, vida. ¿Por qué no también sus nombres?

El soldado les ordena unirse al grupo que va al palacio. Nessa, sin soltarme la mano, se acerca al mismo soldado.

—I-2072 —dice, y el soldado consulta una lista.

—Parque del palacio. —Me echa un vistazo y entorna los ojos, comparando mi aspecto con el de Nessa. Estoy demasiado sana, demasiado bien alimentada. Revisa la lista y arquea una ceja—. Angra tiene algo especial para ti —dice—. A la muralla, R-19.

R-19. R de... ¿Refugiada? Refugiada número 19. Porque soy la decimonovena refugiada inverneña a la que Angra va a matar. Probablemente Herodes vio morir a Sir en Bithai, de modo que él fue el número dieciocho. Gregg y Crystalla, diecisiete y dieciséis.

Nessa me lleva más allá del soldado, hacia los grupos de inverneños divididos en secciones. Cuando ya hay algunas personas entre nosotras y los soldados, acerca mi oído a su boca.

—A la muralla envían a quienes quieren empujar al límite —susurra, y me aprieta la mano con fuerza—. Trabaja, pero no te esfuerces demasiado; haz como si estuvieras trabajando duro. Tal vez puedas pasar el día sin...

—Nessa —la hago callar. Su preocupación me duele; es una expectativa pesada que no sé si puedo cumplir.

—No viniste aquí a morir —susurra, a medias entre una pregunta y una promesa.

Cierro los ojos. *¿A qué vine?*

Conall apoya una mano en el hombro de Nessa.

—Nos vamos.

Nessa me suelta y se va hacia donde está Garrigan. Inhalo súbitamente cuando la sombra de Conall cambia de posición y su cuerpo alto se me acerca. Cuando Nessa ya no puede oírnos, entorna los ojos.

—Tratamos de escapar —gruñe—. Trepamos por las cercas, peleamos con los guardias, cavamos por debajo de los muros. El único resultado fue más muerte. Los últimos que vinieron prometieron rescatarnos pero desaparecieron antes de poder hacer nada; se portaron como si no hubiéramos probado ya *todo*.

Nessa se pasó semanas llorando cuando nuestra esperanza se fue con ellos. No quiero que vuelva a pasar por eso.

Gregg y Crystalla. Aprieto la mandíbula.

—Yo tampoco quiero que pase por eso.

—No me importa lo que tú quieras. Cuanto antes te des cuenta, mejor.

—Lo sé.

Conall levanta una ceja con aire sardónico.

—Buena suerte, R-19.

Se da vuelta y va a reunirse con sus hermanos en el grupo destinado al palacio. No mira atrás, no le importa que me quede parada sola al sol. ¿Por qué habría de importarle? No soy más que una chica de dieciséis años. Yo tampoco creería en mí. Yo *no creo* en mí. Pero cuando Nessa se pone en marcha con su grupo, mira hacia atrás y en sus ojos brilla la esperanza.

Tal vez sea esto lo que quería Angra. Que yo les inspirara falsas esperanzas, que los levantara y luego los aplastara más aún. Que los tentara a escapar, para luego matarme delante de ellos.

Pero no importa lo que quiera Angra. Conall tenía razón: ya no importa lo que yo quiera. Lo único que importa ahora es sobrevivir.

Los soldados nos llevan al límite sur de April y salimos de la ciudad por un portón pequeño. Cuando se abre con un rechinar, salimos a un mundo tan diferente que me detengo a tomar aliento.

La muralla es una saliente irregular de roca negra que sale de April y se interna en una zona de bosque masacrado. Tocones de cerezos afean el paisaje, para hacer lugar a la nueva adición a la ciudad de Angra. Este campo de tocones, tierra y pilas de rocas negras es todavía más yermo y deprimente que la misma April, testimonio de lo que se necesita para expandir el reino de Angra; no debe quedar nada: ni plantas, ni rastros de vida. Todo debe morir para hacer lugar a Primavera.

Me acerco a una de las pilas de rocas negras; a un lado hay unas tiras de cuero amontonadas. Son fundas que algunos inverneños se calzan en torno a los hombros, y luego otros les cargan en ellas trozos de roca que llevan contra la espalda.

—¡A trabajar! —grita un soldado, y chasquea un látigo por encima de nuestras cabezas. Tomo una funda y me la calzo. Apenas lo hago, me cargan un

trozo pesado de roca negra a la espalda.

—Sube por las rampas —susurra el hombre que me cargó la roca. Sus ojos envejecidos tienen la misma chispa de esperanza y curiosidad que los de Nessa, pero se inclina para levantar otra roca de la pila y cargar al siguiente de la fila.

Acomodo la roca a mi espalda y me encamino hacia las rampas. Ocho pisos de plataformas se extienden hacia arriba, unidos por rampas zigzagueantes por donde los inverneños suben y bajan por la muralla en construcción. Todas las plataformas están hechas de la misma madera dudosa que los barrios pobres, de la que se podría quebrar ante un viento fuerte. Pero si se rompen, con nosotros caerán también algunos soldados de Primavera. Un poquito de justicia, al menos.

Casi río al pensarlo. Justicia sería que los inverneños arrojaran estos trozos de roca a los soldados. Justicia sería que echáramos a correr hacia el campo que está más adelante, la sección de Primavera que todavía no está separada de April.

La roca me raspa los omóplatos cuando me detengo en una rampa, muy arriba. Qué cerca está ese campo. Los cultivos de un verde vibrante se mecen al viento, casi listos para la cosecha. Prueba de que Angra no solo usa su conducto para el mal sino también para otras cosas, por pequeñas que sean. El propósito del muro es extenderse en torno a esta zona yerma de tierra y ampliar April hasta el límite de aquel campo. Entre nosotros y ese campo hay soldados, pero por ahora, en este momento... hay una manera de salir de April.

Acuden a mi mente las palabras de Conall. *Tratamos de escapar. Trepamos por las cercas, peleamos con los guardias, cavamos por debajo de los muros. El único resultado fue más muerte.*

Vacilo. Si ellos lo intentaron... ¿significa que yo no debería? No. Tengo que hacer el intento; si no por ellos, entonces por mí. Estoy tan atrapada aquí como ellos.

Si puedo pasar más allá de donde están los soldados, puedo salir de Primavera sin que lo noten y volver a hablar con Hannah. O puedo regresar a Cordell y buscar a Mather, Dendera y los demás.

El hombre que está delante de mí acomoda la roca contra su espalda mientras sube un paso más. Pero algo en el paso que da, o su peso, o el modo en que sacude la roca, lo hace trastabillar y su bota delgada se engancha en un tablón que sobresale. La madera desgarra la tela y la piel, le corta un pedazo de pie y la sangre empieza a formar un charco oscuro en la plataforma.

El hombre se detiene. Medio latido, media inhalación. Apenas el tiempo

suficiente para darse cuenta de lo ocurrido, pero en ese instante su cara se crispa con una mueca de dolor. Después, mira brevemente al soldado más cercano en la plataforma, y justo cuando me noto que estoy conteniendo la respiración...

El soldado gira la cabeza hacia el hombre. Sus ojos ven el rastro de sangre, su cara aún contorsionada por el dolor.

—¿Es demasiado trabajo para ti? —le pregunta el soldado, con un desafío en la voz.

Abro la boca para hablar, para hacer algo que pueda distraer su atención. Cuando se da vuelta y empieza a subir por la siguiente rampa, el soldado tira al hombre y lo hace girar sobre la madera seca. El hombre extiende los brazos, desbalanceado por la piedra negra, y los agita para recobrar el equilibrio. Pero es demasiado tarde: el movimiento es muy azaroso y la roca, muy grande.

El hombre trastabilla al borde de la plataforma, cinco pisos por encima del suelo. Sus manos tratan con desesperación de aferrarse a algo mientras la roca negra que lleva en la funda se mueve, cambia de posición y lo tira hacia atrás. Lo que está más cerca de él, lo único a lo que puede aferrarse es el soldado.

Me lanzo hacia adelante, la respiración atrapada en mi garganta seca; una mano suelta la funda y la extiendo como si pudiera evitar lo que va a suceder. Pero cuando la gravedad empieza a actuar, el soldado sonríe, levanta un pie y le da al hombre una patada firme en medio del pecho.

Un grito mudo me hierve en la boca cuando el hombre se cae de la plataforma. Su cuerpo se desploma por el aire; la roca negra lo arrastra más y más abajo, y pasa por las cinco plataformas inferiores con una lentitud dolorosa. Se estrella contra la tierra seca, y una nube de polvo y escombros oculta su cadáver deforme.

Quedo paralizada, atrapada contra la plataforma. Pero nadie más reacciona. Nadie grita que su esposo, su hermano o su hijo acaba de caer al vacío. Simplemente siguen moviéndose a mi alrededor, subiendo por las plataformas y las rampas, caminando como si con cada paso pudieran borrar el recuerdo del hombre.

Alguien me atropella al pasar y me vuelve a arrastrar a la corriente de trabajo indiferente, más allá del soldado, que sigue mirando el cuerpo allá abajo.

A lo lejos, el campo se mueve con una brisa que no siento desde aquí. Nadie me seguiría si intentara escapar. Simplemente caerían por el aire, resignados al hecho de que nunca tuvieron la posibilidad de ganar. O serían masacrados tras mi fuga ineficaz.

Se me nubla la vista, pero sigo caminando. Guardo en mi mente la imagen de la cara del hombre, la uso para contener el impulso de echar a correr con todas mis fuerzas, de matar a tantos soldados como pueda.

Miro brevemente hacia abajo, la polvareda que empieza a despejarse y a revelar el cuerpo del hombre convertido en una mancha despareja e inquietante en la tierra. Algo crece en mí. Algo peligroso, contundente y mortal, algo que asciende desde la parte de mí que se rebela siempre que se menciona el conducto de Invierno y nadie plantea las preguntas que siempre tengo en la mente:

¿Y si esto no basta? ¿Y si nada de lo que hacemos es suficiente?

Pero no hay otra opción: o seguimos intentándolo o nuestro reino deja de existir.

A medida que avanza el día, la temperatura sube al punto de que todo me da vueltas y el sudor hace que todo esté resbaladizo. Por momentos juraría que estoy otra vez en la Llanura de Rania, siguiendo a Sir mientras nos dirigimos a Cordell.

Maldita sea mi intolerancia al calor. No le daré a Angra la satisfacción de desmayarme. No me verá morir tan pronto.

¿Demasiado trabajo para ti hoy?

Me muerdo para ahuyentar ese recuerdo. A mi alrededor, parece que todos reaccionan al calor igual que yo: tambaleándose, esforzándose por respirar aquel aire cargado. Pero no hacen más que eso; nadie se queja ni se derrumba. No importa lo mucho que va en contra de nuestra sangre inverneña, casi se han acostumbrado al calor de Primavera.

Al mediodía, me alivia ver que tenemos un descanso.

Casi me alivia.

El portón que da a April se abre con un chirrido. Los inverneños que me rodean en la fila de las rocas bajan sus fundas; los demás bajan en fila por las rampas y se acercan a nosotros. Los sigo, tratando de ver qué es lo que se acerca desde April.

Niños inverneños. Algunos de edad apenas suficiente para hablar, mucho menos, trabajar; todos llegan a la obra con ánforas de agua. Se distribuyen entre los trabajadores y ofrecen su carga, sus ojitos azules brillan en sus caritas enjutas, sus brazos delgados tiemblan por el peso de las ánforas.

Un niño de no más de cuatro o cinco años se aproxima a mi fila y coloca su ánfora en el suelo. Introduce un cucharón y se lo acerca a la persona que tiene más cerca, un hombre de la edad de Sir que bebe con voracidad varios tragos de

agua. El niño repite el proceso con cada una de las personas de la fila hasta llegar a mí.

—Para ella no hay agua. ¡Órdenes de Angra! —grita un soldado detrás de nosotros, y hace chasquear el látigo junto a los pies del niño. Este da un salto, con lo cual el agua se derrama sobre sus manos y el suelo. Sus ojos azules suben rápidamente hacia los míos mientras se prepara para el impacto del próximo golpe del soldado.

Me echo hacia atrás, más por instinto que por pensamiento racional. Mi pensamiento racional se esfumó apenas vi el agua, y en su lugar se despertó una sed desesperada. Lo único que veo es esa ánfora, pero doy otro paso atrás. No necesito agua. No necesito llamar la atención de los soldados sobre nadie más.

—No —grazno—. Tiene razón. Nada de agua para mí.

El soldado, con el látigo preparado, frunce el ceño ante mi retirada. Pero me doy vuelta, tomo mi funda y me cargan otro trozo de piedra negra a la espalda. El niño sigue su trabajo; el agua rebosa por la boca de su ánfora. No hay dolor ni consecuencias. Tampoco hay agua. Mientras pueda bajar la cabeza y aceptar, no habrá problemas.

Es todo lo que puedo hacer. No molestar, asegurarme de no causar problemas a estas personas que ya han sufrido tanto, hasta que pueda hacer... *¿qué?*

Hace horas que los soldados tiraron el cadáver del hombre caído, y dejaron una mancha de tierra ensangrentada junto a la entrada de la plataforma. Paso por allí y me quedo mirando la sangre seca, sintiendo la mirada del niño sobre mí, un cuerpo más en el arsenal de obreros de Primavera... como el hombre que cayó al vacío: un recipiente que los soldados destruyeron por deporte.

La sed me hace tropezar, pero sigo caminando. *Solo un paso más, Meira. Solo uno más.*



Trabajamos hasta el anochecer.

Cuando el sol cae detrás de las murallas de April, suena una campana y los inverneños empiezan a descender por las rampas. Dejamos nuestras fundas en una pila y las piedras que no se usaron quedan para el trabajo de mañana. Ahora la muralla está un poco más alta, pero sentirse realizado por construir esta ciudad es tan probable como sentirse en deuda por el mísero guiso que nos dan al volver al campamento.

Devoro el mío junto con una taza de agua y me aparto antes de que nadie pueda castigarme también por recibir alimento. ¿Cuándo fue mi última comida? ¿El desayuno en Bithai antes de la batalla? Cuando haya sido, fue hace demasiado tiempo, y a mi estómago no le sienta bien el aumento repentino de nutrientes.

—¡Todavía estás aquí! —exclama Nessa cuando un soldado me empuja al interior de nuestra jaula. Se inclina hacia delante desde su asiento entre Conall y Garrigan, que están demasiado ocupados con sus propios tazones como para que les interese que yo haya sobrevivido al día—. ¿Te dieron de comer? ¿Necesitas más? —me ofrece su tazón de guiso a medio comer.

Una carcajada se me atasca en la garganta. Está sacrificando su comida por mí, cuando es probable que yo haya comido más en Bithai que ella en toda su vida.

Me deslizo al suelo, rozando la espalda contra la pared.

—Cómelo tú. Estoy bien.

Por el rostro de Conall pasa un brevísimo asomo de sorpresa. ¿Acaso pensó que yo aceptaría la comida de ella, de alguien que está mucho peor de lo que yo

estuve jamás? Me quedo mirándolo. ¿Le habré parecido egoísta, o simplemente dio por sentado que lo sería?

Cambio de posición en el piso de tierra, y el estómago se me cierra más aún por el guiso. Probablemente sí di la impresión de ser egoísta. Es lo que he sido siempre, ¿no? No quería ser un títere en una boda, aunque Invierno necesitaba un aliado. Quería participar en las misiones, aunque alguien más fuerte, rápido y entrenado que yo habría podido hacer un trabajo mejor.

Antes de poder responder lo que Nessa acaba de preguntarme, se me bajan los párpados, cargados con el peso de todas esas piedras que subí hoy por las rampas. En algún lugar, a lo lejos, Nessa habla en susurros con sus hermanos, y otros inverneños murmuran conversaciones cautas enmascarados por la noche.

Está aquí, otra refugiada. Y sobrevivió al primer día.

Hoy sobreviví. Otros no lo hicieron.

Pasan los días. Días de subir y bajar por las rampas, de comer guiso precipitadamente, de dormirme mientras Nessa y sus hermanos me observan con recelo desde el otro lado de la jaula. Algunas noches, Nessa me habla, me pregunta por mi vida. Le cuento lo que puedo hasta que la mirada reprobadora de Conall llega a ser físicamente dolorosa; entonces callo, me acurruco en el rincón y trato de dormir. Trato, porque sus voces siempre me quitan el sueño.

—No deberías encariñarte —la reprende Conall, con tanta frecuencia que tengo sus palabras marcadas a fuego en la mente.

—No me importa. *Tú* deberías ver si todavía eres capaz de encariñarte con alguien —replica Nessa.

No sé muy bien con quién estoy de acuerdo. Con Conall, por eso de que nadie debería encariñarse mucho conmigo, porque quién sabe cuánto más voy a vivir; o con Nessa, que piensa que eso no importa. La repetición de trabajo y sufrimiento hace que sea imposible meditar mucho en esas ideas.

Hasta mi novena noche aquí.

Se me hace un nudo de terror en la garganta, que sabe a sangre. Despierto súbitamente; una pesadilla negra como la muerte ha ahuyentado todo el sueño de mi cuerpo. Hay algo aquí, con nosotros, en este recinto. Algo oscuro, horrendo y...

Nessa se sobresalta, agachada frente a mí, y se levanta polvo en torno a sus botas.

—¡Estás soñando!

Me echo hacia atrás y golpeo contra la pared de la jaula. Nessa se pone de rodillas mientras sus hermanos se apartan y me miran como si hubiera estado recitando en sueños.

—Nosotros somos Invierno —declara Conall.

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

Sonríe. Es apenas un asomo, apagado por toda una vida de tortura.

Nessa se pone de pie y me ofrece la mano. La acepto, temerosa de poner demasiado peso a sus huesos frágiles.

Conall y Garrigan se dirigen al fondo de la jaula, la parte que a altas horas de la noche se encuentra cubierta por las sombras más oscuras. El campamento está en silencio por el agotamiento de un día de trabajo, y el soldado más cercano es el que recorre la cerca de púas.

Me acerco a la puerta de la jaula y mis dedos se cierran en torno a los barrotes de hierro. La cerradura que nos contiene es grande como la palma de mi mano, gruesa y vieja, y toco, distraída, la punta de mi trenza. No tengo ninguna ganzúa aquí. Pero ¿la abriría, si pudiera? No he hecho nada por escapar en los días que llevo aquí. No logro decidir si vale la pena correr el riesgo, tanto para mí como para todos los que me rodean.

Ahora hay mucha quietud, tanta que casi puedo olvidarme de todo lo demás. No hay latigazos, ni gritos de dolor, ni rostros enjutos crispados por la muerte inminente. Solo el cielo negro, las estrellas y...

Algo cruje a mis espaldas y me doy vuelta al instante.

Una puerta.

Garrigan la levanta del suelo, y caen piedras y polvo de las viejas tablas. Debajo de ella, hundiéndose en la tierra, un túnel se interna en la oscuridad.

—¿Y eso? —susurro.

Nessa me mira por encima del hombro.

—Quieren conocerte.

Conall se acerca primero al hoyo y se hunde en la negrura. Un golpe sordo me indica que la caída no es muy profunda, y en efecto, dos manos vuelven a salir para ayudar a Nessa. Ella se deja caer hacia adelante y se pierde en la oscuridad, y solo queda Garrigan conmigo.

—¿Adónde lleva?

Señala el hueco y se encoge débilmente de hombros.

—Vas a estar bien —promete. En sus ojos hay una mezcla perfecta de la esperanza de Nessa y la severidad de Conall. Garrigan es el pegamento que les impide destrozarse mutuamente.

Me deslizo por el suelo. Mis botas empujan un poco de tierra al pozo, una negrura tan completa que solo puedo presentir la mirada de Conall, pero no veo sus ojos ni su silueta.

Dos manos suben para alcanzarme.

—Ven.

Exhalo y caigo hacia adelante, dejando que sus manos gruesas me atrapen y me depositen en el suelo. La puerta se cierra sobre nosotros con un golpe sordo y oigo que Garrigan vuelve a cubrirla con tierra; el único ruido es el roce de los guijarros sobre la madera.

Unos dedos encuentran los míos, pero no son de Conall. Estos son delicados, fríos, como los de una muñeca de porcelana que hubiera cobrado vida. Nessa me guía al costado del túnel y me apoya la mano en la pared de piedra, de la que sobresalen rocas gruesas y bordes de tierra. ¿Debo...?

Me detengo. Hay algo en la pared: surcos irregulares que ocupan casi todos los espacios lisos.

—¿Qué es?

Apoyo ambas manos en la piedra y sigo las líneas talladas. Están por todas partes, se tuercen hacia abajo y hacia arriba, por el techo bajo y cruzando el piso.

Nessa tantea algo a mi lado, y un rápido sonido de raspado hace que cobre vida una llama pequeña. Levanta la vela y su rostro pálido se ve amarillento a la luz.

Conall nos observa desde el perímetro que alumbra la vela, con su mirada de reprobación.

—No tenemos tiempo.

—Cállate —le responde Nessa—. Es necesario que lo vea. Y a nosotros también nos hace bien.

Eso lo hace callar; los ojos de Conall recorren brevemente las paredes que nos rodean, y su expresión se relaja muy ligeramente. Exhalo, y mis propios músculos tensos empiezan a aflojarse.

—Son recuerdos —prosigue Nessa, con la mirada en el techo—. Recuerdos de Invierno.

Hay miles de palabras en este pasillo angosto, palabras que cubren las rocas con oraciones desparejas y se extienden hasta una puerta que hay al final.

Hay un párrafo grabado en piedra negra, cuyas palabras están gastadas por el tiempo.

Mi hija se llamaba Jemmia. Quería ir a Yakim, a la Universidad Lord Aldred. Tenía diecinueve años.

Otro está tallado en la piedra misma.

El primer día del invierno propiamente dicho, todos los inverneños hacían un festival en el mercado de cada pueblo. Comíamos fresas congeladas y molíamos hielo saborizado con vino para celebrar el nacimiento del invierno en todo el mundo.

Más y más:

Havena Green trabajaba en la Mina Tadil en los Montes Klaryn.

Mi padre murió siendo soldado, peleando en el frente cuando Primavera nos atacó. Se llamaba Trevor Longsfield y su esposa era Georgia Longsfield.

A todos los inverneños, a los cinco días de su nacimiento, se los acuna en cuencos con nieve. Nunca he visto llorar a un bebé inverneño durante este ritual; de hecho, parecen disfrutarlo.

Las bodas inverneñas se celebran durante la primera nevada matinal. Los novios beben de una taza de agua, y el agua restante se congela en un círculo perfecto que representa la unidad. El círculo se entierra debajo del sitio de la ceremonia.

Una vez, una duquesa de Ventralli vino de visita y se quejó de que el aire tan frío de Jannuari hacía que nuestro reino fuera insoportable. Su mayordomo le respondió al instante: "Milady, Primavera lleva siglos tratando de cambiar el frío de Invierno. Dudo que usted pueda lograrlo más rápido que ellos".

Mis ojos se llenan de palabras talladas en la pared, palabras que se curvan en torno a rocas impenetrables, desdibujadas por el tiempo. Todas me impregnan, llegan a mí como una espiral a la luz irregular de la vela. Sabía de algunas de esas tradiciones por las lecciones de Sir: las fresas congeladas y la celebración del primer día del invierno propiamente dicho. Pero lo demás, los bebés en cuencos con nieve, cada historia individual...

Ojalá hubiera sabido esto. Ojalá hubiera tenido estas palabras conmigo cada momento de mi vida.

—Cuando Angra atacó, quemó todo: archivos, historias y libros. Por eso decidimos registrar nuestra historia en los túneles.

Nessa protege la vela con la palma de la mano, y la luz proyecta un resplandor etéreo en su cuerpo.

—¿Túneles? —La miro, arrugando la frente.

—Cuando hicieron el campamento de trabajo de April —dice—, lo hicieron sobre un barrio que ya existía, en el centro de la ciudad. Pero fue construido por inverneños; los soldados de Primavera se limitaron a supervisar. Muchos de los edificios originales tenían subsuelos, sótanos que dejamos intactos. Para nosotros pasaron a ser túneles, un mundo secreto del que los soldados no sabían. Todos los túneles llevan a...

—¿Afuera?

Apenas hago la pregunta, caigo en mi propio error. Si los túneles llevaran afuera, ya no habría nadie aquí. Aparto la vista de Nessa y Conall antes de que puedan responder.

Nessa se me acerca y sus dedos se dirigen a un grabado donde recorre el trazo de la primera letra.

—Estos túneles ofrecen su propio tipo de escape. Conall y Garrigan me enseñaron a leer con estos grabados. Es importante recordarlos —me dice, y también a Conall, que parece un poquito menos molesto—. Por si acaso.

—¿Por si acaso qué? —pregunto, pero ya sé la respuesta.

Cuando Nessa vuelve a hablar, lo hace con voz triste.

—Por si no sobrevive nadie que recuerde.

Me aparto para que no me vea los ojos llenos de lágrimas. Porque cuando un chico de dieciséis años se convierta en el rey de Invierno, y no queden registros que le muestren la historia de su reino, tendremos que basarnos en los recuerdos borrosos de nuestra gente para saber qué hacer.

Pero estos problemas parecen triviales. Problemas que nos agradaría tener,

cuestiones normales que tienen que ver con la competencia de los gobernantes y la sucesión de las tradiciones. No con la duda de si nuestro pueblo llegará siquiera a sobrevivir para tener tradiciones.

Paso la mano por una línea, deseando saber quién la escribió y poder memorizar estas palabras para decírselas a Mather. ¿A él y a mí nos habrán colocado en cuencos con nieve a los cinco días de nacer?

Un último grabado me llama la atención; las palabras están cubiertas de polvo.

Algún día seremos más que palabras en la oscuridad.

Es difícil caminar bajo todo esto, pero Nessa me toma de la mano y me ayuda a avanzar. Está claro que no es este nuestro destino. ¿Cómo es posible que algo sea más importante que esto? Quiero quedarme aquí abajo, memorizar cada palabra hasta que no pueda pensar, sentir ni respirar otra cosa...

Pero llegamos a la puerta: unos tristes pedazos de madera vieja clavados entre sí. Conall la abre y me muestra algo que es infinitamente más importante que las palabras en la oscuridad.

Personas en la luz.

Nessa apaga su vela y entorno los ojos en la repentina luminosidad, a la vez que levanto una mano para protegérmelos. Me hace pasar y Conall cierra la puerta, con lo que quedamos encerrados en un amplio recinto circular excavado en la tierra, de cuyas paredes, piso y techo sobresalen rocas, demasiado grandes o incómodas para trasladar durante la construcción. Hay velas colocadas sobre restos de cera derretida hace mucho tiempo, montañas de un blanco cremoso que parpadean con extremos anaranjados. Las hay por doquier, en todas las hendiduras, y le dan al recinto un resplandor delicado. Hay más puertas en las paredes, como si esta habitación fuera el eje de una rueda, y los túneles, los rayos. De esas puertas salen más inverneños, que van llegando y llenando la sala cavernosa.

—Ay.

Nessa me agarra la mano. Mis dedos se han clavado en su brazo frágil en busca de apoyo.

—Disculpa. —Me aparto—. ¿Qué es este lugar?

—Tallamos esta sala para conectar todos los sótanos y las bodegas que quedaban —responde Conall en lugar de Nessa, con estoicismo en su voz

profunda—. Estamos en el medio de April, demasiado lejos para excavar túneles por debajo de la ciudad en sí, de modo que esto nos pareció la mejor alternativa. Había que mantenerse ocupado de alguna manera durante dieciséis años de cautiverio.

Trago en seco.

—¿Por qué estamos aquí?

Me mira con enojo.

—Sobreviviste a los primeros días; quieren conocerte. Aunque sea una estupidez tener a tanta gente a la vez aquí abajo. —Hace una pausa mientras reevalúa mi pregunta—. Pero hay otra pregunta mejor: ¿por qué estás *tú* aquí?

Me quedo mirándolo con ojos duros, y digo lo único que puedo.

—Debería haber estado aquí desde el comienzo.

Conall se aparta y levanta las cejas.

—¿Es ella?

La voz resuena en el recinto y silencia los murmullos que nos rodean. Todas las miradas están sobre mí, y me pregunto cuánto hace que están mirándome. Probablemente desde que llegaron. Sin soldados a quienes rehuir, sin castigos que temer, son libres de mirarme boquiabiertos, asombrarse y esperanzarse, siempre que estén en los confines de este refugio que han construido.

La persona que habló se abre paso entre la multitud. Es una mujer, con el cuerpo encorvado por dieciséis años de trabajo duro. Pero apenas sus ojos celestes encuentran los míos, se endereza y deja a un lado todo su cansancio.

—Tú —susurra. Sus dedos ajados se extienden cuando llega hasta mí, y coloca una mano a cada lado de mi cara. Se queda mirándome, mirando a través de mí, y ve algo profundo detrás de mis ojos, algo que hace que su rostro se relaje con satisfacción—. Sí —dice—. Tú eres Meira.

Le retiro las manos.

—¿Cómo lo sabe?

La mujer sonríe.

—Conozco a todos los que escaparon de Angra aquella noche. Los últimos que estuvieron aquí nos contaron sobre ustedes.

Crystalla y Gregg. Retrocedo como si pudiera escapar del recuerdo doloroso. El rostro de la mujer está sereno, en calma. Ella también conserva la esperanza de que los rescaten.

Los inverneños que la rodean no están tan seguros. La mayoría se parece a Conall: torvos y enojados; sienten curiosidad por esta nueva visitante pero no

desperdician su energía en la esperanza de escapar.

La mujer se adelanta.

—Originalmente eran veinticinco, ¿no es así? Lo último que supimos fue que quedaban diez.

Espera, y sé que quiere noticias del mundo exterior, de los sobrevivientes y de cuántos quedan para liderar el ataque contra Primavera. *Ocho*, casi digo. Pero no, ahora son siete. ¿Y quién sabe cuántos más habrán muerto en la batalla por Bithai? Dendera, tal vez. Finn. Greer o Henn. Tal vez Primavera llegó a la ciudad y hasta Alysson está...

Bajo el mentón.

—Siete. Tal vez menos.

Un murmullo bajo recorre la multitud. El número hace que frunzan más el ceño, y siento que su acusación crece. ¡Cómo los decepcionamos!

La mujer me levanta el mentón, sonriendo como si nada hubiera cambiado.

—¿Y el rey?

Siento una punzada de angustia. Mather. Desde que estoy aquí, he logrado no pensar demasiado en él. Su grito final, de despedida, resuena en mi mente, desesperado y petrificado, cuando lo llevaban a la rastra hacia Bithai mientras Herodes se cernía sobre mí...

—Vive —susurro—. Está huyendo para salvar su vida, pero vive.

La mujer asiente. Entrelaza su brazo con el mío y me hace girar hacia el gentío, dando la espalda a Nessa y al hosco Conall.

—Soy Deborah —se presenta, mientras me lleva al centro del recinto. Estamos rodeados por inverneños por todos lados: un mar de cabello blanco, ojos azules y recelo combinado con alguno que otro asomo de esperanza—. Era alcalde de Jannuari. De los inverneños que quedamos en April, soy la de mayor rango.

Deborah hace una pausa como esperando una respuesta de mi parte. Acomodo el brazo que sigue entrelazado con el suyo y estiro los dedos. Aquí abajo hace calor, demasiado calor, y siento todos esos ojos que me observan. Entonces hago la única pregunta que puedo.

—¿Qué esperan que haga yo?

Díganme cómo salvarlos. No sé qué hacer.

Deborah queda un momento en silencio, con expresión distante, como si estuviera elaborando un plan en su mente. Aparta la mirada de mí, hacia la multitud, y me aprieta la mano.

—Ella es Meira —anuncia—. Es una de los veinticinco que escaparon de Angra la noche de la caída de Invierno. Es prueba viva de que su poder maligno no es tan absoluto como quiere hacernos creer.

Ahogo un gemido. Es exactamente lo que nos dijo Sir. Que nuestras vidas importan simplemente porque existimos: somos la prueba viva de que Invierno sobrevivió. A Sir le encantaría ver esta cueva que construyeron y saber que crearon un poquito de libertad en la prisión de Angra. Él encontraría la manera de convertir el odio de esta gente en adoración, y mejor aún, encontraría una manera de sacarlos de aquí.

Él debería estar con ellos. Él o Mather. No yo.

—Ha venido a nosotros como un faro, como los otros que pasaron por April...

Probablemente Gregg y Crystalla estuvieron en este preciso lugar, y tal vez trabajaron en la muralla. Y murieron. Aquí nadie sabe más que el hecho de que se fueron, que Angra los sacó del campamento y nunca regresaron.

—... una luz para traer esperanza a nuestro sufrimiento —prosigue Deborah—. ¡Su presencia significa un despertar, un recordatorio que necesitamos desesperadamente, de que somos más que los esclavos de Angra!

La gente murmura para sí. Los que me miran con esperanza empiezan a sonreír, a asentir, pero los demás simplemente le restan importancia al discurso de Deborah como si no fuera nada nuevo. Como si sus palabras fueran como este recinto: algo hueco y olvidado. Solo otra espada temblorosa que se yergue contra el poder mayor de Primavera.

Deborah me levanta la mano en el aire; su rostro ajado parece tener diez años menos por la alegría. Puedo sentir cómo vienen sus palabras llenas de esperanza; la esperanza de Nessa, de todos esos rostros frágiles que esperan su declaración.

—¡Nosotros somos Invierno! —grita Deborah.

La misma frase que dijo Conall hace un momento. Su significado incita a los esperanzados a lanzar vivas, un puñado de voces contra el desdén dudoso de los demás. Deborah tiene que verlos, a los que miran con enojo y murmuran mientras sus compatriotas aplauden. Tiene que conocer ya el peligro de las falsas esperanzas. Es cruel de su parte darles esto; es cruel que me diga que aquí encontraré otro destino que la muerte.

Bajo la mano y Deborah me mira.

—No. —Mi respuesta es instantánea, irreflexiva, impulsada por algo que se esconde en un rincón de mi alma—. No. Yo solo... solo soy una chica. ¿Qué

creen que puedo hacer? No es justo que usted les haga...

Deborah arquea una ceja.

—*Justo* sería que nunca hubiera ocurrido nada de esto, en primer lugar. *Justo* sería que tú estuvieras viviendo una existencia despreocupada en Jannuari, con una cama abrigada y una familia amorosa. Nada es justo, Meira.

Doy un paso atrás. Todo esto me recuerda tanto a Sir que me duele el pecho. No quiero esa vida tanto como debería. Quiero...

Pero no me sale nada. Nada de mi certeza habitual acerca de lo que quiero, de quién quiero ser, y lo único que puedo pensar, sentir, saber es: *No importa lo que yo quiera.* Aquí no importan mis deseos. Nunca importaron. Mientras yo me aprovechaba sin piedad del hecho de no haber tenido que vivir nunca en cautiverio, ellos estaban aquí.

Ahora solo estoy yo, como dijo Hannah. Sir debería estar aquí, es verdad. Mather debería estar aquí. Pero no están. Y como solo estoy yo, les debo a ellos hacer todo lo que pueda para liberarlos. Aunque muera aquí, mi muerte tendrá importancia, y eso es lo que siempre quise, ¿verdad? Tener importancia. Y la tendré, solo que no dentro de los parámetros que me había fijado; tendré importancia de maneras que sobrepasan mi comprensión de la palabra, porque la tendré de la manera que mi reino más necesite. Eso, creo, es una marca más verdadera de alguien que tiene su lugar: estar dispuesto a hacer cualquier cosa, *todo* lo que sea necesario, sin importar lo que yo quiera.

Apenas mi mente se llena de esos pensamientos, es como si se rompiera un dique y me inundara la necesidad, que me enfría las mejillas y me hace hormiguear las extremidades. Luché tanto y durante tanto tiempo por ser *yo*, por ser Meira en todo esto, por ayudar a Invierno a mi propio modo. Pero esto no se trata de lo que yo quiera; se trata de lo que Invierno necesita. Siempre se trató de lo que Invierno necesitaba.

Mientras Deborah me mira fijamente, mientras los inverneños vuelven a aclamar en grupos tímidos y sosegados, caigo en la cuenta de que me hacen ser más *yo*, estar más presente de lo que me sentí jamás en la vida. Como si todo el tiempo hubiera estado esperando entender cuánto más grande, mejor, más estimulante es esto que cualquier otra cosa que pudiera ser yo sola.

Deborah me apoya la mano en el brazo y lo aprieta con calidez.

—Tu presencia es prueba de que hay vida fuera de las murallas de Angra. —Sonríe a la multitud—. Hasta la nevisca más fuerte comienza con un solo copo.

A la larga, el charloteo entusiasmado se disipa hasta quedar un silencio expectante. No podemos quedarnos aquí demasiado tiempo; esta caverna se hizo para que algunas personas pudieran tener un respiro de vez en cuando, no para que todos estuvieran aquí al mismo tiempo. La única razón por la que hoy se arriesgaron a hacerlo soy yo. La idea me llena de pánico, y me apuro a salir detrás de Nessa sin necesidad de que me insistan.

Ella y Conall me llevan nuevamente por el túnel. Dos golpes en una puerta de madera que está sobre nosotros y Garrigan la abre, se extiende para ayudar a Nessa a subir primero, y luego a mí. Conall sube solo y cierra la puerta; luego vuelve a disimularla con tierra y rocas. Se acomoda junto a la pared de barrotes, y Garrigan, del otro lado. Basta mirarlos a los ojos, ver el modo en que vigilan el camino más allá de nuestra prisión, para saber que están cuidándonos. No es que haya mucho que puedan hacer para protegernos de los soldados, pero es un pequeño consuelo saber que están allí.

Nessa se sienta a mi lado y se abraza las rodillas. Aquí está apenas ligeramente más claro que en el túnel; el cielo aún está en esos últimos momentos fugaces en que el sol flota detrás del horizonte, esperando el momento de irrumpir entre las sombras e inundar el mundo con su fulgor.

Nessa me mira con ojos brillantes.

—Conall va a entender. Todos los demás, también. Es solo que no confían en que puedan tener esperanza.

La miro fijamente en la penumbra.

—Y tú, ¿por qué la tienes?

Aparta la mirada y se concentra en una mancha de su vestido. Sucio y raído, es una manifestación demasiado evidente del tiempo que lleva aquí.

—Cuando te vi en el parque del palacio —dice, y sus palabras son como un rumor contra el silencio del campamento. Todas las demás jaulas están en silencio, un silencio aterrado que impone la amenaza de monstruos en la oscuridad—. Te *sentí* cuando el soldado me derribó a latigazos. Nunca he podido pasar por eso sin gritar, pero cuando te vi mirarnos... no sé. Tuve fuerzas para no gritar.

Me abrazo las piernas y me quedo mirando mis botas.

—Eres mucho más valiente de lo que yo podría ser jamás, viviendo aquí todos estos años. No creo haber hecho nada para ayudarte.

Nessa se acomoda más cerca de mí y apoya la cabeza en mi hombro con un bostezo.

—Yo sí. Y pronto todos los demás también van a creer.

—Gregg y Crystalla —susurro—, ¿creíste lo mismo de ellos?

Porque fracasaron. Pero algo me impide añadir eso, algo que no quiere que recuerde a Nessa lo perdidos que estamos.

Se encoge de hombros.

—Quería hacerlo.

Espero su explicación, pero lo único que oigo son sus ronquidos suaves. Casi es de mañana. ¿Quién sabe qué horrores traerá el día de hoy? Necesito todas las fuerzas que pueda reunir.

Cuando me recuesto contra la pared, con cuidado para no molestar a Nessa, mis ojos se dirigen a Conall. Desde su posición, agachado junto a los barrotes, me observa, y sus ojos azul oscuro parpadean en la noche. Mira a Nessa y otra vez a mí, y algo se relaja en su expresión.

Mather tiene los mismos ojos. Los mismos ojos de zafiro, infinitos e imposibles de interpretar. Me da un vuelco el corazón, pero antes de llegar a sumergirme en recuerdos de nosotros o del pasado, cierro la puerta a los pensamientos sobre él.

Saludo a Conall con la cabeza y contengo el aliento. Después de un segundo o dos, responde el saludo.



Pasan semanas. Cada mañana paso unos minutos horrendos preguntándome si este es el día en que Angra me mandará buscar, pero no lo hace, y los soldados me ponen con los trabajadores que van a la muralla. Trabajo sin agua hasta que se pone el sol, devoro el guiso frío y me desplomo en la jaula. Y cada día, durante el trabajo, durante la espera, me hago la misma pregunta, una y otra vez.

¿Qué puedo hacer para ayudarnos?

Me guardo la pregunta para mí, en el fondo de mi mente, para que nadie más pueda ser castigado por planear una fuga. Pero todas las respuestas que se me ocurren son endebles. Abatir a uno de los guardias... ¿con qué fin? Empujar a algunos soldados al vacío en las rampas... ¿y que me hagan caer a mí también? Tiene que haber *algo*.

Mis músculos no se acostumbran a subir y bajar las rampas, y cada noche tengo espasmos en las piernas hasta que caigo en sueños esporádicos e inquietos, pantallazos oscuros y dispersos que no tienen sentido. Sir y Noam discutiendo en la Llanura de Rania, con el pasto dorado de la pradera golpeándoles las piernas bajo nubes de tormenta. Mather de pie junto a un soldado de Primavera muerto, contemplando el relicario que sostiene por delante como si quisiera dejarlo caer en la tierra. Y Theron, atrapado en un lugar negro como la noche, luchando con dedos ensangrentados contra unas bestias en las sombras.

¿Sabré alguna vez qué fue de ellos? ¿Podré ofrecer mis respetos a Sir, visitar su tumba y darle mi último adiós?

Pero los sueños a los que me aferro son los otros, los que me mostraba Hannah. La historia de la magia, la verdadera razón por la que se hicieron los Conductos Reales. Incluso el pantallazo que vi cuando toqué a Angra, de él encontrándose con Hannah en los campos de Invierno, hablando en susurros de

un trato. Hay algo en todo eso, alguna solución que Hannah trataba de hacerme descifrar, pero lo único que se me ocurre son más preguntas sin respuestas.

Ella dijo que la Decadencia usaba a la gente como su conducto. Que la magia oscura *elegía* a su portador. Si la magia oscura podía elegir a su portador, ¿y la nuestra, entonces? ¿Adónde fue la magia de Invierno cuando Angra rompió nuestro relicario? ¿Acaso eligió ir a otra parte? Son preguntas que nadie se atrevió a formular en dieciséis años, porque era doloroso pensar en cualquier alternativa... o pensar que la magia había desaparecido. Entonces andábamos por ahí con sonrisas falsas y nos asegurábamos mutuamente que nuestra magia estaba esperando que reuniéramos las mitades de nuestro conducto, esperando que reconstruyéramos su portador.

Pero ¿y si había ido a otra parte? ¿Si había encontrado otro portador?

¿O si realmente desapareció, qué?

Pero estas son preguntas a muy largo plazo para mí. Necesito algo que me ayude *ahora*. Entonces ando por allí con mis sueños, los estudio desde todos los ángulos posibles mientras subo y bajo las rampas. Todo tiene que encajar de alguna manera.

Pero no tengo idea de cómo.

Por la noche, Nessa me cuenta sobre su vida. Tiene mi edad, dieciséis años. Su padre era zapatero y hacía los mejores zapatos de Jannuari, y su madre era una de las costureras de Hannah. Tan feroz era la dedicación de sus padres a Invierno que, cuando Angra atacó, ordenaron a Conall, que por entonces tenía diecisiete años, que protegiera a Garrigan, de doce, y a la recién nacida Nessa, mientras ellos iban a ayudar en la defensa. Murieron esa noche, y tanto Conall como Garrigan pasaron los últimos dieciséis años tratando de mantenerse vivos por ella.

Nessa habla de estos recuerdos como si fueran suyos, tal como yo me repetía los relatos hasta estar segura de que yo también había estado en la corte de Hannah y podía recordar un reino cubierto de nieve.

—¿Cómo sabes todo esto? —pregunto a Nessa una noche en que ya no lo tolero. Cuando se me hace demasiado insoportable mirarla, como si estuviera mirando un espejo de lo que debió haber sido mi vida. Criada en un campamento de trabajo, obligada a construir April apenas tuvo edad para mantenerse en pie. Rodeada por lo que queda de una familia y los fragmentos aún más dispersos de un reino, donde cada alma destrozada se aferra a recuerdos que no son de Nessa ni míos.

—Por mis hermanos, y la cueva de la memoria —me responde simplemente. Como si bastara con oír relatos ajenos y leer sobre nuestra historia en líneas garabateadas con prisa en paredes de piedra. Como si esos trocitos minúsculos de información fueran suficientes para ella, para tener algo siquiera.

Nessa vuelve a su relato, acerca de un vestido que hizo su madre. Se suponía que debía ser un vestido sencillo, pero la labor de costura resultó tan delicada que Hannah optó por ponérselo en su boda con Duncan, el padre de Mather. Nessa me expone las palabras como un tapiz cuidadosamente tejido de un pasado que no nos pertenece a ninguna de las dos. Que algún día lo hará.

Me recuesto contra la pared, las rodillas contra el pecho. No puedo evitar pensar que ella tiene razón: cualquier información, por escasa que sea, basta. Pero merecemos más que eso.

Y estoy cansada de esperar que *algún día* llegue.

Algún día seremos más que palabras en la oscuridad.

Llevo esa noche conmigo durante los días siguientes, mientras subo y bajo las rampas. La cueva de la memoria, las palabras grabadas en la piedra, y el suspiro esperanzado de Nessa.

“Estos túneles ofrecen su propio tipo de escape”.

Y me doy cuenta, a través de todas estas tenues expresiones de deseo, estos atisbos de lo que podría ser, de que lo que los inverneños necesitan más que nada es justamente lo que les ofrece la cueva, pero a mayor escala: esperanza. Esperanza de mejorar sus vidas, esperanza de ayudarlos a perdurar. Tengo que creer que Mather todavía está con vida, consiguiendo apoyo y preparando un ejército para marchar contra Primavera, y que algún día logrará derribar las murallas de April. Pero ya sea que yo viva o no para ver ese día, caeré como un remolino furioso que hará que Angra se arrepienta del momento en que ordenó a Herodes ponerme aquí... y que les demostrará a los inverneños que aún hay esperanza.

Me lleno de entusiasmo; me siento inquieta y lista para poner en marcha un plan, cualquier plan. Lamento haberme compadecido de mí durante tanto tiempo antes de *intentar* hacer algo.

Y un buen día, un plan se forma en mi mente. Un plan para abatir a más de uno o dos soldados; un plan para abatir a los suficientes como para que los inverneños tengan que notarlo, tengan que sentir que la carga se aliviana. No

será la libertad, pero sí el primer paso en un viaje más largo. Algo que les levantará la moral.

La ciudad se maneja con la eficiencia y el orden de una máquina cuidadosamente controlada: cada soldado en su sitio, cada puerta bien cerrada. Esto significa que los horarios son la norma, y tras semanas de repetición, la rutina de los soldados se me graba también en la mente. Cuándo vienen a buscarnos cada mañana; cuándo nos encierran todas las noches; cuándo cambian de turno. La repetición los hace eficientes, sí, pero también les da una enorme debilidad: los hace previsibles.

Sé, por ejemplo, que los soldados apostados en las rampas cambian de turno todos los días a mediodía, y que primero las rampas se vacían de inverneños, que se congregan en torno a los niños y sus ánforas con agua. Por un breve instante, no solo no hay inverneños en las rampas, sino que además están cargadas con el doble de soldados de Primavera: los que se van y los que llegan a ocupar sus puestos.

Y aunque Herodes me despojó de armas mucho antes de que llegáramos a April, todavía tengo un trocito diminuto de metal: la hebilla del cinturón que me sostiene los pantalones. Entonces, al final de otro día interminable de trabajo en la muralla, entro a la jaula con Nessa, Conall y Garrigan, espero hasta que los soldados nos encierran, y retiro con todo cuidado la hebilla de la correa de cuero.

Nessa y sus hermanos me observan, encorvada en el rincón, separando la hebilla y usando una pieza para modelar la otra. Raspando metal sobre metal, me concentro tanto que no sé si Nessa intenta decirme algo antes de dormirse, y al llegar la mañana, tengo en la palma de mi mano un hermoso cuchillito. Largo como mi dedo índice, con un borde desgastado formando una hoja. Lo aprieto con tanta fuerza que el borde se me clava en la piel mientras me uno a los demás que van hacia la muralla.

Allí, la rutina no cambió. Fundas, rocas a la espalda, arriba y abajo, arriba y abajo por los tablones que crujen. Antes de subir las rampas, observo la estructura, un vistazo breve que pasa inadvertido. El primer tablón sube desde el lado derecho de la estructura, conectado a las rampas de arriba con postes de madera en cada esquina. Pero si los otros postes estuvieran debilitados y el de abajo se quebrara durante el cambio de turno de los soldados a mediodía...

Si les trae siquiera una pizca de esperanza a los inverneños, valdrá la pena.

Hago girar en mi mano el cuchillo improvisado y lo mantengo preparado entre los dedos, y cada vez que paso hacia uno y otro lado por los tablones,

extiendo la mano y paso la hoja contra los postes que nos sostienen en el aire. Los postes son delgados como mi muñeca; la madera ya está deformada y quebradiza por el sol, y no necesito mucho esfuerzo para mellarlos poco a poco. Pero solo en todos los postes del lado derecho, y solo lo suficiente para ir debilitándolos lenta e imperceptiblemente en el transcurso de los días.

A un lado y al otro. Mella.

A un lado y al otro. Mella.

Tres días de esto, y voy avanzando. Veo desarrollarse líneas finas en los postes, tan poco llamativas que todos pasan de largo y las confunden con el desgaste natural de la madera. Ese tercer día, cuando el sol se alza en el cielo acercándose al mediodía, mi corazón late con más y más fuerza en mi pecho. Casi está listo, casi lo suficiente. Pero ¿y si erré en los cálculos y todo se derrumba demasiado pronto? ¿Y si decenas de inverneños caen al vacío y mueren por mi culpa? No tengo tiempo para responder a mis propias preocupaciones. No calculé mal. No voy a matar a nadie más que a los soldados de Primavera, y los inverneños van a ver que todavía es posible resistirse.

Esto va a dar resultado.

Llega el mediodía con el chirrido del portón. Resuena en el patio como un chillido estridente que me carga de adrenalina. Respiro hondo y empiezo a descender más despacio, de manera de quedar última en la fila de inverneños que bajan a descansar y beber agua.

Exhalo, arrastrando los pies, y observo cómo el último inverneño pone pie en el suelo de tierra.

Ahora.

Los soldados de Primavera pasan en fila a mi lado y suben por la rampa hacia sus puestos. Los cuento y sumo su cantidad a los que ya están arriba. Veinticuatro.

Ahora.

Deslizo el cuchillo una última vez por el último poste, profundizando el surco que formé durante los últimos tres días.

AHORA.

Con un golpe seco, mi hombro da contra el poste debilitado y lo quiebra en dos. Sigo caminando, concentrándome en las personas que van delante de mí, los inverneños que beben agua de cucharones de arcilla. No en las rampas, en los otros postes del lado derecho que van quebrándose, uno tras otro, hasta arriba.

Pop. Pop. Pop. Pop.

Todo se sostiene un momento: la inhalación antes del grito angustiado de terror. Luego, como si todos se hubieran dado cuenta al mismo tiempo de lo que estaba ocurriendo, los soldados de Primavera gritan, y los tablones se desintegran bajo sus pies con un enorme crujido de madera astillándose.

Los inverneños miran boquiabiertos la estructura que se derrumba. Otros soldados corren hacia allá como si pudieran ayudar, como si pudieran evitarlo. Y yo giro sobre mis talones para verlo caer, para ver cómo todo se desmorona, sin poder borrarme de la cara la sonrisa perversa.

Ojalá los sientas morir, Angra, pienso, y se me abre la nariz en un gruñido. *Ojalá sientas cómo se rompen sus cuerpos.*

—¡Tú!

En el caos del derrumbe de la estructura, en la nube de polvo que explota en torno a la madera destrozada, un soldado me mira. Se le crispa el rostro blanco de rabia y me señala con una mano.

—¡Tú hiciste esto! —ladra.

No sé cómo lo sabe. Quizá me vio golpear el poste; quizá me vio sonreír. Como sea que lo sepa, se lo confirmo con una enorme sonrisa y levantando el cuchillito maravilloso. Ya no me importa. Les demostré a los inverneños que todavía es posible resistirnos. No necesito mirar atrás para ver qué emoción los inunda: asombro, alivio o miedo. Sea cual fuere, a la larga se convertirá en esperanza. A la larga dará inicio a su nevisca.

Y habría podido quedarme absorta en ese pensamiento, dejar que el destino que fuere cayera sobre mí como un diluvio, de no ser por el súbito grito que horada el aire.

—¡No la lastimen!

El niñito. El mismo al que reprendieron por ofrecerme agua aquel primer día, el que me ha observado cada día desde entonces, con sus redondos ojos azules afligidos, curiosos y decididos a la vez. Cada día me mira, sosteniendo con fuerza su cucharón con agua. Y cada día se acerca medio pasito más hacia mí, como si quisiera romper las reglas, como si quisiera ayudarme, pero siempre cede al miedo antes de llegar más lejos.

Pero hoy se desprende del miedo y arroja su cucharón, que se hace añicos en el suelo. Corre por el patio hacia mí, esquivando a las decenas de inverneños que siguen mirando boquiabiertos el montón de madera, polvo y rocas que aún no termina de asentarse, los escombros entreverados con los cuerpos de los soldados.

Toda la atención se desvía hacia el niño, que corre gritando:

—¡No la lastimen! Quiero que viva... ¡No la lastimen! ¡DEJEN DE LASTIMARNOS!

Su voz se clava en mí, más filosa que el cuchillo que tengo en la mano, más letal que la estructura que acaba de derrumbarse. Me aferro el pecho y mis dedos se clavan a la altura del corazón.

Va a hacer que lo maten. Por mí.

El soldado se da vuelta cuando el niño se detiene delante de él. El niño tiene la carita enrojecida de furia, los puñitos cerrados, los ojos encendidos de ira. Grita al soldado como si solo eso bastara para impedir un ataque, y allí se queda, firme en su posición.

El soldado parpadea sorprendido antes de reaccionar. Veo suceder todo en un pantallazo aterrador y grito una sola palabra que atraviesa mi confianza, mi satisfacción por haber matado a tantos hombres de Angra de una sola vez, el entusiasmo que me había provocado este plan.

—¡BASTA!

Pero nada se detiene. Ni el soldado, ni los hombres que están detrás de él, removiendo los escombros, sacando a algunos compañeros que siguen con vida. Ni la comprensión que empieza a invadirme, que me muestra lo que acabo de hacer, lo que está pasando alrededor.

Podría haber matado a mi propia gente. Y ahora el niño va a sufrir por ello.

—Basura inverneña —dice el soldado con desprecio. Arranca un látigo de un gancho en su cinturón y lo despliega con un solo chasquido que deja al niño de rodillas y le arranca carne de sus músculos frágiles.

—¡Basta! —grito otra vez, y me lanzo hacia él, pero unas manos frías me retienen y el cuchillo se me escapa de la mano y cae al suelo. Forcejeo con dos hombres inverneños que me sostienen pero no me sueltan, con expresión decidida y enojada.

—Estás empeorando las cosas —gruñe uno, y me tira hacia atrás. Más lejos del niño, que vuelve a gritar; lo único que se oye además de su grito es el chasquido del látigo.

—No puedo quedarme aquí parada —replico—. No puedo seguir sin hacer nada.

No me arrepiento de haber causado el derrumbe de las rampas. No me arrepiento de haber actuado. Pero siempre voy a arrepentirme de dejar que

lastimen a cualquier inverneño cuando habría podido ayudarlo, habría podido salvarlo.

Se me llenan los ojos de lágrimas y se me nubla la vista. Los hombres me sueltan cuando los empujo y me lanzo hacia el niño. Ahora tiene la espalda ensangrentada; gruesas líneas color granate corren por entre una gran mancha escarlata. Me arrodillo frente a él y acuno su cabecita blanca mientras él se acurruca en el piso de tierra. Lo aferro como debería haber aferrado al hombre, mientras el peso de su piedra negra lo arrastraba fuera de la plataforma, haciéndolo caer al vacío como un imán atraído por su compañero. Indefenso y solo, cayendo y cayendo, abandonado a su muerte mientras ruge una batalla a su alrededor, mientras yo vuelo por el aire por un cañonazo y a Mather lo llevan a la rastra a Bithai...

El látigo estalla pero esta vez lo detengo; el cuero se me enrosca en el brazo y queda firme. Aferro el extremo más grueso y tiro de él, y de ese tirón que me lo clava en la piel lo arranco de la mano del soldado. Los ojos del hombre se abren con asombro y luego ladra pidiendo ayuda a los que están cerca, a los otros soldados que vacilan entre salvar a sus camaradas y el pánico creciente en torno al niño y a mí.

Giro hacia el niño, con el látigo aún enroscado en el antebrazo.

—Vas a estar bien... —le digo, pero le veo la espalda. Le mana sangre por los costados por la piel desgarrada, y se le ven las costillas como islas blancas en un mar rojo sangre. No se mueve, no llora, no hace más que quedarse acurrucado en la tierra.

Mis manos van a su nuca.

—Lo siento mucho —susurro, y apoyo la frente contra su cabello apelmazado. Se retuerce, una chispa de vida en mis manos—. Voy a componer esto, de alguna manera, voy a salvarte.

Esto está muy mal. Y no puedo cambiarlo, no pude impedirlo, lo empeoré... *Yo le hice esto.*

Un frío convierte mis miembros en hielo, me congela tanto los pulmones que estoy segura de que mi aliento sale como escarcha. Todo en mí se vuelve frío como la nieve, y mis manos se endurecen como una jaula en torno a la cabecita del niño. Un frío maravilloso; cada fibra de mi ser se retuerce como las ramas cubiertas de hielo en un bosque. ¿Será que estoy muriéndome? ¿Acaso el horror de todo esto me está llevando a la muerte?

Así me sentí cuando murió Sir. Este frío incontenible, y todo el cuerpo

entumecido.

Los soldados interrumpen el vórtice nevado de mi pánico; sus dedos ásperos me aferran y me tiran hacia arriba, me arrancan el látigo del brazo y me apartan del niño. Forcejeo con ellos, les lanzo puntapiés, lucho por volver con la criatura.

El niño me espía por entre sus dedos, con los ojitos azules llenos de lágrimas y...

Alivio.

Está aliviado. Quedo boquiabierta; no sé muy bien si lo que estoy viendo es real o una imagen distorsionada que deseo con todo el corazón que sea real. Miro más allá de su rostro hasta su espalda; su espalda, que debería estar ensangrentada y desgarrada... ya no lo está. Por su camisa rota se ve piel blanca limpia que brilla al sol caliente, ni una cicatriz ni un raspón, ni siquiera un corte. Como si nunca lo hubieran azotado.

Los soldados que me sostienen también lo ven. Todos lo ven, y el mismo alivio alcanza a todos los inverneños. El niño está sano.

Me recorre una oleada de frío, y quiero disfrutarla por siempre; que los copos helados cubran mi cuerpo, que me lleven a algún lugar donde esté en paz y a salvo. Ninguno de los que me rodean parece percibir el súbito frío que siento, y me pregunto si estaré alucinando.

Los soldados salen de su estupor antes que yo. Sus manos me aprietan los brazos, sus dedos resbalan en la sangre que baña mi piel donde el látigo se me incrustó en el antebrazo. Me llevan a la rastra, entre la multitud de inverneños, que me miran pasar boquiabiertos.

Ella hizo caer las rampas. Ella sanó al niño.

Un inverneño se adelanta. Uno de los muchos que me miraban con suspicacia y odio, que desconfiaban de mí igual que Conall. Su rostro se relaja en una sonrisa tan genuina y pura que tengo la impresión de que todos los cimientos de April se van a partir en dos; alza los brazos, echa la cabeza hacia atrás y grita. Su grito de júbilo es la onda expansiva que desata a los demás, y más gritos y alaridos surgen de los inverneños como si su entusiasmo se hubiera estado acumulando desde que se quebró el primer poste. Los soldados levantan la vista de los cadáveres de sus camaradas muertos y de las rampas caídas. Sus prisioneros nunca habían tenido tanta alegría. ¿Cómo hacer para detener eso?

Estoy tan absorta en la euforia que me rodea que no me doy cuenta de que los guardias me están llevando a April hasta que el portón se cierra a mi espalda.

Pero ni siquiera cuando los gruesos barrotes de hierro quedan en su lugar se disipa el frío de mi cuerpo. Los vítores de los inverneños no cesan.

Angra puede oírlos, estoy segura. Puede sentir el cambio en el aire, la alegría que se expande como ráfagas de nieve por el campamento de trabajo de April. Recupero la sonrisa, que irrumpe en mi cara.

Pronto sabrá que la nevisca empezó conmigo.



Cuanto más nos acercamos al palacio de Angra, más se van disipando mi alivio y mi asombro.

Este es el momento que había temido desde mi llegada: Angra va a someterme por medio de la tortura. Me hará suplicar por la muerte hasta que le diga cómo derribé las rampas, cómo sané a ese niño, y cuando no se lo explique (*no puedo* explicarlo, al menos no lo del niño) hará que Herodes me torture.

Un estremecimiento me devora las entrañas. No, no le temo a Herodes. No le temo a Angra. *No tengo miedo*.

Pero Angra me matará antes de que pueda volver a hablar con Nessa. Antes de que pueda hacer algo para ayudarlos, incluso quizá salvarlos. Y habiendo visto lo que le ocurrió al niño...

Quiero lanzar una carcajada de incredulidad mientras los soldados me llevan por las calles de April. El niño está bien. Aun mientras lo pienso, el asombro me quita la necesidad de reír, la apaga como el viento apaga una vela.

¿Cómo pude hacer eso?

Nessa, Conall y Garrigan levantan la vista desde sus tareas en el jardín de Angra cuando pasamos. La expresión de Nessa pasa de la indiferencia al pánico en dos parpadeos, y su cuerpo se yergue con una comprensión impotente. Empieza a avanzar hacia mí pero Garrigan la detiene, la rodea con sus brazos y le susurra algo al oído.

Conall también me ve, con una mirada peligrosamente oscura. Aparto mis ojos de él antes de llegar a ver su decepción, antes de que sus ojos me digan: *Sabía que tú también morirías*.

No voy a morir. Hoy no. No después de lo que pasó, de lo que hice, de lo que puedo hacer por ellos. Pero ¿qué es lo que puedo hacer por ellos? Ni siquiera sé

cómo lo hice, de dónde provino... Sané al niño.

Lo sané.

—Déjennos.

La voz de Angra resuena en el salón del trono. Hay un grupo de consejeros de alto rango apiñados en torno a su estrado; los soles negros y los ribetes dorados de sus uniformes brillan con la luz que se filtra por las aberturas del techo. Se apartan al oír la orden, y todos los ojos se dirigen a la niña inverneña golpeada a la que dos de sus soldados traen hasta el trono.

Uno de los asesores es Herodes. Sonríe con desdén y mira a su rey como pidiéndole permiso, pero la voz de Angra vuelve a retumbar.

—Dije *déjennos*.

Los consejeros recogen los papeles que habían esparcido sobre las mesas cercanas al estrado de Angra y se retiran por diversas puertas. Quedo colgada entre los dos soldados al pie del estrado. Angra se reclina en su trono, con el báculo en una mano, como de costumbre. Sus ojos verdes son agudos y letales, y me mira como si yo fuera un perro premiado al que piensa comprar.

—Informen —gruñe.

El soldado que está a mi derecha se pone en posición de firme.

—Derribó la rampa de trabajo en la muralla y mató e hirió a muchos de nuestros hombres. Además... —Hace una pausa y sus ojos me miran brevemente pero se apartan enseguida, como si pudiera fulminarlo con solo una mirada—. Sanó a un esclavo.

Mis pulmones rehúsan dejar entrar más aire; se cierran como si supieran lo inútil que es seguir respirando. No sé qué soy, qué puedo hacer, pero Angra va a torturarme hasta que lo averigüe o yo muera.

Angra se pone de pie.

—Retírense —ordena.

Ambos soldados dan media vuelta, y el sonido de sus botas sobre el piso de obsidiana se va perdiendo hasta que solo queda silencio. Cierran las puertas al salir.

Ahora solo estamos Angra y yo. Angra, yo y los latidos sordos y huecos de mi pulso, que resuenan en la gruesa roca negra del salón del trono. Tenso los músculos tratando de contener el miedo en el fondo de mi mente.

Pase lo que pase, haga lo que haga Angra, soy parte de la corriente mayor de Invierno, y eso es algo que nunca podrá quitarme.

Los dedos de Angra juegan distraídos con el báculo.

—Conque derribaste una rampa, ¿eh? ¿Y *además* sanaste a un esclavo?

Su rostro está impasible, y de alguna manera esa falta de emociones resulta más aterradora que cualquier otra cosa. Lo sorprendí. Y no le agrada que lo sorprendan.

Angra se adelanta. Sonríe, con toda compostura, y me analiza con palabras provocativas hasta poder descubrir lo que hice, cómo evitar que vuelva a sorprenderlo.

—Está claro que no has aprendido cuál es el lugar de un inverneño, si crees que puedes hacer cosas como estas sin consecuencias. Pero no temas: Herodes se pondrá más que contento de poder enseñarte cómo debe comportarse un esclavo. Tal vez debería haberle permitido enseñarte etiqueta desde el comienzo.

La mención de Herodes es como un rayo en un día despejado y me hace dar un respingo. Trastabillo hacia atrás con los ojos muy abiertos, y tomo aliento rápidamente. La sonrisa de Angra se extiende. Se da cuenta de que ha dado con una debilidad.

—Mataste a mis hombres —murmura, casi para sí—. Y sanaste a un esclavo. No será muy difícil averiguar cómo hiciste una de esas cosas, pero ¿la otra? Llegaste aquí sin nada más que esa piedra, de modo que ¿qué, exactamente, te dio el poder de sanar a alguien? —Angra da un paso hacia mí—. ¿Será que cierta reinita muerta te ha estado ayudando? ¿Acaso te está dando información con la esperanza de que triunfes donde hasta su hijo fracasó?

Lo miro boquiabierta. Hannah. ¿Cómo supo...?

Pero Angra termina de bajar del estrado y se detiene tan cerca que alcanzo a ver la ira que hay detrás de su expresión, la amenaza de explosión en caso de que yo haga algo equivocado o me niegue a colaborar.

—Yo lo veo todo —susurra con furia—. Lo controlo todo. Sé que sigue conectada con la magia de Invierno, pero no pensé que cometería la estupidez de usar su poder en mi reino, especialmente por medio de una niña que no vale nada. Vas a decirme qué te ha dicho Hannah, de qué manera está pasándote la magia, y luego voy a exprimir de tu cuerpo hasta la última pizca de esa magia.

Trago en seco, con la garganta apretada. Vienen a mi mente los ojitos del niño, tan abiertos, con tanto asombro y alivio, y su espaldita curada.

—No lo sé —murmuro. Me sorprendo de mis propias palabras. No pensaba

hablar. Solo... hice algo. Soy poderosa.

—Yo creo que sí —repone Angra.

Levanta una ceja y mira la esfera de su báculo. De allí empieza a salir oscuridad, una larga sombra que se arremolina en el aire y le envuelve la mano como una enredadera que se abraza al tronco de un árbol. La línea de sombra se desenrosca de la mano de Angra y traza un gran arco hasta formar un círculo en torno a mi cabeza. Juega conmigo, me provoca acercándome la magia a la cara. Su oscuridad contrasta con los rayos de sol que entran por las aberturas del techo.

La miro extasiada. Nunca había *visto* magia. Esto... Esto no es magia.

Esto es la Decadencia.

—Estoy seguro de que Hannah te puso en la cabeza cierta información muy interesante —prosigue—. Me gustaría ver qué te ha estado haciendo.

Ahora estoy jadeando; la sombra está frente a mi nariz.

—¿Con todo su poder, todavía no lo sabe?

El rostro de Angra se crispa, y revela toda la ira que hierve detrás de su apariencia atildada.

—Te pusieron en una jaula con... ¿quiénes eran? I-3219, I-3218 e I-2072. Lo que sí sé, R-19, es que mi necesidad de saber lo que tienes en la cabeza es mayor que mi necesidad de mantenerlos con vida. ¿Quieres que los traiga aquí? Me parece que te importa mucho si viven o mueren.

Me muerdo la lengua para no reaccionar. Angra relaja la frente, complacido. La línea de sombra palpita delante de mi cara, la manifestación de su amenaza.

—Ah, sí te importa. Ya me parecía. —Se acerca más, demasiado; está a menos de un brazo de distancia, y solo nos separa la línea de sombra—. Probablemente también te importaría —prosigue, su voz como un ronroneo grave— si ordenara a mis soldados que no se molesten en traerlos aquí. Si los hiciera matar donde se encuentren. O mejor aún, si dejo que Herodes los torture. Tal vez debería...

—Voy a matarlo —escupo, y me lanzo hacia adelante pero me detengo un segundo antes de la línea de magia oscura, con los puños cerrados. No puedo evitar mi deseo frenético de arrancarle el corazón, pero sé que es inútil. No puedo impedir que haga de Nessa, Conall o Garrigan el próximo juguete de Herodes; no puedo eludir esa cuerda palpitante de oscuridad que se me acerca más y más, hasta que siento miedo de respirar demasiado hondo para no inhalarla.

—¿De veras? Porque me parece que no tienes opción. Nadie la tiene.

Tengo sangre en la boca. De tanto morderme la lengua la perforé, y esa lucidez que produce el dolor es lo único que me impide atacar a Angra a través del aura de magia oscura. Me concentro en el dolor, no en la línea difusa de oscuridad, no en las palabras provocativas de Angra. Su voz suave y palpitante, que suena tan serena, tan dulce, hasta que el significado de sus palabras se manifiesta. Más allá de nosotros, la obsidiana negra del salón vacío refleja la luz del sol y nos observa como una audiencia incorpórea.

—Es liberador no tener opción. Y después de un tiempo, ya no es necesario obligar a la gente a hacer ciertas cosas. Como Herodes, por ejemplo: ha aceptado con mucho fervor las opciones que elegí para él. Va a disfrutar destruirte.

Frío. Todo está frío. El mundo es hielo, recubierto por una maravilla gruesa y sólida, nada más que superficies resplandecientes y bocanadas de aliento congelado. Estoy encerrada en él, soy parte de él; mis extremidades se endurecen como las ramas irregulares de un árbol cubierto de hielo, suspendida en un estado de hibernación mientras el mundo se congela a mi alrededor. Mis huesos se transforman con una sensación demoledora, se mueven contra el hielo y lo hacen trizas mientras mi cuerpo avanza, los dedos como garras, la boca abierta en un chillido ensangrentado mientras me lanzo a través de la sombra contra el rostro de Angra.

Apenas la nube negra me toca la piel, comprendo mi gran error. La desesperación abrió mi mente para él, y mis defensas se desmoronan al tiempo que la sombra se disipa entrando en mi cabeza, penetrando en mi cerebro y llenando cada hendija con una perversión antigua y polvorienta. Me detengo; me obligan a salir del frío, frío, frío del mundo hacia mi propia tortura impregnada de calor. La sombra recorre mis pensamientos, bucea en mis recuerdos, maltrata mi cerebro mientras me sacude incontrolable hacia adelante y atrás.

Angra recupera un atisbo de su compostura. Ahora su poder está dentro de mí, hurgando en mi mente, anidando en mi interior como la tinta en los libros.

Vas a decírmelo todo, lo siento decir. Las palabras son mis propios pensamientos, ávidos y profundos, y me tapo las orejas como si pudiera sacarlo de mi cabeza. *O dejaré que Herodes se divierta contigo primero, y luego con esos esclavos con los que estabas, y luego con todos los inverneños que poseo. Haré que los mate a todos.*

No, no lo hará. Voy a detener a Herodes. Voy a matar a Angra antes de que le haga eso a nadie más.

Veo rostros e imágenes de mi pasado mientras Angra sigue hurgando en mi cabeza: Mather y Sir, la Llanura de Rania, yo en brazos de Theron mientras bailábamos en Cordell. La nieve cayendo, suaves copos blancos que recubren las calles empedradas de Jannuari...

Me invade el frío, un frío maravilloso. Estoy de pie en Jannuari; mis pies descalzos se hunden entre los adoquines mientras los copos de nieve se me adhieren a las pestañas y hacen brillar el mundo. ¿Por qué estoy aquí? Hace mucho frío, y cada nervio de mi cuerpo se estremece con aquella maravillosa gelidez.

Sé cómo quebrarte, llega la voz de Angra. *Sé cómo quebrarlos a todos ustedes que tanto anhelan lo que no pueden tener. En su desesperación, revelan su debilidad.*

No, estoy en April, no en Jannuari. Estoy en el palacio de Angra, los inverneños me necesitan y Nessa va a morir si no me mantengo consciente. No soy mágica, no soy nada especial. Solo soy Meira.

No, no soy *solo* Meira. Soy... soy algo...

Qué frío hace. Amo el frío.

Dime lo que más quieres en la vida, Meira. Voy a aprovechar tus debilidades. Voy a retorcerte la mente hasta que te hagas pedazos en mis manos. Yo te controlo a ti, a Invierno, a todo.

Angra levanta una mano con lentitud dolorosa y la apoya en mi frente. Más nieve que cae y cae, copos serenos que me atraen a Jannuari, donde hay silencio y calma y donde nunca en mi vida me sentí tan segura.

El relicario. Angra todavía lleva la mitad del relicario colgada al cuello: el copo de nieve sobre el corazón de plata. Llevamos tanto tiempo buscando el conducto...

Ahora voy a quebrarte con lo que más quieres. Tu mundo perfecto.



La sala del trono de Angra va desapareciendo, y la negrura se va convirtiendo en una ciudad. No, no es cualquier ciudad: es la Jannuari de mis recuerdos armados con fragmentos.

Y ESTÁ NEVANDO.

Me doy vuelta. Los adoquines están resbaladizos por el hielo, y el frío que sube por mis pies descalzos me llena de euforia. El aire está cargado del aroma terroso del carbón y los minerales de refinación, que lo cubren todo de una bruma gris. Este es mi lugar, Jannuari. ¿Cómo pude estar en otra parte?

La falda de mi vestido gris pálido está rasgada, manchada por el uso y la pobreza. El algodón fino deja que más rayos de frío me envuelvan el cuerpo mientras estoy de pie en la calle, sonriendo a una figura que corre hacia mí por la nieve. Nessa.

—¡Meira! La cena está lista. Tu madre me envió a buscarte.

Mi madre. Algo me presiona la mente... Creo que no tengo madre.

No, claro que la tengo. Siempre tuve madre.

—¡Meira, vamos!

Nessa me toma de la mano y me lleva calle arriba. Está feliz, sana, llena de una vida de amor y seguridad, y sus ojos brillan mientras los copos de nieve se le adhieren al cabello.

Con una mano me recojo la falda y corremos juntas por la calle, donde hay inverneños acomodando vidrieras o martillando herraduras en una herrería. Trabajos que deberían estar haciendo, en lugar de...

Ellos también están mal. Mal como mi madre. Incluso Nessa está un poquito mal, y esta ciudad está mal, aunque sé que existe.

—Esta noche viene a cenar —susurra Nessa, alegre de traerme el chisme.

—¿Quién?

Nessa ríe, y el sonido hace que el aire brille más aún. Me lleva por un sendero hasta una cabaña pequeña de dos plantas y, al abrir la puerta, la luz cálida del fuego se derrama sobre el sendero cubierto de nieve. El amarillo se mezcla con el gris de Jannuari: la calidez y la nieve. Pero no es una calidez mala; es perfecta.

—¡Ahí está! —exclama una voz cuando cruzo el umbral.

A la izquierda, en el fogón, hay un cuenco con brasas anaranjadas donde se está calentando un caldero con guiso. Conall está sentado a una mesa de madera con un atadito que gorjea en sus brazos; detrás de él, una mujer le apoya las manos en los hombros. ¿Su esposa? Seguramente. Garrigan también está agachado delante de su esposa, junto con dos niñitos que lo miran con admiración mientras les cuenta una historia en la que simula apuñalar a un enemigo.

Detrás de la mesa, una mujer menuda y de andar elegante sale de una habitación del fondo, con el rostro manchado de harina y enmarcado por rizos blancos.

—¡Ven, Meira! Ya está por llegar —dice. Es Alysson.

Nessa se sienta a la mesa.

—Tu madre se pasó el día cocinando.

Mi madre. Alysson es mi...

—¡Dense prisa, todos! Ya llega su carruaje.

Oigo una voz estentórea detrás de mí. Me doy vuelta y veo entrar a un hombre, que se sacude la nieve del cabello. Los copos sueltos se me derriten en la piel y me producen escalofríos que me suben por los brazos. Lo conozco. Sus ojos azul oscuro, su barba entrecana y su cabello blanco recogido con tirantez...

Alysson es mi madre... o sea que Sir es mi padre.

Se me hace un nudo en la garganta por la alegría, y los ojos se me llenan de lágrimas calientes. Es mi padre. Claro que lo es... Siempre quise que fuera mi padre.

Una punzada de dolor atraviesa mi alegría y caigo hacia adelante; mis rodillas dan un golpe seco en el piso de madera, y los pensamientos me golpean la mente, fuertes y decididos.

Una vez lo llamé padre y sí, Sir, no, Sir. Tú no eres mi padre y yo no soy tu hija, y lo único que quise siempre fue que me miraras...

Esto no está bien. Él existe, sé que existe, pero no así.

—Meira. —Sir también se pone de rodillas; sus manos me toman la cabeza y me hacen mirarlo. Tiene el rostro apacible y preocupado, y se le arruga la frente —. ¿Estás bien?

Él está mal. No debería estar aquí... le pasó algo, algo horrible.

—Soñé que morías —susurro.

La preocupación de Sir se transforma en una sonrisa y me atrae hacia él, me envuelve en sus brazos gruesos y me deja recostarme contra su pecho.

—Mi dulce niña. Fue solo un sueño.

Está frío por el aire exterior y huele a nieve, limpio y fresco. Los botones de su camisa me pellizcan la mejilla cuando apoyo la cara contra su pecho, absorbiendo la sensación de él en torno a mí. Así es el amor. Él me ama. Es mi padre y soy su hija y es todo lo que tengo, todo lo que necesitaré jamás.

—¡Ya viene! —exclama Alysson—. ¡Llegó el príncipe!

Sir me acomoda en una silla que está de frente a la puerta de calle. La oscuridad de la nevisca más allá de la puerta abierta parece un sueño del cual podría materializarse cualquier cosa, y Nessa me toma la mano desde su silla, a mi lado, en el momento en que aparece un hombre. Lo cubre un uniforme militar azul brillante, y sus botas negras lustrosas brillan con el resplandor del fuego. La nevisca lo empuja a nosotros como si lo hubiera creado, como si le hubiera dado forma desde lo más profundo de mi mente.

—Gracias por recibirme —dice, e inclina la cabeza, como el príncipe que siempre ha sido. Rostro fuerte y seguro, ojos vibrantes y atentos, y memoriza a cada persona que está en la habitación como si quisiera conocernos de memoria.

Se detiene frente a mí. La mano de Nessa aprieta la mía y me corta la circulación de la sangre a los dedos.

—Meira —dice Mather. Mi nombre, una sola vez; solo esas dos sílabas que resuenan en mí como si no existieran otras palabras. Solo nosotros. Como debió haber sido.

Explosiones. Mather, aterrado, gritando mi nombre. Gritando y gritando...

No lo amo. No puedo amarlo, de modo que no lo amo, ya no. Es demasiado difícil amarlo.

Mather se sienta enfrente, sin apartar los ojos de mí en ningún momento. Alysson se acerca al fuego y espanta a Garrigan y su esposa e hijos. Se incorporan a la mesa, Conall y Garrigan y sus esposas, y Nessa con su familia feliz, y yo con mi familia feliz.

La puerta de calle sigue abierta. Detrás de los copos de nieve, un atisbo de cabello blanco me hace saltar de la silla y arrancar mi mano de la de Nessa.

Alysson sirve guiso en unos tazones.

—Meira, siéntate, por favor. La cena ya empezó.

Pero no puedo sentarme. No puedo apartar mis ojos de la puerta, de la nieve, del cabello blanco que vuela con el viento y se enreda en torno a una cara... ¿Quién es?

Sir me toca el brazo.

—¿Qué ves, mi dulce niña?

Me gritó cuando era pequeña y nos encontraron a Mather y a mí riendo en la tienda de reunión, cubiertos de tinta...

No... ¿Por qué habría estado yo con el príncipe siendo pequeña? Doy la vuelta a la mesa; desde más allá de la puerta, el cabello blanco me atrae como si me tirara con una cuerda.

—Meira. —Mather se recuesta en la silla y sus dedos recorren mi brazo—. ¿Qué pasó?

Aquí estoy muy segura. Tengo todo lo que podría desear. ¿Cómo podría pasar algo malo? Esto es perfecto, es lo correcto, y tengo que decirle todo a Mather porque él es perfecto.

—Sané a un niño —me oigo decir. Pienso que el cabello blanco de afuera pertenece a la madre de Mather, la reina. Dicen que es hermosa—. Soy importante para el reino.

—Sí, Meira. —Mather se pone de pie y su silla se desliza sobre la madera—. Claro que eres importante. ¿Por qué?

Toma mi mano, pero la sensación de su mano, de él, es un súbito contraste con el cuadro perfecto que me rodea.

—No, no soy buena para ti —me oigo decirle—. No estoy a tu altura.

Sir cruza las manos sobre la mesa y nos mira.

—Solo te dije eso para que no pusieras en riesgo nuestro futuro. A veces, las mentiras son más fuertes que la verdad.

—¿La verdad?

El dolor ya familiar me palpita en la sien, amenazando hacerme pedazos si yo no... ¿qué? Necesito sentarme y cenar y conversar con Mather, decirle por qué soy importante, porque esto es todo lo que siempre quise. Estar aquí.

—Meira —llama una voz desde afuera. La reina está aquí. ¿Por qué nadie la hace pasar?

Me acerco a la puerta, y mis pies apenas están llegando al umbral cuando Mather me aferra el brazo.

—¿De dónde proviene tu magia? —pregunta, agitado. Se lo ve asustado, desesperado, y sus ojos reflejan mi propia inquietud. Se parece mucho a Sir. La misma mandíbula fuerte, los mismos ojos color zafiro, el mismo velo sin emociones. Nunca lo había notado.

—La magia viene de... —¿Por qué estoy respondiéndole? No debería preguntarme por esto. Doy un paso atrás, hacia la puerta y hacia la nevisca—. La magia viene de los Conductos Reales.

Mather frunce el ceño.

—¿Conductos? No, Meira. —Se pasa la lengua por los labios y hace otro intento—. ¿Cómo es que tienes magia? ¿De qué manera Hannah está dándote magia? Tienes que decírmelo.

—Ya te lo dije —insisto—. Solo los conductos tienen magia. Hannah no está dándome nada.

—Meira —me llama Hannah. Doy la espalda a la habitación, a la cálida luz del fuego, a las risitas de Nessa y a Sir que me llama dulce niña y a Mather que me llama con un grito y trata de detenerme. A todo lo que siempre quise, porque Hannah me necesita y tengo que ir con ella.

Apenas salgo de la cabaña, siento calor detrás de mí, una oleada cálida demasiado intensa para provenir del fogón. Me doy vuelta y la cabaña se desintegra, se pliega sobre sí misma como si no pudiera sostener el peso de la noche que la rodea. Pero no, no está desintegrándose: está ardiendo, pieza por pieza, hasta quedar reducida a una pequeña pila de cenizas humeantes. Quedo boquiabierta mientras las sombras de la noche se elevan por encima de las cenizas y las absorben en un vacío negro asombrosamente puro. Las sigue la ciudad misma: todo se pliega sobre sí mismo y se desvanece, hasta que Jannuari desaparece y me quedo parada en un rayo de luz.

—Meira, ahora tengo yo el control. No Angra —dice Hannah, con voz urgente, como si estuviera luchando por mantenernos a salvo.

Sacudo la cabeza. ¿Angra tenía el control? ¿De qué? No, ahora estoy a salvo, ya no estoy en la magia negra de Angra. Hannah está protegiéndome porque él me sacó cosas de la cabeza. Trató de quebrarme, pero ahora estoy a salvo, a salvo...

Hannah espera detrás de mí, y el espacio que nos rodea está lleno de copos de nieve que bailan al viento. Como si estuviéramos cubiertas, sostenidas por brazos invisibles que impiden que la oscuridad nos alcance. Angra no puede tocarnos aquí. Él no quería que saliera de la cabaña. Quería que me quedara adentro, donde era acogedor y yo le contaría todos mis secretos. Pero me fui, y Hannah está usando su conexión con el conducto de Invierno para hablarme, como viene haciéndolo siempre.

Su conexión con el conducto de Invierno, no la piedra azul. Nunca hubo magia en la piedra azul. Solo los Conductos Reales tienen magia.

Me doy vuelta y la nieve cruje bajo mis pies. Hannah me da la espalda; su cabello vuela con la tormenta. A mi alrededor se arremolinan explicaciones, pero no provienen de ella, sino de mí. Aquí mi mente se tranquiliza, en este espacio entre el sueño y la vigilia, y al hacerlo, la información sale a la luz, súbitos estallidos de claridad que nunca habría visto sin ayuda.

—Angra rompió tu conducto, pero la magia es más poderosa de lo que incluso él sabe. —Las palabras salen desde una parte delicada de mí que se entrega, un espacio misterioso en mi corazón que me conecta con Hannah. La magia. Esa parte siempre supo la verdad—. Estabas desesperada ante la caída inminente de Invierno, y por eso te rendiste a tu conducto. Dejaste que te dijera todo. La verdad detrás de la magia, y que si un Conducto Real se rompe en defensa del reino, el rey o la reina de ese reino pasa a ser el conducto.

Este conocimiento surge en mi mente; la magia me entrega esta última pieza que me permite armar el resto del rompecabezas. Los Conductos Reales están conectados a los linajes de los reinos. La magia siempre necesita un portador, y con un portador humano, la magia no tiene las limitaciones que existen cuando el portador es un objeto. La vida y la magia pura habrían sido una bella combinación, como un fuego alimentado por un combustible sin fin. Entonces, si los gobernantes hubieran permitido que se rompieran sus conductos al enfrentarse a la Decadencia, ellos mismos se habrían convertido en los conductos de sus reinos. Con todo ese poder, habrían podido destruir a la Decadencia y el mundo habría gozado de inmensa prosperidad.

Pero la magia de los conductos solo funciona si el portador reconoce la magia y elige usarla, y los conductos solo brindan respuestas cuando la gente deja de lado su voluntad egoísta y se atreve a rendirse por el bien de su reino. Es una magia que depende de las elecciones, y nadie eligió rendirse hasta que lo hizo Hannah.

Hannah cambia de posición en la nieve e inclina la cabeza hacia atrás.

—¿Dónde está ahora la magia de Invierno?

—Tú no sabías que estabas embarazada. Y luego Angra te mató —susurro. Hace mucho frío. El frío me atraviesa hasta que estoy segura de que no soy más que hielo, solo una escultura hueca y vidriosa—. Angra rompió el conducto y te mató, de modo que la magia pasó al heredero. A...

Se me congela la boca y el frío me controla, me empuja a la escena que Hannah intentaba mostrarme. La noche anterior a la caída de Jannuari, el estudio en el palacio, el fuerte aroma a carbón ardiendo que se percibía en todas partes. Aquellos que escaparían a la ira de Angra están reunidos, Hannah de rodillas frente a Alysson, que tiene en sus brazos al bebé Mather...

En el fondo. Hay algo en el rincón, algo que no había visto antes.

—Lo siento mucho —dice Hannah a Alysson—. No están obligados a obedecerme. Pueden elegir no hacer esto.

Rodeo a Hannah y Alysson. Paso junto a Dendera, Finn, Greer y Henn. Crystalla y Gregg están junto al fogón, vivos y abrazados. Paso junto a Sir, cuya silueta corpulenta se curva con gesto protector sobre su esposa y el bebé.

En el rincón de la habitación, olvidada, hay una cuna. ¿La cuna de Mather?

No. No está vacía.

Una manito diminuta se levanta, como tratando de aferrar el aire. Unos deditos regordetes se cierran contra la palma, y dos brillantes ojos azules observan con gran curiosidad la quietud que la rodea. La *rodea. Una manta de color rosa pálido envuelve su cuerpecito; tiene el borde plegado y bordado con hilo de seda rosa. El bordado forma copos de nieve a lo largo del dobladillo, hasta que esos copos forman un nombre: la seda rosa se curva y se tuerce formando cinco letras pequeñas.*

—No, mi reina —responde Alysson—. Lo haremos; por supuesto que lo haremos. Invierno nos necesita. Criaremos a nuestro hijo como suyo.

El nombre. Esas cinco letras bordadas con tanta perfección.

MEIRA.



El piso de la sala del trono de Angra brilla con la luz que llega de arriba, y mi reflejo me mira desde allí mientras estoy agazapada en cuatro patas a sus pies.

Soy hija de Hannah.

Mis ojos van de un lado al otro; mis pulmones inhalan y exhalan pánico. No puedo ser la hija de Hannah, porque Mather... Pero Hannah pidió a Alysson y Sir que dijeran que Mather era el príncipe. Angra sabía que el heredero de Hannah había escapado esa noche, de modo que no podían decir que el niño había muerto; él nunca lo habría creído. Dijeron que era Mather para que a Angra no le importara que el heredero de Invierno fuera un niño, en lugar de una niña, pues entonces no sería una amenaza, aun cuando pudiéramos rearmar el conducto y recuperar su magia.

Pero ahora el relicario no tiene poder. No lo tiene desde que Angra lo rompió hace dieciséis años, porque todo ese poder buscó un nuevo portador. Entró en mí.

Yo soy el conducto de Invierno.

Nadie sabía siquiera que eso era posible excepto Hannah, porque dejó que su conducto le dijera lo que necesitaba hacer para salvar a Invierno. Era necesario que se rompiera su relicario en defensa de Invierno, un sacrificio para que no pudieran quitarle su poder, para que no pudieran romperlo ni retirarlo al no estar limitado por un objeto. Este poder soy yo, es Invierno; no está restringido porque ahora está conectado con mi vida...

Soy la reina de Invierno.

Respiro hondo, obligo al aire a entrar en mi cuerpo y mantenerme viva en medio de todo esto, un peso mayor que cualquier cosa que haya sentido jamás.

Dieciséis años en los que todos guardaron este secreto. En los que Sir me entrenó, me trató como si fuera una huérfana sin nombre que debería estar agradecida de estar en libertad. Y Mather... no. Todo este tiempo, sus verdaderos padres estaban allí, hasta que Sir...

Esa es mi dulce niña.

La cabaña. Sir abrazándome. Eso no fue real. Fue un truco cruel de Angra, una horrible manera de jugar con mis sueños. Todo lo que quiero de la vida, todo lo que nunca, jamás podré tener: una familia sencilla y feliz en una cabaña modesta. Pero Hannah... eso sí fue real. Ese fue su intento de salvarme de Angra, un intento desesperado de protección urgido por su conexión con la magia del conducto, con su linaje. Mi linaje.

Caigo hacia adelante; mi frente toca la obsidiana fresca y mi boca se abre en el preludio de un sollozo. Me caen las lágrimas por las mejillas al recordar los brazos de Sir rodeándome, cómo me abrazó en el sueño perverso de Angra, sin temor alguno de amarme.

Pero no es mi padre. Es el padre de Mather. Mi padre es el difunto rey de Invierno, y mi madre es su difunta reina. Ella ha estado usando su conexión con el conducto de Invierno para hablarme. Porque yo...

Yo soy el conducto de Invierno. No importa cuántas veces trate de meterme esas palabras en la cabeza, no logro entenderlas.

—¡Herodes!

El grito de Angra, cargado de una amenaza descontrolada, hace temblar el palacio. Va a matarme, a destruirme aquí y ahora, a transformar cada parte de mí en trocitos sin importancia y a esparcirlos sobre el paisaje desolado de Invierno. Va a ganar.

Me levanto de prisa, trastabillo, sin saber bien adónde puedo ir o dónde puedo esconderme. No puedo morir así, tan fácilmente. Esto no puede terminar ahora, así como así...

Angra abre una puerta.

—¡Herodes! ¡Tráelo, AHORA!

Me detengo, con los brazos extendidos, el pecho agitado. Dijo “Tráelo”, en masculino. ¿Habrán capturado a Mather?

Angra se vuelve hacia mí mientras se oyen pasos en el vestíbulo.

—Estos inverneños, siempre interfiriendo con las cosas más importantes —dice, desesperado de irritación—. Podrás resistirte a mí, pero hay otra manera de hacerte hablar.

Resistirte.

No oyó nada. No lo sabe. Para él, la imagen de Jannuari seguramente se disolvió cuando salí de la cabaña. Hannah usó la magia del conducto para ocultarnos porque necesitaba prepararme; corrió el riesgo para darme una oportunidad de salvar nuestro reino.

Otra vez siento frío en el pecho, un leve estremecimiento que me llega hasta las manos.

Unos pasos fuertes entran a la sala del trono, y las sombras caen en dos figuras. Una es Herodes, cuyos hombros enormes son reconocibles en cualquier parte. La otra es más pequeña. Fuerte de todos modos, y corpulenta, pero...

Herodes arroja al otro hombre bajo el haz de luz delante de mí. Se desploma. Tiene la ropa desgarrada y manchada de sangre, el cuerpo golpeado y decorado con cortes y magullones. Cuando me mira, todo lo demás desaparece.

Es Theron.

—Dime todo —ordena Angra, al tiempo que se me acerca con pasos furiosos; el color negro de su báculo crea una nube de sombra en torno a su mano—. O le romperé todos los huesos a tu príncipe.

Theron se sienta sobre sus talones. Theron está aquí. En Primavera.

De un corte que tiene en la frente le cae sangre hasta el ojo, y la mitad de la boca se le tuerce a un lado en un patético intento de mostrarse feliz de verme, incluso aquí. Caigo al suelo frente a él; le paso las manos por la cara, los brazos, vacilo sobre sus heridas.

—¿Cómo llegaste aquí?

La sonrisa de Theron se esfuma.

—Yo podría preguntarte lo mismo.

El báculo de Angra se estrella contra la cabeza de Theron y lo arroja al suelo. Theron se incorpora sobre sus codos, respira hondo para calmarse y me mira.

—¿No quieres contarle cómo te entregaste a mí? ¿Con qué gallardía trataste de entrar a Primavera para salvarla, pero acabaste en su misma situación? —Angra mira a Theron con una sonrisa burlona, pero ahora su habitual compostura está resquebrajada y vacila al ver mi resistencia a su magia—. ¿Quieres que muestre a tu príncipe cómo tratamos a los visitantes en April?

Me lanzo hacia adelante al mismo tiempo que Herodes se lanza hacia mí, y ambos chocamos a un brazo de distancia de Theron.

—¡No! —grito, y la palabra resuena a mi alrededor. No tengo tiempo para sentir náuseas ni repulsión, ni para la lenta mirada lasciva de Herodes, que me

envuelve en sus brazos y gruñe cuando lo pateo.

—¿Sabes lo que les pasó a los últimos refugiados a los que atrapamos?

El aliento de Herodes me mueve el cabello, el cuello, se desliza sobre mi cuerpo mientras me atrae hacia él.

Angra pasa por encima de Theron, baja la esfera del báculo y se la presiona contra la columna vertebral. Pero Theron no se amilana; sigue mirándome, con la respiración agitada, mientras se arma de decisión para lo que sea que le espera. No sabe acerca de la Decadencia de Angra; no sabe que la magia de Angra puede afectarlo...

La primera costilla se quiebra y Theron grita; la sorpresa hizo añicos cualquier posibilidad que haya tenido de permanecer estoico. Un miedo genuino, implacable, le quita el color de la cara mientras jadea en el silencio que sigue a la fractura; sus ojos buscan los míos con un caudal de preguntas tácitas. Pero no puedo explicarle nada, mientras Herodes siga presionando la cara contra mi oreja, mientras se quiebra la segunda costilla en el pecho de Theron, con el fuerte sonido de hueso contra hueso que hace que me duela el cuerpo al recordarlo.

—Lo sabes, ¿verdad? —prosigue Herodes—. Porque a uno lo dejamos ir, para que pudiera contarles qué destino les esperaba. La que murió, R-16... Era una luchadora, igual que tú. Decidida a resistir. Pero al final siempre ceden.

Se quiebra la tercera costilla y Theron lanza contra el piso un grito estrangulado que me aprieta el corazón. Los ojos de Angra me miran un momento. Está sonriendo con el deleite de una criatura, la mano cerrada sobre el báculo mientras continúa quebrándole las costillas a Theron una por una. Puedo hacer que esto termine. Puedo hacerlo, si le digo quién soy...

—Haré mirar a tu príncipe —susurra Herodes.

Eso hizo con Gregg. Lo mantuvo encadenado a una pared en su habitación mientras tenía a Crystalla en una jaula, como una muñeca que Angra le hacía sacar y jugar con ella cuando se lo ordenara. Angra le mostró cuál era el lugar de un inverneño en Primavera haciendo que Herodes la torturara hasta matarla de maneras que un cuerpo no imagina.

Theron gime en el suelo mientras Angra termina de sanar las costillas que le rompió. Herodes me suelta por fin y caigo sobre Theron como si mi cuerpo pudiera ser como un escudo contra la magia de Angra.

—Basta —murmuro contra el hombro de Theron—. Basta. Él no tiene nada que ver. Esto es entre nosotros, estacional contra estacional. ¡Esta guerra no es

de Cordell!

Angra ríe. El sonido me hace levantar, y resuena en mis oídos el error que acabo de cometer.

—Tienes mucha razón. —Se vuelve hacia Herodes—. Ve a buscar a I-2072, I-3218 e I-3219. Le prometí a R-19 que te los dejaría cuando termines con...

—*¡No!*

Mi grito desgarra el aire en la sala del trono, tan fuerte y desesperado que siento temblar las rocas. A mi alrededor, la oscuridad de la obsidiana se me cuela en la vista, y pinta todo lo que veo y siento de un negro que me sobresalta. ¿Podré usar la magia del conducto para detenerlos, para terminar con esto, con todo? ¿Qué puede hacer mi magia? Solo puede afectar a los inverneños, darles fuerzas, resistencia o salud...

Creo que Theron me toma en sus brazos. Creo que me susurra algo al oído, pero ahora estoy gritando y agitando los brazos mientras entran soldados y nos levantan. No oigo nada más que el rugido de la sangre en mi cabeza, la imagen horrenda de Herodes sonriéndome con desdén mientras se da vuelta, se detiene y vuelve a sonreír. Se aleja del trono y sale por la puerta con elegancia y dominio. Va a buscar a Nessa y sus hermanos. Va a matarlos...

—Llévenlos a la recámara de Herodes —ordena Angra—. Si ella tiene ganas de hablar, tráiganmela al instante. En el estado en que se encuentre.

Vuelvo a gritar, y mis dedos intentan arañar a los soldados que nos llevan. No voy a permitir que ni Nessa, ni Conall, ni Garrigan, ni yo ni *nadie* muera así.

A los soldados no les importa. Me traban los brazos atrás y me llevan arriba, por los pasillos que se internan serpenteantes en el palacio de obsidiana de Angra. Todo está decorado con el mismo motivo angustiantemente poético de primavera sobre oscuridad: grabados coloridos de enredaderas y flores talladas en la roca negra. Las enredaderas nos envuelven como las palabras en la cueva de la memoria de Nessa.

Algún día seremos más que palabras en la oscuridad.

Bithai tenía un poema. Un hermoso poema como el que escribió Theron. Pero Invierno no tiene un poema; solo esas palabras garabateadas en la oscuridad, y esa oración, esa declaración desesperada que me estremece el cuerpo con una necesidad frenética.

Los soldados abren una puerta en un corredor del segundo piso. Ante mí se extiende una habitación, una cama con dosel contra el rincón del fondo, ventanas

amplias sobre la pared sur, pisos lustrosos de madera por donde los soldados me arrastran hasta que nos detenemos junto a...

Una jaula. Apenas del tamaño suficiente para estar sentada. Abren la puerta, me arrojan adentro y la cierran con llave antes de que pueda siquiera respirar.

Uno de los soldados deja la llave sobre el escritorio de Herodes.

Sigo sus movimientos y mi atención se congela en el único objeto que no creí volver a ver: mi chakram. Mi chakram original, el que Herodes robó hace tanto tiempo, está en un lugar destacado de su escritorio como un trofeo preciado. *Exactamente* como un trofeo preciado, así como yo también soy un trofeo.

Tan cerca. Mi arma, tan cerca y, sin embargo, tan inútil.

Empujo la jaula y los barrotes rezongan donde están anclados al piso. Nada cede, y los soldados ríen mientras salen de la habitación.

Frente a mí, los otros soldados encadenan a Theron a la pared. Lo golpean en el vientre y su cuerpo se estrella contra la pared con un crujido nauseabundo. Luego nos dejan y cierran la puerta como si pudieran olvidar lo que pasará.

Me aferro a los barrotes y parpadeo para disipar un velo de lágrimas mientras me concentro en Theron, en sus profundos ojos pardos y en el brillo que tienen, la luz que ni siquiera había visto. Él me mira, y la tensión de su rostro deviene en agotamiento, en ira, por verme en una jaula en la recámara de Herodes, esperando que ese monstruo regrese y me torture lentamente. Y sabiendo que, a pesar de todo su entrenamiento y el poderío que tiene en Cordell, Theron no tiene poder aquí. Está tan cerca y puede ayudarme tan poco como mi chakram.

—¿Cómo fue que Angra...? —empieza a preguntar Theron, presionando suavemente sus costillas sanadas con una de sus manos. Sacude la cabeza y cierra los ojos en un rápido asomo de repulsión—. No importa. Creo que prefiero no saberlo.

Inhalo con vacilación, preparándome para explicárselo, pero las palabras no me salen y quedan sin vida en mi garganta.

—¿Qué pasó? —es todo lo que logro decir.

Theron cae al suelo, y las cadenas que le sujetan las muñecas golpean la madera con estrépito. Le cae sangre por la cara, fresca y escarlata, hasta el cuello de su uniforme militar hecho andrajos, el verde y dorado de Cordell manchado de rojo.

—Bithai sobrevivió —responde.

Abro la boca. *No, me refería a qué pasó que llegamos a esto. Qué pasó para*

alejarnos tanto, tanto de...

—Poco después de que te apresaron, Cordell derrotó a la infantería de Primavera. Los obligamos a retirarse. No pudieron competir con nuestro conducto; fue lo único que nos salvó. Pero mi padre se negó a tomar represalia.

Theron hace una mueca, masajeándose el hombro dolorido.

No logro entender lo que dice. Sacudo la cabeza, hundo la cara en mis manos. Los colores del corredor se arremolinan en mi memoria, el negro, verde pastel y rosa de Angra entremezclados con el marrón y el granate de la recámara de Herodes. Veo enredaderas verdes que me rodean lentamente como palabras en la oscuridad. Recuerdos. Los recuerdos de Nessa.

Herodes está trayéndola aquí. Va a ver cómo me mata.

—Mi padre se negó a ir tras ellos —prosigue Theron—. Se negó a ir por ti. Dijo que ya no arriesgaría tanto por un estacional que no vale nada.

Empiezo a mecerme hacia adelante y atrás. Herodes también va a matar a Nessa. ¿Obligarán a Theron a mirar? ¿Cuánto tiempo lo tendrán aquí hasta que él también muera?

Theron se pasa una mano por la cara.

—Mather casi lo mató. Sacó la espada y todo. Pero mi padre no quiso... Es muy orgulloso. Muy egoísta. Lo odio.

No puedo usar mi magia para salir de esta jaula. No puedo usarla para liberar a Theron. Ni siquiera sé para qué la puedo usar, más allá de las funciones básicas de la vida en el reino. ¿Cómo puede ayudarme en esta situación? ¿Qué puedo hacer?

—Detesto los prejuicios. Estoy harto de ver a mi padre acaparar nuestro poder cuando podríamos estar trabajando *juntos*, rítmicos y estacionales, contra el verdadero mal de este mundo. Yo sabía qué cosa lo haría reaccionar. Si Primavera me capturaba, mi padre finalmente haría algo contra Angra. —Theron lanza una risa hueca, y sus ojos recorren la habitación—. Ahora empiezo a pensar que mi plan no fue tan bueno.

Eso me hace parar. Hace que mis pensamientos incesantes se topen con un súbito acceso de claridad, y oigo todo lo que dijo lentamente; sus palabras me llegan como entre la neblina.

Se entregó a Angra. Dejó que Primavera lo capturara.

Lo miro con incredulidad.

—¿*Querías* que Angra te capturara?

Los ojos de Theron vuelan hacia los míos. Nos conectan; ahora solo estamos

los dos. Juntos.

—Sí.

Una sonrisa se despliega en mi cara. Me parece muy mal y a la vez maravilloso, cuánto necesito sonreírle.

Se oyen unos golpes en el corredor, algo como... pasos. Que se acercan.

Me aferro a los barrotes de la jaula.

—Soy la hija de Hannah. Soy la reina de Invierno —me oigo decir.

Theron frunce el ceño y se inclina hacia adelante, con un sacudir de cadenas.

—Yo...

Se abre la puerta de la recámara y la enorme forma oscura de Herodes entra como una tromba. Se lanza hacia su escritorio, revisa papeles y libros hasta que encuentra la llave y la levanta con aire triunfante, con el puño cerrado.

—Voy a destruirte —susurra con odio, y sus ojos horadan los míos.



Verlo aquí me destroza. Regresó demasiado pronto. *Demasiado rápido, todavía no, necesito más tiempo...*

Herodes se me acerca a grandes zancadas, los ojos inyectados en sangre, el cabello desgreñado en torno al rostro de alguien asustado, frenético. Me aplasto contra el fondo de la jaula. Está loco, la maldad de Angra impulsa su necesidad de matar.

Y Nessa, Conall y Garrigan no vienen con él.

—¿Dónde están? —grito—. ¿Qué les hiciste?

Herodes ríe y se detiene junto a la jaula, muy por encima de mí.

—Sigue peleando —dice, con voz melosa—. Sigue simulando que puedes ganar. No sabes lo que es mi amo. No sabes lo inútil que es resistirse a él.

—¡No la toque! —resuena la voz de Theron desde la pared, y corre hasta donde se lo permiten las cadenas, a una distancia enloquecedora de donde está Herodes, que se inclina lentamente hacia la cerradura de la jaula.

—Tu príncipe trajo consigo un ejército, ¿te dijo eso? —Herodes pone la llave en la cerradura pero no la gira, esperando mi reacción—. Trajo los ejércitos del mundo para salvarte. Qué dulce, pero qué pena, ¿no crees? Con todo eso, igualmente te verá morir.

¿Un ejército? ¿Es eso lo que decía Theron?

Noam. Obligó a Noam a atacar a Primavera. Y si Cordell está atacando a Primavera... Otoño atacará con él.

Herodes destraba la cerradura. Theron tira de las cadenas, se estira hacia Herodes, vuelve a tirar. Me aplasto lo más posible contra el fondo de la jaula, tratando de hacerme lo más pequeña y menos importante que sea posible. Yo soy

el conducto de Invierno. Debería poder salir de esto, matarlo, hacer algo para sobrevivir. Invierno me necesita para sobrevivir.

Herodes abre la puerta y extiende la mano hacia mí, todo en un solo movimiento rápido. Sus dedos me aferran por el cuello de la ropa y me arrastran hacia afuera; veo pasar los barrotes de la jaula sin poder aferrarme. Luego estoy por encima de la jaula, volando por el aire hasta que caigo sobre algo blando, algo cubierto por un edredón de cuadrados de seda sobre un colchón de plumas viejas.

La cama de Herodes.

Retrocedo y me aplasto contra la pared, tratando de ponerme de pie. Herodes se dirige hacia mí, el rostro contorsionado, como un perro salvaje que acorrala a la presa a la que persigue desde hace tiempo. Le brillan los ojos con un poder impuesto por otro. Angra está aquí, haciendo esto, incluso más que Herodes. ¿Será que Herodes existe siquiera más allá de las cosas que Angra lo hace desear?

—¿Recuerdas la primera vez que te vi? —susurra Herodes. Se detiene al borde de la cama y sus dedos bajan girando por el poste que sostiene el dosel encima de mi cabeza—. Hace años. Eras todavía una niña, pequeña y aguerrida.

Me pongo de pie, me aferro al poste del otro lado y empiezo a girar para tomar impulso y saltar de la cama, pero Herodes se lanza, me aferra por los muslos y aterrizo de lleno sobre el edredón de seda. Mientras me lleno de horror, Theron grita desde la pared, aún tirando en vano de las cadenas. Ahora le sangran las muñecas, y gotean al suelo como zarcillos rojos irregulares mientras sigue tironeando y me mira con una impotencia que me parte el corazón.

Me vuelvo hacia Herodes, luchando hasta mis últimas fuerzas.

—No tuvieron tiempo de ir a buscarlos, ¿verdad? ¿El ejército de Theron le interrumpió la diversión a tu amo?

—Mi amo no tiene nada que ver con esto. El simplemente me hace... —hace una pausa y sonríe con desdén— imparable.

Herodes me hace girar de manera que caigo de espaldas con él encima de mí, y su peso me aplasta contra el colchón. Quiero creer que es mentira. Quiero creer que todavía es humano por dentro, que en alguna parte de él existe aún una pequeña chispa de alguien que no querría haber hecho las cosas que hizo. Pero cuando lo miro a los ojos, no hay nada. Una nada vasta y horrenda, envuelta en necesidad, obediencia y fuerza.

No existe más allá de las órdenes de Angra. Quizá nunca lo hizo.

—Lo que lamento es que esto va a ser más rápido de lo que siempre imaginé —susurra Herodes, y su aliento tibio me corta la piel como un cuchillo—. Pero tu príncipe me ha obligado.

Me retuerzo contra él y mis manos resbalan en el edredón. Herodes rueda para contener mis movimientos, me sujeta más y más hasta aferrar una de mis muñecas y me inmoviliza el brazo por encima de la cabeza. Mi otro brazo se tuerce bajo mi espalda, inútil si no tengo un plan.

Herodes se detiene y me mira a la cara. Quiere que me resista. Quiere que forcejee. Y todo en mí, cada parte de lo que soy, también quiere luchar con él.

Aquí va a desarrollarse mi pesadilla más insoportable. Momentos antes de que el ejército de Cordell-Otoño pueda salvarme, con Theron tan cerca pero a la vez tan lejos. Se me cierra la garganta con un nudo de terror, que me hace resollar mientras trato de contener sollozos de desesperación.

Herodes cambia de posición y su cuerpo me presiona con más peso. Algo se me clava en la cadera, algo filoso...

Una medalla de su chaqueta. Una medalla de honor militar que se aflojó de la tela y cuelga torcida.

Una oleada de esperanza fresca y dulce convierte mis sollozos en jadeos, y casi logro liberar mi brazo. Herodes interpreta mis movimientos como más resistencia; ríe y presiona mi brazo atrapado con más firmeza sobre la cama. Su otra mano se enreda en mi cabello y me tuerce la cabeza y el cuello en un arco doloroso.

Pero ahora la medalla está suelta y cuelga sobre mi cadera.

—Parece que yo tenía razón —susurro con odio—. Voy a matarte antes de que esto termine.

Herodes vacila; muevo el brazo y le arranco la medalla de la chaqueta. La tela se desgarra, y me da un filoso alfiler de oro que brilla con el sol de la tarde que entra por las ventanas abiertas. Lo apunto hacia arriba, la medalla se hunde en la palma de mi mano y clavo el alfiler en el ojo izquierdo de Herodes.

Grita, se aparta de mí y se cubre el ojo con las manos, mientras me apresuro a salir de debajo de él y salgo de la cama, usando el poste para impulsarme.

—¡Meira! —grita Theron, y vuelve a tirar de las cadenas, con todo el cuerpo inclinado hacia el escritorio donde está mi hermosa arma.

Herodes ruge y se arranca el alfiler del ojo, y la sangre le cae por la cara como una lágrima macabra. Se agita, lleno de dolor y rabia, y me mira con su ojo sano.

No puedo llegar al escritorio sin zambullirme entre Theron y Herodes. No hay otras armas cerca de mí, ni sillas que pueda romper o jarrones que arrojar.

Herodes se arranca una daga de la bota y acomete hecho una furia. Me alejo de la cama con un empujón, tomo impulso, caigo de rodillas y me deslizo entre la pared y Theron, justo por debajo de sus cadenas ensangrentadas. Mis pantalones raídos de algodón se deslizan por el piso de madera hasta que giro el pie, engancho el borde del escritorio y me levanto.

Se me hace un nudo en la garganta. Mi chakram. El que Herodes me robó hace meses, con su gran empuñadura curva alisada por el contacto con mi mano. Lo tomo del escritorio de Herodes, giro con el cuerpo retraído en el movimiento fácil de la inhalación antes del disparo. Mientras giro, el mundo en toda su extensión se paraliza a nuestro alrededor, se detiene entre nosotros: yo, con mi chakram listo, y Herodes, con el cuchillo junto a la garganta de Theron. La pausa antes de una pelea...

Una pelea a corta distancia. Contengo un sollozo ante el recuerdo súbito de Mather ejercitándose conmigo, de Sir negándome el permiso de participar en una misión hasta que mejorara, y ahora aquí estoy: mi vida y la de Theron dependen de que pueda matar a Herodes a corta distancia.

—Suéltalo —ordena Herodes con furia. Su pupila izquierda está ciega en medio de una mancha púrpura y roja; su ojo derecho, feroz y lleno de ira.

Theron no se amilana, solo mantiene sus ojos oscuros fijos en mí. Frunce los labios y sus ojos brillan de pánico, y forma con la boca cuatro palabras. *No le hagas caso.*

Mantengo el chakram levantado, el cuerpo preparado para atacar. Los dedos de mi otra mano tantean el escritorio de Herodes. Algo más, por favor, alguna otra cosa para distraerlo y poder disparar limpiamente...

En ese momento exacto, perfecto, suena una sirena sobre April, un chillido cargado de pánico que llama a sus puestos a todos los soldados y todos los generales. El rostro de Herodes se contrae al oírla, pero no se mueve. Vuelve a sonar la sirena y él gruñe, un rumor grave que me indica que no está del todo concentrado en esto. Piensa en su rey, que probablemente está usando su magia oscura para ordenar a su general de más alto rango que vaya a su puesto, que deje su juguete para más tarde y obedezca a su amo.

Mis dedos se cierran sobre algo. Un tintero. Perfecto.

Extiendo el brazo cuando la atención de Herodes se dirige a la puerta por un segundo perfecto de distracción, y el tintero surca el aire girando como una

negra estrella fugaz. La tinta va cayendo, pintando el aire entre nosotros hasta dar contra la mandíbula de Herodes. Este trastabilla hacia atrás lo suficiente como para que Theron pueda echarse contra la pared y arrancarle el cuchillo de la mano. Herodes trata de aferrar el aire pero Theron se deja caer al suelo, con lo cual me despeja el disparo al cuello de Herodes.

El chakram abandona mi mano. Lo sigo mientras vuela, cruzando el espacio entre Herodes y yo hasta lamerle el cuello; la fuerza de mi lanzamiento lo hace regresar a mis manos y salto para atraparlo. El golpe del chakram echa a Herodes hacia atrás y ya estoy lanzándome hacia él, con el arma levantada por encima de la cabeza. Herodes me mira con su ojo sano y parpadea, con gotas de tinta en la mejilla.

Los dos caemos al suelo y le clavo las rodillas en el vientre. La empuñadura gastada de mi chakram se acomoda a las palmas de mis manos como si nunca hubiera salido de allí. Clavo la hoja en el cráneo de Herodes, y la vibración me estremece el brazo. La hoja se levanta, chorreando sangre. Y vuelve a caer contra el hueso.

Eres débil, Herodes. No existes más allá de las cosas que permites que Angra te obligue a hacer.

Debería estar matando a Angra, no a Herodes. Herodes no es más que un títere. Pero no merece vivir.

Eres débil.

¡Basta, Meira!

Hannah. El frío me quita el aliento y unas manos me aferran los brazos.

—¡Meira!

Theron me tira hacia atrás y caemos juntos en una maraña de extremidades, lágrimas y sangre. Rompió las cadenas con la daga de Herodes y ahora me toma en sus brazos, me acuna, me acaricia el cabello y susurra mi nombre una y otra vez, y el sonido arrullador de su voz me aparta de este horror. Como la oleada de sol que inunda una habitación oscura luego de una noche de terror infinito e irracional, nos recuerda que el mundo no es un lugar absolutamente horrendo. Que hasta los niños despiertan gritando de sus pesadillas.

Theron me abraza con más fuerza y me doy cuenta de que *estoy* gritando, con voz estrangulada por los sollozos. Dejo caer mi chakram al suelo y hundo la cara en la camisa de Theron, deseosa de disolverme en muchos fragmentos de mí y desintegrarme en él. No creo que sea posible que me abrace con más fuerza

aún pero lo hace, sus brazos trabados en torno a mí, como murallas impenetrables que envuelven mi cuerpo mientras me invade el olor a sangre.

Maté a Herodes.

—Meira —dice Theron una vez más, solo mi nombre, como si fuera lo único que sabe decir—. Meira.

Me besa en la frente, en el cabello, mantiene mi rostro hundido en su pecho y lejos del cadáver destrozado de Herodes a nuestros pies. Está muerto. Se ha ido.

Algo en el límite de mi mente, algo lejano y entumecido, me hace apartar de Theron. Lo miro hasta que entra en foco, sus ojos oscuros, los magullones en su rostro, la sangre seca en la frente. El leve asomo de sonrisa en sus labios, tratando aún de ofrecer consuelo en un lugar tan horrible.

—Vamos a estar bien —dice. Nosotros. Juntos, vamos a estar bien.

Theron me ayuda a ponerme de pie, siempre de espaldas al cuerpo de Herodes. Veo que sus ojos miran brevemente el cadáver ensangrentado a mis espaldas. Ni siquiera sé qué le hice a Herodes. No recuerdo nada más que la sensación de mi chakram, resbaloso por la sangre.

Estoy bañada en sangre: mi patética camisa de algodón, los pantalones raídos que usé bajo mi armadura para la batalla de Bithai. Tengo sangre en la cara, en el cabello, pero no me atrevo a tocarla para limpiarme.

—¿Y ahora qué?

Cierro los ojos y respiro hondo para calmarme, concentrándome en cómo el aire me llena los pulmones, me llena a mí. *Viva. Estoy viva.*

Y Angra ya no podrá usar a Herodes para lastimar a nadie más.

No creo que fuera comodidad lo que veía en Sir cuando mataba gente. Lo que veía era lo que yo siento ahora: cansancio, tristeza, y una mayor conexión con las hebras infinitas de la vida. Pero no arrepentimiento. No me arrepiento de haber matado a Herodes.

Ojalá pudiera decirle todo esto a Sir. Ojalá pudiera hablar con él de todo.

Theron da un paso atrás, y cuando abro los ojos está recorriendo con la mirada el cuarto de Herodes. Le llama la atención un ropero que hay en el rincón, y se dirige hacia allá. Abre las puertas, y la luz de las ventanas se derrama sobre una variedad de prendas, zapatos y armas.

—Ahora —responde Theron— vamos a incorporarnos al ejército de mi padre y liberaremos a tu gente.



No hay tiempo para buscar un atuendo adecuado para la batalla o robar algo de la armería de Angra, de modo que dividimos entre nosotros las armas que hay en la habitación de Herodes y yo saco algunas prendas del ropero. Theron se pone a sujetarse cuchillos a las piernas mientras yo me quito la ropa empapada en sangre y me pongo una camisa y pantalones de Herodes, que me van demasiado grandes. Hay una chaqueta de cuero negro que me ajusto sobre la camisa, y me sostengo los pantalones con un grueso cinturón. Es ridículo para una batalla, demasiado abolsado y suelto, además de que ofrece tanta protección como andar corriendo por ahí desnuda. Y es de Herodes, lo que hace que se me revuelva el estómago con las mismas náuseas que me provoca sentir su sangre secándose en mi piel.

Cuando mi chakram se acomoda en su funda de siempre entre mis omóplatos, puedo respirar por primera vez en varias semanas. Nunca me siento verdaderamente completa sin él. Sumado al cuchillo y la espada que me sujeto a la cintura, estoy bien preparada para la guerra, dadas las circunstancias.

Theron toma una espada con una mano y una daga con la otra.

—¿Lista?

Asiento con la cabeza. Se acerca a la puerta de la recámara de Herodes, pasa las armas a una mano y abre una hendija para espiar el corredor. Doy un paso decidido detrás de él, con los ojos fijos en la espalda de Theron y en los dos cuchillos cruzados sobre su columna vertebral. No en el cadáver que sigue en el centro de la habitación, aquella masa inmóvil de oscuridad y sangre que tira mi mente como el ancla a una embarcación.

Theron me mira. Él también es un ancla. Algo a lo que aferrarme cuando todo lo demás trata de hundirme.

Vuelvo a asentir.

—Vamos —respondo.

El corredor está vacío. No hay soldados, no hay sirvientes que corran frenéticos. Hay quietud y desolación, como si ya hubiéramos ganado y Primavera hubiera huido.

Theron avanza despacio delante de mí, con las armas listas, mientras tomo el chakram. Cuanto más nos alejamos de la habitación de Herodes, más señales de caos vemos. Hay grupos de hombres uniformados que corren entre habitaciones, criados que se alejan por los pasillos y tratan de mantenerse fuera de vista. Theron y yo nos escondemos bajo los tapices, detrás de las estatuas y plantas, mientras salimos con sigilo de la oscuridad.

Al cabo de lo que nos parece toda una vida de escondernos y correr por el palacio, llegamos a una escalera angosta para criados, y unas puertas abiertas que revelan la entrada del palacio al pie de la escalera. Bajamos y nos detenemos detrás de la puerta abierta a escuchar si hay movimiento en el vestíbulo.

Theron pasa las armas a una sola mano y con la otra busca la mía.

—Salimos del palacio —susurra—. Por donde sea que mi padre esté acercándose, nosotros correremos en la dirección opuesta. Allí la muralla de April estará menos patrullada y podremos...

—Salir de April —concluyo, con voz temblorosa.

Theron me mira y se pone serio, como si supiera lo que voy a decir a continuación.

—Vamos a liberar a tu gente, te lo prometo. Pero no les sirves de nada si estás muerta.

Sacudo la cabeza y retiro mi mano de la suya; mi corazón bombea hielo por mis venas. Empiezo a protestar, a decirle que tengo que ir con los inverneños, tengo que ayudarlos porque soy su conducto y es mi deber. Le digo otra vez que soy la reina de Invierno. Yo...

Pero Theron vuelca su atención por un segundo al vestíbulo, donde pasa un grupo de soldados en fila y entra a la sala del trono. El vestíbulo queda en silencio tras su paso, y Theron vuelve a mirarme, aparentemente sin importarle nada más que el modo en que sus ojos se centran en los míos con suave intensidad.

—Yo nunca quise ser rey —dice Theron con voz baja y rápida, y me interrumpe con urgencia—. Quería quedarme sentado en mi biblioteca y escribir hasta que el sol cayera del cielo. Pero tú... esto... los inverneños, que todo tu

reino desaparezca en un segundo... me hizo comprender lo que sentiría yo si alguna vez Cordell cayera de ese modo, si alguna vez yo perdiera algo que es a tal punto una parte de mí. Quiero ser alguien digno de mi reino. Quiero ser alguien digno de *ti*.

Todo mi cuerpo se ilumina con un frío maravilloso que se amplifica cuando Theron desliza la mano por mi nuca. Atrae mi rostro hacia el suyo y se detiene; parte de su certeza se disipa al tomar conciencia de lo que está haciendo y de lo cerca que estamos el uno del otro. Sus dedos se curvan contra mi nuca y lo miro, esperando, incapaz de moverme, de respirar o hasta pensar más allá del modo en que sus labios se separan en una exhalación, tan cerca de los míos.

Entonces cae sobre mí, su boca se derrumba sobre la mía. Sale un gemido de mi garganta mientras intento atrapar las emociones que vuelan por mi cuerpo como ráfagas de nieve al viento. Miedo de que nos descubran los hombres de Angra; éxtasis por la explosión de consuelo y necesidad que surge de sus labios, y un constante atisbo de sorpresa de que esto no me sorprenda en absoluto, siempre esperando que esto sucediera: nuestros labios y lenguas y sus dedos tirando de mi cabello, estallando en desesperación unos pocos segundos, demasiado breves para lo que necesitamos.

Se aparta jadeando, con una rápida sucesión de emociones, y luego asiente con firmeza y decisión.

—Ve con ellos, pero no mueras. Primoria necesita gente como tú —concluye, y se lanza por el vestíbulo vacío, avanzando primero hacia las dos grandes puertas principales, las armas listas para enfrentar a enemigos ocultos. Mi cuerpo lo sigue, pero mi mente se demora en la sensación de sus labios sobre los míos. Bellos e iguales, suaves y seguros, provocándome frío y calor a la vez.

Salimos por las puertas y bajamos furtivamente la majestuosa escalinata de obsidiana, sin detenernos una vez que nuestros pies llegan a la vasta extensión del parque de Angra. Aquí tampoco hay nadie; todos los soldados están custodiando a Angra u ocupados en el portal principal, desde donde nos llega el sonido de los cañones. Theron me dirige una leve sonrisa de confianza antes de lanzarse a toda velocidad a través del pasto verde, corriendo y corriendo en busca de cobijo en el extremo norte del palacio de Angra. Desde allí, irá hacia el este, el lado contrario a aquel por donde se acerca el ejército de su padre.

Pero mi camino está al sudoeste.

Mis pies se mueven antes de que sea consciente de que estoy corriendo, y veo pasar el complejo del palacio como un borrón negro y verde. Salto por

encima del jardín en el que Nessa y sus hermanos llevan semanas trabajando. Toda el área está vacía, no hay soldados ni trabajadores. Ya es de tarde; el sol está alto y brillante, y queda suficiente luz para algunas horas más de trabajo. Pero aquí no hay nadie, o sea que tienen que estar en el campamento, asustados por el cambio en su rutina diaria, o...

No voy a pensar en *o*.

La angustia me hace ir más rápido mientras salgo por una puerta lateral y entro a April.

Esta parte de la ciudad no está tan vacía. Los ciudadanos de la clase alta de Primavera preparan sus casas, donde sirvientes y caballerizos clavan tablas de madera sobre las ventanas por orden de sus amos. No les importa cuando paso corriendo; ni siquiera miran cuando un borrón blanco y negro pasa a su lado como una exhalación. Trepo por el costado de un puente y desaparezco, y los dejo con sus preocupaciones.

El puente me deja en la parte baja de la ciudad. Corro por callejones, salto por encima de montones de basura. Los residentes de estos edificios se quedan exactamente donde siempre los he visto: agazapados detrás de las ventanas, espiando por las puertas, escondidos con la esperanza de que la vida les pase sin demasiada novedad. Como si, al no reconocer la batalla que se acerca, no pudiera hacerles daño.

Una curva más y estaré justo frente a la entrada del campamento de trabajo de April. Aminoro la marcha y contengo el aliento para no jadear. Este callejón estará vacío, pero no en silencio; me llegan ruidos desde arriba. Soldados que se gritan órdenes, y más allá de sus gritos deformes, el rumor de gente confundida. Mi gente.

Las palabras me parecen equivocadas, como si no me pertenecieran, como si no fuera digna de llamarlos así. Pero no importa cómo los llame ni cómo me llamen ellos. Tengo la capacidad de liberarlos; por lo tanto, tengo la responsabilidad de liberarlos. Eso es lo único que importa ahora.

Eso es lo único que importó siempre.

Me detengo paralela a la esquina. *Un paso más, Meira. Solo uno más.*

Salgo a la calle y desenfundo mi chakram de manera que cuelga de mis manos como un juguete inofensivo. Cinco edificios más adelante, el portal es una locura. Desde afuera, soldados de Primavera arrojan estocadas y puñetazos contra el metal que cruje y se curva, tratando de contener a la multitud de inverneños que empujan desde el otro lado. Los inverneños gritan y lloran,

acobardados por los golpes. Están confundidos; los arrancaron de su rutina de trabajo y los obligaron a volver a su prisión en medio de un caos.

El primer soldado cae sin pelear. Mi chakram pasa silbando por su nuca, le secciona el extremo de la columna vertebral del cráneo y vuelve a mi mano mientras el hombre se desploma contra el soldado que está a su lado, lo que llama la atención hacia mí. Primero el vecino del muerto, luego el siguiente, y por fin todos los soldados que están a cargo de mantener el orden en el campamento de trabajo. Todos los ojos están sobre mí, una chica inverneña sola contra todo un batallón.

Un soldado se adelanta; su espada gruesa está mellada por el tiempo y el uso.

—El juguete de Herodes se escapó —dice, con una sonrisa burlona.

—El juguete de Herodes lo mató —respondo, y me satisface ver cómo una expresión atónita se apodera de su cara.

Otra voz irrumpe en la calle.

—¡Meira, corre!

Miro hacia el portal, detrás de la fila de soldados. Conall está contra el hierro, y los alambres dejan marcas de sangre en sus mejillas y brazos. Está asustado al verme en la calle. Ahora hay una luz en sus ojos, una luz tan distinta de su odio habitual que tengo que estar imaginándola.

Pero no: es esperanza. Quiere que yo viva.

Angra también lo percibe. Conoce, de alguna manera, esta esperanza que tienen todos, y los soldados se lanzan contra el portal como una masa organizada, y todos levantan sus armas al mismo tiempo. Un gemido estrangulado escapa de mis pulmones. La magia oscura de Angra. Les ha dicho que...

Ahora empiezan a golpear para matar. Introducen sus espadas por entre el metal, contra pechos y cuellos; ya no son meros golpes de advertencia. Puedo sentir la orden de Angra palpitando en sus cuerpos: *Mátenlos*.

Se me entumece el pecho, y por una vez sé lo que es. Frío, un frío helado, que se me extiende a los hombros y corre hasta mis dedos. El poder del conducto vibra a mi alrededor, surge en mi cuerpo y sale de él como una nevisca incontrolable, para cubrir al mundo de un blanco glorioso.

Ahora Invierno también tiene un conducto. Y ya no seremos débiles.

Dejo el chakram a mis pies y extiendo las manos, con los dedos estirados hacia los inverneños. El frío sale de mí como un estallido, una erupción de gelidez tan perfecta que me pregunto si ahora no soy más que una tormenta de

nieve, un inmenso remolino de copos. El frío vuela en torno a los soldados y penetra por el portal, e inunda cada cuerpo frágil de cabello blanco, cada par de ojos azules asombrados, cada alma exhausta y sangrante, con fuerza, poder, energía, y sana sus magullones, alivia sus cortes y los hace más y más fuertes...

La magia fluye hasta que cada espacio libre de cada cuerpo está lleno de fortaleza. Sus ojos tienen más brillo; sus cuerpos están más erguidos; sus puños, más apretados. Frío y escarcha, tanto poder hermoso que cuando acaba la sensación helada, me quedo jadeando ante tanta maravilla. La adrenalina corre por mi cuerpo, combatiendo venturosamente el agotamiento que me hace tambalear bajo todo el poder que acabo de ejercer.

Los inverneños gritan, algo que va mucho más allá de sus gritos de dolor y angustia, algo que escapa de ellos como una ráfaga de libertad. Los soldados detienen su ataque ante el grito estentóreo de guerra de sus prisioneros. Y los inverneños, con ojos encendidos de vida, avanzan con fuerza y rompen el portal con frenética decisión.

—¡Ataquen! —grita un soldado, y se lanza hacia mí.

Engancho mi chakram con la bota y lo levanto de una patada, lo aferro y lo lanzo en un gran giro mortal a la estampida de soldados que se acercan. Algunos caen mientras el chakram regresa a mi mano, pero ahora están demasiado cerca, a pocos segundos de embestirme. Vuelvo a enfundar el chakram a mi espalda, saco la espada y la daga que le robé a Herodes y me preparo para el ataque. Cuatro segundos. Tres...

Los soldados que están más lejos caen como uno solo, cuando sus piernas dejan de sostenerlos. La siguiente fila echa un vistazo hacia atrás, presa del pánico, y cae con la misma facilidad, derribada por el odio enloquecido de dieciséis años de opresión. Los inverneños se levantan y se lanzan sobre el batallón de Primavera como una ola mortal de destrucción, les arrancan las armas de las manos y las vuelven contra las caras incrédulas de los soldados que jamás pensaron que perderían.

La última fila de soldados llega hasta mí, atrapada entre el miedo que los persigue y el miedo que les aguarda. Mi daga se clava en el vientre de uno, mi espada atraviesa el cuello de otro. Giro entre los soldados; mi cuerpo parece una máquina de cortar, apuñalar y esquivar.

Rodeo a un último soldado moribundo, con las botas levantando polvo, y me encuentro frente a Conall. Está ensangrentado y con aspecto salvaje, el cabello blanco manchado de rojo, las manos aferrando dos puñales. A su lado, Garrigan

está igualmente indómito, como si dentro de ellos se hubiera desatado una bestia, y detrás de ellos hay otros inverneños.

Unos brazos me rodean el cuello en una tormenta de blanco y lágrimas.

—Sabía que tú nos liberarías —susurra Nessa.

Conall se adelanta, y sus cuchillos brillan con sangre de Primavera.

—Todavía no estamos libres. ¿Qué hacemos ahora, mi reina?

Mi reina. ¿Cómo lo sabe?

Me separo de Nessa y los miro, a todos, todos aquellos rostros ansiosos. Todas aquellas almas inocentes, pacientes, que aceptan el poder que proviene de mí sin cuestionamientos, sin vacilar.

Y siento a Hannah en mí. Su presencia gentil en espera, tan conectada como yo al poder del conducto. Ella también está en todos los inverneños, y nos conecta en un mundo inexplicable y maravilloso que es solo nuestro.

Es mi hija, les susurra, una voz tan queda que podrían confundirla con sus propios pensamientos. *Todo va a estar bien. Lamento haberles mentido, pero su libertad está muy cerca.*

La esperanza de aquellas caras sucias de tierra me llena de una emoción diferente, que apaga cualquier temor que pudiera tener de lo que soy ahora. Felicidad.

—Cordell y Otoño están a las puertas de Invierno, pero no son ellos quienes deben luchar por nuestra libertad —grito por encima de la multitud. Las siguientes palabras se me atascan en la garganta, creciendo más y más junto a toda la angustia, los años de abuso, las cicatrices y la sangre—. ¡Nosotros somos Invierno!

Conall y Garrigan echan la cabeza hacia atrás y extienden los brazos mientras gritan al cielo. Un grito de batalla que se extiende a todos los inverneños, con voces quebradas y ojos brillantes.

—¡Nosotros somos Invierno! —repite Nessa, y salta por encima de los cuerpos caídos de los soldados y echa a correr por la calle blandiendo la espada robada por encima de su cabeza. La siguen, esquivando cadáveres y agitando armas como estandartes de victoria.

Su fuerza, otorgada por el conducto o no, es vivificante y me llena de mi propia magia. Quiero deleitarme con ella para siempre.

Ya están muy cerca, dice Hannah.

Me uno a ellos y corro con la misma velocidad, grito con la misma intensidad, perdida en las voces, el poder y las vidas de los inverneños.



Seguimos los sonidos de batalla hasta la plaza donde se encuentra el portal de entrada de April, y encontramos soldados de Primavera corriendo en grupos perfectamente alineados, cañones que se disparan con precisión letal, manivelas que suben y bajan armas por las murallas. El conducto de Angra los impulsa con una amenaza que hace que cada movimiento sea deliberado, alineado, perfecto.

Suena un cuerno mientras corremos en masa por las calles que llevan al portal. Los soldados impecablemente alineados de Angra giran hacia nosotros y salen del estupor que les provoca el conducto. Angra los previno de nuestra llegada, pero un aviso no alcanzó a prepararlos.

Levantamos las armas, levantamos las voces, aumentamos la velocidad. Ahora somos un solo cuerpo. Una sola ola arrasadora de blanco, suciedad y dieciséis años de muerte. Los hombres de Angra se realinean para enfrentarnos, de espaldas al portal; más de la mitad de su atención se aparta del ataque del ejército de Noam y se concentra en nosotros. Lo único para lo cual April, en su mentalidad bélica, nunca se preparó: un ataque *del lado de adentro*.

Chocamos con los hombres de Angra y caemos sobre ellos como una plaga. Nos responden con igual fuerza, y nos embisten con la potencia que les otorga la Decadencia en el conducto de Angra. Solo somos unos cientos, y la mayoría de los que me acompañan no son más guerreros que los niños y ancianos que se quedaron. La ventaja que nos da la sorpresa no durará mucho.

Ensarto con la espada a un soldado de Primavera y me dejo caer, al tiempo que arrastro su cuerpo para usarlo como escudo. La plaza que está frente al portal tiene casi el tamaño de los jardines del palacio de Angra, amplia y abierta para mayor facilidad de movimiento. Hay dos escaleras a los costados del portal,

que llevan a la pasarela superior, y a mi izquierda un edificio pequeño que se apoya contra la muralla. La caseta de los guardias.

Un grupo de hombres inverneños se enfrentan a unos soldados que nos acometían, y aprovecho el caos para escudarme de otros enemigos. Retroceden, y yo me levanto y echo a correr, pasando por encima de cuerpos, espadas caídas y pilas de cajones. El olor ferroso a sangre y armas viejas parece rondar en fuertes oleadas calientes de repulsión, que me golpean mientras corro hacia la delgada puerta de madera de la caseta.

Enfundo las armas y saco mi chakram; luego lanzo una patada firme que abre la puerta y la golpea contra la pared. Adentro, dos soldados se dan vuelta y, con la misma rapidez, dos dagas pequeñas surcan el aire hacia mí con desesperada decisión. Me agacho, y una me pasa por encima del hombro mientras que la otra me roza la muñeca. Pero ahora es mi turno, de modo que no me permito amilanarme. Suelto el chakram y su hoja les corta el cuello a los soldados en dos golpes mortales antes de regresar a mí. Cuando sus cuerpos caen, salto por encima de ellos, observando la palanca que está en el centro de la habitación. Una gruesa vara de metal se extiende en ángulo inclinado, casi tan alta como yo, desde una maraña de engranajes. La vara sobresale más hacia la izquierda que hacia la derecha, de modo que quizás, si la empujo hacia la derecha...

Enfundo el chakram y empujo la vara con todo mi peso. Rezonga con mis movimientos; el hierro viejo chirría como una protesta airada contra el intento de abrirla. Apoyo el pie en la pared de la caseta, tirando y haciendo fuerza, rogando que la estúpida palanca ceda.

Una mano se apoya en la palanca por encima de la mía. Me doy vuelta, sobresaltada, casi echando mano a mi daga, cuando Garrigan me detiene. Conall entra detrás de él, con una espada ensangrentada en una mano, y me rodea para tomar también la palanca.

Empujamos como uno solo; la manivela se suelta bajo nuestro peso colectivo y cede como si pudiera sentir la caída inminente de su reino. Se coloca en su lugar con un golpe y, más allá de la caseta, más allá de la pelea, la inmensa pared de hierro empieza a elevarse en el aire, rechinando y rezongando.

Conall, Garrigan y yo salimos corriendo de la caseta. Inverneños y soldados de Primavera por igual se detienen y miran la puerta que se está elevando, considerando lo que eso significa para April.

Apenas la puerta llega a una altura suficiente, entra una marejada de

hombres, que suman el verde y dorado de Cordell a las armaduras con soles negros de Primavera y al cabello blanco de Invierno. Mezclados con los soldados Cordellanos vienen hombres de piel cobriza y uniformes color granate y anaranjado, que vuelan entre los grupos de enemigos con una gracia exótica, cortan los cuerpos con hojas finas como un cabello y arrojan bolas que escupen humo tóxico. Su heredera podrá ser demasiado joven para usar su conducto, pero aun así los soldados de Otoño pueden hacer que una pelea con espadas parezca una danza coreografiada y blandir armas tan funcionales como incómodas, como los chakrams. Sonrío cuando veo volar varios discos metálicos. Sir consiguió mi chakram en Otoño, y ahora, al ver a decenas de ellos disparados por doquier, me siento aún más unida en este esfuerzo. Una inverneña con un arma de Otoño, que usa la lealtad de Cordell para derrotar a Primavera.

Los inverneños bullen con frenesí, y añaden su odio brutal a los ataques organizados de Cordell y los guerreros hábiles de Otoño. Pero Angra tiene la ventaja de los números. Es una pelea horrenda y fascinante, de negro, naranja, verde y blanco.

Una flecha pasa silbando junto a mi oído desde algún punto del otro lado de la plaza. Mis ojos buscan su origen y un hombre de cabello blanco con armadura de Cordell ensarta al arquero de Primavera antes de perderse entre un grupo de soldados de uniforme negro. ¿Mather? O quizá Greer o Henn...

Me lanzo hacia aquí y hacia allá peleando contra los enemigos y esquivando espadas en el aire. Los hombres de Angra hacen girar los cañones hacia la plaza, del lado de adentro de la puerta. Sus disparos levantan montones de tierra a mi alrededor y hacen llover rocas y escombros. Con la espada y la daga en alto, voy lanzando estocadas ciegas a los soldados de Primavera por donde puedo, al tiempo que trato de avanzar hacia aquel hombre de cabello blanco con armadura de Cordell. Dos hombres trabados en combate pasan a mi lado, y me tuerzo para esquivar una estocada a la cabeza; me deslizo de rodillas en un área pequeña cubierta de pasto que está del otro lado de la plaza, donde se alzan al cielo los barrios bajos de April.

Me detengo a tomar aire y escudriño el área, con los músculos tensos y en espera, hasta que una hoja me ataca. Giro y la detengo, impulsada por el instinto, y veo más allá de la hoja, al soldado que la blande.

No es un soldado cualquiera... Es Angra.

Y no es solo una espada. Una mano sostiene una espada fina y fuerte, y la otra tiene el báculo, un arma por derecho propio.

Angra lleva puesta su propia versión de la armadura de Primavera: es fina y brillante. Retrocede, llevándose con él la espada y el báculo, y me mira mientras a nuestro alrededor los hombres se matan entre sí.

—Todo este tiempo —gruñe—. Debería haber sentido la magia en ti antes de que pudieras usarla.

Mis dedos se ponen blancos empuñando las armas.

—No deberías haberte dejado corromper.

Angra gruñe y retrocede. Salto hacia él, hablando lo más rápido posible, apretando las palabras en el espacio que hay entre nosotros.

—Hay una manera de derrotarla, Angra. A la Decadencia. ¡Si se lo dices a los demás monarcas, podemos vencerla como casi lo hicieron hace miles de años!

Angra se detiene, espada y báculo en alto, los ojos entornados en algo semejante a la conmoción. Contengo la respiración ante el rugido de adrenalina que me rodea, y me aferro a la chispa de esperanza que veo en su cara...

Pero alguien grita mi nombre, una advertencia lejana en el límite de mi subconsciente. Doy un respingo y Angra ataca, primero con la espada, seguida de cerca por el báculo. Me quita la daga de la mano y me dejo caer para esquivar el metal en descenso. Él tiene mucha más experiencia que yo y aprovecha mi impulso para asestarme otro golpe de espada a mitad de mi caída, y la hoja me corta limpiamente el hombro.

Lanzo un gemido y caigo sobre mi brazo; el dolor me quema la piel. ¿Podré sanarme yo misma? Angra no me da tiempo para hacer el intento. Cae al suelo encima de mí y con una rodilla me sujeta al pasto entre uno de sus edificios en ruinas y el caos de la batalla. Gira el rostro hacia abajo, los rizos rubios apelmazados por el sudor y la suciedad.

—No necesito que me salven —escupe, y vuelve a apartarse, preparándose para otro ataque.

Angra vuelve a acometer. Suelto mi espada con el brazo derecho herido y doy una vuelta hacia atrás; veo cómo su espada se clava en el pasto, donde un segundo antes estaba mi cabeza. Lanza estocadas y cortes, sin darme la oportunidad de devolverlos; me persigue mientras trato de escapar en cuatro patas hacia la plaza. Las piernas que tengo por delante se apartan de mi camino, aliados cortados por las armas de Angra, creando un sendero errático entre el caos que me permite escapar.

—¡Meira! —grita alguien, pero no tengo tiempo para mirar quién es.

Un soldado de Primavera corre hacia nosotros, dispuesto a ayudar a su rey. Pero Angra se vuelve hacia él hecho una furia.

—¡Ella es *mía*!

Aprovecho ese segundo para lanzar mi última arma. Mi chakram vuela por el aire cargado de escombros pero apenas logra rebotar en la armadura de Angra. Este lo aparta de su trayectoria con un golpe, con lo cual el chakram cae al suelo dando tumbos, y se vuelve hacia mí con un júbilo demente en la cara.

—¿Eso es todo lo que puedes hacer? ¿Cientos de años de guerra, y este es el gran final de tu reino?

—No.

La voz resuena sobre el pasto, sobre el mundo. Me inunda desde lo más recóndito de la cruel pesadilla de Angra, cuando me arrodillé en el piso de una cabaña en Jannuari y Sir me abrazó, y me meció hacia un lado y hacia otro.

Pero esto no es una pesadilla. Esto es real, mejor que cualquier cosa que me haya atrevido a soñar, y cuando mis ojos lo ven, no sé cómo haré para volver a respirar.

Sir está vivo.

Angra se da vuelta y Sir salta por el aire, con dos cuchillos curvos que cortan el viento en fragmentos y van directamente hacia el corazón de Angra. Pasa apenas una inhalación hasta que Angra reacciona: levanta el báculo para detener uno de los cuchillos y la espada para parar el otro.

—¡Meira!

Mather se agacha a mi lado, y sus brazos pasan por debajo de mis hombros para ponerme de pie. Lo miro sin poder creerlo, atrapada en otro sueño cruel. Mather está aquí. Y Sir...

Me quedo mirándolo, tratando de compatibilizar la última imagen que tengo de Sir con lo que estoy viendo ahora. Sangrando y destrozado en el suelo, en las afueras de Bithai; surcando el aire entre gruñidos y estocadas, obligando a Angra a retroceder con la misma saña con la que Angra responde a sus golpes. Su cuerpo está entero y fuerte, moviéndose mientras sus músculos hacen lo que fueron hechos para hacer. Él y Angra llevan una pelea pareja, golpe por golpe, y se mueven ante nosotros por entre la masacre sangrienta de la guerra.

Mis dedos se clavan en el brazo de Mather y se me congela el corazón.

—¿Sir? —murmuro.

La tensión de mi pecho se afloja. No importa lo que yo sea ahora, reina o no, porque Sir está aquí. Sir está vivo. Y puede ayudarme.

Cuando miro a Mather, asiente.

—Tú lo sanaste, Meira. Todos pensamos que había muerto, pero cuando despertó después de la batalla, nos dijo que tú lo sanaste. Un toque inesperado de magia del conducto, que de alguna manera pudiste emplear —susurra Mather.

Me aferro a sus palabras y trato de hacerlas encajar en el rompecabezas incompleto que me rodea. Lo que más recuerdo de la muerte de Sir es mi desesperación, mi necesidad irracional, pura y fuerte, de que viviera. Tal vez fue una especie de entrega, de abrirme a cualquier cosa, a todo lo que pudiera salvarlo. Una decisión inconsciente, como cuando salvé al niño.

Mather ve la distancia en mis ojos, mi exuberancia creciente. Inclina la cabeza.

—Mi reina.

Eso me trae de vuelta al presente, estrepitoso y horrendo. A Mather, que tiene en los ojos una expresión abatida.

—¿Lo sabes? —susurro, atónita, y siento que todo lo demás me llega en tropel. Todas las preocupaciones, las inquietudes y la tensión de Mather, cuánto quería estar a la altura de una situación a la que nunca accedería. Y ahora... nada de eso importa ya, porque ya no es él.

Mather vuelve a asentir. Alrededor ruge la batalla, pero en ese momento en que nos miramos, no logro discernir si siente alivio o miedo. Lo único que siento es su fuerza, el modo decidido en que me mira, como un soldado a su soberano. Estará a mi lado mientras yo lo necesite.

Aún trae al cuello la mitad del relicario, un recordatorio físico de la mentira que fue su vida. Mis ojos lo observan y luego se apartan, y me recorre una oleada de adrenalina al mirar a Angra y Sir trabados en un remolino de espadas. El conducto de Angra danza por el aire y la concentración de Sir lo sigue, con mirada ávida y desesperada.

Siento un peso en el estómago. Es necesario que Sir sepa lo que es en realidad, a qué se está enfrentando. El modo en que mira el báculo de Angra, como si quisiera romperlo en un millón de pedacitos... no es posible. El conducto de Angra *no se puede* romper; no se puede permitir que la magia se una a él como una fuente sin fin para la Decadencia.

Aparece una espada de la nada; los escombros que levantan los cañones hacen del aire un lugar oscuro y peligroso. Grito y empujo a Mather hacia abajo, y esquivo la espada mientras el soldado de Primavera continúa trazando su arco. Mather se da vuelta, me arroja su espada y la atajo en el aire, para luego

lanzarme de lleno contra su vientre. Caemos, rodamos por una leve pendiente en medio de la oscuridad y la tierra, y mi espada se clava en las tripas del soldado.

Una serie de gritos. Se gritan nombres en rápido orden, chillidos cargados de pánico que me hacen girar.

—¡Mather, tómala!

—William...

—¡Mather!

Me levanto con dificultad y observo rápidamente el espacio que ahora hay entre Mather, Sir y yo. Me lleno de horror y quedo paralizada, mirando cómo ocurre todo.

Sir le quita el báculo a Angra de un golpe. El báculo vuela por el aire, girando, y aterriza con estrépito a los pies de Mather. Sir se aparta de Angra, que se extiende hacia Mather, y algo horrible y aterrado explota en él como nada que yo haya visto jamás. Siento que me sube el pánico por la garganta, con el sabor ferroso de la sangre.

Mather recoge el báculo.

—¡Rómpelo! —le grita Sir, con voz estrangulada. Lanza un golpe a Angra y lo derriba al suelo—. ¡Destrúyelo!

—¡Los mataré! —grita Angra, tratando de incorporarse. Se levanta rápidamente y Sir vuelve a derribarlo cerca de los pies de Mather. Uno de los cuchillos curvos de Sir se clava en el hombro de Angra y lo sujeta al suelo, y Sir se queda encima de él, muy cerca.

Mather me mira. Allí veo otra vez esa severidad decidida, impulsada por la desesperación. Va a protegerme. Va a mantenerme a salvo. Todavía puede hacer eso, aunque no sea quien siempre creyó ser.

Levanta el báculo por encima de su cabeza. El conducto de Angra. La Decadencia que se apoderó de la tierra, el mal abominable e incontenible que llegó a Angra, se unió a él y sigue cobrando más fuerza por el uso corrupto de la magia. Los brazos de Mather se tensan en preparación para el impacto inminente mientras empieza a bajar el báculo por el aire con un movimiento lento y doloroso.

Me lleno de una consternación tan palpable que corre por mi cuerpo en ríos derretidos mientras las últimas piezas del rompecabezas caen en su sitio y me lanzo hacia Mather.

—¡Mather, no! —grito—. *¡Detente!*

Pero no me oye. No lo sabe, ni siquiera piensa en ello. Nadie lo sabía. A

nadie se le habría ocurrido que la respuesta fuera tan simple, que el poder estuviera tan cerca.

El báculo se quiebra contra la tierra con un estallido de los que rompen vidrios. De él escapa la oscuridad, como una tormenta desatada, un embudo de humo que sale como una erupción en una columna negra. En medio del caos, la batalla que nos rodea se detiene, el viento golpea como gritos, dedos desesperados de sonido que se lanzan entre la multitud de soldados que observan. La columna negra se lanza hacia el cielo, donde se han congregado nubes gruesas, girando una y otra vez como un vórtice que va a destruirnos a todos.

Abrazo a Mather y lo aparto del báculo destrozado, que representa todo lo que nos ha mantenido cautivos durante tanto tiempo. Nos desplomamos al suelo, mis brazos sobre sus hombros, sus ojos desorbitados por la confusión. Alrededor, todos se han detenido. Primavereños, Cordellanos, otoñeses, inverneños: todos dejan de pelear y se quedan mirando boquiabiertos, sin disimular el asombro.

Todos menos Angra. Sus ojos me miran, a apenas dos pasos de donde estoy abrazada a Mather. La empuñadura del cuchillo asoma por la brecha entre la pechera y el guardabrazo de la armadura de Angra; le mana sangre de una herida en la mejilla. Pero sus ojos brillan, y sus pálidas profundidades verdes reflejan el vendaval que ruge. La expansión de la magia de los Conductos Reales, de la que ni él mismo sabía hasta que me vio, hasta que entendió mi uso de la magia sin el relicario y se dio cuenta de lo que soy ahora. La magia y la Decadencia que encierra su conducto se unirán a él, entrarán en él, serán una misma cosa. Podrá usar su magia para el mal de un modo imparable, sin báculo ni otro conducto, porque él se *será* su conducto, y la Decadencia se hará más poderosa de lo que nadie podrá controlar.

La columna negra se resume en una línea delgada y se mantiene, esperando, mientras pasa el tiempo. Con una enorme ráfaga de viento, explota, cae al suelo con toda la fuerza y se despliega sobre nosotros con un fuerte estallido de aire y escombros. Mather se arroja sobre mí, y cada uno hunde la cara contra el otro mientras la fuerza arroja rocas por el aire.

Luego todo termina. Así como así. Sin explosión final, sin último grito de muerte. Nada, como si nunca hubiera sido nada más que la esfera de vidrio y metal que yace destrozada a los pies de Mather.

Me separo de él, pero sé lo que voy a ver antes de que mis ojos lo capten. La

magia que hay en mi interior lo susurra en las partes más recónditas y abiertas de mi mente, una voz queda de conocimiento.

Sir se sienta sobre los talones y queda mirando con ojos dilatados la tierra vacía debajo de él. Su cuchillo sigue clavado en la tierra, en posición vertical contra el viento suave.

Pero Angra ya no está.



El mundo está mal, desequilibrado, y cuando me paro con piernas temblorosas caigo hacia adelante, tratando de aferrarme a algo.

Sir me detiene. Me acuna contra su pecho y sus brazos fuertes me envuelven con tanta fuerza que sé que tiene que ser un sueño; pienso que va a llamarme dulce niña y que Alysson estará justo detrás de nosotros, sirviendo la cena a Nessa y su familia.

Pero Sir es real. Está aquí. Está vivo. Y cuando me aparto de él y miro su rostro, el mundo empieza a equilibrarse un poco.

Sus labios se separan.

—Todo terminó.

Mis ojos miran detrás de él, hacia el espacio vacío donde antes estaba el cuerpo de Angra. Como si al romperse el báculo lo hubiera destruido. Como si fuera así de fácil.

Todos piensan que así fue. Todos, incluso los soldados de Primavera, que al desaparecer su rey y su magia depusieron las armas, y ahora están acobardados y reticentes en su rendición mientras sus enemigos se regocijan. Cuerpos verdes y dorados, granates y blancos danzan en torno a la plaza, celebrando bajo el cielo nublado.

Cierro los ojos y respiro; me concentro en el aire que entra en mis pulmones y sale de ellos, en los brazos de Sir rodeando mis hombros. Me concentro más allá de él, en el sonido de la felicidad pura y descarada de los inverneños, que por un momento convierten esta ciudad aciaga en un paraíso.

—Meira.

Abro los ojos y veo a Sir mirándome, con una expresión que nunca había visto en su rostro. Tardo un momento en comprender que es admiración.

—Hace mucho tiempo decidimos que sería yo quien te lo dijera. Me refiero a los demás que escaparon —susurra—. No sé cómo se enteró Angra. Debí...

Mi cuerpo se enfría; ahora la magia del conducto está despierta y desenfrenada. Inhalo, y apoyo una mano temblorosa en el brazo de Sir.

—No —muevo la cabeza—. Era Hannah quien debía revelarme el secreto, no tú.

Sir frunce el ceño.

—¿Hannah?

Me encojo de hombros, sin saber bien cómo explicar esto, pero Sir no espera una respuesta. Da un paso atrás y se arrodilla al tiempo que levanta un puño hacia mí. De ese puño pende una cadena de plata.

—Mi reina —es todo lo que dice.

Me sobresalto; detesto el temor que emana del título. No quiero que él me llame así, pero el modo en que me mira es algo que deseé toda mi vida. Como si me viera, me viera de verdad, sin importar cómo estoy. Cubierta de sangre, suciedad y polvo, brillando con la posibilidad de un reino renovado.

Como si viera todos los sacrificios que hizo y no se arrepintiera de uno solo.

Extiendo la mano para tomar el relicario, pero otra mano llega antes que la mía. Mis dedos se detienen, estirados en el aire polvoriento, y se demoran sobre la mano de Mather, que recibe el relicario de su padre.

Mather abre la cadena que sostiene la otra mitad y se la quita del cuello. Me extiende las dos mitades, y sus ojos azules tienen un brillo gris bajo el cielo nublado.

—Son tuyas, mi reina —dice.

Le tiemblan las manos y se humedece los labios. Todo en él es fuerte, tenaz, pero en sus ojos hay una mirada que habla de un miedo más profundo. Miedo de dejar de ser, miedo de que todas sus muchas responsabilidades pasen a otros hombros.

Levanto la mano. Cientos de cosas me presionan; cientos de maneras en las que quiero disculparme, quejarme o llorar. Lamento que sea yo. Lamento que toda su vida haya sido creada para mantenerme a salvo, que toda su existencia se vea destrozada por esta sola mentira. Lamento que hayamos tenido que crecer tan abruptamente. Lo lamento todo.

Pero no digo nada de eso. Acepto de su mano los trozos del relicario, sin apartar mis ojos de los suyos, con la boca abierta como si tal vez, solo tal vez, encuentre las palabras indicadas.

Mather exhala cuando el relicario deja su piel. Se levanta, con el peso de todo lo ocurrido. Sus labios se crispan en un pálido inicio de sonrisa, pero se queda allí, suspendido entre la dicha y la conmoción.

—A tus órdenes, mi reina —susurra, e inclina la cabeza.

Apoyo la palma de la mano en su mejilla incluso antes de darme cuenta del movimiento, y el corte que tengo en el hombro me hace detener con dolor.

Ojalá no nos doliera. No ahora. No después de esto.

Un entumecimiento me sube por la mano y se me dilatan los ojos. No tuve la intención de invocar a la magia, pero ahora está viva, despierta, y el entumecimiento sube, crece, y pasa de mi mano a la mejilla de Mather.

Él ahoga una exclamación. Todo mi cuerpo se pone frío, helado y brillante, y en los ojos de Mather brilla una nueva luz que aleja su cansancio y su miedo, y que lo llena de la misma fuerza que inundó a los demás inverneños. Nada definido. Apenas un rayo pequeño para que pueda seguir, para mantener a raya su incertidumbre hasta que encuentre la manera de enfrentarla.

¿Siente alivio al no tener que cargar con el peso de ser rey? ¿O acaso solo tiene miedo?

Mather retrocede, se aparta de mi mano y pone una rodilla en el suelo, imitando la postura de Sir. Detrás de él, toda la algarabía se ha disipado con un asombro reverente, y poco a poco todos los inverneños hacen lo mismo. Inclinan las cabezas, con el cabello blanco manchado de marrón, rojo y negro. Se me cierra la garganta, y no puedo decidir si quiero que dejen de hacer eso o no. ¡Qué felices se los ve! ¡Qué enteros! Y no puedo destruir esa felicidad, por aterrador que me resulte saber que yo soy el motivo por el que se inclinan. Yo, la huerfanita guerrera.

Diviso a Dendera cerca del portal y a Henn a su lado, de rodillas, ambos trabados en un abrazo apretado e íntimo que casi me intoxica de felicidad. Greer y Finn se apoyan el uno en el otro; Finn tiene un tajo sangrante en la pierna izquierda. Conall, Garrigan, Nessa, y hasta Deborah: todos felices, y aquí, a salvo.

Y Theron. Detrás de todos, Theron permanece junto al portal, rodeado por un contingente de soldados de su padre que están heridos. Sus ojos me miran a través de la extensión que nos separa y sonríe, una sonrisa lenta y deliberada que hace eco de la reverencia del momento. Inclina la cabeza, imitando a los Cordellanos y los otoñeses, absorbiendo la admiración y el asombro de un reino

que no es el suyo. Todos sonríen con el alivio que llegó al esfumarse el cuerpo de Angra.

Quizás Angra sí murió. Quizás la Decadencia se desintegró y lo llevó consigo. Son muchos quizás. Tantos años de pensar que quizás vendrán, quizás nos salvarán, quizás algún día volvamos a ver nuestro reino entero una vez más.

Me inclino hacia Mather y Sir y apoyo una mano en el hombro de cada uno. Me miran con lágrimas que les dan una expresión mórbidamente feliz.

Exhalo y sonrío.

—Vámonos a casa.

Al desaparecer Angra, los otros tres campamentos de trabajo cayeron fácilmente. Sin su rey, Primavera se disuelve en un caos de pánico, lo que facilita más aún el trabajo de nuestro ejército combinado mientras cruzamos el reino, repeliendo a los soldados que mantienen cautivos a los demás inverneños. Todo el cansancio, el miedo o el dolor que sentían los inverneños en los campamentos se disipan con la inmensa alegría que les traemos al salvarlos. Es algo que nunca me cansa, verles las caras encendidas por el reconocimiento de que son libres.

Pasan dos semanas: dos semanas para liberar a los otros tres campamentos, atender las heridas de mi gente y volver a alimentarla poco a poco. El ejército de Otoño se retira una vez liberado el último campamento de trabajo, pero Cordell se queda, una decisión que trato de no cuestionar. Theron ofrece comida y provisiones de su ejército, y yo acepto lo que me da antes de que Noam pueda oponerse. Los inverneños ven un frente unificado, soldados, comida y medicamentos, no una reina que hasta hace pocas semanas no tenía idea de quién era, ni a un rey que hace unos meses quería dominar sus tierras en lugar de salvarlas. Haré todo lo posible por que siga siendo así, el tiempo suficiente para que la sanación permanente se asiente en sus cuerpos y mentes.

La sanación permanente empieza en el momento en que vemos Jannuari.

La capital de Invierno se encuentra cerca de la frontera, a pocas horas de viaje desde Primavera. Los vibrantes cerezos y el pasto color esmeralda de Primavera dan lugar a los campos perfectamente blancos de Invierno, a colinas ondulantes cubiertas de nieve y bosquecillos helados de árboles color marfil. El cambio es instantáneo, y me abruma una sensación de que es... correcto. Esto está bien. El frío, los bosques helados, la blancura de todo: el cielo, el suelo, el aire. Estamos en casa.

Pero lo que todos esperamos con un entusiasmo que nos deja sin aliento es Jannuari. Jannuari, nuestra capital perdida, una ciudad que solo he visto en recuerdos creados. Cuando más nos internamos en Invierno, más se me aprieta el pecho, hasta que temo volverme sólida de ansiedad antes de llegar a destino.

Otros inverneños ven primero Jannuari, el contorno brumoso de una ciudad a lo lejos. Me avisan con un grito de alegría y se separan de las filas de Cordell con renovado vigor. Cientos de pies corren con súbito deleite sobre los campos desnudos, y las vibraciones estremecen el mundo entero.

Jannuari está frente a mí bajo un cielo gris sin nieve. Hay pueblos alrededor del grueso de la ciudad, sus murallas destrozadas, las rocas rotas forman un perímetro irregular en el horizonte. Adentro, todavía quedan algunas torres en pie; sus dedos decididos se alzan hacia el cielo como si nada hubiera pasado, como si solo hubieran estado esperando nuestro regreso.

No nos mataste, Angra. Volveremos a levantarnos.

Galopo junto a los otros inverneños pero detengo mi caballo, un enorme animal de guerra prestado por el ejército de Cordell. Los inverneños siguen corriendo, demasiado absortos en su júbilo para darse cuenta de que me detuve. Mi caballo danza nerviosamente sobre la nieve vieja, aplastada en el campo. El pasto pálido de Invierno asoma por la fina capa de hielo bajo sus cascos.

Sir se acerca a mi lado, y ambos respiramos soltando bocanadas de aliento helado al aire.

—Habrá que reconstruirla. Y tendremos que negociar más raciones con Cordell —dice.

Un viento frío atraviesa la camisa blanca de algodón que me prestó Theron. Ya les debemos a él y a su padre más de lo que podríamos pagarles jamás, y la idea de que vamos a necesitar todavía más me produce un nudo de terror en el estómago. Sé lo que va a querer Noam a cambio de todo lo que dio: acceso a los Klaryn, a Invierno, para tratar de encontrar el barranco de la magia. Tal vez por eso no ha impedido que Theron nos aprovisionara. Tal vez por eso todavía no ha regresado a Cordell, por eso deja que su ejército se quede con nosotros como guardias que protegen una inversión.

Sean cuales fueren sus motivos, lo necesitamos a él y lo que ofrece, y hasta que trate de cobrárnoslo, no puedo preocuparme por ello. Es demasiado.

—Lo sé.

—Pero les hará bien. —Sir se acomoda en la montura y afloja una mano en las riendas—. Les hará bien. Reconstruir la ciudad mientras sanan. Lo necesitan.

Asiento con la cabeza. Todos necesitamos esto. Necesitamos reparar algo, trabajarlo con las manos desnudas y sentir cómo la vida regresa a nuestras venas. Hacer algo verdadero, brillante y bueno.

Sir me mira de reojo, con el rostro apartado de modo que no llego a ver su expresión.

—Eres igual a ella.

Escudriño su cara.

—¿A Hannah?

Asiente.

—Cada momento de tu vida.

Siento una punzada fría. Es su manera de decirme que puedo hacer esto. Puedo volver a unir nuestro reino, conducirlo a un futuro mejor.

No importa lo que nos depare ese futuro, Angra también estará en él.

Trago en seco y me muerdo el labio inferior mientras inhalo el aire muy, muy frío. Hemos estado tan ocupados con la felicidad de liberar los otros campamentos de trabajo, de viajar a Invierno, que no he querido empañar la alegría. Es tan frágil esta alegría, y una parte de mí no quiere decir nada, no quiere atraer la atención a nada malo hasta que sea necesario.

Pero si no se lo digo a Sir, todo podría ser peor llegado el momento. Si es que llega. Si mis sospechas son acertadas, si Angra no está muerto y su amenaza no ha terminado, y si todo aquello por lo que luchamos es apenas una ilusión de paz verdadera.

—No creo que Angra esté muerto —susurro, un sonido triste en el aire helado—. Y su magia... es peor de lo que creíamos. Mucho peor.

Sir no dice nada, y por un momento pienso que tal vez mi voz se perdió en el viento. Lo miro y tiene la misma expresión impenetrable que cuando regresé de Lynia con la mitad del relicario. Asustado y decidido, como si estuviera contemplando el futuro y no le quedara lugar para temer el pasado.

Toco el relicario que llevo al cuello. Ahora está entero. Entero y vacío, sin poder, pero el hecho de tocarlo me produce una extraña calma. Igual que el lapislázuli. Igual que la esperanza. Los inverneños que me rodean creen que ahora el poder está a salvo, nuevamente en el relicario; piensan que todas las veces que usé ese poder fueron lo que dijo Mather: un hecho fortuito. Un surgimiento desesperado, provocado por lo bajo que habíamos caído. No se les ocurre que tal vez ahora la magia está en otra parte, y no estoy segura de querer corregirlos.

Pero no solo a ellos... también a Cordell. Especialmente a Noam.

—Una cosa por vez —responde Sir. Me mira a los ojos y me demuestra lo cansado, lo asustado que está—. Nos ocuparemos del futuro de a una cosa por vez.

Empiezo a asentir cuando unos caballos se acercan al galope entre la multitud de inverneños que siguen corriendo, y se detienen junto a nosotros. Theron y Noam tiemblan de frío en sus monturas, y sus ojos van de Jannuari a Sir y a mí. Noam al menos trata de mantener el decoro a pesar del frío, mientras que Theron se envuelve con sus brazos y deja que los dientes le castañeteen como cascos de caballos en la llanura. Mather detiene su caballo entre el mío y el de Theron, y levanta una ceja al ver a nuestros huéspedes extranjeros casi congelados.

—Díganme que allá, en alguna parte, hay una tienda que venda abrigos —dice Theron, y un estremecimiento lo sacude sobre el caballo.

Mather ríe, un sonido claro y bello que no oía desde hacía años. Está sonriendo un poco más cada día, esa sonrisa hermosa que le ocupa toda la cara y que hace que todo se ilumine a su alrededor.

—Pobrecito el príncipe de Cordell. ¿No soporta un poquito de frío?

—¿Un *poquito* de frío? —chilla Theron. Señala al ejército; los Cordellanos parecen tan congelados e incómodos como sus líderes—. Cuando esto termine, vamos a tener carámbanos en lugar de soldados. ¡Hace un rato, mi padre estornudó y el estornudo se congeló en el aire!

Río desde mi caballo y Theron me mira. La expresión de sus ojos pasa de la risa ligera a algo más profundo, algo que quedó de nuestro beso ávido en los corredores del palacio de Angra.

Mather se acomoda en su caballo entre nosotros, con la mandíbula tensa. Aparto la mirada de Theron y una sonrisa lenta se extiende en mi cara, y siento deseos de reír por lo absurdo de la situación. Problemas normales. Preocupaciones normales de pretendientes. Es lo que Sir siempre quiso, ¿verdad? Y después de todo... es maravilloso tener problemas normales.

Noam gruñe del otro lado de su hijo pero no dice nada. Si es porque no tiene nada que decir o porque se le congelaron los labios, no lo sé. Todavía tenemos que hablar del acuerdo de boda, si un rítmico aún desea aliar a su hijo con un estacional, o si la deuda creciente de Invierno basta como conexión. Empezó a preguntarme hace unos días, cuando estábamos descansando entre ataques a los campamentos de trabajo. Noam extendió la mano para estrechar la mía, y cuando

nuestras pieles se tocaron, vi una vez más la imagen vibrante de él de rodillas junto al lecho de su esposa. Una conexión que viene del hecho de que yo misma soy un conducto, una conexión de la cual los otros portadores de Conductos Reales no deben enterarse, salvo Angra, y solo porque él usó la Decadencia. Seguramente Noam piensa que no soy más que una reina débil e inestable que tiembla cuando lo toca.

Pero creo que necesita creer eso. Es mejor que me subestime, que no tenga idea de mi verdadero poder. Una ventaja extra para Invierno cuando se decida a cobrarnos todo lo que nos ha dado.

—Si ya terminaron de discutir por el frío —interrumpe Sir—, creo que tenemos que hacer algunas presentaciones.

Me mira a los ojos con una sonrisa radiante y pone a su caballo al galope; los cascos levantan trozos de nieve derretida mientras avanza por entre los inverneños que corren. Theron y Noam lo siguen, y galopan entre mi gente de cabello blanco que corre hacia una ciudad que muchos no recordamos. Solo Mather se queda, y sus exhalaciones sueltan nubes heladas entre nosotros; sus ojos me miran mientras observo a todos los que nos rodean.

—Lo siento —exhalo.

El caballo de Mather danza sobre la nieve, inquieto por nuestra tensión. Aparto mi mirada de la horda que corre y miro los ojos color zafiro de Mather durante más que un vistazo al pasar. Es la mirada más larga que nos hemos dedicado desde la batalla en April, y es una mirada cargada de disculpas.

Exhala aire por la nariz con una risa suave e incrédula.

—No te disculpes. No hiciste nada malo. —Mira hacia la ciudad que nos espera—. En absoluto.

—Lo sé, es solo que... —Me interrumpo, y Mather gira hacia mí.

—Lo sé —repite, y la sonrisa que me dedica es auténtica. Vuelve a acomodarse y tensa las riendas en sus manos—. Si uno de los dos debe sentirse mal, soy yo. William nos contó la verdad después de que te capturaron, y lo único en lo que yo podía pensar era: Ahora tú tienes la responsabilidad. Soy libre.

Mather no aparta la mirada del horizonte mientras habla, y de no haber estado mirándolo, yo habría aceptado su tono ligero y jovial. Pero observo su rostro mientras habla: cómo se entornan sus ojos, cómo sus labios forman una línea delgada. Hay demasiada verdad en lo que dice. *Soy libre.*

Tal vez lo que quiere no es libertad.

—Cuando estaba en Cordell —le cuento— y tenía que hacer el papel de futura reina, simulaba que era... —Se me traban las palabras y río entre dientes —. Simulaba ser tú.

Mi confesión queda en el aire, una secuencia de palabras susurradas que flota en los copos de nieve que caen. Mather me sonríe: parte de su tensión se alivia y luego inclina la cabeza con una ligera reverencia.

—Mi reina —responde. Pone su caballo al galope y ambos se unen a la horda que corre, otro cuerpo en busca de la muralla de Jannuari.

Lo observo alejarse, con alivio en el pecho. Realmente estamos aquí. Jannuari. Una ciudad que solo he visto en recuerdos y en sueños, sus calles adoquinadas, sus cabañas. El modo en que la nieve cae constantemente, como una lluvia omnipresente de copos únicos y perfectos. Es necesario que nieve. Es necesario que nieve siempre.

Algo mojado me cae en la nariz. Levanto la vista y mi boca se abre en una sonrisa genuina y pura. Los copos caen con fuerza y en cantidad, y así será todo el resto del camino hasta Jannuari. Nos cubren como debemos estar cubiertos: de invierno. Un invierno deslumbrante, helado, perfecto.

Hago galopar a mi caballo y el golpeteo constante de sus cascos persigue a los demás hacia Jannuari, un lugar de nieve y luz.

Tu ciudad.

La voz de Hannah llena mis sentidos, surgiendo de la magia de conducto que reside en mí. Parece ser que siempre pudo hablarme, pero no quería arriesgarse a revelarle a Angra lo que soy, y por eso nunca nos impidió buscar las mitades del relicario. Todo fue una cubierta para proteger el linaje de Invierno, y los sueños y las visiones eran para introducirme al mundo de los conductos y la magia, para estar conectada con ella de un modo que nunca creí posible. Mi madre. Todavía me cuesta acostumbrarle a tener una madre. No sé muy bien cómo encaja esto en este nuevo mundo.

Nuestra ciudad, la corrijo. *De no haber sido por ti, ni siquiera estaríamos vivos.*

Se me hace un nudo de tristeza en la mente: el dolor y el arrepentimiento de Hannah. *Pero tú vas a triunfar donde yo fallé.* Hace una pausa, y siento una oleada de sus remordimientos en el silencio. *Quería decírtelo. ¡Tantas veces quise hablarte! No podía correr el riesgo de que te dieras cuenta de quién eras antes de que tuvieras edad suficiente para usar tu magia; y si Angra se enteraba*

cuando aún eras demasiado joven... Hace una pausa, agitada. *Nuestro reino se habría perdido para siempre.*

Lo sé¸ respondo. Es todo lo que puedo decir. Hoy no es un día para disculpas lacrimosas. Hoy es un día para inhalar el aire frío y nevado, para observar a los inverneños mientras galopo entre ellos, ver sus caras radiantes y sonrientes.

Diviso a Nessa adelante, riendo y arrojando bolas de nieve a Conall. Veo a Dendera sobre su propio caballo, corriendo una carrera con Henn hasta la muralla. Felices y libres, como siempre debieron haber sido. Personas en la luz, no solo palabras en la oscuridad.

No parece real. Durante tanto tiempo me esforcé por ser solo Meira, pero lo que soy no es tan sencillo como para ser "solo" nada. Es como esta nevisca sobre Jannuari: cae un solo copo, revoloteando por el cielo vacío. Una pizquita de nieve. Luego otra, y otra, y en un abrir y cerrar de ojos los caminos estarán cubiertos por decenas de copos bien definidos. Todas estas pizquitas se combinan y crean una nevisca gigante y volátil, algo bello, peligroso y épico.

Soy la hija de Hannah. Soy el conducto de Invierno. Soy guerrera, soldado, dama, reina, y más que nada, mientras me lanzo por el campo nevado hacia las ruinas silenciosas de Jannuari, soy Meira.

Y no importa lo que Angra intente hacer, no podrá impedir que limpie las cenizas del pasado de este reino y llene nuestras vidas con la gloriosa paz helada de la nieve.

AGRADECIMIENTOS

Ni siquiera estoy segura por dónde empezar con esto que es increíblemente intimidante. “Escribe tu página de agradecimientos”, me dijeron. “Será divertido”. Y sí, sería divertido, salvo que a cada rato necesito parar para llorar, porque este libro es tantas cosas a la vez, y hubo tanta gente que participó, y...

Ay. Lloré A MARES.

En primer lugar y el más obvio de todos, le debo un agradecimiento a mi agente seriamente épica, Mackenzie Brady. Es tan increíble que todo lo que dice es a la vez brillante e irritante por toda la razón que tiene. *Nieve como cenizas* le debe mucho de su grandeza a esta mujer, y sin ella yo estaría perdida.

A mi editora, Kristin Rens, cuyo entusiasmo por *Nieve como cenizas* me asombró desde el primer día. Todavía me cuesta entender que a otra persona pueda gustarle mi mundillo extraño tanto como a mí, y que haya dedicado tanto tiempo y esfuerzo a darle forma. Kristin y toda la gente de Balzer + Bray son ejemplos gloriosos e inmejorables de caballerosidad y autoridad en el mundo editorial. Además, debo darle las gracias a Jeff Huang, que me regaló el deliciosamente épico chakram junto con un profundamente épico vértigo. Usted, Sir, es una maravilla.

A mi esposo (¡nunca voy a cansarme de llamarte así!) Kelson, siempre positivo, siempre apoyándome, siempre para siempre. Estar contigo es cada día la culminación de un sueño de toda la vida.

A mis amigos escritores que me alientan, me levantan y, cuando es necesario, me hacen bajar a la tierra del modo más suave y cariñoso posible: Jenn “JR” Johansson (porque las citas dobles son más divertidas cuando nuestros esposos nos escuchan gritarnos en la cocina); Natalie Whipple (mi hada madrina en la gira por el país); Renee Collins (¡qué buenos momentos!); Kasie West (la única persona para la que preparo magdalenas de chocolate con menta); Candice Kennington (siempre me va a encantar Courant); Michelle D. Argyle (*Cinders* me destroza el corazón todos los días); Jillian Schmidt (siguen Sophie y M); Kathryn Rose (ustedes son el Santo Grial de la amistad); Laura Elliot (te quiero tanto que me duele un poco); Samantha Verant (que, al menos para mí, es una princesa francesa); Nikki Raasch (la sangre tira); Nikki Wang (por hacer mi primera obra de arte hecha por *fans*; eres un tesoro); los Valentines y los OneFours (fue un honor debutar con ustedes); y todos los otros colaboradores de

crítica literaria, grupos de escritores, amigos de Twitter, *bloggers* y diversos tipos de escritores que me han hecho reír, me han dado consejos y me han ayudado a seguir adelante en este mundo loco.

A mis padres, Doug y Mary Jo, cuyo orgullo y entusiasmo me recuerdan por qué soy tan afortunada de ser su hija. A mi hermana, Melinda: ojalá todos pudieran tener una hermana tan divertida y querible como tú, y haré lo posible por conseguir que alguien haga la película de *Nieve como cenizas*. A mi abuelo Don, que me hace sentir orgullosa de ser una Raasch. A mi abuela Dottie, que ya no está con nosotros, pero si estuviera, sé que estaría cosiendo toda clase de cobertores con el tema de *Nieve como cenizas*. A mi familia fantásticamente encantadora y variada: Lisa, Eddie, Mike, abuela Connie, Debbie, Dan, tía Brenda, y a todos mis primos que crecen demasiado rápido: Suzanne, Lillian, William, Brady, Hunter, Lauren, Luke, Delaney, Garrett, Krissy (y Wyatt), Brandi, y por supuesto, Kayla la bibliotecaria (¡te quiero, Prima Mayor!).

A todos los profesores y amigos que me han demostrado tanto entusiasmo y tanto apoyo, casi como si fueran mi familia, que se me empañan los ojos: Kim, Bob, Kayla, Jay, Kelly y Katelyn; Janet Ross; Terri Thompson; Matt Langston (vas a estar en cada uno de mis libros); Ali (te querré por siempre por haber sido la primera persona que lloró con este libro) y Ashley (¡Tres Mosqueteros para toda la vida!); Jennifer, Allie, Sarah Black, Diana, Sarah Kucharski y Lauren (gracias a ustedes valió la pena ir a la universidad); y Stevie (la plantilla más elegante en la venta de zapatillas de mi vida).

A todas estas personas... GRACIAS. Por tolerar mi extraño comportamiento de escritora, por alentar las locas ambiciones editoriales de una chica de doce años, por entusiasmarse tanto, tanto conmigo cuando esas locas ambiciones editoriales se hicieron realidad once años más tarde. *Nieve como cenizas* puede ser el cumplimiento de un objetivo de toda la vida, pero el hecho de tener amigos y parientes tan increíbles como todos y cada uno de ustedes es una bendición aún mayor.

Necesitaría toda una novela para agradecer a todas las personas que ayudaron de un modo u otro a dar forma a este libro, de modo que lo único que puedo hacer por ahora es extender los brazos y abrazar a cada uno de ustedes. Sí, también a ti, que estás leyendo mi página de agradecimientos y moviendo la cabeza con esa expresión entre preocupada y divertida. La razón por la que este libro existe ahora es por TI, por esa persona magnífica que eres TÚ, por elegirlo,

por darle una oportunidad, por dejar que mi mundo estrafalario pase a formar parte del tuyo.

Eres mejor que cualquier conducto.



SARA RAASCH (nacida el 26 de agosto de 1989) es una autora estadounidense de ficción para jóvenes. Criada en Ohio, Raasch se graduó de la Universidad Estatal de Wright con el título en Liderazgo Organizacional y actualmente reside en Virginia.

Dice en su blog: «Sara Raasch ha sabido que estaba destinada a cosas de libros desde la edad de cinco años, cuando sus amigos tenían un puesto de limonadas y ella también vendía sus libros de dibujos a mano.

»No ha cambiado mucho desde entonces, sus amigas todavía se enojan cuando intenta dibujar cosas y su entusiasmo por la palabra escrita todavía le lleva a medidas extremas».

Es la autora más vendida en el *New York Times* de la trilogía de fantasía *Snow Like Ashes (Nieve como cenizas)* y de la duología de fantasía *Stream Raiders*.